



Dominick Dunne

Una temporada en el purgatorio

Traducción de Eva Millet



Lectulandia

Los Bradley son una rica y poderosa familia católica de origen irlandés acostumbrada a cerrar los ojos ante cualquier escándalo que pueda salpicar su intachable reputación. Su implacable patriarca está convencido de que su hijo predilecto, Constant, llegará un día a ser presidente de los Estados Unidos. Una noche de verano, después de un baile en el Club de Campo una chica es asesinada. Constant es acusado de haberla golpeado hasta matarla. Veintidós años después, Harrison Burns, antiguo compañero de colegio de Constant y viejo amigo de la familia, que se ha convertido en reputado escritor, está decidido a confesar lo que sabe. ¿Saldrá la verdad finalmente a la luz?

Publicada por primera vez en 1993, *Una temporada en el purgatorio* es una novela trepidante que dibuja un certero retrato sobre el desmesurado poder de las clases altas norteamericanas, cuyos mecanismos de poder pueden incluso todo tipo de mentiras en verdad siempre que convenga a sus propios intereses.

Lectulandia

Dominick Dunne

Una temporada en el purgatorio

ePub r1.0

Titivillus 24.06.2017

Título original: *A Season in Purgatory*

Dominick Dunne, 1993

Traducción: Eva Millet

Imagen de cubierta: Nick Clemens

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Hanna,
con afecto*

PRIMERA PARTE

1972

Harrison Burns

El jurado está en su tercer día de deliberación. A primera hora de la mañana, el presidente ha solicitado a la jueza Edda Consalvi que se les relea el testimonio de Bridey Gafferty, la cocinera de los Bradley. Por la tarde, ha pedido ver el arma — medio bate de béisbol— y las fotos de la autopsia del cuerpo apaleado de Winifred Utley, las mismas fotos que tanta desazón causaron a la madre de Winifred, Luanne Utley, cuando fueron exhibidas como prueba por el fiscal durante el juicio. Estas dos peticiones del jurado han provocado muchos comentarios entre los periodistas acreditados y, como sucede siempre, una considerable diversidad de opiniones en cuanto a la manera de interpretarlas. El aire está cargado de tensión. La jueza Consalvi ha demostrado ser un sargento. Ayer ordenó al alguacil que expulsara al reportero de *Newsweek* después de que este dejara escapar una risita cuando el taquígrafo relejó la declaración de Billy Wadsworth, en la que explicaba que el acusado, Constant Bradley, después de quitarle a su pareja durante el baile del club de campo, le dijo a Winifred Utley: «¿Te importa bailar con un hombre que tiene una erección?».

Ellos, los Bradley, disponen de una sala aparte en la que se sientan todos juntos durante los recesos y pausas, lejos de las miradas de la prensa y de los curiosos, aunque de tanto en tanto uno de ellos emerge para utilizar el teléfono o ir al baño. Hoy me he cruzado a Kitt en el pasillo del juzgado. Hemos pasado tan cerca que la falda de su vestido de seda azul y blanco ha rozado mi pantalón, pero ella ha pasado de largo, la mirada fija al frente, sin decir nada. No es que me haya ignorado. Simplemente, ha decidido no verme. Me he convertido en alguien inexistente para ella. A estas alturas ya estoy acostumbrado, tanto por lo que respecta a Kitt, que una vez significó tanto para mí, como al resto de la familia Bradley. Ni siquiera voy a mencionar lo sucedido ayer en el servicio de caballeros, cuando me encontré a Constant en el urinario de al lado. Va, qué demonios, lo cuento, ¿qué más da? Constant estaba de pie, a mi lado, cuando de repente, sin mediar palabra, se giró hacia mí y me roció con un contundente chorro de orina, empapándome la americana y los pantalones. Una vez, de jóvenes, cuando todavía estábamos en el colegio, le vi hacerle lo mismo a Fruity Suarez, un chico que no nos gustaba a nadie. La cara que puso entonces denotaba una frivolidad pícara; un niño mimado haciendo una broma

traviesa. Ayer, no había ni rastro de travesura en su manera de mirarme. Solo odio. Pero, más que la meada de Constant, lo que más me dolió fue el desprecio de Kitt.

Sé perfectamente que, al contar la historia que me dispongo a contar, corro el riesgo de perder todo lo que he logrado y adquirido en mi vida, incluyendo mi reputación. También sé que voy a ganarme la eterna animosidad de la familia y, a lo largo de los años, he sido testigo, en ocasiones muy cercano, de lo que significa su eterna animosidad, cuando eran otros muchos los que la sufrían. Ellos, la familia —o «la Familia», como la llaman ellos mismos y a veces también la prensa—, no son mi propia familia, pero sí la familia en la que fui aceptado hace veinte años.

Mi primera visita a la finca de los Bradley la hice en calidad de compañero de colegio de Constant, y se prolongó durante un mes. Estudiábamos en Milford, un colegio de Connecticut para hijos privilegiados de familias católicas ricas que había fundado setenta y cinco años atrás un millonario católico con una floreciente fortuna procedente de las minas de cobre, cuyo hijo, en opinión del millonario, no había sido admitido en el elitista Groton porque era irlandés y católico. A Constant lo habían precedido en Milford sus cuatro hermanos mayores, y todos y cada uno de ellos habían destacado. El director y el claustro de profesores todavía los recordaban con mucho afecto.

Los profesores no eran curas, sino maestros laicos a los que llamábamos «señor». La presencia de curas lo hubiera convertido en un colegio religioso, cosa que no era, aunque íbamos a rezar a la capilla cada día y asistíamos a misa dos veces por semana, los domingos y los jueves, a las siete de la mañana. Participábamos, sin hacer preguntas, de los rituales de la misa, la comunión, las oraciones de mañana y tarde y la Cuaresma, pero sin albergar un solo pensamiento acerca de la existencia de Dios.

Tras la pronta caída en desgracia y consiguiente expulsión de Constant, que coincidió con la, digamos, sensacionalista muerte de mis padres, la familia consideró que yo, una rata de biblioteca por naturaleza, podía ser una buena influencia para él. Con el tiempo, fui cordialmente tolerado por su famoso padre, Gerald, si bien nunca me prestó mucha atención, ya que disponía de muy poco tiempo para quien no fuera de su misma sangre o no estuviera bien conectado con los mundos de la política, las altas finanzas o, a veces, como descubriría más adelante, el hampa.

El día de su expulsión, Constant se asomó a la ventana del dormitorio buscando con la mirada a Charlie, el chófer de la familia, al que habían enviado a recogerlo para llevarlo a casa.

—Oh, Dios mío —dijo, retirándose de la ventana cuando vio el largo Cadillac negro que se desplazaba lentamente colina abajo, desde la entrada hasta Hayes Hall, donde estaban nuestros dormitorios.

—¿Qué? —le pregunté.

—Mi padre también ha venido —respondió. Por un momento, su calma lo abandonó. Desde la ventana vimos cómo Charlie le abría la puerta al señor Bradley para que bajara del coche. Llevaba un abrigo Chesterfield con cuello de terciopelo y

un sombrero de fieltro gris. Incluso desde aquella distancia era fácil distinguir que se trataba de un hombre al que había que prestar atención. Su rostro tenía la peculiar característica de estar compuesto de facciones que no cuadraban las unas con las otras, como piezas desparejadas o fuera de escala, que parecían pertenecer a otras personas. Su nariz era demasiado grande. Sus labios, demasiado finos. Sus ojos, demasiado oscuros, tanto en tonalidad como en intensidad. Aun así, como supe más tarde, las mujeres, por la razón que fuera, lo encontraban atractivo, si bien su fortuna también debía contribuir a ello. Era agresivo y carecía de delicadeza. Incluso cuando se ponía cariñoso con sus hijas, a las que adoraba, parecía severo. Se decía que inspiraba miedo entre sus empleados. Nunca lo dudé. Yo creo que a sus hijos les ocurría lo mismo aunque también lo querían y hubieran hecho, e hicieron, cualquier cosa que les pidiera, al menos hasta el momento en que su dolencia empezó a afectar a sus peticiones.

Se encaminó hacia el despacho del director. Cuando reapareció, cuarenta minutos más tarde, nos llamaron para que fuéramos al coche. Charlie nos saludó con una leve inclinación de cabeza y cargó en el maletero las bolsas de Constant y mi pequeña maleta. Éramos conscientes de que los demás chicos observaban la extraña escena familiar desde las ventanas de Hayes Hall.

Fue tan poca la atención que Gerald Bradley me prestó que yo muy bien podría no haber estado allí. El chófer empezó a conducir. Gerald y Constant iban en el asiento de atrás, bien separados, uno en cada esquina. Yo me senté en el asiento plegable. Permanecimos en silencio durante la mayor parte del trayecto. Finalmente, casi dos horas después, cuando enfilamos el largo sendero que conducía hasta la casa de los Bradley, Gerald habló. «No eres como tus hermanos», le dijo a su hijo. «Siempre te pillan». Había un claro desdén en su voz. Yo me volví levemente. Constant miró a su padre, suplicante. Di por hecho que aquella mirada era para implorarlo que no continuara menospreciándolo delante de mí, pero me equivocaba. Lo único que quería era complacerlo.

—¿Qué iba a hacer? —le preguntó.

—Podías haber mentido, so tonto. Podías, y deberías, haber mentido, decir que las fotos no eran tuyas.

Con el tiempo, me convertí en uno de los favoritos de la madre de Constant, Grace, lo que no suponía un gran honor en aquella casa, ya que a veces Grace era motivo de chanzas por parte de su prole, en especial de sus hijos, debido a su fervor religioso, que era excesivo, y a su obsesión por la ropa, igualmente desmedida. Estaba poseída por lo que ella siempre llamaba «la última moda», aunque a menudo las espléndidas prendas que lucía la engullían, por lo que el impacto que producía se debía más al color o el corte de las piezas que a su porte. En la casa había una capilla donde, cada tarde, se celebraba una misa privada para Grace. Su mejor amigo era el cardenal Sullivan, que a menudo venía a tomar el té y con el que hablaba sobre la familia y sobre asuntos religiosos. «Cardenal viene a tomar el té», anunciaba,

emocionada, el día de la visita. Al referirse al cardenal Sullivan, nunca decía «el cardenal». Decía «Cardenal» a secas, como si aquel fuera su nombre. Disfrutaba besando el anillo cardenalicio, gesto que acompañaba con una profunda reverencia, como la de una dama de compañía a un monarca. Durante un instante, el éxtasis se reflejaba en su rostro, como si el contacto entre sus labios y la esmeralda de la alianza del cardenal —esmeralda que, según se creía, había pertenecido al cardenal Richelieu y que Grace había adquirido en una subasta en París para regalársela al cardenal Sullivan con motivo de su ascenso— la aproximara más a la comunión con Dios.

—Dormiré en la habitación de Agnes —dijo Grace, refiriéndose a mí, mientras resolvía la logística de la casa con los dedos—. Decidle a Bridey que prepare la habitación de Agnes para el amigo de Constant. —Yo nunca había oído hablar de Agnes y nadie me explicó quién era. Tuve la sensación de que no debía preguntar, y no lo hice.

Con el tiempo, me haría amigo de algunos de los hermanos y hermanas de Constant, pero no de todos. A Gerald Junior, al que llamaban Jerry, nunca le gusté demasiado, ni a Maureen, aunque sí a Sandro, y a Desmond, cuando aparecía; y a Mary Pat y a Kitt, la más pequeña de las chicas. Pero hasta que sucedió lo que sucedió —lo de Winifrey Utley—, la mayoría de los hermanos mayores eran para mí figuras imprecisas.

—Escribe —les dijo Constant a modo de presentación a sus hermanos durante la cena de mi primera noche en la casa.

—Es lo que espero hacer —le corregí.

Gerald Junior resopló, un resoplido de desprecio, como si admitir semejante vocación implicara una masculinidad lisiada. Él mismo era un lisiado, un tullido, a causa de un viejo accidente de coche que lo había dejado parcialmente paralizado de cintura para abajo. Qué había provocado aquel accidente era una de las muchas cosas de las que no se hablaba en la familia.

Y de repente, el viejo, que más o menos me había ignorado hasta entonces, acudió en mi rescate. «¿Libros? ¿Vas a dedicarte a escribir libros?», me preguntó, elevando la voz, desde la cabecera de la mesa.

Yo, ruborizado por ser el centro de atención, contesté, con una cierta incoherencia:

—Eso espero. Sí, señor. Con el tiempo.

—Hmmm. Interesante —dijo, como si archivara una información para un uso futuro. Después se dirigió de nuevo a Gerald Junior—. La gente respeta a las personas que escriben libros.

—A mí me encanta leer —dijo Kitt, que entonces tenía solamente catorce años, mirándome con aprobación.

Para ser exactos, ya había estado una vez en casa de los Bradley, seis meses antes de la expulsión de Constant, acompañándolo en una visita furtiva, mientras sus padres estaban fuera: su madre en París, encargando ropa, y su padre en California,

de negocios. O eso es lo que Constant pensaba. Nos escapamos de Milford una tarde que teníamos libre, en la que se suponía que habíamos salido de excursión, e hicimos autostop para recorrer los ciento dos kilómetros que separaban el colegio de su casa. Constant dijo que se trataba de algo importante, aunque resultó ser el tipo de cosa que solo era importante para él y que a duras penas compensaba el riesgo que implicaba la aventura, como se demostró meses después cuando se convirtió en la causa de su expulsión.

El objetivo del viaje era llevarnos unas revistas de mujeres desnudas que había encargado y que le habían enviado en sobrios sobres marrones. No se había atrevido a que se las mandaran al colegio, donde, bajo la vigilancia de la fisgona señorita Feeley, la secretaria del director, que se ocupaba del correo y poseía un desarrollado instinto para detectar lo lascivo, se arriesgaba a que lo expulsaran. En cambio, se las había hecho enviar a su casa, avisando a Bridey, la cocinera de los Bradley, que lo adoraba, de que estuviera atenta de la llegada de los sobres y se los guardara. A la pobre Bridey, persona de misa diaria, nunca se le habría ocurrido pensar que, bajo la cesta de la ropa para zurcir del cuarto de costura del segundo piso de la residencia Bradley, estaba ocultando imágenes de señoritas desnudas entregadas a juegucitos sexuales. Bridey tenía la secreta esperanza, nunca expresada, de que, algún día, Constant podría convertirse en sacerdote.

Por el camino nos recogió una señora encantadora con un Buick azul, que se fijó en nosotros por nuestras chaquetas de *tweed* y los pantalones de franela gris, propios de los estudiantes de preparatoria. Iba en dirección a la ciudad donde vivían los Bradley, y se ofreció a dejarnos en un cruce donde nos resultaría fácil que alguien nos recogiera y nos llevara hasta nuestro destino. Constant, por supuesto, la cautivó durante el trayecto, como cautivaba siempre a todas las mujeres de todas las edades, y la señora acabó llevándonos hasta la mismísima verja de la residencia Bradley, veinte millas y veinticinco minutos más allá de su ruta, donde se quedó boquiabierta ante la visión del enorme edificio estilo Tudor que había detrás. Tenía una hija, le dijo, a la cual esperaba que conociera algún día. El nombre de su hija era Winifred Utley; estudiaba en la escuela de Miss Porter, en Farmington. Si Constant le hubiera pedido que entrara, lo hubiera hecho encantada.

Constant poseía la sorprendente habilidad de reajustar las facciones de su rostro durante un instante para adoptar la expresión de otra persona. Este pequeño talento, combinado con otra habilidad, la de imitar la voz y los gestos de otra gente, provocaba explosiones de risas, no siempre amables. Al mismo tiempo que la despedía con la mano, Constant se transformó en nuestra chófer, y recorrimos entre risas el sendero que llevaba hasta la casa, mientras representaba una escena imaginaria en la que suplicaba a la señora Utley que le dejara casarse con su hija.

—Menuda casa —dije, mientras la mansión de estilo Tudor aparecía frente a nosotros—. ¡Dios mío!

—Están todos fuera —respondió—. Mamá en París con Maureen. Mi padre en

algún sitio, de negocios. Nunca sé dónde. Kitt y Mary Pat en el colegio, en el Sagrado Corazón. Jerry normalmente está con papá. Sandro haciendo un posgrado en Yale. Desmond es médico, trabaja en el Hospital Santa Mónica, en el centro. Este, más o menos, es el resumen.

—¿No hay esclavos?

—Sí. Muchas chicas irlandesas, pero no creo que estén. Lo más probable es que solo esté Bridey. Es la jefa.

Nos detuvimos frente a la puerta principal, Constant sacó la llave y entramos. Atravesamos el recibidor. Ante nosotros había una impresionante y sinuosa escalera con una barandilla de hierro forjado. A la izquierda, un enorme salón, profusamente decorado en damasco rojo oscuro y amueblado con lo que parecían piezas de estilo Chippendale. Me quedé mirando.

—Mamá siempre está redecorando —dijo Constant—. Nunca sé qué voy a encontrarme. La última vez que estuve aquí esta sala era verde.

Aquella sala no la utilizaban mucho. Era, en palabras de Constant, «para enseñar», y solo la usaban para las fiestas o cuando el cardenal Sullivan venía a cenar, o en la magnífica ocasión en la que se recibió al Papa. ¿Existía alguien que no supiera que el Papa había visitado la casa de los Bradley en Scarborough Hill durante su último viaje a Estados Unidos? Naturalmente, alguien habría, pero no existían muchos católicos que no lo supieran y, desde luego, todos y cada uno de los alumnos de Milford lo sabíamos. Aquello situaba a Constant en una posición muy alejada del resto. «El Papa visitó a su familia», decían siempre los maestros cuando hablaban de él, y lo decían con admiración.

En la intimidad utilizaban la estancia que llamaban «sala familiar», hasta que Sally Steers, su decoradora, convenció a Grace de que empezara a llamarla «la biblioteca». En el lugar de honor, sobre la chimenea, colgaba una gran fotografía a todo color de Su Santidad. En el resto de la sala, encima de las mesas, había fotografías familiares, incluyendo el retrato de felicitación navideña hecho por el estudio Bradford Bachrach, con Gerald, Grace y todos sus hijos, a excepción de Agnes, posando muy formalmente frente a la chimenea del salón, felicitación que se enviaba a una lista, cada vez más extensa, de más de mil personas. Había fotografías de Gerald con personalidades políticas: Lyndon Johnson, Hubert Humphrey y Eugene McCarthy, todos los cuales habían cenado en Scarborough Hill. Había fotografías de las niñas vestidas de Amazonas, con cascos de terciopelo, y de los chicos ataviados con distintos atuendos deportivos, incluido Jerry, antes del accidente, erguido y guapo, con ropa de esquí en las pistas de Aspen. Había copas y trofeos sobre la repisa de la chimenea y en las estanterías de la librería, y escarapelas rojas y azules de concursos hípicas enmarcadas en las paredes. También estaba allí el piano que a Grace le gustaba tocar después de la cena, cuando reunía a sus hijos alrededor suyo para cantar canciones irlandesas.

Constant reparó en que había dos abrigos en el banco del recodo de la escalera,

colocados de manera informal, como si sus propietarios los hubieran dejado allí en un apuro. Uno era un abrigo masculino y el otro, un abrigo de piel, de visón o marta cibelina. Por aquel entonces yo no sabía diferenciarlos. Constant cogió el abrigo de piel y examinó el forro de satén. La etiqueta era de Revillon Frères y tenía las iniciales STS entrelazadas. Una mirada distante y extraña apareció en su rostro, mientras dejaba caer de nuevo el abrigo en el banco.

—¿Han vuelto tus padres? —le pregunté.

Me hizo un gesto para que no hablara y lo siguiera. Atravesamos una puerta que desembocaba en un pasillo del servicio y se asomó a la cocina buscando a Bridey, pero no estaba allí. Lo seguí por una escalera trasera. Abrió una puerta del segundo piso que daba a otro pasillo, se asomó primero y después se encaminó hacia el cuarto de costura, donde localizó el sobre bajo la cesta de Bridey. Después volvimos sobre nuestros pasos y nos dirigimos a la primera planta.

—No creo que debamos salir por la puerta principal —dijo. Hablaba en voz baja, como si temiera que lo escucharan desde arriba—. Saldremos por la cocina.

—Nunca había estado en una casa tan grande. Me gustaría ver algo más que las habitaciones traseras y las escaleras de servicio, la verdad —dije.

—En otra ocasión —contestó. Mientras que a los demás hermanos todavía les asombraba un poco vivir en una casa tan enorme, a Constant y Kitt, los más pequeños, les parecía de lo más normal. Era algo natural para ellos; siempre habían vivido allí.

Después, de vuelta en el colegio, cuando le pregunté qué había pasado en su casa, me dijo:

—Ese abrigo de visón no era de mi madre.

—Y el otro abrigo, ¿era de tu padre?

—Sí —respondió.

—¿Pero...? —deseaba que me detallara lo que yo pensaba que quería decir.

Su ceño se frunció levemente, nublando la claridad de su frente. Había visto aquella expresión con anterioridad. Aparecía cada vez que percibía el mínimo atisbo de crítica hacia un miembro de su familia. Yo sabía que aquello significaba que no debía seguir con el tema, y así lo hice.

A la mañana siguiente, en la pista de tenis, Constant y yo tuvimos que esperar a que Kitt y Mary Pat acabaran la clase con su profesor antes de empezar nuestro partido. «Hola, chico», dijo Kitt al salir de la pista. Kitt llamaba «chico» a todo el mundo. Todos ellos lo hacían, pero Kitt especialmente. Cuando te llamaba así, sabías que habías sido aceptado. No eras exactamente uno de ellos, pero sí una de las personas que orbitaban alrededor de su magnificencia.

Constant era el favorito de todos en la familia. Desde muy pequeño lo habían adulado hasta la extenuación. Kitt era la favorita de Constant. Poseía ese tipo de

atractivo que no está conectado con la belleza, pero que es más impactante, y una actitud superficial y directa que hacía las delicias de sus hermanos y preocupaba a su madre.

—¿Dónde está *ella*? —preguntó Kitt al pasar junto a una nueva criada de expresión asustada que le abrió la puerta de la casa de su madre. A menudo, Kitt se refería a su madre como *ella*.

—En la despensa.

—¿*Madre*, en la despensa? ¿Haciendo qué? ¿Despidiendo a la cocinera?

—Está arreglando las flores.

—Oh, sí, las flores.

En esa época, cuando la conocí, Kitt era alumna del Colegio del Sagrado Corazón, situado en otra pequeña ciudad de Connecticut. Las señoritas Bradley no iban a Farmington ni a Foxcroft. Iban a las Damas, que era como se llamaba a las hermanas del Sagrado Corazón. Las Damas eran la aristocracia de las monjas; ellas también procedían de buenas familias, familias ricas. Más adelante descubrí que Agnes Bradley, la mayor de las hermanas, deseaba tomar los hábitos y convertirse en una Dama, pero la locura se interpuso. Su locura. El tema del que nunca se hablaba en la familia. Lo mismo podría haber estado muerta, tan muerta como el hermano que había fallecido cuando derribaron su avión en Vietnam. Agnes estaba internada en una residencia en Maine, atendida no por Damas, sino por monjas que trabajaban duro y que, de no ser por la llamada del Señor, se hubieran convertido en enfermeras o en trabajadoras sociales. Nadie hablaba de Agnes excepto Kitt, que iba a visitarla cada año antes de Navidad y también el día de su cumpleaños. Una vez me llevó con ella. Agnes creyó que yo era Constant, al que solamente había visto cuando era un bebé, y Kitt me hizo una seña para que fingiera serlo. Hubiera sido demasiado complicado, me dijo después, explicar quién era yo y qué relación tenía con ella. Excepto por su mirada ausente, Agnes tenía la apariencia y la voz de su padre. Su mente, sin embargo, era la de una niña de diez años. Kitt le llevó un rosario de plata bendecido por el Santo Padre en Roma porque Agnes aseguraba que había alguien que siempre le robaba el suyo. Kitt era infinitamente paciente con ella. Agnes, con sus labios sin pintar, hablaba sin cesar de la Virgen María y del poder de la oración. «Te llamaré el domingo», le dijo Kitt al marcharse. «Oh, ¡yupi!, ¡yupi!, Domingo de Trinidad», contestó Agnes, aplaudiendo.

Mi dulce y querida Kitt. Yo creía que me amaba, como ciertamente yo la amaba a ella. Pero todo eso pasó después, y no es más que una subtrama de la historia que quiero contar. Es mi participación en aquella tempestad emocional lo que me lleva a mencionarla tan pronto en este relato. Mi conocimiento de los hechos que relataré a continuación es, en su mayoría, de primera mano. El resto proviene de conversaciones con Constant y Kitt y, en algún caso, con sus primos menos conocidos, Fatty y Sis Malloy. «Hablo demasiado», dijo Kitt una vez. «Todos están en mi contra. Incluso Pa y, asumámoslo, soy el ojito derecho de Pa».

Por razones que tienen que ver con el contexto de su época, Gerald y Grace Bradley nunca fueron ni aceptados ni recibidos en los círculos sociales de su ciudad, ya que por aquel entonces los irlandeses —incluso los irlandeses ricos, y los Bradley eran muy ricos—, no eran considerados personas del todo adecuadas. «No son el tipo de gente a la que uno invita a cenar», decía Leverett Somerset, con su manera despreciativa de hablar. Detestaba a los irlandeses, particularmente a los Bradley. El dinero de los Bradley no tenía un origen elegante. No procedía de los seguros, la banca, las acciones o los bonos. El padre de Gerald, Malachy, quien amasó el núcleo de lo que después Gerald convirtió en la fortuna Bradley, había sido un carnicero que prosperó en el negocio de la alimentación y que, antes de morir, se convirtió en presidente de un pequeño banco en la zona irlandesa de la ciudad. Años después, Gerald siempre se referiría a su padre como banquero, pero los que lo recordaban, en especial gente como los Somerset, lo hacían siempre como carnicero. Gerald estudió en los colegios católicos de la ciudad, en la Universidad Católica de Washington y en la Facultad de Derecho de Harvard. Su ya de por sí próspera situación financiera se vio reforzada gracias a su matrimonio con Grace Mallory, la hija de un fontanero que había prosperado en el negocio de los suministros de fontanería. En base a los criterios de la época, las rentas combinadas de los recién casados los convertían en adinerados. En un periodo de tiempo relativamente corto, Gerald pasó a ser considerado el mejor abogado católico de la ciudad y se convirtió en el responsable de los asuntos legales del obispo y la Iglesia. Todo un genio en cuestiones de dinero, en particular en la adquisición de bienes inmobiliarios, Gerald dobló, triplicó, cuadruplicó, y así sucesivamente, el dinero original del carnicero hasta niveles estratosféricos. Al mismo tiempo, Grace paría niños Bradley uno detrás de otro.

Los Bradley eran desmesuradamente admirados por la comunidad irlandesa de la que procedían, pero los protestantes, que eran quienes controlaban los negocios, la política y los círculos sociales de la ciudad, los rehuían. En aquella época los irlandeses, los polacos, los italianos y los judíos vivían en la zona este de la ciudad, mientras que los protestantes vivían con más refinamiento en el lado oeste. Para todo el mundo resultó una sorpresa que Gerald Bradley comprara la vieja mansión de Scarborough, antigua residencia del gobernador del mismo nombre, en la elegante zona de Scarborough Hill, y la sorpresa fue doble cuando Gerald Bradley derribó la venerable casa y construyó en su lugar una mansión todavía más grande, de piedra gris y marrón, de estilo Tudor. Puede que no fuera la casa más elegante de la ciudad, pero ciertamente era la más grande, y su construcción generó infinidad de comentarios, no todos favorables, además de una considerable caravana de coches con curiosos que se asomaban por las ventanillas para contemplar la vasta estructura. Para entonces el apellido Bradley estaba en boca de todos.

—¿Quién se ha creído que es esta gente? —preguntó Piggy French, una de sus nuevas vecinas.

—Ahora soy vecino del hijo del carnicero —dijo Leverett Somerset, un comentario que se repetía una y otra vez en el club de campo, un club tan exclusivo que no tenía otro nombre más que El Club de Campo, «con la E de El en mayúsculas», como decía siempre Leverett Somerset.

Conocedores de las restricciones propias de la situación, los Bradley no realizaron tentativa alguna de relacionarse con sus refinados vecinos. Tampoco se juntaban demasiado con los irlandeses, de los que se habían distanciado debido a su inmensa fortuna. Disfrutaban de su propia compañía. Los gritos, las risas y la rivalidad juguetona que emanaban de la piscina y de la pista de tenis de los Bradley resonaban en el ambiente de aquella comunidad sosegada. «¡Caramba! Qué cantidad de ruido hacen estos Bradley», dijo en más de una ocasión Louise Somerset, la mujer de Leverett. Las dos familias no estaban destinadas a entenderse. Louise Somerset nunca llegó a saber si la tarjeta de condolencia que le envió Grace Bradley tras la muerte de su madre fue una impertinencia o un acto de bondad por su parte.

Gerald imponía una férrea disciplina a sus hijos, exigiéndoles que estuvieran siempre a la altura de su orígenes católicos, incluso cuando los preparaba para su infiltración en el mundo protestante de las escuelas privadas, las clases de baile, los veranos en la costa, los clubs de campo y las universidades de élite. Grace, poniendo de su parte en dicha infiltración, realizó generosas donaciones a la orquesta sinfónica y asistió a todos y cada uno de los conciertos de invierno, acompañada de una o más de sus hijas y llevando un abrigo de visón que, según le comentó a todo el mundo su vecina, la señora Somerset, era demasiado largo. «La señora Bradley es muy agradable», dijo un día la señora Somerset después de una reunión del comité de la sinfónica, «pero desearía que no llevara guantes cuando sirve el té».

El asombro fue generalizado cuando se propuso a Gerald Bradley como socio de El Club de Campo, porque hasta entonces nunca había habido ningún miembro irlandés y católico. Los Prindeville, socios de toda la vida, también eran católicos, pero como Helen Prindeville se apresuró a decir, eran católicos franceses, lo que a su parecer era algo completamente distinto. Piggy French, Buzzy Thrall y Neddie Pawson, en representación de la mayoría de los socios, estaban dispuestos a vetar a Gerald Bradley. Ninguno de ellos reparó en Corky, el camarero, que escuchó los comentarios mientras les servía unas bebidas en el bar privado de caballeros y que posteriormente los repitió, palabra por palabra, a los demás empleados, muchos de los cuales habían crecido en Bog Meadow. Piggy French llegó a decir que Gerald Bradley no podía pertenecer a ningún club.

—Carece de modales —coincidió Buzzy Thrall.

—¿De dónde crees que viene todo ese dinero? —preguntó Neddie Pawson—. ¿Estamos seguros de que es legal? Quiero decir, ¿cómo puede uno ganar tanto dinero en tan poco tiempo y que todo sea legal? No nos llegarán noticias de fraudes en un futuro, ¿verdad, Leverett?

—No, no, no —dijo Leverett Somerset, impaciente—. Te guste o no, y a mí no

me gusta, muchísimas gracias, el hombre es un genio de las finanzas. Debería estar en el gobierno, lidiando con el déficit, y no tratando de entrar en sociedad.

—La única sociedad a la que va a acceder en su vida es la Society of the Holy Name^[1] —dijo Buzz Thrall, y todos rieron.

—He oído que mantiene a una querida. Sally Steers, la decoradora de la familia —dijo Piggy French.

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó Leverett Somerset.

—Fue a Farmington con Eve Soby —contestó Piggy French—. Le ha regalado un abrigo de visón.

—Tú también —dijo Leverett.

—¿Yo también qué?

—Mantienes a una querida.

—Pero yo no invito a curas ni a papas a tomar el té. Y, además, yo no la *mantengo*. Yo la *veo*. Son dos cosas muy diferentes.

La sesión, a puerta cerrada, fue tempestuosa. Se dijeron cosas amargas. Finalmente, sin embargo, todos accedieron, aunque con desgana. Fue, se dijo, una compensación; un trato silencioso entre Gerald Bradley y su vecino, Leverett Somerset, relacionado con un negocio arriesgado de este último que, viéndose en un apuro económico, permitió que el hijo del carnicero lo rescatara. Gerald Bradley también accedió a hacerse cargo del coste de las reparaciones de la puerta de entrada del club, dañada por un huracán reciente, y que la póliza de seguro no cubría.

Uno de los socios más indignados con la decisión fue el viejo obispo Fiddle, el prelado episcopal, que había vuelto a Scarborough Hill para retirarse después de una larga y acomodada carrera eclesiástica en París. Su madre había nacido en Scarborough, era la hermana del difunto gobernador y él era tío de Louise Somerset. Que los Bradley pasaran a formar parte del club le parecía algo indignante y expresaba en alto su opinión a cualquiera que estuviera dispuesto a escucharlo, pese a la objeción de su mujer.

Un jueves por la noche, mientras los Bradley entraban en tromba en el comedor, el obispo señaló a Gerald haciendo un aspaviento con su cuchara. Estaba comiendo helado de vainilla. Su paciente y sufrida esposa le había atado una gran servilleta alrededor del cuello para que no se manchara de helado la armilla púrpura que vestía bajo su traje negro. En el cuello llevaba también una cadena de oro de la que colgaba una cruz que había metido en el bolsillo izquierdo de su pecho. Cuando hablaba, los tonos estentóreos de su voz, norteña y entrecortada, recorrían el gran comedor.

—Encuentro fascinante que el club se haya vuelto más liberal en sus normas y haya permitido que una persona tan notoria como usted se convierta en socio —dijo el obispo. Un hilillo de helado de vainilla le surcaba la barbilla.

Gerald, que odiaba el tono de aquel tipo de voz, se inclinó hacia el obispo.

—Que le jodan, obispo —le susurró al oído.

El anciano enrojeció de ira.

—Qué ha dicho —le preguntó a su mujer.

—Ha dicho «que le jodan, obispo» —contestó ella.

Aquella noche las risas y el regocijo no cesaron en la mesa de los Bradley. Solo Grace, que deseaba que la aceptaran en sociedad, no participó en la diversión. Después de todo, protestó, era ella la que iba a tener que encontrarse con la señora Fiddle en la siguiente reunión del comité de la orquesta sinfónica.

—Yo pensaba que los Somerset eran jodidamente ricos —le dije a Constant cuando me contó la historia de cómo se había convertido su familia en socia de El Club de Campo.

—Bueno, lo son, o lo eran, pero lo que han hecho ha sido dejar su dinero quieto, muy al estilo blanco, anglosajón y protestante, mientras que la gente lista, como mi padre, que entiende que el dinero tiene que moverse, invertirse y sacarse en el momento adecuado para reinvertirse en algo diferente, ya sea el mercado inmobiliario o la bolsa o lo que sea, se hace más y más rica. Y, después de siete o diez años, los Somerset, en su día florecientes, parecen pobres en comparación con nosotros.

Cada jueves, más comúnmente conocido como el día libre de las cocineras, muchos de los socios y sus familias cenaban en el club. Los Bradley adquirieron pronto esta costumbre y llegaban puntualmente a las siete y media con su numerosa prole. Ocupaban una mesa larga, con Gerald en un extremo y Grace en el otro, y durante los diecisiete años que pertenecieron al club, hasta que se fueron de la ciudad después de la muerte de Winifred Utley, nunca se tomaron a mal que los socios protestantes no los recibieran más que con una inclinación de cabeza y que nunca, ni siquiera una vez, los llamaran por sus nombres de pila. Ellos, por su parte, se sentían especiales, los más exitosos de entre los de su clase.

Mi familia también tenía las mismas creencias y procedía de la misma tradición. Nosotros también éramos hijos y nietos de inmigrantes que habían prosperado en Nueva Inglaterra; pero nuestra prosperidad, aunque pregonada en nuestra ciudad, era moderada en comparación con la prosperidad de los Bradley, quienes cincuenta o sesenta años atrás, según mi abuelo, que los admiraba en exceso, ya habían acumulado una riqueza comparable a la de los Rockefeller. Mi padre, sin embargo, sentía menos admiración, especialmente hacia Gerald Bradley. Decía que su dinero era sucio, que se asociaba con gente indeseable para obtener sus ganancias y que, dentro del círculo empresarial, Gerald Bradley tenía fama de hacer negocios turbios. A medida que me hago mayor pienso cada vez más en las cosas que me decía mi padre. Cuando aún vivía, sin embargo, hacía todo lo posible por evitar su presencia, sabiendo como sabía, ya desde niño, que yo era una decepción para él y no el tipo de persona que él hubiera escogido como su único hijo de haber tenido esa opción. Si hubiera vivido más tiempo, probablemente le hubiera decepcionado aún más. A menudo, yo era una fuente de descontento, al revés que los hijos de los Bradley, los

cuales, en su mayor parte, hacían las delicias de sus padres. Pero nosotros éramos diferentes de los Bradley. No éramos tan ricos, ni por asomo. Éramos simplemente adinerados. Aunque mi padre era un hombre con prestigio, incluso exitoso, nunca ascendió del cargo de vicepresidente en la sucursal de Derby de una gran compañía de seguros de Hartford. Teníamos Oldsmobiles, no Cadillacs. La sirvienta nos hacía también de cocinera. A mí me enviaron a buenos colegios, pero parcialmente becado. Incluso nuestro catolicismo era diferente. No lo negábamos, pero minimizábamos su importancia. El suyo era llamativo, incluso ostentoso. Iban a misa en la catedral de San Martín de Tours, a la que Gerald había donado el rosetón y el carillón, y se sentaban en dos de los bancos delanteros, siempre los mismos, uno detrás del otro, como si estuvieran reservados para la familia, como ocurre con los asientos de la ópera los lunes por la noche. Grace, ostentosamente pía, controlaba con frecuencia a su prole y daba instrucciones en susurros. «Constant, mira al altar» o «Canta más alto, Mary Pat». Todos tenían rosarios de plata, bendecidos por el Santo Padre en Roma, y misales. Todos tomaban la comunión, el padre, la madre y los ocho hijos. Eran perfectamente conscientes de que se les observaba y eso les gustaba. «Qué familia tan maravillosa», decían los feligreses mientras contemplaban a las mujeres, con sus cuellos devotamente arqueados bajo sus mantillas de encaje negro, y escuchaban las voces reverberantes de los hombres en la letanía. Tras el servicio, en las escaleras de la iglesia, se relacionaban un poco y hablaban afablemente con los conocidos, o con la gente a la que les acababan de presentar, o con el sacerdote que había oficiado la misa. Grace, que ya por entonces compraba en París, siempre se esforzaba mucho para vestirse de un modo que provocara las miradas de admiración de las parroquianas. Después volvían a casa para su desayuno dominical, que consistía en bandejas con montañas de tocino y huevos, servidos por criadas irlandesas ataviadas con uniformes negros y cocinados por Bridey Gafferty, una mujer regordeta que llevaba años y años en la familia y que sabía, sin que hiciera falta decírselo, cómo le gustaban los huevos a cada uno. Los Bradley tenían unos primos, a los que raramente veían, que vivían en una parte de la ciudad conocida como Bog Meadow, donde las familias de Grace y Gerald también habían vivido una vez. Los primos, llamados Fatty y Sis Malloy, eran los hijos del hermano de Grace, Vinny, que nunca había tenido éxito en la vida. Fatty, con su cara típicamente irlandesa, se habría convertido en policía o en bombero si la hermana de su padre no se hubiera casado con un hombre que había prosperado tan magníficamente, y que bajo ningún concepto quería tener un sobrino con uniforme azul oscuro que un día pudiera suponer una vergüenza para sus hijos Bradley. Los Malloy no encajaban, pero a veces les invitaban a desayunar los domingos, después de misa. Aquello era un regalo para Fatty y Sis, pero un trabajo para el resto, Grace incluida, de quien eran sobrino y sobrina. Luego Constant, que imitaba a Fatty a la perfección, incluso en la manera en la que sostenía el tenedor y salivaba frente a sus huevos pasados por agua con su papada, provocaba lágrimas de risa a la familia mientras reinterpretaba algo

que su primo había hecho en la mesa del desayuno. Grace era la única que no se reía.

Las comidas en casa de los Bradley eran muy animadas. Se alentaba la conversación y la discusión sobre todo tipo de temas: religión, política, cultura. «Opiniones, tenéis que tener opiniones», escuché a Gerald decirles una y otra vez. Durante la cena siempre se servía vino y, a veces, también durante la comida, aunque no hubiera invitados. Gerald era partidario de enseñar a sus hijos a beber en casa. «Siempre he tenido la teoría de que un joven o una joven tendrá menos tendencia a hacer el ridículo en la universidad si aprende a beber bajo su propio techo, en presencia de su padre y de su madre. ¿Tengo razón o no, Grace?».

—Sí, querido —contestaba Grace, que nunca se mostraba en desacuerdo con su marido aunque realmente no aprobara aquella práctica—. Pero no cuando esté aquí Cardenal —añadía, negando con la cabeza.

—Bébelo a sorbos, no de un trago, Constant —decía Gerald.

—Tú no, Kitt, eres demasiado joven —intervenía Grace.

—Solo un vaso, señorita Kitt —concedía Gerald.

Dado lo numeroso de la familia, con frecuencia se celebraban cumpleaños, graduaciones y aniversarios, y todos eran conmemorados con brindis, en los que cada miembro de la familia alzaba su copa para brindar por el homenajeado. Todos estaban de acuerdo en que Constant era el que mejores brindis pronunciaba. «Habla tan bien y de manera tan espontánea», decía siempre Grace.

Constant Bradley, mi amigo, era un joven espectacular en todos los sentidos. Parecía demasiado bueno para ser verdad. Su nombre, su aspecto y su atlético metro ochenta y ocho desafiaban la realidad. Poseía una cara refinada que sus padres no tenían y su tono de voz era mucho menos estridente que el de sus progenitores y hermanos mayores. Sus modales, ingenio y estilo despertaban infinidad de comentarios, especialmente entre las jóvenes de los diversos internados de Connecticut y Massachusetts que habían oído hablar del apuesto heredero de la fortuna Bradley. Tenía facilidad para los deportes, en especial los deportes considerados de caballeros: tenis, golf, *squash*, *lacrosse* y vela. Pese a que la riqueza de su familia se remontaba solamente a dos generaciones, había adquirido todos los signos externos del privilegio y los llevaba con la arrogancia, no poco atractiva, de un patricio. Quizás, tras aquel aspecto espléndido había una sombra de amenaza, pero yo no la había percibido entonces y, de haberlo hecho, la habría considerado un realce. Todas las hijas de las familias protestantes que detestaban a los Bradley estaban locas por Constant. Su rubia presencia dejaba jadeantes de deseo a las debutantes de todos los salones de los clubs de campo en los que bailaba, y en especial a la joven Louise Somerset, la hija de Leverett Somerest, a la que llamaban Weegie. Cualquiera de estas jovencitas habría desafiado a su familia si Constant se hubiera interesado por ellas, pero Constant, ya entonces, se sentía atraído por el fruto prohibido, y el fruto

prohibido era Weegie Somerset, que en dos años iba a convertirse en la debutante más guapa de la temporada y en el mejor partido de la ciudad.

La fascinación de ambos había sido mutua desde que se conocieron en las clases de baile de la señora Winship, cuando tenían trece años. Él acudió a los bailes del colegio de ella, y ella, a los del suyo. A él lo invitaron a las fiestas de la casa de ella, donde nunca había sido invitada su familia, y donde lo único católico e irlandés que había eran las criadas, con sus uniformes de seda negra y sus delantales y cofias almidonadas, que le sonreían con aprobación, sabedoras de que era el hijo de Gerald y Grace Bradley.

Mi amistad con Constant fue una sorpresa para mí. Yo era uno de los alumnos menos llamativos de nuestra clase en Milford, uno de los chicos callados, pese a que poseía un grado de popularidad poco habitual. Mantenía las distancias respecto a mis compañeros, aunque esa distancia era más que nada un acto de defensa propia. Deseaba ser uno de ellos. Constant jugaba muy bien a *bridge*, lo que lo convertía en uno de los favoritos del señor Fanning, el profesor de francés, muy aficionado a las americanas de *tweed* y que recibía al grupo de *bridge* en sus habitaciones cada noche después de la cena y antes del aula de estudio. Yo no formaba parte de ese grupo. No me gustaba el señor Fanning, a quien solo parecían interesarle los chicos ricos.

Fue el señor Fanning el que se acercó a mí una noche, en la sala de estudio.

—Harrison —dijo—, el director quiere verte en su despacho. Inmediatamente.

Se me aceleró el corazón. Me pregunté qué habría hecho mal. El señor Fanning, que por lo general se mostraba displicente conmigo, me miraba con cara de preocupación.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—Tienes que ir al despacho del director —repitió con firmeza.

Allí, en el despacho del doctor Shugrue, donde solamente había estado una vez, cuando mi padre me inscribió en Milford, me comunicaron que mi madre y mi padre habían sido asesinados. No lloré, aunque me hundí en la silla frente a su mesa mientras me explicaba los hechos de aquel horrible suceso.

—La señora Shugrue está preparando la habitación de invitados para que pases la noche —dijo.

Cuando volví a la sala de estudio para recoger mis libros y mis papeles, ya circulaba la impactante noticia. Todo el mundo me miraba. Constant Bradley, atento, me ayudó a reunir mis cosas. Al día siguiente mi tía Gert vino a buscarme para llevarme a casa. Al marcharnos, consciente de que los chicos me miraban desde las ventanas, deseé que hubiera traído el Oldsmobile de mi padre, negro y con ruedas de banda blanca, en vez de su Chevrolet, que tenía cuatro años y necesitaba urgentemente un lavado.

Después de que el detective Stein, que estaba investigando el caso, viniera un día

al colegio para informarme de que no había pistas acerca del doble asesinato, Constant me buscó. En realidad la noticia del caso no excedió nunca los límites de la ciudad donde se había producido, pero en Milford todo el mundo estaba al corriente. El doctor Shugrue, el director, había exhortado a los chicos a que no me hicieran preguntas cuando volviera, una petición que Constant ignoró. Al principio, su interés por mí no era más que una contundente curiosidad. Me preguntó el tipo de cosas que nadie, por cuestiones de tacto, se atrevía a preguntar. Si las preguntas las hubiera hecho otra persona, yo las hubiera ignorado o me hubiera ido, pero estaba embelesado con su atención y le respondí, descubriendo que tenía ganas de tener un amigo en quien confiar. Cuando me preguntó si quería escaparme al pueblo una tarde, algo que estaba prohibido, para ver una película que tenía ganas de ver, me sentí entusiasmado de ser su cómplice, pese a que yo era de los que nunca se saltaban las normas. Pronto nos hicimos inseparables. Poseía el equipo de música más sofisticado y caro de todo el colegio, y cada semana le llegaban casetes con las últimas novedades de una tienda de discos de Nueva York. Se sabía de memoria todas las letras de todas las canciones de James Taylor. Fumábamos marihuana y bebíamos cervezas, con el riesgo de ser expulsados. Para mí era muy emocionante. No me importaba chivarle las respuestas en los exámenes; me lo tomaba incluso como un honor. A veces, entre la confesión del sábado por la tarde y la comunión del domingo por la mañana, sucumbía a unos potentes deseos sexuales y se masturbaba. «Me la casco», me dijo. En aquella época se la cascaba mucho, especialmente cuando llegaba el último número de *Playboy*. En ocasiones, no siempre, yo le acompañaba en la experiencia masturbadora. Este tipo de cosas no eran inusuales en un internado, pero mis ojos se fijaban en él, no en la *Playboy*. A la mañana siguiente, Constant, temeroso de la ira del director si no comulgaba, recorría el pasillo central de la iglesia en dirección a la fila de la comunión donde, temeroso también de la ira de Dios y de sus promesas de condena eterna en el doloroso infierno si recibía el sacramento en pecado mortal, se perdía entre la multitud de comulgantes y retornaba a su banco, la cabeza inclinada en una pía oración poscomunión, sin haber recibido el sacramento, aunque nadie era consciente de su estratagema.

En nuestra clase había un chico sudamericano llamado Diego Suarez. Era hijo de un rico y elegante diplomático de Washington, y todo el mundo, por razones obvias, le llamaba Fruity^[2]. Él hacía ver que no le importaba aquel mote. Era un canalla, un cotilla y un personaje impopular, y también el único elemento exótico en medio de aquella juventud católica. Cuando empezaba a refrescar en otoño, se ponía el abrigo por encima de los hombros de una manera un tanto extravagante y llamativa, con las mangas colgando a ambos lados o bien girando como un torbellino cuando se daba la vuelta, súbitamente, para dirigirse a alguien. Era un estilo que había hecho famoso el duque de Windsor, nos dijo, que había sido un gran amigo de su abuelo en Palm Beach, aunque pocos de nosotros sabíamos entonces quién era el duque de Windsor. Fruity había pasado un verano en Beverly Hills y nos contaba, con enorme aplomo y

conocimiento de causa, historias lésbicas entre estrellas de cine, lo que conmocionaba, desilusionaba o despertaba el interés de su público adolescente. «Oh, sí, es totalmente cierto», nos decía. «Todo el mundo en Hollywood está al tanto. Es un romance público y notorio».

Fue Fruity quien extendió el rumor de que yo estaba fascinado con Constant Bradley. «Veo que el famoso carisma Bradley te ha hechizado, Harrison», me dijo un día, camino al aula de estudio, con su voz afectada y bien alto para que todos lo oyeran. «No puedes sacarle los ojos de encima». Yo enrojecí. Durante un tiempo, todos en la escuela hablaron de esto. Constant, despreocupado, se tronchaba de la risa con la historia mientras yo sufría en silencio. Se pronunciaron desmentidos. La historia acabó muriendo. Un tiempo después, Fruity Suarez fue expulsado del colegio por insinuarse a Jerome O'Hagen, el capitán del equipo de fútbol, quien lo denunció al director. En secreto, yo estaba encantado de que Fruity se fuese, aunque guardé silencio y no expresé mi alegría. Años después, en el Concorde, cuando iba camino de París para cubrir el funeral de Marlene Dietrich, me encontré con un compañero de clase de aquel periodo y estuvimos recordando la época de Milford. «¿Qué crees que fue de Fruity Suarez?», preguntó. «Como que se esfumó, ¿no?». Reflexioné durante un momento, preguntándome si debía decirle lo que sabía. «Sí, se esfumó», le respondí finalmente. «Por lo que sé, hasta puede que esté muerto».

Hechizado. Qué palabra tan extraña. ¿Estaba hechizado por Constant Bradley? Sí, lo estaba. Estaba completamente hechizado por Constant Bradley.

A menudo decía que, comparada con los Bradley, mi familia era solamente adinerada, pero cuando se liquidó la herencia de mis padres y nuestra casa se vendió, resultó que no lo éramos en absoluto. Al parecer, mi padre había hecho algunas malas inversiones. Había un seguro, pero yo tenía pocos activos y ningún pariente al que recurrir a excepción de mi tía Gert, la hermana mayor de mi padre, una dama soltera que me habría acogido e incluso adoptado, una perspectiva que no me atraía en absoluto. Su vida era gris. Recaudaba dinero para los Padres de Maryknoll, que ejercían de misioneros en lugares lejanos. Y yo, por aquel entonces, ya había probado lo que era el estilo de vida de gente como los Bradley.

—¿Quieres quedarte alguna cosa? —me preguntó la tía Gert. Estaba envolviendo las copas y la porcelana en papel de periódico.

—¿Para?

—Para cuando te cases.

—¿Como qué?

—La mesa del comedor era de tu abuela. Y el aparador.

—Pues supongo que sí, entonces.

Después, cuando salíamos, me dijo:

—¿De dónde has sacado esa corbata? Tiene pinta de ser muy cara.

—Es muy cara. Turnbull and Asser, Londres. Es de Constant. Me deja ponerme sus corbatas.

—¿No estás viendo demasiado a esa gente?

—No creo. Me gustan. Me encanta su estilo de vida. Es emocionante.

—A tu padre no le habría parecido bien.

—Pero mi padre está muerto.

Se dio la vuelta.

—¿Sigues en contacto con el detective Stein? —preguntó.

—No.

—¿Por qué?

—Si tuviera algo que decirme, estoy seguro de que habría contactado conmigo —respondí. No me gustaba hablar del asesinato de mis padres.

—Mañana es el aniversario de la muerte de tu padre.

—De la muerte de mi padre y de mi madre.

—Sí, claro. He encargado una misa. Vendrás, ¿verdad?

—De acuerdo.

—¿Eso que estás bebiendo es cerveza? Eres demasiado joven para beber, Harrison.

—El señor Bradley opina que la gente joven debería aprender a beber en casa. Ellos sirven vino en sus comidas. Incluso a Kitt, la más pequeña, se le permite beber un vaso. De ese modo, dice, los jóvenes sabrán cómo beber alcohol cuando salgan al mundo.

—¡El señor Bradley, el señor Bradley! Eso es todo lo que te oigo decir. Esa gente te ha embrujado, Harrison.

—Me gustan. Me gusta su vida.

Regresé a Milford para acabar mi penúltimo curso y en junio volví a visitar a Constant, tras recibir una carta de su madre invitándome. Kitt y Mary Pat estaban en casa, recién llegadas del colegio de monjas. La vida de los Bradley se asemejaba a un verano interminable de tenis, natación y golf en el club. Siempre había jugadores profesionales de tenis y de golf dando clases a los niños, y a menudo se quedaban a comer. Se celebraban bailes en El Club de Campo. A la familia le gustaba que fuera con ellos porque siempre se podía contar conmigo para que bailara con las hermanas de Constant, con las que nadie bailaba, mientras Constant estaba en la pista bailando con Weegie Somerset. A Constant lo invitaban a fiestas a las que no invitaban a sus hermanas.

—¿Por qué tienen todas nombres tan maravillosos como Polly y Jiggsie y Gussie y Weegie, mientras nosotras no somos más que Mary Pat y Maureen y Agnes? —preguntaba Kitt mientras miraba a las chicas más populares de la pista de baile.

—Bueno, a las niñas Minskoff tampoco las invitan y las lleva un chófer al colegio —dijo Grace.

—¿Se supone que eso es un consuelo, madre? —preguntó Kitt.

Pese a que Constant todavía estaba castigado por su expulsión del colegio, la opulencia de su vida no había disminuido en absoluto. Por su decimoséptimo cumpleaños, su padre le regaló un coche nuevo, un Porsche descapotable, con el que dábamos largas vueltas. Un día condujimos hasta New Haven para hacernos unos abrigos *sport* a medida en J. Press. Yo no tenía dinero para extravagancias como aquella, pero Constant, con su patricia indiferencia hacia el dinero, insistió en pagar.

Sus hermanos y hermanas trataron el tema de la expulsión como si fuera una broma. A Gerald lo único que le importaba era que le hubieran pillado, no que las fotografías pornográficas fueran suyas. Le hubiera molestado si hubieran sido fotografías de hombres, no de mujeres, decía, y la familia, a excepción de Grace, se moría de risa. Su enfado lo dirigía al director que había expulsado a su hijo. «Al fin y

al cabo, he hecho bastantes cosas por ese colegio», decía una y otra vez. Grace estaba más preocupada. Insistió para que Constant se confesara con Cardenal durante una de sus visitas, y así lo hizo.

—¿Qué tipo de fotografías eran? —le preguntó Gerald a Constant.

Constant, avergonzado, enrojeció y no contestó.

—Fotos de felpudos, y se veía el rosa —interrumpió Jerry.

Gerald emitió una risa ahogada.

Aquel verano, gran parte de las conversaciones familiares a la hora de la cena giraron en torno a la readmisión de Constant en Milford. Si Constant hubiera dispuesto de más de un año antes de graduarse, Gerald lo hubiera matriculado en otro colegio, pero tenía la sensación de que su hijo no sería capaz de destacar en un solo curso entre chicos que llevaban juntos durante tres. En Milford, Constant había conseguido convertirse en una figura popular; era capitán del equipo de tenis y un estudiante razonablemente bueno, y Gerald detestaba echar todo aquello por la borda porque iba a tratar de que ingresara en Yale el año próximo. El problema era que el director de Milford, el doctor Shugrue, no había mostrado intención alguna de permitir que Constant volviera. Se había sentido particularmente ofendido por la naturaleza de las fotografías pornográficas que había descubierto en la estantería superior del armario de Constant, y lo consideraba como un mal guía moral para los estudiantes más jóvenes, que estaban perfectamente al corriente de las razones de su expulsión.

Una noche, durante la cena, Grace sugirió donar un edificio al colegio.

—¿Qué quieres decir? ¿Donar un edificio? Dios bendito, ya he donado la maldita capilla y el carillón y la torre —respondió Gerald desde el otro extremo de la mesa—. Y aun así echan a mi niño.

—No pronuncies el nombre del señor en vano, Gerald —contestó Grace—. Seguro que necesitan algo. Quizás un pabellón para ciencias, Gerald. O una nueva biblioteca. Siempre necesitan bibliotecas, ¿no?

—¿Y qué hay de tu amigo, el cardenal? —le preguntó Gerald—. ¿No podría ir hasta allí y hablar con Shugrue, Grace? ¿No podrías convencerlo de que lo hiciera?

—Sí que lo haría, sí. Aunque creo que es el doctor Shugrue el que debería ir a ver a Cardenal, no al revés. Después de todo, un cardenal es lo siguiente después del Papa, y un director de colegio es solo un director de colegio.

—Eso tú verás cómo lo organizas. Pero llamémoslo esta noche —dijo Gerald.

—Viene a tomar el té mañana. Hablaré con él de esto —contestó Grace.

—Bien, bien —dijo Gerald.

—¿Y puede ofrecerles de tu parte un pabellón para ciencias? —preguntó Grace—. ¿O una nueva biblioteca?

Yo me preguntaba si me habría sentido tan fascinado por la relación entre Gerald y Grace si no me acordara tan vivamente del abrigo de visón que había visto en el banco del recibidor, un abrigo de visón que no era el de Grace Bradley. En Milford,

cuando los chicos hablaban de Constant después de su expulsión, decían que su padre tenía una querida. Se hablaba de una tal señora Steers, que había sido madrastra de un chico de nuestra clase y que era decoradora en Nueva York, en el elegante estudio de Cora Mandell, la decoradora más prestigiosa del momento. Me di cuenta de que, durante el rato que estuve en la casa, Gerald estaba arriba con una mujer que no era su esposa. Todavía era lo suficientemente joven como para sentirme escandalizado. No solo porque Gerald Bradley tuviera una amante, sino porque había traído a su amante a la casa de su mujer.

—¿Cómo se llama la señora Steers? —le pregunté a su exhijastro.

—Sally. ¿Por qué?

—Por nada. —Me acordé de las iniciales del forro del abrigo de piel.

De todos modos, Gerald y Grace eran un matrimonio sólido, y seguirían siéndolo. Estaban de acuerdo en muchas cosas. La religión era un aspecto importante para ellos. Tenían un mutuo interés en sus hijos y en los logros que anticipaban que traerían a su familia. Pero existía muy poco afecto manifiesto entre ellos. Conversaban durante la cena, en presencia de sus hijos, pero después Grace y sus hijas se sentaban juntas en una sala y charlaban, mientras que, normalmente, Gerald y sus hijos se iban a otra sala, a ver la televisión y a hablar de deportes.

Una noche, yendo de sala en sala, cuando ya llevaba varias semanas en la casa, escuché que Grace decía: «Sí, es encantador. Ojalá fuera más alto. Quiero un hombre alto para mis niñas». Supuse que hablaba de mí. Kitt y Mary Pat estaban sentadas con ella.

—No, lo que tú quieres son hombres altos y *católicos* para tus niñas —dijo Kitt, y todas se rieron.

Al verme, Grace me hizo salir.

—¿De dónde eres, Harry? —me preguntó.

Kitt silbó suavemente mientras leía una revista de moda.

—Ansonia —respondí, en voz baja. Se trataba de una ciudad en la que era poco probable que ellos hubieran estado.

—Probablemente conocerás a los Rooney, ¿los Martin Rooney?

—No.

—Viven en... ¿cómo se llama? ¿Woodside Circle?

—No conozco Woodside Circle ni conozco a los Rooney.

—Ruth era una de las trillizas Cudahy.

—Ni idea.

—Una de ellas se casó con Teddy Aherne.

—Ni idea.

—Todas esas niñas consiguieron unos maridos estupendos.

—Madre, no conoce a los Rooney y, además, los Rooney viven en Greenwich —dijo Kitt, levantando la vista de su revista—. ¿Cómo dices que se llama tu ciudad, Harry?

—Ansonia —repetí.

—Nunca he oído hablar de ella —dijo Kitt.

—Está cerca de Derby.

—Créeme, Ma no conoce a nadie allí. Lo digo sin ánimo de ofender, Harry —dijo Kitt.

—No, no, naturalmente que no —dije yo.

Kitt continuó silbando.

—Es raro que todas las niñas de una familia numerosa católica encuentren buenos maridos —dijo Grace.

—¿Y qué vas a hacer con nosotras, madre? —preguntó Kitt—. Nunca vas a aprobar a nadie que traigamos a casa.

—La virgen llora en el cielo cuando silbas, Kitt —dijo Grace.

—Oh, madre —respondió Kitt.

—Sí, Kitt, es verdad. Lo sé. Pregúntale a Cardenal. No silbes.

—Sí, madre.

Grace se dirigió a mí.

—Harry no parece un nombre de santo —dijo.

—Es el diminutivo de Harrison.

—Ciertamente no hay un san Harrison.

—No, era el nombre de soltera de mi madre.

—¡Ay, no! Eso es algo muy protestante. La madre de nuestro vecino, Leverett Somerset, se llamaba Leverett.

—Pero nosotros no somos protestantes —dije.

—Constant nos ha dicho que tus padres murieron —preguntó Grace.

—Sí.

—¿Un accidente de automóvil?

—No.

—¿Un accidente de avión, entonces?

—No, alguien entró en casa y les disparó.

—¡Dios santo! ¿Quieres decir que los asesinaron?

—Sí.

—¡Qué espanto! ¿Te molesta hablar de ello?

—Sí.

—Entonces no te preguntaré nada más. Solo contéstame a esto: ¿cogieron a la persona que lo hizo?

—No.

—¿Quieres decir que el asesino anda suelto por ahí?

—Sí.

—Un día de estos lo cogerán, ¿sabes? Lo detendrán por exceso de velocidad o algo así y se descubrirá todo y entonces tendrás que lidiar con el asunto.

—¡Madre! —dijo Kitt.

—Bueno, es la verdad —insistió Grace.

—Aunque lo sea —respondió Kitt—. Es un asunto privado de Harry. Mi madre no quería fisgonear, Harry, pero es que no puede evitarlo.

—No voy a repetir lo que dijo, pero empleó unas palabras muy fuertes —le dijo el doctor Shugrue al cardenal Sullivan respecto a su conversación con Gerald Bradley el día de la expulsión de Constant.

—Sí, sí, Gerald puede dar verdadero miedo cuando se enfada —coincidió el cardenal Sullivan. El cardenal había ido a Milford a ver al doctor Shugrue y después el doctor Shugrue había ido a ver al cardenal Sullivan a su mansión. Se produjeron varios encuentros.

—Gerald saca constantemente a relucir el nombre de un chico de la clase, Fruity Suarez. Dice que lo que ha hecho Constant no es nada en comparación con lo que ese muchacho hace. ¿Quién es Fruity Suarez, doctor Shugrue? —preguntó el cardenal Sullivan.

—Oh, cardenal, no pregunte. Es la pesadilla de un director de colegio.

—Oh, ¿quiere decir...?

—Sí.

—Oh, caramba —dijo el cardenal—. En el clero también tenemos ese problema de vez en cuando.

El cardenal Sullivan se llevó la clara impresión de que al doctor Shugrue no le gustaba Constant Bradley. Había algo en su disgusto que iba más allá del mero descubrimiento de las fotografías pornográficas, pero fuera lo que fuese, el cardenal lo desconocía o prefirió no revelarlo a la familia. La oferta de una donación para un pabellón de ciencias o una biblioteca había sido planteada y aceptada, pero bajo una condición: Constant tenía que escribir un ensayo de cinco mil palabras sobre el tema de la moralidad antes de poder ser readmitido. Mientras el resto de la familia se iba a la residencia junto al mar que tenían en Rhode Island, Constant se quedaría en casa escribiendo el ensayo. Yo volví a Ansonia. Un amigo de mi padre me había conseguido un trabajo de verano en el diario local, el *Hartford Courant*. En previsión de que el dinero no me alcanzara para volver a Milford en mi último año escolar, me matriculé en un instituto público. A finales de julio recibí una llamada de teléfono de Gerald Bradley en el apartamento de mi tía.

—Hola, Harrison.

—Hola, señor Bradley. —Nunca antes había hablado con él por teléfono. Como siempre, me hacía sentir nervioso.

—Mi hijo tiene que escribir un ensayo para que el director lo readmita en Milford, ¿lo sabías?

—Sí, señor. Pensaba que ya lo había escrito.

—¿Lo has leído?

—Sí, señor. Me lo envió.

—¿No es muy bueno, verdad?

—No sabría decirle.

—No es lo suficientemente bueno, eso seguro. Constant no se maneja con las palabras como lo haces tú. Tengo un plan.

—¿Sí?

—Me gustaría que escribieras el ensayo de Constant.

—¿Yo?

—Tú quieres ser escritor, ¿verdad?

—Sí.

—Aquí tienes la oportunidad de demostrar lo bueno que eres.

—Pero... eh... ¿qué pasa si el doctor Shugrue lo descubre?

—No lo descubrirá. Será nuestro pequeño secreto.

Hubo un momento de silencio.

—Te estarás preguntando qué vas a sacar de esto.

—Oh, no, señor, me basta con hacerlo.

—Nunca debes decir algo así, Harry. Siempre debes poner un precio a todo. Esa es la esencia de los negocios.

—No podría aceptar dinero a cambio, señor.

—A quien da apoyo hay que apoyarlo. Debes aprender esta lección pronto, Harrison —dijo Gerald—. ¿Eres consciente de que la herencia de tu padre es considerablemente inferior a lo que habías imaginado?

—Sí, señor. —Me pregunté cómo sabía una cosa así. Era una información que no había facilitado a Constant.

—¿Eres consciente de que podrías no tener dinero suficiente para volver a Milford y acabar tu último año de colegio?

—Sí, señor.

—Y te gustaría volver, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Dalo por hecho. Tu matrícula y las mensualidades pagadas, quiero decir. Siempre y cuando, obviamente, tu ensayo consiga la aprobación del doctor Shugrue y Constant sea readmitido.

—Sí.

—Esto es lo que se conoce como un trato de negocios.

—Sí, señor.

—Nadie debe saberlo, por supuesto. Ningún otro miembro de la familia.

—Sí, señor.

—Solo tú y yo. Y Constant, por supuesto. El dinero del colegio se ingresará en la cuenta de tu tía y ella lo ingresará en la del colegio. De este modo, el director no podrá hacer conexión alguna.

—Entiendo. Pero mi tía... ¿Qué va a pensar mi tía? Ella tiene ideas diferentes.

—Tu tía parece apreciar mucho a los padres misioneros de Maryknoll. Buenas obras. En el extranjero. Estoy dispuesto a realizar una cuantiosa donación a los nobles padres en su nombre. Créeme, Harry, tengo más experiencia que tú en esto. Será una oferta irresistible.

—¿Por qué lo hace? —pregunté.

—Porque tengo grandes esperanzas puestas en mi hijo, Harry. Creo que atesora el potencial de la grandeza. Cuando haya superado sus travesuras infantiles, por supuesto.

Constant me había explicado que Gerald tenía grandes esperanzas y planes políticos para Desmond, su hermano mayor, pero que Desmond lo había decepcionado al estudiar medicina, primero, y al casarse inapropiadamente después. Gerald creía que las aspiraciones convencionales de su hijo eran un desperdicio. «Siendo médico no se gana dinero de verdad», le había advertido, pero no hubo forma de que Desmond cambiara de opinión. Gerald obtuvo algún consuelo, aunque no demasiado, en el hecho de que Desmond estudiara en la Facultad de Medicina de Harvard. Le gustaba decir que su hijo estudiaba en Harvard.

Pero entonces Desmond se fugó con una criada de la casa.

—¿Te has casado con *quién*? —gritó Grace, cuando Desmond fue a comunicarle la noticia.

—Rosleen.

—¿*Rosleen*? ¿La criada? ¿La que abre las puertas? ¿La que nos pasa los guisantes? No puedes hablar en serio.

—Hablo en serio, madre.

—Bueno, eso ya lo veremos. ¿Te has parado a pensar cómo va a reaccionar tu padre? Bridey, ponme a Cardenal al teléfono. Vamos a anular este matrimonio.

A partir de ese momento, Grace pasó a referirse a Rosleen como Esa-como-se-llame. Bridey, familiar lejana de Rosleen, era un mar de lágrimas. «No es mala chica, señora Bradley. Sus padres son gente decente. Nunca ha ido por mal camino». Pero sus lágrimas no eran por Rosleen. Eran lágrimas de vergüenza ante la impertinencia de Rosleen por aspirar a algo tan por encima de sus posibilidades. Se sentía apesadumbrada, pero no quería participar en la desgracia de Rosleen.

—No puedo llamar a Cardenal, señora Bradley. No puedo. Rosleen es de mi familia —rogó Bridey.

—¿Cuántos años llevas conmigo? —le preguntó Grace.

—Diecisiete años, señora —contestó Bridey.

—¿No te pago yo, cada año, el viaje de dos semanas a Irlanda, con todos los gastos incluidos, para que puedas visitar a tu familia?

—Sí, señora.

—¿Y no te permití que conocieras a Su Santidad, el Papa, y besaras su anillo,

aquí, en esta misma casa?

—Sí, señora.

—¿Y a cuánta gente conoces que pueda decir algo así?

—A nadie, señora.

—¿Y no contraté yo a todas tus primitas y sobrinas de Irlanda como parte del servicio de esta casa y la de la costa, incluida la retardada con problemas de aprendizaje que estropeó todas mis toallas Porthault porque no sabía cómo funcionaba la nueva lavadora?

—Sí, señora.

—¿Y no le conseguí una beca a tu sobrino en la Escuela de Odontología de Holy Cross?

—Loyola.

—¿Qué?

—Escuela de Odontología de Loyola, no de Holy Cross.

—Lo que sea. ¿No le conseguí yo la beca?

—Sí, señora.

—¿Tengo que seguir enumerando cosas o ya me has entendido?

—La he entendido, señora.

—Gracias, Bridey, llámame a Cardenal.

En momentos de crisis, Gerald tomaba el relevo. Pese a ser un mal marido en lo que respectaba al tema de las amantes, era el aliado más devoto de su esposa en la tarea de criar a sus hijos, y en el asunto, más importante incluso, de mantener su estatus social. La engañaba con otras, pero no le negaba nada. Siempre la animaba a que invitara a gente y nunca emitía queja alguna respecto a sus extravagantes regalos a la Iglesia o sus desorbitadas facturas en prendas de alta costura parisina. La manera que tuvo ella de lidiar con la transgresión de Desmond, llamando en primer lugar al cardenal Sullivan, recibió su total aprobación. En ese momento estaba con Sally Steers. «Maravillosamente manejado, Grace», le dijo afectuosamente, y ella disfrutó del halago.

—No voy a esconder que no me gusta Rosleen —le dijo a Desmond durante la cena, en presencia de toda la familia—. Esto debe ser una lección para todos vosotros. Sois el objetivo de gente interesada que tratará de mejorar a vuestra costa. Cuando llegue el momento de casaros, vuestra madre encontrará a la persona adecuada para cada uno de vosotros.

En cuestión de una semana el cardenal Sullivan aseguró a Gerald y a Grace que no iba a haber ningún problema en obtener la anulación, pero que una cosa así llevaba su tiempo. Desmond fue enviado a Europa hasta que las cosas se arreglaran. Un tal señor Fuselli, un conocido de Gerald Bradley, acudió al registro civil para eliminar todos los documentos concernientes al matrimonio. A Rosleen, la criada, se la mandó lejos de allí. Se le pagó un dinero. No una suma al contado, sino una generosa paga mensual que se interrumpiría si ella aireaba de manera inapropiada el

caso. Rosleen rechazó la sugerencia de volver a Irlanda. En lugar de eso, se marchó al oeste. Tenía amigos en Arizona. Desmond volvió entonces a la Facultad de Medicina.

Pronto se distinguió en la disciplina escogida y, a los treinta y tres años, se convirtió en el director más joven de la historia del Hospital Santa Mónica. No faltaron entonces quienes, como el doctor Francis X. Gerrity, sostuvieron que el ala Grace Bradley, donada por la madre de Desmond, había tenido mucho que ver en su acelerado ascenso, que le hizo imponerse a figuras como la del propio doctor Gerrity, quien a los cincuenta y ocho años tenía razones justificadas para esperar hacerse con el puesto.

Poco después, una noche, Desmond fue requerido por el hospital cuando se encontraba en un baile en El Club de Campo y, vestido de esmoquin, operó de urgencia a un chico negro llamado Walter Potts que había recibido un disparo en el corazón durante una reyerta entre bandas en la zona de Bog Meadow. En un arriesgado hito médico, que dejó estupefactos a los doctores residentes y a las enfermeras del quirófano, sostuvo en la palma de su mano el corazón herido mientras le extraía la bala, después lo cosió y lo volvió a colocar en el pecho del joven, quien, ante la incredulidad de todos, sobrevivió. La noticia de la operación apareció en las portadas de los diarios matutinos y vespertinos de la ciudad y, después, con un poco de ayuda por parte de Gerald, que poseía un don para la promoción, en los semanarios nacionales y, por supuesto, en las revistas médicas. Gerald contaba la historia de su hijo una y otra vez, refiriéndose siempre a Walter Potts como «un chaval negro de esta altura, no más alto que un cubo de basura».

Incluso en El Club de Campo, socios que habitualmente no hablaban con Gerald se paraban para felicitarle por la hazaña de su hijo. Gerald empezó a ver las ventajas de tener un hijo en la rama de lo que él llamaba «buenas obras». Tenía otros hijos que podían llevar a cabo sus sueños dinásticos: Sandro, por supuesto, pero especialmente Constant. Los socios del club, que no acudían a Desmond ni al Hospital Santa Mónica para resolver sus problemas médicos, empezaron a enviarle a sus criadas irlandesas como reconocimiento de sus capacidades.

Durante dos semanas trabajé por las noches en el ensayo de Constant mientras mantenía mi trabajo de día en el *Hartford Courant*. Nunca había trabajado tan duro en nada. Quise hacerlo por Constant, cuya amistad apreciaba, para que fuera readmitido en Milford en su último año, y también quise hacerlo por Gerald Bradley, que me había mostrado las esperanzas que tenía puestas en el futuro de Constant. Vi mi propio futuro en manos de Gerald, como si, llegado el momento, él fuera a ser capaz de hacer por mí lo que mi propio padre nunca pudo hacer.

Descubrí que al escribir bajo el nombre de otra persona, como si yo fuera Constant Bradley, poseía un coraje que no tenía cuando lo hacía con el mío. Toda mi timidez desapareció. Mi padre muerto me consideraba imperfecto y con fallos, y yo

había aceptado su juicio, pero al escribir como Constant adquirí seguridad en mí mismo y experimenté el verdadero placer del proceso de escritura. Escribí sobre el abuelo de Constant como si fuera el mío. Sobre su padre y su madre. Escribí sobre lo que significaba formar parte de una familia numerosa y católica. Hice hincapié en la importancia de la familia, algo que nunca había experimentado en mi propia vida. Escribí sobre la obligación de los ricos de ayudar a los menos afortunados. Escribí sobre la trascendencia de la educación escolar y, en particular, de la educación en Milford, para preparar a los jóvenes católicos en su acceso a las universidades de la Ivy League y en la tarea de llevar consigo los valores católicos aprendidos en la escuela. Escribí sobre liderazgo. Escribí sobre una futura vida pública en la que encarnaría los valores aprendidos en Milford. Cosas, todas ellas, que hubieran sonado ridículas viniendo de mi boca, pero no de la de Constant Bradley.

Mandé por correo las veinte páginas mecanografiadas a doble espacio a una oficina que Gerald Bradley tenía en Nueva York. Siguiendo sus instrucciones, no había carta de acompañamiento. Esperé, pero no recibí ninguna respuesta. Pasó una semana. Después, dos. Finalmente, recibí una llamada en casa de mi tía. Era Gerald. Me invitaba a pasar el fin de semana del Día del Trabajo en la costa, en Rhode Island. Iba a celebrarse una cena en honor a Constant. Esperaba que dijera alguna cosa sobre el ensayo que había escrito, pero no dijo nada.

—¿Cuál es el motivo de la celebración? —pregunté.

—Vuelve a Milford —contestó—. El cardenal lo ha arreglado todo.

Esa noche la tía Gert me dijo que había recibido el dinero que me permitiría volver a Milford en mi último curso. También me dijo que había recibido una donación de cinco mil dólares para los misioneros de Maryknoll. Se sentía feliz y perpleja al mismo tiempo.

—¿Por qué iba a hacer una cosa así el señor Bradley? —preguntó.

—No lo sé —contesté.

—A tu padre no le gustaba —dijo—. Decía que se mezclaba con gente de mala reputación.

—No creo que vayas a rechazar los cinco mil dólares para los misioneros de Maryknoll, ¿verdad, tía Gert?

—No, no lo voy a hacer —dijo—. Necesitan mucho el dinero. El obispo McGurking se va a poner muy contento.

—Entonces, Gerald Bradley no puede ser tan malo, ¿no?

—Hay gente que cree que el dinero lo compra todo. Creo que el señor Bradley es uno de esos.

—Pero tú no vas a rechazar su dinero, ¿verdad?

—Ten cuidado, Harrison. Solo te pido eso. Su estilo de vida... Es peligroso estar con gente así cuando no tienes el dinero que tienen ellos.

La casa de veraneo en Watch Hill era una enorme construcción de techo de madera y catorce habitaciones, con porches en la fachada principal y en los laterales y vistas al océano y al campo de golf. Aunque solamente la habían alquilado para la temporada, la señora Steers, la decoradora, había venido desde Nueva York para prepararlo todo. Había sido ella la que había encontrado la casa y se la había mostrado a Gerald. De niña había pasado los veranos en Watch Hill y conocía a toda la gente de la zona. Había sido la señora Steers —cuarenta años, guapa, divorciada dos veces— quien le había enseñado a Gerald todo lo que necesitaba saber para que sus hijos se familiarizaran con cosas de las que él ni siquiera había oído hablar cuando tenía su edad. Por ella supo de la existencia de las sábanas y toallas que venían de París, que la gente que sabía del tema reconocía al instante sin que nadie les dijera que venían de París y que, a partir de entonces, serían lo mejor para su casa, porque no había nada mejor que las sábanas y las toallas de París con bordes ribeteados y estampado de flores.

—¿Tienes idea de lo caras que son? —le gritó Grace por teléfono desde la capital francesa, donde estaba encargando su nuevo vestuario.

—Puedo permitírmelas —contestó Gerald. A pesar de estar hablando con su mujer, profirió la frase con tono autoritario. Se haría lo que él quisiera, sin más preguntas ni comentarios.

Se confeccionaron fundas de chintz para los sofás y las sillas. Toldos con rayas verdes y blancas sombrearon los porches, y el mobiliario de mimbre se pintó de blanco. Se plantó todo un jardín de verano, y se pusieron cajas blancas con geranios rosas a lo largo de los porches. Sally Steers supervisó cada uno de los trabajos. Fue allí, en Watch Hill, donde Grace, por lo general sumisa, empezó a protestar. Opinaba que todo aquel despliegue ornamental era una extravagancia para un periodo de tiempo tan corto, pero Gerald insistió. Quizás compraba la casa el año próximo, le dijo.

—¿Pero no te gusta el jardín? —le preguntó Gerald.

—Azul, azul, azul, azul, y yo odio las flores azules —dijo Grace—. Yo quería rosas, no *delphiniums* y nomeolvides.

Gerald entendió que sus quejas no tenían nada que ver con *delphiniums* y nomeolvides.

El nuevo Rolls-Royce granate de Gerald estaba aparcado en la entrada. Como sucedía en Scarborough Hill, la casa de la costa se convirtió en una atracción para los conductores, que la miraban y la señalaban al pasar, pero a la que solo acudían a comer los profesores de tenis y golf contratados por Gerald. Incluso con las instrucciones de la señora Steers, los Bradley seguían siendo forasteros.

Gerald no era un padre de fin de semana, de esos que vuelven de la ciudad el viernes por la noche y regresan al trabajo el lunes por la mañana. Se quedaba allí durante largos periodos, gestionando sus negocios por teléfono. Mientras

contemplaba a sus hijos nadando en la piscina llamaba a Dom Belcanto, el cantante, a Hollywood, quien se suponía que tenía relaciones con la mafia. También llamaba al senador Zwick, y a Charles Arbelli, el editor de *World*, y a Terrence Noonan, el editor de *Sentinel*. A veces venían hombres a visitarlo. A veces se los presentaba a su mujer y a sus hijos, y a veces, no. De tanto en tanto venía un hombre llamado Johnny Fuselli. Se reunía con Gerald, a puerta cerrada, en la habitación de la planta baja que usaba como despacho. Fuselli conducía un coche rojo y brillante. Nunca fue presentado; nunca se le invitó a comer, pero siempre se daba un baño en la playa. Nos impresionaban sus poderosas brazadas.

—Es un buen nadador, ¿verdad? Creo que en su momento tuvo aspiraciones olímpicas, pero algo fue mal. Probablemente no pasó uno de esos test de orina —le dijo Gerald a Jerry—. Moe Dailitz me contó la historia, pero no la recuerdo muy bien.

—¿Quizás un poco de cocaína en la sangre? —sugirió Jerry.

—Algo así. A cambio se fue a Las Vegas y a Atlantic City —dijo Gerald, riéndose de su propia broma—. La pérdida olímpica es nuestra ganancia.

Supuse que el señor Fuselli era una de esas personas poco recomendables que la tía Gert me había mencionado. Maureen, la hermana mayor, comentó que era vulgar pero guapo. Le dijo a su madre que todas las criadas estaban enamoradas de él.

—¿Quién es el señor Fuselli? —le pregunté a Constant.

—Uno de los lugartenientes de Pa, me imagino —respondió, sin añadir nada más. Yo no insistí. Era Kitt la que disfrutaba haciendo comentarios sobre la gente que entraba y salía de la vida de su padre. El señor Crotty, dijo, estaba en el negocio del cemento. El señor McSweeney, en el de los remolcadores. El señor O'Malley, en el de los taxis. Y Johnny Fuselli, en el hampa, dijo, soltando una carcajada.

—Tenía algo que ver con máquinas tragaperras, en Nueva Jersey.

—Cállate, Kitt —dijo Constant—. Hablas demasiado.

Gerald quería que sus hijos destacaran. Se sentaba junto a la pista de tenis y miraba cómo jugaban, o se quedaba de pie en el campo de golf y observaba cómo daban el primer golpe, ladrándoles instrucciones:

—Deberías haber utilizado tu revés, Constant —gritaba—. Y devolverla al otro lado de la pista, donde Des no pudiera llegar.

—Tienes razón —decía Constant, y se subía la parte delantera de su polo Lacoste para secarse el sudor de la cara. Weegie Somerset, que entonces lo amaba, observaba de reojo, mirando con anhelo su pecho y sus abdominales expuestos.

Gerald siempre llevaba un gran sombrero de paja para proteger su piel blanca de los poderosos rayos de sol. Incluso con protección, su piel enrojecía ante la mínima exposición, por lo que no paraba de ponerse protector. Se sentaba bajo la sombrilla y solo se quitaba su albornoz de rizo para meterse en la piscina y nadar cuarenta largos. Después salía del agua, se cubría inmediatamente con el albornoz que había dejado en el bordillo y se iba. Grace solo se acercaba a la piscina con la puesta de sol. En mi

primer día allí, la tarde de la fiesta en honor a Constant, estaba tirado en una tumbona leyendo *El gran Gatsby* cuando escuché la siguiente conversación entre Gerald y la señora Steers, que parecían no percatarse de mi presencia.

—No eres un hombre popular, Gerald —dijo la señora Steers—. No tienes amigos íntimos. ¿No te has dado cuenta? Hay mucha gente que te tiene miedo, que te invitarían a cenar a su casa por esa misma razón, pero a los que no les gustas. Siempre estás al teléfono, pero nadie te llama para charlar. Nadie te invita a jugar al tenis. ¿No crees que tus hijos se dan cuenta de estas cosas?

—Tengo un montón de gente con la que jugar al tenis —contestó Gerald.

—Sí, gente a la que pagas. ¿Por qué sigues dándote cabezazos contra la pared, Gerald? La vieja guardia, que es como Cora Mandell llama a las buenas familias, nunca te va a aceptar, no importa la cantidad de dinero que tengas, lo grande que sea tu casa ni los juegos de sábanas Porthault que cubran tus camas.

—Dame tiempo.

—No va a suceder, Gerald. Créeme. Eres un forastero. Siempre lo serás. Y sí, por supuesto que aceptarían tus contribuciones a la sinfónica. Te dejarán pagar las reparaciones del club de campo tras los daños del huracán. Incluso te invitarán a cenar una vez al año. Pero cuando tu hijo se quiera casar con una de sus hijas, verás qué es lo que realmente piensan de ti. Para ellos, eres un irlandés de mierda. Eres el hijo del carnicero que aún huele a carne cruda y nada de lo que hagas cambiará eso.

Gerald hizo un gesto de dolor. Su rostro se volvió escarlata.

—Sé de lo que hablo, Gerald. Este es el mundo en el que me crie —dijo ella.

—¿Entonces, qué hago? —preguntó él.

—Vete de aquí. Simplemente, estás en el lugar inapropiado.

—No puedo.

—Durante parte del año sí que puedes. Tienes Florida. Tienes California. Puedes comprarte una mansión en Palm Beach o en Beverly Hills y causar sensación. Aquello es menos provinciano. A tus hijos los aceptarán de una manera que aquí es impensable.

—¿Y qué pasa con mi casa?

—Úsala como casa de campo. Consévala. Conserva los jardineros. Conserva el mayordomo. Ve unas cuantas veces al año. Será un recordatorio de quién eres y de lo que se están perdiendo. Porque, para entonces, leerán sobre ti y sobre tus hijos en los periódicos.

—Un mayordomo no puede ocuparse de todo.

—Ese es un problema insignificante. ¿Cómo se llama esa prima tuya? ¿Sis Malloy? La que sabe dónde van todos los muebles. Que se vaya a vivir allí. Ponla al cargo de la casa.

—Grace nunca querrá irse.

—Compra la casa nueva primero. Y luego se lo dices.

—No querrá dejar a Cardenal.

- Hay docenas de cardenales.
- No, no los hay.
- Entonces, Cardenal irá a visitaros.

La señora Steers volvió a Nueva York esa tarde. Cora Mandell, su jefa, estaba arreglando una casa en Southampton y necesitaba su ayuda. *Inmediatamente*. Cora sabía lo que estaba pasando y no le gustaba. Era a ella a quien habían llamado para decorar la flamante nueva casa estilo Tudor de los Bradley, pero estaba tan ocupada que le pasó el encargo a Sally.

—La verdad —dijo Cora—, son mis advenedizos favoritos. Están un paso más allá de los tapetitos en las butacas, pero Grace es realmente agradable una vez te acostumbras a toda esa charla sobre novenas y viacrucis y fiestas de guardar y obligaciones. Es entusiasta, terriblemente bien intencionada, muy religiosa y no muy inteligente, pero me gusta mucho. Con él, sin embargo, hay que ir con cuidado, Sally. Gerald Bradley es un sobón. Notarás que te tantea la rodilla y más arriba, bajo el mantel, al tiempo que habla con el cardenal Sullivan en el otro extremo de la mesa sobre cuestiones de la Iglesia.

—Sé cómo manejar eso —dijo Sally.

—Eso espero. Es irresistiblemente vulgar, atractivo al modo irlandés y muy muy rico. Descubrirás que regala abrigos de visón de Revillon Frères.

Al principio, los Bradley estaban tan poco acostumbrados a los esplendorosos muebles e interiores que Cora Mandell había creado que, cuando alguna pieza u objeto se movía de sitio a causa de la rutina familiar, nunca se encontraba exactamente su correcta ubicación original. Solo Sis Malloy, la prima, podía recordarlo, pero nadie quería preguntarle a Sis. La señora Mandell volvió dos veces a la casa para reorganizar las cosas y devolver la armonía perfecta. «Simetría, señora Bradley», decía. «Recuerde siempre la simetría». En la segunda visita trajo consigo a Sally Steers para que fotografiara cada estancia y cada mesa. Las fotografías servirían de referencia si las cosas se movían de nuevo. La señora Steers dispuso discretos trozos de celo en las consolas y las repisas de las chimeneas para mostrar exactamente dónde tenían que colocarse las peanas de los platos de porcelana. A menudo se quedaba a comer.

—A ver, a ver... ¿cómo lo hago? —decía Grace—. Tú aquí, Des, a mi lado; y tú, Constant, siéntate junto a Maureen; y el padre Daly, a mi derecha; y la señora Steers, junto al padre; y Gerald, al otro lado de la señora Steers. Y Mary Pat, junto a papá.

—Qué bien resuelve estas cosas, señora Bradley —dijo Sally Steers—. Yo tardo muchísimo y siempre acabo sentando juntos a la mujer y al marido, o a dos personas que se odian.

—Haz tu milagro con la langosta, Bridey. Ya sabes cómo adora el señor Bradley tu langosta Thermidor. ¿O es tu Newburg? Nunca me acuerdo, pero tú lo sabes,

Bridey —dijo Grace.

Esa noche la familia se había reunido para una velada festiva con brindis y discursos en honor a Constant. Las viejas y agradables criadas irlandesas iban vestidas con uniformes rosa de verano y ofrecían hojaldres de queso antes de la cena. El grupo lo conformaban dieciocho personas. Los hombres llevaban americana y pantalón blanco, y las mujeres, vestidos de lino. El profesor de tenis estaba allí. El profesor de golf estaba allí. Habían acudido algunos amigos de negocios de Gerald, procedentes de Boston, y una amiga del colegio de Maureen, que estaba siendo sopesada como posible esposa de uno de los hermanos mayores. Weegie Somerset, que se alojaba con los Utley, playa abajo, también estaba allí.

—Oh, quítense las chaquetas. Háganlo. Háganlo. Hace un calor terrible y el aire acondicionado no funciona demasiado bien —dijo Grace, que disfrutaba con su papel de anfitriona—. No, no, vosotros dos no habléis. Os he puesto juntos en la mesa.

Tras mantener una conversación en susurros con Bridey, que apareció en el porche, Grace fue de grupo en grupo y, con un tímido ademán, señaló hacia el comedor, indicando que la cena estaba servida.

Después de la cena, Gerald sugirió que Constant leyera a la familia el ensayo que había escrito y que tanto había impresionado al doctor Shugrue. Constant se levantó de un salto y se colocó frente a la chimenea, mientras que sus padres, hermanos, hermanas y huéspedes se acomodaban en sillas y sofás para escucharlo. Del bolsillo interior de su chaqueta sacó las veinte páginas mecanografiadas que yo había enviado a su padre hacía unas semanas. Cuando empezó a leerlas, me olvidé de que había sido yo quien había escrito esas palabras. Se convirtieron en suyas. Habló de su abuelo, que llegó sin nada desde Irlanda y trabajó duro en una carnicería para mantener a su familia. Habló de sus padres. «Una vez le pregunté a mi madre: “Cuando eras una joven recién casada, cuando el futuro todavía era incierto y estaba por definir, ¿te imaginabas que algún día Pa llegaría a tener tanto éxito?”. Y mi madre respondió: “Oh, sí, siempre lo supe. Tu padre exudaba poder”». Habló de sus hermanos y hermanas. Habló de la familia, de la importancia de la familia. Como buen orador, mantuvo embelesada a su familia. Cuando terminó, todos rompieron en aplausos.

—Vas a ser político —dijo Gerald—. Hablas muy bien en público, Constant.

Sus hermanas se arremolinaron a su alrededor. Sus hermanos le dieron palmaditas en la espalda. Su madre lo besó. Su padre lo abrazó. Weegie Somerset, tan callada en medio de aquel grupo ruidoso, sonreía con orgullo. Por entonces, yo no tenía ni idea de que Gerald veía en mí la posibilidad de convertirme en el hagiógrafo residente de la familia Bradley y, en particular, de Constant. Ni Gerald ni Constant miraron hacia donde yo estaba. Solo Kitt me buscó con la mirada. Lo sabía. Después, cuando todo el mundo se preparaba para ir al baile del Día del Trabajo en el club de playa, salimos y nos sentamos juntos en uno de los porches que rodeaban la casa, cada uno ocupando una silla de mimbre pintada de blanco.

—Me gusta esta casa, ¿a ti no? —dijo—. Es tan de gente de dinero de toda la

vida... En Scarborough Hill nos llaman nuevos ricos, ¿lo sabías? Constant probablemente no te cuenta esas cosas. Y la gente del club también piensa que nuestra casa es de nuevos ricos.

Se inclinó hacia mí, me quitó de los dedos el cigarrillo que estaba fumando y le dio varias caladas. En aquella época todo el mundo fumaba. Todavía no se hablaba de sus efectos nocivos, o muy poco.

—Si la virgen bendita llora cuando silbo, imagínate lo que debe hacer cuando fumo —dijo.

Me reí.

—No te ríes mucho, Harry. Y te sienta bien. Deberías hacerlo más a menudo.

—Oyéndote hablar nadie diría que tienes catorce años —le contesté.

Me devolvió el cigarrillo.

—Algún día descubrirás algo sobre ti, Harry —dijo.

—¿El qué?

—Que tienes verdadero talento para escribir.

—¿Y eso por qué?

—Le has escrito el ensayo a Constant, ¿verdad?

Con un movimiento rápido, tiré el cigarrillo por detrás de la barandilla. Aterrizó en un arbusto. Bajé hasta el césped, lo saqué del arbusto y lo apagué en el suelo, con el pie. No contesté. Me acordé de la advertencia de Gerald.

Kitt permaneció en el porche, mirándome. Lo entendía.

—Pero la clave ha estado en la forma de leerlo de Constant, ¿verdad? —dijo, alejándose de la cuestión de la autoría en lugar de presionarme más—. Quiero decir, ha estado maravilloso.

—Sí, sí, ha sido la lectura —contesté, ansioso por distanciarme de mi propio trabajo—. Habla maravillosamente.

—Siempre ha pronunciado los mejores brindis de la familia. Sobre todo después de unas copas de vino.

En el interior de la casa, Constant, aburrido ahora que ya no era el centro de atención, bostezó ostensiblemente y se levantó.

—Vámonos al club —dijo—. La música ya ha empezado.

Esa noche en el baile del club, Constant se emborrachó muchísimo. Ya me había dado cuenta antes, cuando bebíamos cerveza a escondidas en el colegio, de que con los primeros signos de ebriedad su encanto e ingenio natos daban paso a una faceta malhumorada de su carácter. Yo no me había emborrachado muchas veces a lo largo de mi vida, pero esa noche lo hice. Mi objetivo era mantenerme al nivel de Constant, hacer lo que él hacía. Si hubiera estado solo no hubiera bebido tanto. Más allá de mi deber de bailar de vez en cuando con las hermanas Bradley, evité la pista, prefiriendo observar antes que participar. Deambulé por el club mirando a gente a la que no

conocía y que probablemente nunca llegaría a conocer. Entre ellos no me pareció distinguir un solo rostro enfadado o preocupado.

Al final, fui al bar y me quedé allí de pie, pidiendo otra copa que en realidad no quería. Era el único lugar donde un hombre soltero podía estar un rato tranquilo sin que nadie le pidiera que sacara a una jovencita a dar vueltas por la pista de baile. Cuando salí a fumar al exterior, atravesando las puertas francesas que conducían hacia la playa, oí voces y, en la oscuridad, vi dos figuras apoyadas contra la pared trasera de una de las casetas de playa. Debido a mi estado, los recuerdos que conservo de la conversación que escuché entre Constant y Weegie Somerset están algo fragmentados. Me sentía dividido entre la culpa por estar espiando a mi amigo y la preocupación por la desagradable escena íntima que estaba presenciando. No era el susurrar de unos amantes. La voz de él era dura, como la de Jerry, despojada de su finura habitual.

Mientras me giraba para encaminarme en dirección contraria, escuché que Weegie Somerset decía:

—¡Hey, hey, hey! Ya basta. Es suficiente, Constant. Besar con lengua es demasiado para mí.

—No me vengas con estas —dijo Constant.

—¿Que no te venga con qué? Hablo en serio. Basta, Constant. Un besito. Un poco de lengua. Punto.

—Sé que quieres. Mira, toca esto. Está dura como una roca.

—Si quisiera, Constant, que no quiero, no sería aquí, en la arena y apoyada contra una caseta, créeme. Ahora deja que me vaya. Me vuelvo dentro.

—No, no te vas.

—Me has roto el tirante del vestido.

Constant le dio un bofetón muy fuerte. No lo vi, pero oí el ruido y, acto seguido, el llanto sorprendido de Weegie.

—Cuando estás borracho eres malo —dijo, entre sollozos.

—No estoy borracho.

Weegie se apartó de él y se dirigió hacia el club.

—No te he dado fuerte —dijo Constant—. Ha sido solo una palmadita.

Regresé rápidamente dentro y ocupé mi sitio en la mesa de los Bradley. Muy poco después, Weegie se dirigió de nuevo a las puertas acristaladas de la entrada. Antes de abandonar la sala, se dio la vuelta y le dijo a Constant: «No puedo aguantar esto. Quiero que sepas que no puedo aguantar esto», y se marchó del club llorando. Nadie sabía que aquella sería la última vez que le dirigiría la palabra.

—¿Qué pasó anoche? —le pregunté a Constant a la mañana siguiente, cuando se levantó.

—Nada —respondió.

—No digas que no pasó nada. Weegie se marchó llorando, todos la vimos.

—Nada —repitió.

—Yo estaba fuera, Constant. Salí a fumar. Os oí.

Constant volvió la cabeza hacia la pared y no respondió. A partir de ese día, cada vez que alguien mencionaba el nombre de Weegie Somerset, él guardaba silencio.

Dos semanas después volvimos al colegio para empezar nuestro último curso. Las cosas eran más serias ese año. Pese a que los planos de la nueva biblioteca Bradley colgaban, enmarcados, en la entrada del comedor, Constant sabía que una infracción más por su parte equivaldría a su expulsión permanente y eliminaría sus posibilidades de entrar en la universidad. En otoño jugó con el equipo de *lacrosse*, en invierno esquió con el equipo de esquí y fue el capitán del equipo de tenis en primavera. No hizo pellas para ver una película en el pueblo. Tampoco hacía autostop durante las tardes libres. Comulgaba los domingos y mantuvo una media de notable. Todos sus pensamientos estaban puestos en la universidad. Constant sabía que su padre esperaba que entrara en Yale o Harvard. Para él no valían ni Holy Cross ni Villanova ni Fordham. Si quería satisfacer a Gerald tenía que ser una de la élite, de la Yvy League.

Esa Navidad los Somerset ofrecieron un baile en honor de Weegie en su casa de Scarborough Hill, contigua a la de los Bradley. Su foto apareció en el diario y la describieron como la debutante más popular de la temporada. Aunque Constant mostraba indiferencia, yo sabía que había sentido una punzada de decepción cuando se enteró de que las invitaciones para la fiesta de Weegie ya se habían enviado y él no había recibido una. Ningún Bradley fue invitado. El desaire enfureció a Gerald.

—Yo le salvé el culo a Leverett Somerset cuando tuvo problemas financieros —le dijo a Grace.

Grace se encogió como se encogía siempre cuando Gerald decía obscenidades.

—Creo que tiene algo que ver con Constant y con Weegie —dijo—. Ya no salen juntos. Pero me parece bien, la verdad. Constant es demasiado joven para ir tan en serio. Y ella no es católica.

—Mis hijos deberían estar en esa fiesta y voy a averiguar por qué no han sido invitados —dijo Gerald.

—¿Cómo?

—Voy a llamar a Leverett.

—No, Gerald, no lo hagas —dijo Grace—. Creo que tiene que haber pasado algo, ¿no crees? Entre Constant y Weegie.

—¿Qué quieres decir?

—No sé qué quiero decir, pero Mary Pat me dijo que el verano pasado, en el baile del club de playa, Weegie se marchó llorando.

—Hmmm. Así que se pelearon. ¿Y qué? Eso no es excusa para humillarnos y que seamos los únicos miembros del club que no han sido invitados a la puesta de largo.

—¿Por qué no nos llevamos a los niños a Florida por Navidad, Gerald? Podemos

quedarnos en el hotel Breakers. Así nos ahorramos estar aquí el día de la fiesta.

Para sorpresa de todo el mundo, Constant decidió no ir a Florida. Estaba concentrado en sus estudios. Entrar en Yale lo era todo para él. Por ese motivo, fui llamado y requerido para hacerle compañía durante las vacaciones de Navidad. En el tren de camino a Scarborough Hill detecté una figura familiar. Allí, enfundada en su abrigo de visón y leyendo una revista de decoración, estaba la señora Steers, Sally Steers, con un aspecto a todas luces demasiado glamuroso para un tren de cercanías.

—¿Señora Steers?

—¿Sí? —levantó la vista.

—Soy Harrison Burns.

—¿Sí? —No me reconoció. Enrojecí de vergüenza. En aquella época yo poseía ese tipo de aspecto que la gente tiende a olvidar.

—La conocí en Watch Hill. En casa de Gerald Bradley.

—Oh, sí, naturalmente. Me acuerdo. Eres el amigo de Constant.

—Sí.

—¿El que escribe?

—El que espera hacerlo.

—Sí. Siéntate, por el amor de Dios. Nunca sabes quién te va a caer al lado. Prefiero que seas tú.

—Usted no es el tipo de persona que uno esperaría ver por la mañana en el cercanías, saliendo de Grand Central.

—Estoy haciendo una casa en Fairfield, la de los Hardwick, ¿los conoces?, y mi chófer está enfermo y yo no sé conducir. Una lata. ¿Cómo están los Bradley? ¿Los has visto? Desde que la casa está acabada ya no los veo tanto. Al final conseguí que sacaran todas aquellas reproducciones de muebles Chippendale y que compraran los auténticos. Lo próximo que hará Gerald será meterse en el mercado del arte. Acuérdate de lo que te digo. La gente rica siempre expía sus pecados con obras de arte.

—Pero ya tiene —dije, a la defensiva.

—Un Renoir malísimo, una bobería, pero a Grace le gusta, naturalmente; y esa cabeza de un Cristo de Zurbarán, con la corona de espinas y la sangre cayéndole por la cara. Por favor, por favor. Tuve que rogarle de rodillas que no lo colgara en el salón.

Había oído que ella ya no pasaba tanto tiempo con él. Asumí que el ardor se había enfriado.

—Voy de camino hacia allá. Están todos de vacaciones en Florida, excepto Constant. Voy a hacerle compañía durante unos días.

Ella me miró.

—Aprecias mucho a Constant, ¿verdad?

—Somos amigos, sí.

—Me dio la sensación de que había algo más.

—¿Algo más?

—En Inglaterra pasan ese tipo de cosas, en esos colegios privados que tienen. Ya sabes, Eton, Harrow y demás. Enamoramientos locos, ese tipo de cosas.

Ni en su voz ni en su actitud había nada acusatorio ni burlón, pero lo que estaba insinuando era una cuestión sobre la cual yo era extremadamente sensible. Por entonces no estaba habituado a desviar las conversaciones de un tema a otro, así que permanecí en silencio, mirándola con perplejidad, como si no la entendiera. Ella, imperturbable, parecía no necesitar respuesta.

—¿Cuándo llegamos a Fairfield? —le preguntó al revisor.

—Próxima parada —respondió este.

Se sacó la polvera del bolso, la abrió y se miró en el espejo.

—¿Necesito pintalabios?

—No.

Empezó a cepillarse el pelo.

—Pobre Grace —dijo.

—¿Por qué dice «pobre Grace»? —pregunté.

—Es esa cosa católica. Las esposas están para engendrar hijos, no para el placer. Hazles un bombo y tú, a jugar. Me sorprende que Grace parara cuando lo hizo. Claro que también están los abortos. Tres, creo. O quizás cuatro. Sus angelitos en el cielo, los llama. Se esfuerza tanto en complacer a Gerald... Y todas esas horribles canciones irlandesas alrededor del piano, después de cenar. Si hubiera tenido que escuchar «I'll Take You Home Again, Kathleen» una vez más me hubiera vuelto loca. Ese contralto tembloroso. Se compra toda la ropa en París y se gasta una fortuna, pero sigue sin tener estilo. Cuando empecé a decorarles la casa ni siquiera sabía cómo poner la mesa correctamente ni nada de eso.

Yo estaba estupefacto al escuchar a una amante hablar de la esposa de esa manera.

—Tú estabas ahí ese día, ¿verdad?, junto a la piscina, mientras Gerald y yo hablábamos. Te vi. Hacías como que leías, pero yo sabía que nos estabas escuchando. Gerald no te vio. Supongo que algún día escribirás un libro sobre ellos. La verdad es que son fascinantes, sí, a su manera irlandesa. Oh, y con tantas ganas de ser aceptados. Pero, ojo, dales veinte años. O menos. Quince. Diez, incluso. Todo el mundo en este país va a saber quiénes son. Acuérdate de mis palabras. Dime tu nombre otra vez. Soy un desastre con los nombres.

—Harrison. Harrison Burns.

—Oh, claro. Harrison.

—No lo haré —dije.

—¿No harás el qué?

—Escribir sobre ellos. Son mis amigos.

—Serías un auténtico idiota si no lo hicieras. ¿Qué es escribir sino reflejar lo que ves, lo que sabes? Estás asistiendo a la forja de una dinastía desde una posición privilegiada. Acuérdate de todo. Lleva un diario. Te vendrá bien. Ojalá yo escribiera. Llámame cuando llegue el momento. Te podré dar dos o tres datos.

Yo la miraba, asombrado por lo que me parecía una deslealtad hacia la familia que me estaba pagando el curso en Milford y que me había acogido en su seno. Al mismo tiempo, sin embargo, no quería que dejase de hablar. Me debatía entre el deseo de saber todo lo que se podía saber sobre los Bradley y las dudas respecto a hacerlo a través de una amante descartada. Ella, mientras, continuaba, aparentemente ajena a mi conmoción y mi desaprobación.

—Solo hablan de sus triunfos. De eso ya debes haberte dado cuenta. Pobre Agnes. La retardada. La innombrable. Escondida lejos, como si hubiera hecho algo malo. Y Gerald Junior, o Jerry, como lo llaman. ¿Sabes lo del accidente?

—Sé que tuvo un accidente.

—Conducía a ochenta millas por hora mientras le hacían una mamada. ¿No lo sabías? ¿Tu adorado Constant no te lo ha contado? ¿Ves a lo que me refiero?

—No lo sabía. ¿Qué le pasó a la chica?

—Se rompió el cuello.

—¿Dónde está?

—En una silla de ruedas en algún sitio. Se habrán ocupado de ella, claro. Financieramente, quiero decir. Gerald es tremendamente bueno en eso. Pagar por las irresponsabilidades de sus hijos.

Quería preguntarle cosas sobre Agnes, sobre Jerry, pero no quería interrumpirla.

—Constant es el elegido, naturalmente, en quien están depositadas todas las expectativas. Gerald lo adora. Grace también.

—¿Por qué crees que todas las expectativas están centradas en Constant?

—Jerry tuvo ese espantoso accidente y está lisiado. Es listo, sí, pero por el momento no tiene pinta de que vaya a desarrollar una carrera política. Desmond estuvo casado con una criada durante diez minutos y después se hizo médico. Sandro quizás aspira a algo, a gobernador o senador del estado. Maureen podría llegar lejos. Es la más lista, pero es una chica, y Gerald no tiene una mentalidad tan avanzada. Las otras chicas se casarán bien —y lo harían mejor si supieran lo que les conviene—, pero, si Gerald se sale con la suya, es Constant quien va a ser presidente de este país.

—Dios mío —dije. No tenía ni idea de que las aspiraciones de Gerald Bradley fueran tan elevadas.

—Pero tu amigo bebe demasiado.

—Oh, eso. ¿Te refieres a la noche aquella en el club? ¿Has oído hablar de ello? ¿Lo de Weegie?

—Sí, he oído hablar de ello. Pero hay más. He estado casada con dos alcohólicos. Reconozco las señales. Es la manera en la que bebe. Fíjate. Nunca da un sorbo. Se lo bebe de un trago. Recuerdo una noche en el club en la que no paraba de darle

toquecitos al vaso para indicarle al camarero que le sirviera otra. No podía esperar. No podía concentrarse en la conversación hasta que no tenía otra copa llena en la mano.

—Solamente se estaba divirtiendo.

Ella no reparó en mi manera de defenderlo.

—Un día será un alcohólico. Acuérdate de lo que te digo. Se espera demasiado de él. Y toda la concienzuda planificación de Gerald se convertirá en humo.

El tren llegó a la estación de Fairfield. La señora Steers volvió a centrarse en el aspecto profesional de su vida. Recogió sus cosas, se puso las gafas de sol y saludó por la ventana a un chófer que estaba esperándola de pie en el andén.

—Es el chófer de los Hardwick —dijo. Nos despedimos. Bajó del tren.

En la estación, fue Kitt, y no Constant, quien vino a recibirme. Casi no la reconocí. Los aparatos de sus dientes habían sido reemplazados por un retenedor. Ya no se vestía como una niña. Se estaba volviendo guapa. Reparé, por primera vez, en lo mucho que se parecía a Constant. Como siempre, hablaba sin parar.

—Espero que no te desilusione que sea yo la que te recoja y no Constant. Está en una de sus rachas de mal humor —explicó Kitt. Se quitó las gafas y se las colocó en la cabeza. Era un gesto que había copiado de Maureen—. El viernes por la noche se celebra la puesta de largo de Weegie Somerset y no lo han invitado. No nos han invitado a ninguno. Bueno, yo no contaba con ello, soy demasiado joven. ¡Si hubieras escuchado a mi padre hablando del tema! Por eso se han ido a Florida, para no estar en la ciudad. Están en el Breakers. Probablemente ya lo sepas. Estoy encantada de que hayas venido. Constant no soporta estar solo. Solo quedan Fatty y Sis Malloy para hacerle compañía, y eso a Constant no le sirve. Por lo menos a ti puede llevarte al club. Una vez llevó a Fatty y conocía a todos los barman y a todas las camareras, porque eran todos de Bog Meadow, y les dio la mano. Puedes imaginarte cómo le sentó eso.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Me voy a Florida mañana. He estado en Spring Lake, en una fiesta, celebrando los dieciséis años de una de las chicas del colegio.

Salimos de la estación. El Porsche de Constant estaba aparcado en doble fila. Tenía una multa en el parabrisas.

—Oh, demonios —dijo ella. Retiró la multa y la rompió en dos.

—No deberías hacer eso —dije.

—Mi padre tiene a uno, el señor Fuselli, Johnny Fuselli, que se ocupa de las multas y ese tipo de cosas. Lo conociste en Watch Hill, el que Maureen decía que era vulgar pero guapo.

—¿Un tipo con pinta de gánster, con un coche rojo?

—El mismo.

—¿Y no necesitará los trozos?

—¿Johnny? No. Para eso le pagan. Entra en el coche.

—¿Tienes edad para conducir?

—No, pero la tendré pronto.

—¿No debería conducir yo?

—Ni hablar. Este es el Porsche nuevo de Constant y es mi única oportunidad de conducirlo. A ver, ¿dónde demonios están mis gafas? —Rebuscó en su bolso.

—Las tienes en la cabeza —dije.

Se tronchó de risa.

—Me apetece un cigarrillo —dijo.

Para ser novata, Kitt conducía bastante bien. «¡Mira a este idiota, por favor!», dijo, dándole bocinazos a un conductor lento. Salimos de la congestionada zona de la estación de tren y enfilamos hacia el oeste por Asylum Avenue, en dirección a Scarborough Hill. Kitt no dejó de hablar en ningún momento.

—¿Tu familia no te reclama nunca? —preguntó.

—Mi familia consiste en una tía soltera que solo habla de los misioneros —contesté.

—¿Eres el SD de Constant? —preguntó Kitt.

—No sé lo que es un SD —respondí.

—Alguien que está Siempre Disponible.

Enrojecí. Yo siempre estaba disponible.

—Mi madre tiene SD. Son personas que le resultan útiles para hacer cosas prácticas. Mi madre tiene SD que le escriben los nombres de los invitados en los tarjetones de la mesa, pero que no se quedan a cenar y hacen ver que no les importa. Ella es la madrina de sus hijos, pero ni en sueños permitiría que ellas fueran las madrinas de ninguno de los suyos. Es una amistad desigual.

—¿Me estás preguntando que si eso es lo que soy?

—Sí.

—Espero que no.

—No le dejes que te mande. Tiene tendencia a hacerlo.

—No conduzcas tan deprisa.

—Voy deprisa si quiero.

A medida que nos acercábamos a las calles flanqueadas de árboles de la zona oeste de la ciudad, aumentó la velocidad.

—Están muy nerviosos. Sandro se presenta al Congreso. Apuesto a que no lo sabías.

—No lo sabía.

—El congresista Lopez murió en su despacho y Sandro va a presentarse para cubrir el resto del mandato.

—¿No es muy joven?

—Tiene casi veintiséis. Pa no considera que sea demasiado joven. Pa dice que

tiene carisma.

—¿Está cualificado?

—Todos los católicos lo votarán. Pa se encargará de ello.

—Esa no es una respuesta.

—Lo único que importa es ganar. Es el lema de la familia. Todos creíamos que mi hermano Desmond sería el primero en presentarse a un cargo público, después del accidente de Jerry, pero quiso ser médico y después se casó con una criada. ¿Eso lo sabías?

—Sí, algo he oído.

—Oh, el follón que se armó. Las lágrimas de Ma. La furia de Pa. El cardenal tratando de calmarlos. Pobre Rosleen. No sabía dónde se metía. Era bastante guapa, pero era imposible que la cosa saliera bien. Mi padre le dijo a Desmond: «Uno se acuesta con chicas como estas, pero no se casa con ellas». Pobre Bridey, la cocinera. Me dio mucha pena. Era prima segunda de Bridey o cuñada o algo así, nunca me acuerdo bien. Lo que se espera de nosotras es que nos casemos bien, ¿sabes? Se supone que Constant tiene que traer a casa a chicos de Milford para que Mary Pat y yo los conozcamos, pero al único al que ha traído es a ti.

No pude menos que sentir que, en cierto modo, yo era una decepción en ese aspecto.

—Naturalmente, todas mis amigas del colegio están coladas por Constant. Pero cuando traigo a alguna a casa, ni las mira. Solo le gustan chicas como Weegie Somerset. Espera y verás. Acabará casándose con una protestante. Oh, y el follón que se armará entonces, si no se casa con una católica.

—Nunca he escuchado a nadie hablar tanto sobre el hecho de ser católico como a vuestra familia.

—Pero tú eres católico.

—Pero nosotros no hablábamos todo el rato de eso. Creo que vas demasiado rápido.

—No sé qué pudo pasar entre Constant y Weegie. Algo pasó. Es decir, no nos han invitado a la fiesta, y el señor Somerset le debe a mi padre un montón de dinero. Mi padre se la va a devolver. Mi padre siempre se venga. Dicen que lo de vengarse es algo muy irlandés.

—Ve más despacio, Kitt.

—Oh. Tienes razón. Llevamos un policía detrás. Una luz roja parpadeando.

—Será mejor que pares. ¿Qué pasa con el carnet?

—Tú quédate callado y deja que hable yo.

En la mansión Bradley se vivía una Navidad muy poco navideña. Había coronas colgadas en las puertas y velas eléctricas en las ventanas, pero no había árbol. La casa, normalmente desbordante con el ruido de sus muchos ocupantes, parecía

sobrecogedoramente silenciosa. Los regalos para Constant estaban debajo del banco del recibidor, bajo la escalera, así como dos para mí, uno de Grace y otro de Kitt, pero no demostró ninguna curiosidad por ellos en los días previos a Navidad. Por entonces yo ya estaba acostumbrado a su comportamiento de niño mimado, a su malhumor y su mal carácter ocasionales, especialmente cuando bebía, pero todavía era su esclavo y no tenía en cuenta esas faltas, ya que raramente iban dirigidas hacia mí. Cuando no era el centro absoluto de la atención se sentía inquieto. Silbaba cancioncitas, caminaba de un lado a otro, golpeaba el suelo sin parar con el pie, chasqueaba los dedos, hacía crujir los nudillos o marcaba el ritmo de una canción de la radio.

—No eres una compañía relajante —le dijo Kitt antes de marcharse a Florida.

Constant la miró, sorprendido, como si su hermana hubiera descubierto algo secreto en él.

Temiendo haberlo molestado, se burló de sí misma:

—Te falta mi paz interior —dijo, cruzando los brazos y adoptando una expresión de humildad monjil.

—Jódete —contestó él, amigablemente. Los dos se troncharon de risa.

Bridey, la cocinera, nos quería servir las comidas en el comedor, con velas y flores, pero Constant dijo que prefería comer en una bandeja frente a la televisión. En contadas ocasiones, Fatty y Sis Malloy vinieron a comer. Sus vidas eran claramente diferentes a las de los Bradley, y parecían patéticamente agradecidos de ser incluidos en cualquier cosa que sucediera en la casona de Scarborough Hill. Fatty adoraba a Constant y no parecía importarle que Constant le tomara el pelo continuamente.

—Salí disparado hacia el coche en cuanto me llamaste —dijo Fatty.

—La última vez que Fatty corrió fue detrás de la furgoneta de los helados —me comentó Constant.

—Creo que le has ofendido —le dije a Constant más tarde.

—Fatty está acostumbrado a sentirse ofendido. Sabe que todos le queremos —dijo Constant.

El día de la puesta de largo de Weegie Somerset, las furgonetas del *catering* y de los floristas empezaron a llegar de buena mañana a la imponente casa de piedra gris que se erigía junto a la de los Bradley. Repartidores con brazadas de rosas se apresuraban en dirección a la casa. Varios centenares de sillas doradas se apilaban en el camino de entrada mientras se descargaban los camiones. Constant se colocó frente a la ventana de la habitación de sus padres y observó la actividad. A última hora de la mañana tuvo una larga conversación telefónica con su padre, que estaba en Florida. Cuando volvió a la habitación, dijo: «Venga. Tienes trabajo que hacer».

—¿Qué?

—Cada año, por Navidad, mi padre regala pavos y comida y naranjas a los pobres de la ciudad. Y zapatos a los niños. A mis hermanos y a mí nos llevan de allá para acá vestidos con nuestras mejores galas, regalamos las cosas, mi padre da un discurso

mientras mi madre permanece sentada, con su abrigo de visón, como una reina, y los curas dan las gracias a todo el mundo. Mi padre dice que este año lo tengo que hacer yo y que tú tienes que escribirme algo para que lo lea.

—¿Como qué? No sabría qué escribir —dije.

—Sí, sí que sabes. Navidad y paz y dar y amar y la familia y toda esa mierda. Mi padre dice que cualquier cosa sobre la familia les llega. Provoca unas lágrimas. Nada largo. Solo unos párrafos. Sabes cómo hacerlo. Ah, y mete alguna cosa sobre Sandro y su candidatura al Congreso.

—¿No debería estar aquí, preparando su campaña?

—Lo estará, después de Florida, a toda marcha. Entonces Pa llamará a la artillería pesada. Todos le deben favores, todos esos políticos.

Fatty y Sis nos acompañaron a la sala de actos de la escuela Malachy Bradley, llamada así en honor al padre de Gerald, que estaba situada en Bog Meadow. Había centenares de bolsas de alimentos, pavos, cestas de naranjas y cajas llenas de zapatos de niño. Fatty y Sis, los curas y las monjas pusieron a la gente en fila y repartieron el material, pero la mayoría quería recibir sus paquetes y sus pavos directamente de manos del apuesto joven Bradley, tan elegante con su americana azul y sus pantalones de franela gris de J. Press. Aparecieron un fotógrafo y un cámara de la cadena de televisión local.

—Te pareces a tu abuelo —le dijo una anciana—. Soy Agnes O'Toole. Tu abuelo Malloy, Dios lo tenga en su gloria, vivía muy cerca de nosotros, en Front Street, cuando llegaron procedentes de nuestro viejo país. Dios te bendiga, Constant. Damos las gracias a tu maravillosa familia.

—Gracias, señora O'Toole —dijo Constant, sonriente y amistoso. En ocasiones como aquella era condescendiente con sus inferiores, los cuales, a cambio, se mostraban encantados—. Ciertamente, he oído a mi madre hablar de usted y de su familia.

—Mi difunto marido, Francis X. Moriarty, trabajó para su abuelo Bradley en la carnicería de Sisson Avenue —dijo otra mujer—. Era un buen hombre.

—Gracias, señora Moriarty. Mi abuelo siempre apreció mucho esa tienda de Sisson Avenue —dijo Constant.

—Dios te bendiga, Constant —decían todos, unos tras otros, al recibir sus paquetes.

Constant disfrutaba de aquellos elogios y de la admiración que despertaba. Se volvió aún más atractivo, si es que algo así era posible, y recuperó la locuacidad que había perdido desde el baile del Día del Trabajo en el club de playa de Watch Hill. Sus aires de niño consentido y su malhumor desaparecieron. Todos los pensamientos lúgubres sobre Weegie Somerset se evaporaron, al menos durante ese rato. Encontró algo personal que decir a cada una de las personas con las que habló.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a una niña pequeña.

—Maureen —respondió ella.

—Caramba, yo tengo una hermana que se llama Maureen —dijo, cogiéndola en brazos y conversando con ella durante varios minutos. La colocó de modo que el fotógrafo y el cámara pudieran captar la imagen—. Fatty, dame una de esas tabletas de chocolate para la joven señorita Maureen.

Cuando se acercó al micrófono, estaba en plenas facultades.

—Siento que mi padre y mi madre no puedan estar hoy aquí para felicitaros a todos personalmente, pero este año han tenido que renunciar a las Navidades en Connecticut. Los negocios han llevado a mi padre a Florida. He hablado con él esta mañana y me ha pedido que os diga que las próximas Navidades estará aquí, repartiendo él mismo los pavos. Mi madre también os manda su cariño y sus mejores deseos. Nuestros padres nos están educando para implicarnos y desempeñar un papel en la política y el servicio público. Mi hermano Sandro, como probablemente sabéis, se ha presentado como candidato para sustituir al difunto congresista Lopez en lo que queda de legislatura. Os esperamos a todos en las urnas.

La multitud, aferrada a sus bolsas, escuchaba hablar a Constant embelesada. Constant se manejaba con soltura, como si estuviera pronunciando un brindis en la mesa del comedor de los Bradley.

—Me acuerdo que una vez mi madre fue a confesarse al cardenal Sullivan. No se le ocurrían pecados nuevos que confesar desde la última confesión, así que se los inventó. Mi padre le preguntó después qué pecados se había inventado. Ella dijo que le daba demasiada vergüenza explicárselos, que eran horribles. «Quiero saberlo», insistió mi padre. Entonces ella se los susurró al oído. «¿A esto le llamas pecados?», dijo mi padre. —La multitud estalló en risas. A continuación, Constant se puso serio—. Somos una familia unida. Mis abuelos, Malachy Bradley y Kevin Malloy, vivieron los dos aquí, en Bog Meadow, y nuestra familia se siente muy próxima a este barrio. Mi padre va a conceder una serie de becas aquí, en la escuela Malachy Bradley, para que los estudiantes más brillantes puedan ir a la universidad. Y para terminar, os deseo a todos una feliz Navidad y que Dios os bendiga con unas relaciones familiares leales.

Más tarde, conduciendo de vuelta a Scarborough Hill en su Porsche, se mostraba entusiasmado con su actuación.

—¿Te has fijado en cómo se acercaban a mí todas esas ancianas que decían que conocían a mi abuelo? —preguntó.

—Has estado magistral con la niña, Constant, con la pequeña Maureen —dijo Fatty Malloy—. Parecías un político en campaña.

Incluso Sis Malloy, o «la Remilgada», como Mary Pat y Kitt llamaban a su prima a sus espaldas, estaba emocionada con lo sucedido aquella tarde. Sabía quiénes eran todos y cada uno de los asistentes y trató de explicarle a Constant su relación con sus abuelos, pero el interés de Constant se centraba más en cómo habían reaccionado al verle que en quiénes eran.

—La señora O'Toole se ha emocionado cuando le has dicho que tu madre hablaba

de su familia —dijo Sis Malloy.

—Me lo he inventado —dijo Constant—. Nunca he oído hablar de los O'Toole.

—Oh, Constant, eres un bromista —dijo Sis.

—Tú eres el que debería meterse en política, Constant —intervino Fatty.

—Lo haré uno de estos días.

—Cuando te presentes a lo que sea que te presentes, Constant, quiero ser tu director de campaña —dijo Fatty.

—Y este tío va a ser quien me escriba los discursos —añadió Constant, señalándome con el pulgar—. Ha sido un toque muy bueno meter al cardenal, Harry. Se lo han tragado. ¿Cómo sabías esa historia?

—Me la contaste en el colegio.

—¿Te acuerdas de todo lo que digo?

Me acordaba de todo lo que decía, pero no respondí.

—¿Cómo sabían el fotógrafo y el cámara de televisión que tenían que venir? —pregunté.

—Oh, seguro que ha sido Pa —respondió Constant—. Es amigo de Tom O'Gorman, el del periódico.

—¿Lo ha organizado desde Florida?

—Oh, seguro.

Esa tarde vimos a Constant en las noticias de la televisión local de las seis, sosteniendo en brazos a la señorita Maureen. El presentador del telediario hizo una arrobada descripción de la magnificencia de los Bradley con los pobres de la ciudad cada Navidad.

—Me pregunto si lo estarán viendo en la casa de al lado —dije.

Sobre las ocho los vehículos empezaron a aparcar a ambos lados de la calle, frente a las residencias Bradley y Somerset. Se podían oír los gritos de los chicos del aparcamiento. La euforia de Constant se esfumó. Había estado nevando durante horas; los árboles que se entreveían desde las ventanas eran de un blanco brillante. Cenamos en la biblioteca, viendo la televisión, y no mencionamos ni una vez el fastuoso acto que estaba teniendo lugar en la casa vecina. Nos bebimos dos botellas del mejor tinto del señor Bradley.

Me fijé en una de las botellas. Leí la etiqueta. Vi las palabras Mouton Rothschild y el año 1955. No sabía nada de vino, pero sí lo suficiente como para sentirme impresionado.

—La vida es demasiado corta como para beber vino barato —dijo Constant al observar mi reacción. Desapareció en dirección a la cocina y volvió con una tercera botella y un sacacorchos. Al entrar, tropezó con la alfombra.

—¿No crees que igual ya has bebido suficiente, Constant? —le dije.

—Métete en tus malditos asuntos —respondió, con tono áspero. Sus ojos como

zafiros brillaban peligrosamente—. No te olvides de que no eres más que un invitado en esta casa. Yo bebo lo que me da la gana.

Enrojecí ante aquel menosprecio. Era cierto. Yo era solo un invitado, el tipo de invitado que no podía devolver la generosidad de su anfitrión. Nunca lo había invitado a Ansonia o a conocer a la tía Gert y nunca iba a hacerlo. Permanecimos sentados en silencio durante unos pocos minutos. Después me fui arriba, a mi habitación. Sabía que me marcharía a la mañana siguiente.

Unos minutos después se abrió la puerta y apareció Constant.

—No quería decir eso, Harry —dijo—. No te ofendas o empieces a sentirte inferior. Ya tengo suficiente con lo que lidiar. ¿Amigos?

Asentí.

—Amigos —dije.

—Para nosotros eres prácticamente como de la familia —dijo—. Bueno, eso es lo que dice Ma, y Kitt y yo estamos de acuerdo.

—Puedes ser muy amable, Constant, pero también puedes llegar a ser muy desagradable.

Asintió con la cabeza.

—Salgo a tomar un poco el aire —dijo alrededor de medianoche.

—Hace bastante frío fuera —dije.

—Necesito aclararme la cabeza —contestó.

—¿Quieres compañía?

—No.

Una vez fuera, caminó por el largo sendero que llevaba hasta la calle. Algunos de los invitados de mayor edad estaban abandonando la fiesta y se agrupaban bajo el porche mientras esperaban a que los chicos del aparcamiento les trajeran sus coches. Antes de que lo vieran, Constant se dio la vuelta. Pasó de largo por la puerta principal y se dirigió hacia la parte trasera de la casa, atravesando con andar fatigado el césped cubierto de nieve, en dirección a la pista de tenis. Media hora después, al ver que no había vuelto, salí a buscarlo. Recorrí el césped cubierto de nieve y lo encontré sentado en un banco junto a la pista, escuchando la música del baile procedente de la casa vecina. Tenía la cabeza entre las manos.

En Scarborough Hill, la situación entre los Bradley y los Somerset no fue a mejor. Tal y como Kitt había predicho en Navidad, Gerald Bradley se vengó de Leverett Somerset como mejor sabía: financieramente. Lo invitó a comer en El Club de Campo. En ningún momento mencionó el baile del que su familia había sido excluida, como si fuera una cuestión de mínima importancia para él. En cambio, de la manera más profesional, le informó sobre un negocio inmobiliario en Texas de éxito infalible; el tipo de asunto que generaría rápidos beneficios con el que Gerald había cimentado su propia fortuna y por cuya habilidad era conocido. La perspectiva de ganar dinero rápido resultó irresistible para Leverett, tal y como Gerald sabía que sucedería. La que en otro tiempo fuera la sólida fortuna Somerset había ido disminuyendo y esfumándose con los años.

Ambos pusieron la misma suma de dinero. Gerald podía permitirse perderla. Leverett, no, e incluso tuvo que pedir prestado para reunir la cantidad suficiente. Entonces Gerald, que conocía a los texanos, se salió discretamente del trato, con el dinero intacto, sin informar a su vecino, y Leverett Somerset, unos meses después, perdió íntegramente su inversión. Kitt, la parlanchina, me contó la historia en Semana Santa. Cosas que me indignaron después no me indignaban entonces. Estaba tan fascinado con la familia que incluso lo que Gerald le había hecho a Leverett Somerset no me pareció mal. Lo tomé como una muestra de la superioridad de Gerald en materia de negocios.

Un día, Maureen Bradley y un joven llamado Freddy Tierney, del cual Constant había oído hablar a Kitt, vinieron al colegio en el Jaguar verde de Maureen para examinar los planos de la biblioteca que estaba financiando Gerald. El doctor Shugrue, objeto de la generosidad de los Bradley, interrumpió su apretadísima jornada para mostrarle a Maureen la colina donde ya se había puesto la primera piedra, y la llevó a la entrada del refectorio para revisar los planos del nuevo edificio. Iba a ser de ladrillo rojo y estaría rodeado de arcos y abetos. «Precioso», decía ella una y otra vez, mientras sugería cambios. Consideraba que las ventanas a ambos lados de las puertas principales debían ser más grandes. El arquitecto, Louis I. Khan, que había diseñado

una celebrada biblioteca en la Philips Exeter Academy varios años antes, se encontraba por casualidad en Milford ese día. No estaba de acuerdo con las sugerencias, pero Maureen insistió. Su carácter incluía esa faceta autoritaria.

—Mi padre piensa lo mismo —dijo, y sonrió dulcemente, dejando implícito en sus palabras que su padre era quien pagaba y que era mejor hacerlo a su manera. Tras recibir una mirada del doctor Shugrue, el arquitecto, elegante y cortés, aceptó. Sabía que no había muchos Gerald Bradleys por ahí que pudieran asumir unas facturas tan elevadas.

—¿Ves? —dijo Maureen. Había demostrado que tenía razón. Miró a Freddy Tierney como si deseara que él se sintiera orgulloso de sus expertos conocimientos, y sí, lo estaba.

Con el permiso del director, Maureen nos llevó a Constant y a mí a comer en el hotelito del pueblo. Ella y Freddy se sentaron muy juntos y compartieron carcajadas y risas tontas durante toda la comida. Cuando Freddy se disculpó diciendo que tenía que ir al escusado, como lo llamó, Constant le dijo inmediatamente a su hermana:

—Venga, cuenta.

Se habían conocido en Florida, en el Breakers, en Navidad. Él era de Lake Forest. Su familia se dedicaba al negocio del envasado de productos cárnicos en Chicago. Se había graduado en Princeton y trabajaba en el negocio familiar.

—¿A que es divino? —preguntó Maureen.

—¿Pasta? —preguntó Constant.

—Mucha pasta —dijo Maureen.

—¿Católico?

—Su hermana iba a mi clase en el Sagrado Corazón. Su padre es caballero de la Orden de Malta.

—Tiene todas las credenciales necesarias.

Maureen le susurró a Constant:

—¿Me prometes que no lo vas a decir?

—Te lo prometo —dijo Constant. Se puso la mano en el pecho.

—Estamos comprometidos.

—Vaya, vaya, esto se merece una botella de champán —dijo Constant.

—No, ciertamente no. Todavía no estás a salvo, aunque Shugrue dice que estás haciendo un esfuerzo considerable. Pero es que Freddy quería conocerte antes de decírselo a la familia, ya que fuiste el único que no estuvo en el Breakers en Navidad.

Creo que nunca había sido tan feliz como durante aquellos días. Pero, súbitamente, la felicidad se acabó. Constant y yo habíamos hecho nuestras pruebas de acceso a la universidad y esperábamos ansiosos la respuesta de Yale. Yo había solicitado una beca.

Volví a Ansonia para las vacaciones de Pascua. La tía Gert quería que la

acompañara en coche hasta Halifax —a visitar a unos curas para los que había recaudado dinero—, pero yo no tenía muchas ganas de ir. Fue entonces cuando recibí una carta de Constant:

Querido Harry.

He intentado llamarte. Sin éxito. Por el amor de Dios, deja a la tía Gert con sus misioneros y mueve el culo y vente hasta aquí para hacerme compañía. Necesito alguien con quien hablar. Me puedes contar el argumento de todos esos libros que lees y decirme si son buenos o malos, y luego yo haré como si los hubiera leído. Como El gran Gatsby ese del que siempre estás hablando. Shugrue se quedará impresionado. Estoy harto de tener éxito fácil en fiestas aburridas. «Oh, ¿Constant no es maravilloso?», «¿A que es el más divertido?», «¿A que es guapo?». Tú sabes que todo eso es palabrería. Contigo no tengo que fingir. Dime qué tren vas a coger. Sandro ha ganado la segunda vuelta. Se va a Washington. Pa está eufórico.

P.S. Maureen y Freddy se han prometido. ¿Viste la nota en el New York Times el domingo? Una boda de verano. Ma está feliz de la vida.

Naturalmente, fui. Halifax podía esperar. La familia al completo se había reunido por Pascua. El rellano de las escaleras del recibidor estaba decorado con docenas de lirios. Maureen, Mary Pat y Kitt iban mucho de compras y compraban trajes y sombreros de Pascua, aunque a la iglesia llevaban mantillas de encaje. Los periódicos estaban llenos de noticias sobre la victoria de Sandro en la segunda vuelta de las elecciones al Congreso y sobre el compromiso de Maureen con Frederick Tierney, de los Tierney de Chicago, dedicados al envasado de carne.

En El Club de Campo, Gerald se contoneaba de una forma nueva mientras dirigía a su familia y a sus invitados al comedor. Observamos todos los rituales de la Semana Santa. Jueves Santo. Viernes Santo. Sábado Santo. Domingo de Pascua. El domingo de Pascua el cardenal Sullivan vino a comer a Scarborough Hill. Toda la familia estaba allí, incluidas las nuevas incorporaciones: Fred y yo mismo. El menú incluía las especialidades de Pascua de Bridey Gafferty. Cordero asado. Patatas asadas. Gelatina de menta. Y suflé de chocolate.

Ese día, durante la comida, Leverett Somerset llamó a la puerta de la residencia Bradley. Le abrió una de las criadas. El caballero, como se refirió a él después, dijo que deseaba hablar con el señor Bradley.

—Los Bradley están celebrando la comida de Pascua —dijo ella.

—Querría hablar con el señor Bradley. *Ahora* —dijo el señor Somerset.

El tono autoritario de su voz, reforzado por el efecto de unas cuantas copas, hizo que la criada, Colleen, se apresurara en su misión, dejando al distinguido visitante en

la calle, como si fuera un vendedor.

Colleen entró en el comedor. Constant estaba de pie, sosteniendo una copa de vino, en mitad de un brindis por Freddy Tierney. Grace, alzando la mano, advirtió a la criada de que no interrumpiera.

—Naturalmente, hemos hecho nuestras averiguaciones sobre él utilizando todas las conexiones de Pa en Chicago, y todos conocéis las conexiones de Pa en Chicago —dijo Constant. La familia se echó a reír—. Y es aceptable. Es muy del Medioeste, de buena familia, importante, lo que significa dinero, y sabe lo que se necesita para vivir bien. A Ma le gusta porque lee su misal en misa. A Pa le gusta porque lo primero que lee del periódico son las páginas de economía. Y a Maureen le gusta porque, bueno...

—Bueno, Constant, espera un minuto antes de ponerte demasiado gráfico sobre lo que a Maureen le gusta de Freddy. Recuerda que hay un cardenal presente —gritó Desmond desde el otro lado de la mesa.

El cardenal Sullivan se rio estruendosamente y toda la familia lo acompañó.

—No haga caso a mis hijos, Cardenal —dijo Grace—. ¿Qué sucede, Colleen?

La criada murmuró algo al oído a Gerald Bradley, pero él ignoró su secretismo.

—Habla más alto, habla más alto —dijo.

—Hay un caballero llamado Somerset en la puerta —dijo.

—Dile que estamos comiendo.

—Se lo he dicho, señor. Insiste en verlo.

—Dile que se espere —dijo Gerald.

—Creo que ha estado bebiendo, señor —dijo Colleen.

Gerald lanzó la servilleta sobre la mesa, apartó su silla y se dirigió a la entrada. En su andar había un toque pomposo. Le gustaban los enfrentamientos. Se le daban bien.

—Gerald —le llamó Grace.

Gerald se volvió hacia su mujer. Ella señaló con la mirada al cardenal, sentado a su derecha.

—Quizás el señor Somerset quiera tomar el café con nosotros en la biblioteca —dijo—. Estoy segura de que a Cardenal le gustaría conocer a Leverett Somerset. —A continuación, procedió a informar al cardenal Sullivan sobre los orígenes señoriales de Leverett Somerset.

—¡Dale caña, Pa! —instó Kitt.

—¡Kitt! —exclamó Grace, atónita—. Ni se te ocurra hablar así, y menos delante de Cardenal. Debe disculparla, Cardenal.

—El señor Somerset debe dinero a Pa, por lo que, lógicamente, odia a Pa, pero Pa dice que esto siempre pasa en los negocios cuando rescatas a alguien —explicó Kitt.

—Shhh —dijo Jerry—. Quiero oír lo que pasa.

Gerald se dirigió a la puerta principal, que Colleen había dejado entreabierta. No invitó a su vecino a entrar en su casa.

—Has venido en mal momento, Leverett. Tengo al cardenal Sullivan sentado a la mesa —dijo Gerald.

Leverett Somerset, angustiado por sus apuros económicos, no estaba de humor para deferencias con el cardenal Sullivan.

—¿Qué me has hecho, Gerald?

—¿Hecho?

—Oh, por favor. Déjate de juegos. Tú retiraste tu dinero del negocio. No me lo dijiste. Es injustificable —gritó Leverett Somerset. Su voz, que tenía el clásico acento de las familias norteamericanas de rancio abolengo, viajó por las estancias.

—¿Por qué humillaste a mi hijo al no invitarlo a la fiesta de Weegie? —preguntó Gerald.

Somerset lo miró, estupefacto.

—¿Has hecho esto por una invitación a una fiesta? ¿Para vengarte? ¿Por eso?

—La venganza es el código por el que me rijo —contestó Gerald.

—Sí, ese es el código de conducta que más te pega, sí —dijo Somerset. El desprecio en su voz era inconfundible.

—¿Detecto una cierta superioridad en tu voz de patricio? —le preguntó Gerald, imperturbable y controlando perfectamente la situación. En el interior de la casa, la prole Bradley disfrutaba escuchando aquel intercambio de palabras. Se oyeron risas sofocadas en el comedor. Leverett Somerset no era amigo de la familia y su padre estaba poniendo a aquel yanqui esnob en su sitio. Solo Constant parecía incómodo, pero no manifestó su desazón y nadie la percibió.

—¿Eres consciente de lo que tu hijo le hizo a mi hija?

Gerald hizo un gesto de desdén.

—Una discusión. Una discusión entre novios. Suele pasar. ¿Qué problema hay? Solo son niños.

—¿Quieres saber por qué mi hija no quiso invitar a tu hijo a su fiesta? ¿Y por qué no quiere verlo nunca más en su vida?

—Eso es lo que me gustaría saber, sí.

—Porque tu hijo agredió a mi hija.

—¿Que la agredió?

—Me has oído. La agredió.

Gerald salió al porche de la entrada y cerró la puerta principal a sus espaldas. Al mismo tiempo, obedeciendo una señal de su madre, Desmond se levantó de la mesa y cerró las puertas del comedor. El resto de la conversación no se escuchó en el interior de la casa. Constant, indignado por las acusaciones, se la contó después. Se intercambiaron palabras desagradables. Palabras de odio.

—La agarró. Le torció el brazo. Trató de forzarla. La hubiera violado si ella no hubiese empezado a gritar. Le tapó la boca con la mano. La asustó.

—No me lo creo.

—Créetelo. Y la próxima vez que estés en la fila para recibir la comunión de

manos de tu precioso cardenal, da gracias a tu Dios porque no he presentado una denuncia contra tu hijo. Weegie quería ir a la policía esa misma noche, en Watch Hill. Su madre le dijo, y yo estuve de acuerdo, que la gente como nosotros no va a la policía en circunstancias como esa. No sirve para nada y lo único que obtienes a cambio es mala prensa y arruinar tu reputación. El problema es que entonces la gente como tu hijo se libra de un cargo por agresión y el único castigo que recibe es que no lo inviten a una fiesta.

—Sal de mi casa, Leverett.

—No estoy en tu casa, Gerald. Estoy en la puerta de tu casa.

—Sal de mi propiedad.

Después, Constant me reveló la conversación que mantuvo con su padre una vez que Leverett Somerset se hubo ido.

—¿Es verdad, Constant?

—No es verdad, Pa.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

—¿Qué sucedió?

—Ella me provocó.

—¿Y luego se echó para atrás?

—Sí.

—Ese truco.

—Sí.

—¿Le hiciste daño?

—Solamente con algunas cosas que le dije. No hubo nada físico. Te lo juro, Pa.

—Gracias, Constant. Te creo.

Gerald se dispuso a marcharse.

—¿Sabes, Constant? Las chicas como la hija de Somerset y las que traen tus hermanas a casa del colegio solo son para besarlas, nada más, especialmente a tu edad. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Sí, Pa.

—Y aléjate de las criadas. Como mínimo, de las criadas de esta casa. Ya hemos tenido esa experiencia con Desmond y esa zorra de Rosleen tratando de arrimarse a la familia.

—Sí, Pa.

—Haré que Johnny Fuselli te ponga en contacto con otro tipo de chicas. Será una buena experiencia para ti. De ese modo, no hay problemas. No hay malentendidos. Eso fue lo que pasó con Weegie Somerset, un malentendido. ¿Tengo razón?

—Exacto, Pa.

Jerry propuso un partido de *softball*. Antes del accidente había sido el mejor atleta de la familia y todavía le divertían los deportes, incluso a pesar de que ya no podía practicarlos. En la familia nunca había dudas cuando se proponían partidos. A todos les encantaba jugar, tanto a las chicas como a los chicos. Se hicieron los equipos.

—Yo seré el árbitro —dijo Jerry.

—Tened cuidado con mis narcisos —gritó Grace.

—¿Quién tiene el bate?

—Está todo en el cuartito de la entrada de atrás. Bate, pelotas y guantes —dijo Fatty Malloy. Los Malloy siempre sabían dónde estaba todo en la casa de los Bradley. El cuartito en cuestión estaba abastecido con todo lo necesario para hacer deporte; había material suficiente para la familia y para los invitados: raquetas de tenis y docenas de botes de pelotas, palos de golf y un montón de bolas, cascos de montar a caballo y fustas, juegos de cróquet, cosas para la piscina y guantes, pelotas y bates de *softball*.

—Me enfadaré mucho si me pisoteáis los narcisos —insistió Grace.

—¡Oh, madre! —exclamaron Kitt y Mary Pat.

Yo odiaba jugar con ellos. Eran todos demasiado buenos. También eran todos inmisericordes si perdías una pelota, cometías cualquier tipo de error o, Dios no lo quisiera, eras eliminado.

—¡Ha sido culpa tuya, Harrison! —gritó Jerry—. Has dejado que la pelota te pase justo entre las piernas.

—Lo siento —respondí.

—¡Lánzala hacia Harrison! —vociferó Sandro cuando le tocó batear a Kitt, dando a entender que seguro que yo no iba a cogerla.

Kitt bateó. Golpeó la bola con fuerza, directa a la segunda base. La cogí. Se la pasé a Constant en la primera base. Kitt estaba eliminada. Vítores de Constant y Mary Pat.

—¡Tenías que cogerla justo cuando bateo yo! —se lamentó Kitt.

—Perdón —dije.

—No puedes pedir siempre perdón por todo —dijo.

Constant fue la estrella de la tarde, naturalmente. Se anotó un *home run* con Fatty y Mary Pat en las bases. Correteó alegremente de una a otra, saboreando su momento, y cuando llegó a la última, recogió el bate y se lo puso sobre la cabeza, balanceándolo.

—Y lo he hecho con un bate roto —dijo. A continuación, lanzó el bate con las dos manos hacia la zona arbolada de la propiedad de los Somerset, y Kitt y yo corrimos hacia allí para recuperarlo.

—Tiene que estar en algún sitio —dijo Kitt. Pero no había manera de encontrarlo. La zona de matorrales que dividía las dos fincas era densa y oscura.

—¿Qué más da? Hay como diez bates más en el cuartito. Ve a coger otro, Fatty —dijo Jerry.

En ese momento, Gerald gritó desde la terraza.

—Los Wadsworth se están quejando de que hacéis demasiado ruido y no pueden buscar los huevos de Pascua en paz.

—¡Que les den a los Wadsworth! —dijo Jerry.

Se oyeron vítores y carcajadas.

—¿Cómo están mis narcisos? —preguntó Grace, gritando.

—¡Pisoteados! —vociferó Kitt en respuesta—. Todos muertos y destrozados.

Cruzamos el césped y nos dirigimos de vuelta a la terraza de la casa, atravesando la pista de tenis y pasando por la piscina. Sandro tenía que irse a Washington. La familia ya se refería a él como «el congresista». Charlie, el chófer, lo esperaba para llevarlo al aeropuerto. Maureen y Freddy Tierney se iban a Chicago a pasar una temporada con la familia de Freddy. Desmond tenía guardia en el hospital. Empezaron las despedidas.

De pronto apareció una joven entre los árboles.

—¡Hola! —gritó. Constant y yo nos habíamos quedado rezagados en el jardín recogiendo los guantes.

—Hola —dijo Constant.

—Escuchad, no me lo tengáis en cuenta, pero los Wadsworth me mandan a pedir que hagáis un poco menos de ruido —dijo.

—Que no pueden buscar tranquilos los huevos de Pascua. Sí, ya hemos recibido el mensaje por teléfono. Mira, si hasta hemos dejado de jugar —dijo Constant.

—Bueno, misión cumplida. —Se dio la vuelta para marcharse.

—¿Cómo te llamas?

—Winifred Utley.

—Winifred Utley —repitió su nombre—. No había conocido a ninguna Winifred hasta ahora.

—Indirectamente, sí.

—¿Cómo?

—¿No te dice nada mi nombre?

—Tiene una cara muy bonita, señorita Winifred, pero su nombre no me dice nada.

—Yo sé quién eres. Todas las chicas de mi colegio saben quién eres. Eres famoso. Mi madre te recogió una vez en su coche, cuando hacías autostop, y te trajo a casa desde Milford —dijo Winifred.

—Oh, Dios, claro —exclamó Constant—. ¿Te acuerdas, Harry? ¿La señora Utley? En un Buick azul.

Se desvió treinta y dos kilómetros de su ruta por nosotros. Nos trajo justo hasta aquí, a casa.

—Me acuerdo de la señora Utley —dije. Recordaba a Constant imitando su manera de hablar en cuanto salimos del coche.

—Este es mi amigo Harrison Burns, que también estaba en el coche ese día. Una excursión que acabó mal, de hecho —dijo Constant.

—¿Por qué?

—Me expulsaron de Milford.

—Pero yo pensaba que te ibas a graduar allí en junio.

—Sí, voy a graduarme. Mi padre les ha donado una nueva biblioteca. Así es como los niños ricos y malos salen adelante en la vida.

—Me parece que eres un bromista, Constant.

—Me parece que eres adorable, Winifred. —Examinó su rostro alegre, el rostro de una quinceañera, cuya belleza dependía en exclusiva de su juventud. Probablemente nunca sería tan hermoso como en ese momento—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Te lo acabo de decir. Me han mandado los Wadsworth.

—Me refiero a qué haces aquí, en la ciudad.

—Nos acabamos de mudar. Mi padre es el nuevo presidente de Veblen Aircraft.

—¿Dónde vives?

—Muy cerca. En Varden Lane, detrás de la casa de los Somerset.

—Conozco esa casa. Es donde vivían los Prindeville.

—Eso es.

—Hay un atajo detrás de nuestra pista de tenis.

—Lo sé.

—Quizás deberíamos tener un encuentro allí a medianoche.

—¿En el atajo, quieres decir?

—Sí.

Ella se rio, nerviosa.

—No creo. He oído hablar de tu reputación.

—¿A través de quién?

—Todas las chicas de mi colegio hablan de Constant Bradley.

—¿Bien o mal?

—Depende de quién. —Volvió a reír nerviosamente y se fue corriendo a través del bosque, por el mismo camino por el que había llegado.

Dos noches después, Constant, Mary Pat, Kitt y yo cenamos en El Club de Campo. Era la última noche de las chicas antes de volver al colegio de monjas. Grace y Jerry estaban en una gala benéfica para recaudar fondos en el centro de la ciudad. Gerald se había marchado a Nueva York «de negocios», como siempre decía Constant, guiñando el ojo, cuando creía que su padre estaba con una de sus amigas.

—Tiene una nueva. Eloise Brazen —dijo.

—Estoy seguro que tu padre no te ha contado eso —dije.

—No. Me lo ha dicho Fuselli.

—¿Y quién es?

—Una joven ambiciosa. A mi padre le gustan las jóvenes ambiciosas. Le dan

menos problemas a la hora de sacárselas de encima.

—¿Con Sally Steers ya no tiene nada?

—Sally ha pasado a la historia.

La mayor parte de la conversación durante la cena giró en torno a la boda de Maureen. Iba a ser la primera vez que Mary Pat y Kitt fueran damas de honor.

Constant estaba de buen humor, divirtiendo a sus hermanas, e incluso tomándole el pelo a la camarera, que se había negado a servirle vino porque era menor de edad.

—Mi padre me deja beber vino en casa, Úrsula —le había dicho. Constant siempre se acordaba de los nombres del servicio.

—Entonces mejor te vas a casa con tu padre —respondió Úrsula.

—Oh, estos establecimientos provincianos —dijo Constant.

—Solo está bromeando —le dijo Kitt a la camarera—. Es muy bromista. Sabe perfectamente que no puede beber vino en el club.

Mary Pat carraspeó ostensiblemente.

—Uh, oh —dijo, en tono inquietante.

—¿Qué? —preguntó Constant.

—Mira quién llega.

Eran los Somerset con su hija. El señor Carmody, que se encargaba de acomodar a los socios, los estaba conduciendo hacia una mesa junto a la nuestra, pero a medio camino, Leverett Somerset, sin detener al señor Carmody, cambió de dirección y guio a su mujer y a Weegie hacia una mesa vacía en el lado opuesto de la sala.

—Siéntate aquí, Weegie —dijo, y sentó a su hija de modo que nos diera la espalda.

—Bueno, por lo menos ya casi estamos acabando —dijo Kitt.

Constant se levantó de la mesa, excusándose.

—Vuelvo enseguida —dijo. Salió del comedor y se encaminó hacia los vestuarios masculinos. Un poco más allá estaba el bar privado de caballeros, donde se podía tomar algo después de jugar al golf y al tenis. Corky, el camarero, estaba cerrando.

—Hola, Corky —dijo Constant.

—Señor Bradley —contestó él.

—¿Me puedes poner una copa, Corky?

—Sabe que no puedo servir a menores de dieciocho años.

—Sí, lo sé, pero no te va a ver nadie.

—Normas del club. Ley estatal.

—Sí, lo sé. —Puso un billete de diez dólares sobre la barra—. ¿Has visto a mi primo, Fatty Malloy?

—Lo vi en el velatorio del padre Curry, la semana pasada.

Constant puso un segundo billete de diez dólares sobre la barra y empujó el dinero hacia el camarero.

—Venga, Corky. *Whisky*.

—Vodka. Parece agua —dijo Corky.

—Pon un poco más.

—Llévesela al vestuario. No se la beba aquí. Necesito este trabajo.

Cuando Constant volvió a la mesa, diez minutos después, me di cuenta de que había bebido. No miró en dirección a la mesa de los Somerset. Desde otra sala nos llegó el sonido de una música de baile.

—¿Y esta música? —le preguntó Constant a la camarera.

—Hay un baile de los *junior* del club en el salón —respondió Úrsula.

—¿Cómo es que no estáis allí, chicas? —les preguntó a sus hermanas.

—No tenemos acompañantes y, además, prefiero estar cenando con vosotros, que sois casi universitarios —dijo Kitt—. Mucho mejor que bailar mejilla con mejilla con esas caras llenas de granos, como la de Billy Wadsworth. Me tienes que prometer que, cuando salgamos, atravesaremos el salón para que todo el mundo vea que estoy contigo, aunque lo más probable es que todas esas pijas te rodeen en la pista de baile para bailar contigo. ¿Me lo prometes?

—De acuerdo.

Nuestra salida fue de lo más elaborada, con Constant y Kitt a la cabeza. Atravesamos el salón cruzando la pista de baile, en dirección a la entrada, mientras varias chicas se quedaban mirando fijamente a Constant. Una de ellas, que estaba bailando con Billy Wadsworth, se detuvo y dijo: «¡Hola, Constant!».

—Ya empezamos —resopló Kitt.

—Oh, hola, Winifred —dijo Constant—. ¿Conoces a mis hermanas, Mary Pat y Kitt? A Harry ya lo conoces. Esta es Winifred Utley. Es nueva en la ciudad.

—Te he visto en el comedor. Tenía la esperanza de que vinieras, aunque este grupo es demasiado joven para ti —dijo Winifred, alejándose de Billy.

—Nos marchamos ya —dijo Constant—. No vamos vestidos para la ocasión.

—¿No te quedarías para un baile nada más? Imagínate lo popular que me voy a volver en el colegio si digo que he bailado con Constant Bradley —dijo Winifred.

—Eso depende totalmente de mis hermanas.

—Oh, por favor, decidle que sí. Solo un baile. Todo el mundo dice que eres un bailarín maravilloso. La fiesta acaba a las diez y yo tengo que estar en casa a las diez y media. Tengo la madre más estricta del mundo.

—Te esperamos aquí, con Harry —dijo Kitt.

Constant condujo a Winifred a la pista de baile.

—¿Te importa bailar con un hombre que tiene una erección? —le preguntó.

—Eres un chico malo, Constant Bradley. Mono pero malo —dijo Winifred.

—¿Bradley ha dicho lo que creo haber oído? —preguntó Billy Wadsworth, ceñudo.

Observamos a los bailarines durante un rato. Constant, uno o dos años mayor que los demás chicos, era el único que no llevaba esmoquin, pero eran él y Winifred quienes dominaban la escena, captando todas las miradas. Al rato desapareció de nuevo en dirección al vestuario de caballeros y, cuando regresó, después de varias

canciones, se dirigió adonde yo estaba.

—¿Por qué no coges el coche y llevas a las niñas a casa? Me voy a quedar un rato con Winifred.

—Billy Wadsworth no te aprecia, Constant —dijo Kitt—. Y es él quien la ha traído.

—Lo superará —contestó Constant.

—¿Cómo vas a volver a casa? —le pregunté.

—Alguien me llevará.

—¿Quieres que venga a recogerte?

—Si quieres.

—El bueno de Constant. Siempre nos deja plantadas —dijo Kitt.

Sonó el teléfono. Grace Bradley tenía el sueño ligero. Encendió la luz de lectura, bajo el dosel de su cama, y consultó el reloj de la mesita. Eran las dos de la madrugada. Las llamadas en mitad de la noche siempre la alarmaban. Pensó en Gerald, de negocios en Nueva York. Pensó en Sandro, en Washington. Pensó en Maureen, en Chicago, con Freddy.

—¿Diga? —respondió, al mismo tiempo que se santiguaba.

—¿Señora Bradley? Soy Luanne Utley. Siento muchísimo molestarla a estas horas. Estoy buscando a mi hija, Winifred Utley. Debería haber llegado a casa a las diez y media y todavía no ha vuelto. Estoy volviéndome loca. Mi marido está fuera.

—¿Quién es usted? —preguntó Grace Bradley.

—Luanne Utley. Señora de Raymond Utley. Mi marido es el nuevo presidente de Veblen Aircraft. Hemos comprado la casa de los Prindeville, en Varden Lane.

—¿Sí? ¿No es tardísimo para llamar?

—Estoy buscando a mi hija, Winifred.

—¿Y por qué iba a estar aquí? Son las dos de la madrugada. Ni siquiera sé si mis hijos la conocen.

—Su hijo Constant ha bailado con ella esta noche, en el baile *junior* del club.

—No creo que mi hijo estuviera en ese baile, señora Utley. Creo que estaba cenando con sus hermanas.

—Por favor, ¿podría comprobarlo, señora Bradley? Siento mucho molestarla. Sé que es una hora terrible para llamar a nadie. Winifred dijo que volvería a casa a las diez y media. Y nunca llega tarde. Nunca. Estoy preocupada por ella. ¿Podría ponerme a su hijo al teléfono, por favor?

—Espere —dijo Grace. Salió de la cama y se puso la bata y las zapatillas.

La habitación que por lo general ocupaba yo en la casa, la que en su día había sido de Agnes antes de que la encerraran, la ocupaba últimamente Freddy Tierney, así que yo compartía la de Constant. Estaba dormido cuando Grace abrió la puerta y encendió la luz. Me desperté sobresaltado y me senté en la cama.

—¿Qué sucede? —pregunté, al ver a Grace Bradley de pie en el umbral de la puerta.

—¿Dónde está Constant?

Miré en dirección a su cama y vi que estaba vacía. Nadie había dormido en ella.

—No lo sé —dije.

—Hay una mujer al teléfono, la señora Utley. Está buscando a su hija. Dice que Constant ha bailado con ella en el club. ¿Sabes si es verdad?

—Sí, ha bailado con ella.

—¿Kitt y Mary Pat están en casa?

—Sí, las he traído yo. Constant se ha quedado. Y he vuelto a buscarle a las diez, cuando el baile ha terminado.

—Y la niña Utley, no me acuerdo de su nombre, ¿estaba allí?

—Winifred. Entiendo que se fue a su casa con Billy Wadsworth. Era su acompañante.

Grace se dirigió al teléfono auxiliar que había en el descansillo de las escaleras y lo descolgó. Yo salí de la cama y la seguí.

—No, señora Utley. Su hija no está aquí... Sí, sí que está, pero está dormido.

Grace, mientras decía su mentira, me miró durante un instante.

—Me ha dicho que su hija se fue a casa con Billy Wadsworth... Ah, entiendo. Ya ha hablado con la señora Wadsworth y con Billy... Ojalá pudiera ayudarla, señora Utley... Oh, no, yo no llamaría a la policía —dijo Grace, rápida—. No se puede estar en un barrio más seguro que este. Lo patrullan cada hora. Quizás se ha quedado a dormir en casa de una amiga del colegio. Estoy segura de que está bien.

Dijo algunas cosas más para tranquilizarla y colgó. Me miró de nuevo. Su rostro había adquirido una expresión de enorme tristeza, una expresión que nunca había visto antes.

—Chicas, chicas, chicas —dijo—. Constant es como su padre. Y sus hermanos. Mira cómo acabó Jerry por culpa de esas cosas. Un tullido. Y esa chica en silla de ruedas para el resto de su vida.

No contesté. No sabía qué decirle.

—¿Cuántos años tiene esa chica?

—Diría que unos quince.

—Quince. Imagínate, fuera de casa a estas horas. Puede que no tenga ningún control sobre los hombres de mi vida, pero sí sobre mis hijas. ¿Podrías ir abajo? Si Constant está ahí con ella, ¿la llevarás a casa, por favor? Dile a esa tonta que su madre está preocupadísima. Buenas noches, Harrison.

La observé mientras recorría el largo pasillo hacia su habitación. Yo, como Sally Steers, siempre había pensado que no estaba al tanto de las infidelidades de su esposo. Me di cuenta de que había escogido ignorarlas. Ya en la puerta de su habitación, se giró y me vio mirándola.

—No se lo cuentes a Mary Pat y a Kitt. No quiero que mis hijas sepan que pasan

cosas así en esta casa —dijo, y entró en su cuarto.

*

Miré por la ventana. El Porsche de Constant estaba frente al garaje, donde yo lo había aparcado. Con rapidez, me puse los pantalones, un suéter y un par de mocasines. Recorrí el pasillo con el mayor sigilo posible y bajé por las escaleras. Antes de entrar en el salón me aclaré la garganta lo más ruidosamente que pude para avisarles en caso de que estuvieran en pleno revolcón. No hubo respuesta. La habitación estaba a oscuras y en silencio, excepto por el tictac de un reloj antiguo que había sobre la chimenea. Encendí las luces. Estaba vacía. Di la vuelta y me encaminé hacia la biblioteca. La puerta estaba cerrada. Llamé. Me aclaré de nuevo la garganta. Abrí la puerta y entré. «¿Constant?», susurré. Encendí las luces. No había nadie. Encendí las luces del comedor. Estaba vacío. El aseo bajo la escalera curva del recibidor principal, también. Vacío. Inquieto, me giré bruscamente y derribé una de las docenas de plantas de lirios de Pascua; el macetero blanco y azul cayó al suelo de mármol y se rompió. Esperé un momento para ver si alguien se había despertado en el piso de arriba a causa del ruido. Silencio. A continuación encendí las luces de la pequeña habitación que había junto al recibidor principal y que Gerald utilizaba como despacho. También estaba vacía.

De pronto, oí un golpeteo en la ventana. Había alguien fuera, de pie. Me quedé helado de miedo. Mis padres, en quienes raramente pensaba, se aparecieron en mi mente. Cómo debió ser el momento en el que su atacante se les echó encima. La ventana era de estilo Tudor, con pequeños cristales en forma de diamante. Con las luces de la habitación encendidas era difícil ver el exterior. Se escuchó otro golpeteo, más urgente.

—Harry, Harry —dijo la persona que estaba fuera, en un susurro audible. Era Constant.

Corrí hacia la ventana y la abrí.

—Por Dios, me has asustado —dije.

—Shhh —susurró.

Tenía un aspecto desaseado, sucio, la camisa rota y llena de manchas oscuras, los pantalones arrugados. Estaba pálido. El pelo, mojado por el sudor, lo llevaba peinado para atrás. Tenía el labio inflamado.

—¿Qué demonios te pasa? —susurré.

—Oh, Harry —dijo. Estaba llorando—. Necesito ayuda.

Extendí la pierna para tratar de salir por la ventana, pero era demasiado pequeña.

—Mierda —dije.

—Calla. No despiertes a nadie —susurró.

—Saldré por la puerta de la cocina.

Recorrí de puntillas el pasillo hacia la cocina. La habitación de Bridey estaba

junto al comedor del servicio, al lado de la cocina, y Bridey era famosa por tener un sueño ligero. Las otras dos criadas, Colleen y Kate, dormían en el tercer piso. Abrí la cerradura de doble vuelta lo más silenciosamente que pude y, después, descorrí la cadena. Afuera, junto a la puerta, estaba Constant, jadeando.

—¿Por qué están todas las luces encendidas? —preguntó.

—Las he encendido yo. Te estaba buscando. Tu madre me ha enviado al piso de abajo.

—¿Ma? ¿Por qué?

—Ha llamado la señora Utley. Winifred no está en casa. Ha llamado a los Wadsworth. Tu madre ha pensado que estarías abajo, en una de las salas, pero no quería que la señora Utley lo supiera. ¿Dónde está Winifred? ¿Está contigo?

—Será mejor que entres y apagues las luces. Llamarán la atención si alguien pasa conduciendo por aquí. Un coche de policía, por ejemplo.

—Me parece que la señora Utley va a llamar a la policía.

—Oh, Dios mío. Apaga todas las luces. ¡Corre!

Alarmado por la urgencia de su voz, recorrí la planta baja apagando las luces del salón, la biblioteca, el comedor, el aseo y el despacho. Cuando volví junto a la puerta de la cocina, Constant seguía allí de pie, como en trance.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

Se giró y se encaminó hacia la pista de tenis. Lo seguí.

—Tienes que ayudarme, Harry. Te necesito. Te necesito como nunca he necesitado a nadie en mi vida. ¿Eres mi amigo?

—Claro que soy tu amigo. Eres el mejor amigo que he tenido nunca.

—¿Pase lo que pase?

—Pase lo que pase.

—Sígueme.

Cruzamos el césped, pasamos la pista de tenis y la piscina y nos dirigimos a la parte trasera de la propiedad, donde habíamos jugado a *softball* el domingo de Pascua. Nos adentramos en el bosque. Estaba oscuro como la boca de un lobo.

—Aquí —dijo finalmente, deteniéndose—. Tenemos que moverla más adentro.

—¿A quién?

—A Winifred. Tenemos que mover a Winifred.

—¿Está herida?

—Está muerta.

En medio de aquella oscuridad no podía ver su rostro.

—¿Muerta?

Se desplomó sobre las rodillas. Allí, frente a él, en el suelo, estaba Winifred Utley. Llevaba el mismo vestido rosa que en el baile de club, pero lo tenía subido, de modo que una parte de la falda le cubría el rostro. Sus bragas estaban en las rodillas. Me acerqué para tocarla, pero tenía la cara y la cabeza cubiertas de sangre. Retrocedí. Me di cuenta de que las manchas de la camisa de Constant eran de sangre.

—Constant, ¿qué ha pasado? ¿Quién le ha hecho esto? —Hablé en un susurro. Mi corazón estaba desbocado. Supe que había llegado el final de una etapa de mi vida. Se había cerrado una puerta. Nada volvería a ser igual.

—Ayúdame a moverla hacia el interior del bosque, más cerca de su casa.

—¿Por qué hay que moverla? Tenemos que pedir ayuda.

Me ignoró.

—Yo la cojo por la cabeza. Tú cógele los pies.

—Pero ¿por qué?

—Tengo que sacarla de nuestra propiedad. Si la arrastro por el bosque, se darán cuenta. Cógela de los pies.

Cuando empezamos a levantarla, Winifred emitió un débil gemido.

—Constant, no está muerta —me sentí feliz. La colocamos de nuevo en el suelo —. Voy a buscar ayuda.

—No, no vas a ir. No se la puede ayudar. Está más muerta que viva.

A continuación cogió del suelo un bate de béisbol. El bate de *softball* del domingo de Pascua, el bate que había lanzado hacia el bosque porque estaba rajado, el bate que ni Kitt ni yo habíamos sido capaces de encontrar. Estaba partido en dos. La parte de arriba, cubierta de sangre.

Escuché que Winifred profería otro sonido. Sin dejar de observar fijamente a Constant, me agaché para mirarla. Pude oír el regurgitar de la saliva en su boca en el momento en el que expiró. Me tapé mi propia boca para reprimir el grito que se estaba formando en ella.

—Acaba de morir —jadeé. Mi voz era apenas un susurro, pero contenía, sin lugar a dudas, un principio de pánico.

Cuando Constant habló, su voz era dura. Pronunciaba cada palabra detenidamente.

—No puedes dejarte llevar por el pánico, Harry. No puedes perder la cabeza, ¿entiendes? Tenemos que mantener la calma. Tenemos que hacerlo todo bien. Mañana, cuando todo esto acabe, podremos derrumbarnos o estar de luto o hacer lo que se tenga que hacer, pero ahora, no. ¿Me escuchas, Harry?

Lo miré.

—¿Me escuchas, Harry?

Asentí con la cabeza.

—Dilo, Harry. Di «te escucho, Constant». Di «voy a estar tranquilo». «No voy a derrumbarme». Dilo.

—Te escucho. Voy a estar tranquilo. No voy a derrumbarme.

—Bien. Ha sucedido lo que ha sucedido. No podemos arreglarlo. Tenemos que lidiar con la situación tal y como es. ¿Entiendes?

—Sí.

—Cógela por los pies.

Aturdido, obedecí sus órdenes. Ejecuté mis tareas en muda estupefacción,

distanciándome mentalmente de lo que mis manos estaban haciendo. La volvimos a levantar, pero esta vez no la miré. Avanzamos hacia el interior del bosque. Entonces, obedeciendo una señal que Constant me hizo con la cabeza, nos dirigimos hacia Varden Lane, cuya parte posterior lindaba con las propiedades de los Bradley y los Somerset. Cuando atisbamos la casa de tres plantas de ladrillo de los Utley, vimos que había luces encendidas en varios pisos. En ese punto, siguiendo una segunda señal suya, dejamos el cuerpo de Winifred detrás de un grupo de arbustos. Constant empezó a cubrirla con hojas. Con calma, limpió las huellas dactilares de la parte superior del bate utilizando el extremo de su camisa blanca de Brooks Brothers.

—Mejor que volvamos a casa. No hables durante el camino. No quiero despertar a Charlie, que duerme en el apartamento del chófer, sobre el garaje.

—¿Y qué pasa con Winifred? ¿La dejamos y ya está?

—¿Winifred? ¡Qué pasa conmigo! Para ella ya es demasiado tarde. Soy yo el que ha de preocuparte. Ha sido culpa suya. Todo ha sido culpa suya.

Volvimos a entrar en la casa por la puerta de la cocina. Nos quedamos inmóviles, en la oscuridad, durante un momento, para comprobar que todo estaba tranquilo. Constant colocó el trozo de bate bajo la encimera.

—Coge una bolsa de basura de debajo del fregadero —me dijo. Empezó a quitarse la ropa —camisa, pantalones, calzoncillos— y lo metió todo en la bolsa de basura. Después colocó el bate en la misma bolsa. De pie, desnudo, dijo:

—Será mejor que tú también te quites la ropa. Ponlo todo aquí dentro. Los zapatos también.

Hice lo que me dijo. Cerró la bolsa con un nudo y la llevó fuera. Lo seguí.

—La voy a meter en el maletero del coche de Bridey, en el garaje. Lo sacaremos mañana. Puede que registren mi coche. No registrarán el suyo.

Estaba asombrado con su tranquilidad. Volvió a la cocina. De repente, se encendió una luz.

—¿Quién está ahí? —dijo una voz—. ¿Quién anda ahí fuera?

—Soy yo, Bridey. Constant. No hace falta que salgas. Solamente estaba cogiendo un vaso de agua. Vuelve a la cama. Perdona por haberte molestado.

—¿Qué haces levantado a esta hora, Constant?

—Vuelve a la cama, Bridey.

Cuando se apagó la luz, me hizo una señal para que lo siguiera por las escaleras traseras. Abrió la puerta y examinó el pasillo para ver si su madre estaba despierta. Después, se encaminó hacia la habitación que ambos compartíamos.

Una vez allí, me dijo:

—Dúchate. Rápido. Cepíllate las uñas en caso de que tengan porquería del bosque. Después vuelve a la cama y trata de dormir hasta mañana.

Cogió el teléfono y marcó.

—¿Larga distancia? Querría el número de Eloise Brazen. B-R-A-Z-E-N. Está en Park Avenue, en Manhattan. No sé la dirección exacta. En algún punto de la calle Ochenta. —Esperó—. Gracias. —Volvió a marcar.

—¿Diga? —pude escuchar la voz de una mujer a la que acababan de despertar.

—Quisiera hablar con Gerald Bradley... No, no me he equivocado de número, señorita Brazen. Por favor, póngame con mi padre. *Ahora...* Sí, ya sé que son las tres de la mañana, lamento haberla despertado. Póngame con mi padre... Pa, soy Constant. Ven a casa. Ven a casa lo más rápido que puedas. Consigue un coche y un chófer... Sí, lo estoy. Estoy metido en un lío. Un lío que no puedes ni imaginarte... No, por teléfono no. Ha habido un accidente, un accidente terrible. Van a decir cosas sobre mí que no son verdad. Pero ha sido un accidente. Te lo juro, Pa. Ha sido un accidente... ¿Qué? Sí, buena idea. Llama a Fuselli. Ven ya, Pa. Date prisa.

Constant se metió en la ducha. Se lavó el pelo. Se lavó el cuerpo. Se lavó las manos. Se frotó las uñas con un cepillo. Fue hasta su cómoda y sacó una camisa blanca de Brooks Brothers idéntica a la camisa ensangrentada que acababa de dejar en la bolsa de basura. Se la puso y se metió en la cama. Yo lo miraba fijamente.

—Si me piden la ropa, les daré esta camisa. Estará usada por la mañana. Hay otro par de pantalones de franela gris en el armario.

—Yo no tengo un par de pantalones extra, ni un par de zapatos extra.

—Yo tengo de todo. No te preocupes.

—¿Dónde está tu chaqueta?

—Debe estar en el Porsche.

Se acercó a mirar por la ventana.

—¡Díos mío! —dijo. Se echó hacia atrás para que no lo vieran.

—¿Qué?

—Hay coches de policía en la calle.

—¿Qué están haciendo?

—Conducen despacio. Enfocan los reflectores hacia los jardines.

Clavé los ojos en el hombre que había sido mi amigo como si fuera otra persona, alguien a quien no conocía. Dando la espalda a la ventana, me miró.

—¿Por qué me miras así? —preguntó.

—Tienes un corte en el labio —contesté.

Se pasó un dedo por el lugar del corte y se dirigió hacia el espejo del baño. Movié la cara despacio, de lado a lado, estudiando la marca, como si fuera una ofensa a su belleza más que la posible pista de un asesinato.

—Constant —dije.

—¿Qué?

—¿Qué? Solo quiero que me expliques por qué. Para que pueda entenderlo.

Se dio la vuelta y me miró. «Gritó», dijo, sin transmitir ninguna emoción. Horripilado por lo que acababa de decir, me tapé la boca con la mano. Él caminó hacia mí, quitándose al mismo tiempo la camisa, que cayó al suelo. Se quedó de pie,

desnudo, frente a mí, con las manos en las caderas. Su cuerpo empezó a oscilar lentamente, como siguiendo el compás de una música. Entonces se cogió el pene con la mano y empezó a frotárselo.

—Aquí lo tienes. Cógelo —dijo—. Es todo tuyo.

—No.

—Es lo que siempre has querido, ¿verdad?

—No.

—No me digas que no. Sé que siempre lo has querido. Aquí lo tienes, por fin. Venga, venga.

Cuando me desperté, sin haber descansado después de un sueño inquieto e irregular, la otra cama estaba vacía. Gerald había vuelto a Scarborough Hill a las seis de la mañana y estaba encerrado en la biblioteca con su hijo. Jerry apareció a las siete procedente de su apartamento. Sandro llamó desde Washington. A las ocho, la familia se reunió para desayunar. Eran una familia que normalmente rebosaba buen humor en la mesa del desayuno, cuando todos competían para explicar las aventuras sociales o familiares de la noche anterior. Grace tenía ganas de hablar de la gala benéfica a la que había acudido, donde la habían sentado junto a un joven cura, el padre Murphy, que había sido un apasionado seguidor de la candidatura de Sandro en Bog Meadow. Trató de contar la historia varias veces, pero la atención de Gerald estaba en otro lado y no en el último cura favorito de su esposa. Era obvio que Grace y las niñas no sabían nada del drama que estaba desplegándose alrededor suyo.

—Constant nos plantó ayer por la noche, Pa —dijo Kitt.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gerald.

—A nuestro hermano Constant le gustan las mujeres —dijo Mary Pat.

—Mary Pat, Harrison, Constant y yo estábamos pasando una maravillosa velada en el club pero, primero, se puso de mal humor cuando vio a Weegie Somerset y a sus padres entrar en el comedor y, después, en cuanto vio a esa chica recién llegada, cómo se llama, Winifred Utley, la hija del nuevo presidente de Veblen Aircraft, y ella le dijo «Hola, Constant» sin dejar de mirarlo y él dijo que esperaba que a ella no le importara bailar con un hombre que tiene una erección, nos dejó plantados sin más y se fue a bailar con ella y el pobre Harrison nos tuvo que traer a casa.

—¡Kitt! —chilló Mary Pat.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo —dijo Grace. Miró a su esposo—. No sabe de qué habla.

Gerald y Jerry se miraron.

—¿Harrison no te sacó a bailar? —dijo Grace, tratando de cambiar de tema. Me miró dando a entender que, teniendo en cuenta todo el tiempo que pasaba en su casa, aquello era lo mínimo que podía haber hecho.

—No, pero me dio igual. La música era una mierda —dijo Kitt.

—Odio esa palabra, Kitt —dijo Grace.

Constant llegó con retraso al comedor. Tenía el pelo mojado. Iba vestido con su habitual elegancia, con la americana que había sacado del Porsche, una camisa limpia con el cuello desabrochado, pantalones grises y mocasines. Solo las pronunciadas ojeras contradecían la frescura de su apariencia.

—Buenos días, Ma —dijo, inclinándose para besar a su madre en la mejilla.

—Llegas tarde —dijo ella.

—He estado nadando unos largos en la piscina —respondió.

—¿No hace un poco de frío para eso?

—Se supone que nadar unos largos en una piscina fría va muy bien para la resaca —dijo Kitt.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó Grace.

—El padre de mi compañera de habitación es alcohólico —respondió ella.

Grace se volvió para mirar a su hijo.

—Una tal señora Utley llamó ayer a las dos de la mañana preguntando por su hija —le dijo.

—¿Ves, papá? —dijo Kitt—. Es un ligón.

—¿Te has hecho un corte en el labio, Constant? —preguntó Grace.

—Afeitándome —dijo Constant.

Bridey entró en el comedor, procedente de la cocina, con los huevos de Gerald.

—Dile a Bridey qué quieres desayunar, Constant —le dijo Grace.

—Solamente café, Bridey.

—Tienes que tomar algo más que café. Tráele zumo y un huevo pasado por agua, Bridey.

—No, Ma, de verdad.

—Una magdalena, entonces.

—Sí que te fuiste a dormir tarde —dijo Bridey—. Me despertó a las tres de la mañana. No entiendo qué podíais estar haciendo en mi cocina a esa hora.

—No, a las tres, no, Bridey —dijo Gerald—. El baile acabó a las diez. Volvió del club mucho antes de las once. ¿No es así, Harrison? Harrison lo trajo de vuelta.

Me miraron. Antes de que pudiera responder, el sonido de un coche avanzando por el largo camino de grava llamó la atención de todo el mundo.

—Díos mío, ¿quién puede venir a esta hora de la mañana? —preguntó Grace.

Gerald y Jerry se acercaron a la ventana y echaron un vistazo.

—Es Fuselli —dijo Gerald. Hizo un movimiento de cabeza en dirección a Jerry.

Para ser un hombre seriamente impedido, Jerry Bradley se movía muy rápido. Salió del comedor y se dirigió a la entrada para abrir la puerta antes de que Colleen lo hiciera. Johnny Fuselli estaba allí, de pie.

—Deja el coche en el garaje de atrás —le dijo Jerry—. Mi padre no quiere que haya demasiados vehículos en la entrada. Aquí están las llaves del coche de la cocinera, que está en el garaje. Es un Pontiac. Llévatelo fuera de la ciudad y tira la

bolsa de basura que hay en el maletero. Después, Pa quiere que vuelvas aquí.

—¿Cuál es el gran misterio?

Jerry ignoró su pregunta.

—Asegúrate de que nadie pueda encontrar la bolsa de basura.

—Primero me gustaría nadar un poco en la piscina —dijo Johnny—. ¿Puedo?

—Tenemos otras cosas más importantes que hacer que nadar en la piscina. Vete a la cocina y pídele a Bridey una taza de café, pero no le digas que te llevas su coche.

—Mary Pat, dile a Charlie que quiero verlo, y dile que llene el depósito del Cadillac —dijo Gerald en el comedor—. Quiero que os lleve de vuelta al colegio esta mañana, niñas.

—No, Pa —dijo Kitt—. Por la tarde. No tenemos que volver hasta las cinco.

—Ahora. Os vais ahora. Necesito a Charlie esta tarde.

—Podemos ir en tren —insistió Kitt.

—Id a hacer las maletas, niñas. Os vais ahora. Vuestra madre y yo iremos a visitaros el día de los padres. Grace, ¿por qué no ayudas a las niñas? —Le indicó a su esposa que se las llevara de allí.

Kitt se detuvo en la puerta del comedor.

—Percibo cierto misterio en esta sala esta mañana —dijo—. ¿Tú qué piensas, silencioso Harrison? Tú eres el escritor.

No respondí.

—La madre Vicenta pensará que hemos hecho algo malo y que nos estás castigando, Pa —dijo Kitt.

—Niñas, dadle un beso a vuestro viejo padre —dijo Gerald. Mientras abrazaba a sus hijas, se volvió hacia su mujer—. ¿Por qué no vas con las niñas, Grace? Siempre te gusta ver a la madre Vicenta. Estoy seguro de que querrá saberlo todo sobre la boda de Maureen. —Le dirigió una mirada penetrante que demandaba obediencia.

Grace asintió en silencio. Entendió aquella mirada.

—Ese padre Murphy que conociste ayer, el que ha trabajado tan duro para la elección de Sandro, ¿por qué no lo invitas a cenar esta noche, Grace? Me gustaría conocerlo.

—¿Con tan poca antelación, Gerald? —dijo Grace—. Es muy probable que esté ocupado.

—¿Haciendo qué? ¿Asistiendo a una reunión de la Congregación Mariana? ¿O a una cena de los Caballeros de Colón? ¿O al bingo de los miércoles por la noche en la parroquia? Créeme, Grace, preferirá venir aquí, a Scarborough Hill. Te apuesto hasta el último dólar. Después de que las niñas y Grace hubieran salido del comedor, Jerry le preguntó a su padre:

—¿Qué es esto del cura? ¿Para qué lo invitas a cenar esta noche?

—Puede que nos venga bien tener a un sacerdote en casa esta noche, por si acaso

—dijo Gerald.

Bridey volvió a entrar, con café recién hecho.

—Deje el café en la mesa, Bridey, no se preocupe por servirlo —dijo Gerald.

—Ese tipo italiano se ha llevado mi coche —dijo ella.

—Le he dicho al señor Fuselli que podía tomarlo prestado —dijo Jerry—. Ha tenido un problema con el suyo.

—Pero esta mañana tengo que ir al mercado y luego tengo que recoger la ropa de la señora Bradley de la tintorería y...

—Volverá, Bridey —dijo Gerald, haciéndole un gesto para que se marchara.

Una vez Bridey regresó a la cocina, todos se quedaron en silencio, excepto Gerald, que no dejaba de golpetear con los dedos la mesa de caoba del comedor.

—Respecto a ayer por la noche —dijo al fin—, no viste ni oíste nada, ¿verdad, Harry? —Me clavó la mirada. Jerry hizo lo mismo. Constant bajó la cabeza y se quedó mirando el plato, sin decir palabra mientras su padre y su hermano le solucionaban las cosas. No había crítica alguna. Eso vendría después, en privado. Aquí, en medio de la confusión que los rodeaba, solo había calma y orden.

Durante un momento, no dije nada. Como respuesta, le devolví la mirada a Gerald Bradley, cuyos fieros ojos no pestañeaban bajo las cejas grises y pobladas. Con el intenso sol de la mañana entrando por las ventanas del comedor, me pareció que había envejecido.

—No he oído tu respuesta —dijo—. ¿Me has respondido?

—Sí. Yo... yo vi a Winifred Utley —dije con una voz que era apenas un susurro.

—Oh, no —dijo él, ahuyentando aquellos hechos incontestables como si fueran insectos revoloteando sobre un pícnic de verano—. No, no, no.

—La vi. —Empecé a llorar.

—Tranquilo, chico —dijo Jerry. Lo dijo con intención de reconfortarme, pero había cierto tono de impaciencia en su voz.

—No llores por mí —dije, entre sollozos—. Lloro por ella.

—Dejadme a solas con Harrison —ordenó Gerald.

Jerry y Constant se levantaron. Durante unos instantes, mis ojos coincidieron con los de Constant. Había en ellos una mirada que no reconocí, como si los ojos de otra persona hubieran poseído sus cuencas. Se encaminó lentamente hacia la puerta, la abrió y salió. Jerry se quedó atrás.

—Me gustaría quedarme, Pa —dijo.

—Entonces, cierra la puerta del comedor.

Jerry cerró la puerta y volvió a la mesa, colocando su silla junto a la de su padre.

—Esta familia se ha portado bien contigo, Harry —dijo Gerald.

—Sí, señor.

—¿Te hemos acogido aquí desde la trágica muerte de tus padres?

—Sí, señor.

—Asumo que estás agradecido por ello.

—Sí, señor.

—Y Constant ha sido tu amigo íntimo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Desde la tragedia.

—Sí.

—¿Sabes ya quién mató a tus padres?

—Probablemente un vagabundo, alguien que pasaba por allí. Alguien que circulaba por la interestatal 95.

Chasqueó los dedos, tratando de acordarse de algo.

—¿Cómo se llama tu tía la misionera?

—Tía Gert.

—Sí, tía Gert. Le mandé un cheque bastante cuantioso para sus misioneros de Maryknoll.

—Sí, se lo mandó.

Tomó aire y exhaló ruidosamente. Los preliminares habían sido establecidos. El quid de la cuestión estaba cerca.

—Aquí ha sucedido una cosa terrible, Harry.

—Sí.

—Ha sido, naturalmente, un accidente. Un accidente terrible y trágico. Esto lo sabes, ¿no?

Lo miré.

—Es posible que otros puedan malinterpretar los tristes hechos, una vez sean conocidos. La gente como nosotros siempre es objeto de críticas. Si en algún momento te interrogan, debes decir que no sabes nada, que no viste ni oíste nada. ¿Me entiendes, Harry?

Asentí.

—Necesito tu palabra de honor, Harry.

Aparté mi mirada de la suya.

—¿Has tenido noticias de Yale, Harry?

—No.

—Has pedido una beca, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué posibilidades tienes?

—El doctor Shugrue tiene muchas esperanzas.

—Y si no te dan la beca, ¿a dónde vas a ir?

—A la universidad pública del estado, supongo.

—¿La Universidad de Connecticut?

—Sí.

—U-Conn. ¿No es así como se llama?

—Sí.

—No suena tan bien como Yale, ¿verdad?

—No.

—No es realmente lo que quieres, ¿verdad?

—No.

—Eres un chico listo, Harrison. Un chico muy listo. Sé que Shugrue lo sabe. Estoy seguro de que Yale lo sabe. Es probable que consigas la beca pero ¿de verdad quieres pasar tus años de universidad como estudiante becado? ¿Haciendo de camarero para tus compañeros de clase? ¿Limpiando mesas? Porque eso es lo que va a pasar. ¿Y que Constant te siga pagando las americanas? Oh, sí, estoy al tanto de todo. Llevas sus camisas y sus corbatas. ¿No te cansas? ¿No quieres tener tus propias cosas? Incluso llevas los zapatos de Constant; me he dado cuenta cuando has entrado a desayunar. ¿Dónde están tus zapatos?

—En la bolsa de basura que hay en el maletero del Pontiac de Bridey. El que Johnny Fuselli se ha llevado de aquí —contesté—. Junto con el bate y toda la ropa de Constant manchada de sangre.

Ambos, Gerald y Jerry, me miraron, horrorizados.

—Oye, Harrison —continuó Gerald—. Estoy dispuesto a pagarte todos los gastos de matrícula durante los cuatro años de universidad. Estoy dispuesto a darte una asignación que te permitirá tener el tipo de cosas que la gente como Constant tiene. De hecho, mi abogado en Nueva York, Sims Lord, contactará contigo en breve en relación a este tema. Te enviará un contrato, firmado por mí. Una garantía, por escrito, que te asegura una educación muy privilegiada. Con testigos. Ante notario. Con validez legal. Pero todo esto tiene un precio, Harry. Un precio muy modesto por tu parte: silencio.

—Señor Bradley, vi lo que pasó. Vi a Winifred muerta. Vi el bate que la mató. Era el bate que perdimos durante el partido de *softball* el domingo de Pascua, después de que Constant lo tirara al bosque. La golpeó con él, muchas veces. Yo le ayudé a moverla.

De pronto, Jerry, que había permanecido en silencio hasta entonces, intervino. Su voz no era agradable.

—Te das cuenta, naturalmente, de que eso te convierte en cómplice de un crimen, ¿verdad?

—Sí.

—Esa es una acusación muy grave.

Asentí.

—¿Sabes qué consecuencias tendría para ti? —preguntó Jerry.

Lo miré. En aquel momento me di cuenta de que nunca me había gustado. Ni yo a él. No le había gustado desde el primer día que cené en aquel mismo comedor, cuando menospreció mis aspiraciones de convertirme en escritor. Su padre me intimidaba. Él no.

—¿Lo sabes? —repitió.

—Menores, diría, que las consecuencias para la persona que mató a Winifred —

dije—. Gracias a Dios, me perdí esa parte.

—Es suficiente, Jerry —dijo Gerald, haciendo un gesto a su hijo con la mano para que se contuviera—. Déjame a mí. ¿Más café, Harry?

—No, gracias.

—Constant es un buen chico. Lo sabes.

Sentí que aquella afirmación no esperaba una respuesta, y no di ninguna.

—Es un joven con un gran futuro.

Asentí con la cabeza, pero no respondí. Permanecimos sentados, en silencio.

—Estas cosas acaban pasando —dijo—. La gente se olvida. La vida continúa.

—Oh, yo no lo olvidaré.

—Sí, lo olvidarás.

—No. Yo también soy culpable. Levanté el cuerpo. Le ayudé a llevarlo fuera de su propiedad, hacia la linde con la casa de los Utley.

—Quiero que me digas exactamente lo que pasó. Después de traer a mis hijas a casa, ¿volviste al club para recogerlo?

—Sí.

—¿Llevaste en el coche a la hija de los Utley?

—No.

—¿Viste a la hija de los Utley?

—Su nombre es, era, Winifred.

—Naturalmente. ¿Viste a Winifred cuando volviste al club, a recoger a Constant?

—Sí.

—¿Hablaste con ella?

—Habló Constant.

—¿Qué le dijo?

—Dijo: «¿Por qué no plantas a Caragrano y te vienes a casa conmigo en coche?».

—¿Ella respondió?

—Dijo: «He venido con Billy Wadsworth y me voy a casa con Billy Wadsworth».

—¿Cómo actuaba Constant?

—Estaba borracho.

—¿Borracho? ¿Cómo podía estar borracho?

—Le dio una propina de veinte dólares al camarero del bar privado de caballeros.

—¿Cómo lo sabes?

—Le hice la misma pregunta que usted me ha hecho.

—¿Qué pasó cuando llegasteis a casa?

—Me fui a la cama.

—¿Qué hizo Constant?

—Se quedó abajo. Dijo que quería otra copa.

—¿Y después?

—Me despertó la señora Bradley, sobre las dos.

—Continúa.

—Había recibido una llamada telefónica de la señora Utley, diciéndole que Winifred no había vuelto a casa. Vino al dormitorio para ver si Constant estaba en la cama.

—¿Y no estaba?

—No.

—¿Ese fue el momento en el que te diste cuenta de que no había ido a dormir?

—Sí.

—¿Sabes si tenía planeado encontrarse con la hija de los Utley? Quiero decir, con Winifred.

—Si lo tenía planeado, no me lo dijo.

—Continúa.

—La señora Bradley pensó que Constant estaría abajo, en una de las habitaciones, con Winifred. Me pidió que fuera a mirar. Me dijo que la llevara a casa.

—¿Y?

—Hice lo que me pidió. Encendí las luces. Revisé todas las habitaciones. No estaba. Entonces oí un golpeteo en la ventana. Constant estaba fuera, de pie. Me pidió que lo acompañara.

—¿Y lo hiciste?

—Sí. Y entonces fue cuando la vi. Estaba prácticamente muerta.

—¿Fue entonces cuando cargaste con ella?

—Fue entonces cuando ayudé a Constant a cargarla.

Gerald y Jerry se miraron. De nuevo, ninguno de ellos habló.

—Me gustaría irme a mi habitación —dijo.

—Sí, claro. Ve, descansa. Hablaremos después —dijo Gerald. Entonces se le ocurrió otra idea—. Quizás es mejor que Johnny Fuselli te lleve a casa de tu tía, en Ansonia, y que te quedes allí hasta que vuelvas al colegio. Es mejor que no estés aquí. ¿Cómo lo ves?

—Bien.

—No, Pa —dijo Jerry—. No es una buena idea. Fue él quien llevó a casa a las niñas desde el club y quien volvió a recoger a Constant. Va a parecer raro si de repente se esfuma.

—No sabemos qué va a contar.

—No va a contar nada. Es amigo de Constant. No vas a contar nada, ¿verdad, chico? —me preguntó.

—Deje de llamarme chico —dijo—. Ya no procede. Me he convertido en adulto de la noche a la mañana.

Me levanté y me dirigí a la puerta del comedor. Justo cuando iba a abrirla, Gerald me dijo:

—¿No sentías algo por mi hijo? ¿Algo de mariposón?

Me volví para mirarlo. Que la familia de Constant descubriera ese sentimiento había sido uno de mis grandes temores, pero ahora, una vez verbalizado, miré

fijamente a Gerald mientras le respondía, para que entendiera que ya no podía utilizar eso en mi contra.

—Yo no lo expresaría de esa manera pero, si alguna vez sentí algo, no fui consciente —contesté. Me di cuenta de que aquel sentimiento se había extinguido al ver el gesto calmado de Constant mientras limpiaba con el extremo de su camisa Brooks Brothers las huellas dactilares del bate de béisbol con el que había matado a Winifred Utley.

Tres horas después, a las doce y media, el cuerpo de Winifred Utley fue descubierto por Belinda Beckwith, de catorce años y amiga de Winifred, cuando atravesó el atajo del bosque que separaba las propiedades de Leverett Somerset y Gerald Bradley. Belinda, que sabía que Winifred había desaparecido, vio primero un pie descalzo sobresaliendo de un montón de hojas. Se acercó a lo que ya sabía que iba a ser el cuerpo de su amiga y vio un trozo del vestido rosa que Winifred había llevado al baile del club la noche anterior. Con miedo a desmayarse, reacia a gritar, volvió sobre sus pasos y regresó a casa, donde, histérica, le contó a su madre su descubrimiento. La señora Beckwith llamó primero a la policía e inmediatamente después fue a casa de Luanne Utley.

La noticia se extendió por el vecindario. Se vieron pequeños grupos de criadas y mayordomos, jardineros y chóferes, hablando de casa en casa e intercambiándose las últimas informaciones. Sangre. Bate. Bolsa con el cadáver. El vestido subido. Las bragas bajadas. A última hora de la tarde, en El Club de Campo no se hablaba más que de la horrenda historia. Gerald me había enviado allí a recoger la raqueta de Constant de su taquilla. Tenía dos raquetas más en casa y otras dos en Milford, pero Gerald insistió en que iba a necesitar esa para el curso de primavera en el colegio. Yo sabía que me había enviado para escuchar lo que se decía en el club.

Leverett Somerset se enteró de la noticia por Piggy French, en el noveno hoyo del campo de golf.

—¿La han encontrado en mi propiedad? —preguntó, atónito.

—Entre tu casa y la de los Bradley —dijo Piggy.

—No sé si recuerdo a Winifred Utley —dijo Leverett—. ¿Estaba en la fiesta de Weegie, la Navidad pasada?

—Sí. Se acaban de mudar aquí. La hija de Ray y Luanne Utley. Veblen Aircraft —dijo Piggy—. Chip Wadsworth recogió a Billy y a Winifred cuando terminó la fiesta del club. Fueron a casa de los Wadsworth para tomar una Coca-Cola con otros chicos y, después, Winifred se fue caminado a su casa desde allí.

—Oh, por el amor de Dios. La hija de Ray Utley. Qué cosa tan terrible para que suceda aquí, en Scarborough Hill. —Leverett se subió inmediatamente a su cochecito de golf y volvió al club.

Corky, el camarero del bar privado de caballeros, mantenía informados a los socios de las últimas noticias. En el instituto, en Bog Meadow, había jugado a baloncesto en el equipo de Nuestra Señora de los Dolores con uno de los detectives asignados en el caso, y estaba al tanto de todo.

—La golpearon de forma tan brutal que el bate de béisbol se partió en dos, pero solo han encontrado una de las mitades —dijo Corky, animado por su súbita importancia—. La otra no saben dónde está.

Úrsula, la camarera, que estaba sirviendo bebidas en el salón de las señoras, les contó a Louise Somerset, Eve Soby y Felicia French que había visto a la hija de los Utley justo la noche anterior, en el baile de los *junior*.

—Llevaba un vestido rosa monísimo —dijo—. Corky dice que, cuando la encontraron, lo tenía subido hasta la cintura. A Winifred le encantaba bailar. Tendrán que haberla visto bailar con Constant Bradley. Todo el mundo se detuvo a mirarlos. Claro que él es el mejor bailarín del mundo, si me permiten que lo diga.

Al oír el nombre de Constant Bradley, el rostro de Louise Somerset se ensombreció. Cuando Úrsula se fue a atender otra mesa, Louise se acercó a Felicia French y Eve Soby y les susurró algo.

—No me lo habías contado, Louise —dijo Felicia.

—Cuando sucedió, decidimos no hablar de ello.

—¿Le hizo daño a Weegie? —preguntó Eve.

—La asustó, más que nada. ¿Me prometéis no decir nada? —les rogó Louise—. Leverett me mata si sabe que os lo he contado.

—Oh, querida, por supuesto que no —dijo Felicia.

—Mis labios están sellados —dijo Eve.

Periodistas y equipos de televisión invadieron la zona y comenzaron a llamar a los timbres de las mansiones de Scarborough Hill, deseosos de entrevistar a cualquiera que hubiera conocido a Winifred Utley. El jardinero de Buzzy Thrall cometió el error de decirle a un periodista que «todo el mundo» estaba en El Club de Campo jugando al golf y, en cuestión de un cuarto de hora, el porche del club estaba atiborrado de reporteros y fotógrafos tratando de entrar.

—No permitan el acceso a ningún miembro de la prensa —ordenó Leverett Somerset, en calidad de presidente del club—. Ya sabéis en qué lugar dejan los sitios como este cuando escriben sobre ellos en los periódicos. Dirán que no tenemos ningún socio negro, que no tenemos ningún socio judío..., cuando, por cierto, tenemos a los Minskoff, en lugar de escribir sobre quién mató a Winifred Utley.

—¿Y qué pasa con la policía? —preguntó Corky.

—¿Qué pasa con la policía? —respondió Leverett.

—¿Les dejamos entrar?

—Naturalmente. La policía es bienvenida.

En casa de los Bradley, Bridey Gafferty respondió una y otra vez a los reporteros y presentadores de televisión que incesantemente llamaban a la puerta, que ningún miembro de la familia estaba en casa. Johnny Fuselli, que había vuelto de tirar la bolsa de basura más allá de la frontera del estado, se ofreció a hacer guardia en la verja de entrada para mantener a raya a los periodistas, pero Gerald declinó la oferta, diciendo que la prensa podía malinterpretar ese gesto. Sacaron mis pertenencias de la habitación de Constant y me instalaron de nuevo en la habitación contigua, la que había llegado a considerar como propia y a la que Grace Bradley se había referido una vez como la habitación de Agnes, aunque hacía muchos años que Agnes no reposaba su cabeza en aquellos cojines. Constant permaneció en su cuarto durante todo el día, visitado de tanto en tanto por su padre y sus hermanos. Jerry, cuando no estaba en el comedor con su padre, se pasaba la mayor parte del tiempo en el cuarto de costura del piso de arriba, con unos prismáticos, observando el trabajo de la policía en la parte más alejada de la pista de tenis. Lo que con el tiempo se conocería como «la maquinaria Bradley» se había empezado a poner en marcha. Sandro llegó desde Washington. Apareció Desmond y le dijo a su padre que la autopsia la estaba realizando el doctor Liu, el médico forense del estado, en el Hospital Santa Mónica. Johnny Fuselli aparcó los coches en la parte trasera de la casa para que no pudieran ser vistos desde la calle y después se puso el bañador y se lanzó a la piscina. Nadaba de forma furiosa. En cuestión de segundos apareció Jerry.

—Pa quiere que salgas del agua. No queda bien que estés nadando en la piscina mientras buscan un cuerpo por ahí —dijo Jerry.

—Ya han encontrado el cuerpo —replicó Fuselli.

—Pa quiere que salgas de la piscina. *Ahora.*

Cuando Jerry le confirmó a su padre que Johnny Fuselli ya había salido de la piscina, Gerald dijo:

—Que se quede completamente fuera de la vista. Si los polis vienen a vernos no lo quiero pululando por la casa o el jardín.

—¿Dónde ha tirado la bolsa de basura, Pa? —preguntó Jerry.

—No lo sé. No lo quiero saber. Y tú tampoco —dijo Gerald.

Dos veces fui llamado al comedor para hablar con Gerald y sus hijos. La primera, para revisar, detalle a detalle, la conversación que habíamos tenido durante el desayuno. La segunda, para informar sobre lo que se decía en el club. Yo los escuchaba mientras dirigían mis opiniones y acciones futuras. La atmósfera en la habitación era tensa, a veces desagradable.

Después de ser despachado por segunda vez, Jerry me indicó que esperara en mi cuarto. Permanecí allí de pie, mirando por la ventana. Una interminable falange de policías, fotógrafos, cámaras y reporteros deambulaba por la zona, de casa en casa, como patrullas. Si un crimen idéntico hubiera ocurrido en un lugar menos pudiente

habría atraído mucha menos atención mediática. Pero las casas de Scarborough Hill eran grandes, los terrenos extensos y los residentes, ricos. Estos ricos residentes habían decidido permanecer dentro de sus casas, para observar desde allí a los intrusos. La valla de madera de los Wadsworth se había venido abajo con el peso de los periodistas que se apoyaban en ella. Un equipo de televisión de Hartford había arrancado de cuajo los preciados setos de boj de los Somerset. Los narcisos de Grace Bradley estaban pisoteados, ahora irremediablemente muertos, y la puerta de la pista de tenis de los Bradley había sido sacada de sus goznes cuando un periodista había confundido una rama caída de un árbol con la parte que faltaba del bate de béisbol. Todo el mundo en todas las casas llamó buitres a los intrusos, que solamente mostraron cierto respeto por la casa de los Utley.

Yo deseaba hablar con Constant, pero sabía que la familia me quería lejos de él hasta que todas las versiones de la historia se sincronizaran. Deambulé hasta la cocina para coger una Coca-Cola de la nevera. Las criadas estaban cenando temprano en su comedor, junto a la cocina, antes de preparar el comedor familiar para la cena en la que se esperaba al padre Murphy. Pude escuchar su conversación.

—Yo creo que oí algo, Bridey —dijo Colleen.

—No, no oíste nada —respondió Bridey.

—Sí. Estaban de pie, afuera, bajo mi ventana. A las dos de la mañana. Miré el reloj. Las voces llegaban hasta arriba. Los pude oír, alto y claro.

—¿A quién?

—A Constant y a su amigo. ¿Cómo se llama? ¿Harrison? El callado. «Ve dentro. Apaga las luces», escuché que le decía Constant. Algo así. Y Corinne me ha dicho...

—¿Quién es Corinne?

—La criada de la señora Somerset, de los vecinos. Dice que Constant pegó a Weegie el verano pasado.

—No.

—Lo juro.

—¿Quieres que te dé un consejo, Colleen?

—Claro.

—¿Ya tienes tu permiso de residencia?

—No.

—Entonces, mantén tu maldita boca cerrada, o lo primero de lo que te vas a enterar es de que estás en un avión de Aer Lingus volviendo a Roscommon, de donde procedes. Los Bradley son la mejor familia de esta ciudad. No lo olvides nunca.

—Sí, Bridey.

—Y yo de ti me mantendría alejada de esa Corinne. Aquí hay demasiada gente que tiene demasiado que contar sobre cosas de las que no sabe nada.

Cuando estaba subiendo las escaleras sonó el timbre de nuevo. Bridey salió corriendo de la cocina, limpiándose la boca con el dorso de la mano. Abrió la puerta. La conversación fue diferente a las que había mantenido aquel día con los reporteros,

diciéndoles que no había nadie de la familia en casa. Le oí decir: «Oh, sí, señor. Entre. El señor Bradley me ha avisado de que iba a venir». Un hombre alto, de aspecto distinguido, vestido con un traje gris de raya diplomática, entró en el vestíbulo. Se dirigió hacia el comedor.

—Yo de usted no entraría ahí —dije, desde la escalera.

—Oh, ¿y por qué no? —respondió, mirándome.

—La familia al completo está encerrada en el comedor. Tendrá que vérselas con una buena dosis de mal humor Bradley si interrumpe una cumbre familiar. Se lo digo por experiencia, acaba de sucederme lo mismo.

—Oh.

Se abrió la puerta del comedor y apareció Jerry. Durante un instante, antes de que la cerrara detrás de él, pude ver los rostros de los miembros de la familia. Su atención estaba centrada en Sandro, el congresista, sentado en la cabecera de la mesa.

—Harrison. Te necesito —dijo Jerry.

Cuando Jerry me llamó Harrison y no Harry, supe que se me iba a pedir que hiciera una cosa que no quería hacer.

—Hemos estado hablando —dijo Jerry—. La familia tiene que pedirte que hagas algo más. Creemos que eres la persona adecuada para hacerlo por nosotros en este momento tan terrible.

Con un movimiento de cabeza, le indiqué que había otra persona presente.

Jerry se giró y miró al extraño que aguardaba en el vestíbulo.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó.

—Querría ver a Gerald —dijo el hombre.

—¿Y quién es usted?

—Sims Lord.

—Oh, señor Lord, discúlpeme por no haberle reconocido. Nunca nos hemos visto en persona, pero ciertamente he oído a mi padre hablar mucho de usted. Soy Jerry Bradley, su hijo mayor.

Los dos hombres se dieron la mano.

—De hecho, sí que nos hemos visto —dijo Sims Lord.

—Oh. ¿Cuándo? —preguntó Jerry.

—Ese día, recobrabas y perdías la conciencia cada poco. Fue en el Hospital Santa Mónica, después de tu accidente. Tu padre me llamó para que me encargara de arreglar el acuerdo con la señorita McBride.

—Oh, sí —dijo Jerry, mirándome. Era una historia que no quería que yo supiera. Se dirigió de nuevo a Sims Lord.

—Mi padre querrá reunirse con usted inmediatamente. ¿Me permite que le acompañe hasta la biblioteca? Está en otra reunión, pero no le importará que lo interrumpa para decirle que usted ha llegado. Tú espera aquí, Harrison. Necesito hablar contigo. Venga por aquí, señor Lord.

Cuando, poco después, Jerry volvió, me dijo:

—Mira, lo que queremos que hagas es que vayas a casa de los Utley a hacer una visita de cortesía. Dicen que la gente está yendo, llevando comida y pasteles. Es mejor que vayas tú que un miembro de la familia. Bridey ha preparado jamón y un guiso. Llévalos. Entérate de cómo está el ambiente, de qué se habla, ese tipo de cosas.

—No sabrán quién soy. ¿Cómo me presento? —pregunté.

—Un huésped de la casa. Diles que viste a Winifred en el baile, ayer por la noche. Diles lo mucho que lo sientes. Diles que la señora Bradley está fuera de la ciudad hoy, que ha ido a acompañar a sus hijas al colegio. Diles que la familia irá a verlos más tarde. Contamos con tu encanto, Harrison. —Había un leve tono sarcástico en su voz. Nos miramos con antipatía—. Hazlo de la misma forma que te has infiltrado, como una serpiente, en esta familia. Oh, disculpa, de la misma forma que has cautivado a esta familia, quiero decir.

Una criada se hizo cargo del jamón y el guiso en la puerta principal. Dijo que, excepto a la policía, la familia Utley no recibía a nadie.

—Esto es de parte de los Bradley —dije.

—Oh, sí, los Bradley —repitió la criada—. Mejor que lo anote. Me estoy haciendo un lío con todos estos nombres y con quién trae qué. La señora Utley quiere que lo apunte. A ver, déjame ver. Tú has traído un guiso. Atún, ¿verdad? ¿Y el jamón?

—Sí, de parte de los Bradley. Vendrán más tarde.

—Sí.

En el momento en que cerraba la puerta, pude oír voces en el recibidor. «Gracias, capitán. Gracias, agente», dijo una voz femenina. «Estaremos en contacto permanente, señora Utley», respondió una voz masculina. «Llámenos a cualquier hora del día o de la noche si tiene usted preguntas o alguna idea».

La puerta se abrió por completo y aparecieron dos policías.

—He venido a traer algo de comida a los Utley —dije, explicando mi presencia en el umbral, pese a que nadie me había pedido ninguna explicación. Los agentes continuaron su camino hacia la calle, donde estaba aparcado un coche patrulla.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó la mujer. Vestía de negro. No la había vuelto a ver desde el día que nos recogió a Constant y a mí haciendo autostop y nos llevó a Scarborough Hill, pero la reconocí inmediatamente. Aunque su rostro estaba parcialmente oculto por unas gafas oscuras, pude ver que en otras circunstancias hubiera estado guapa. La inclinación de sus hombros transmitía un absoluto desespero.

—Soy un invitado de la casa de los Bradley, señora Utley —dije—. La señora Bradley ha ido a llevar a las niñas al Colegio del Sagrado Corazón. Yo he venido a traerle algo de comida de parte de la familia. Cuando la señora Bradley vuelva, vendrán a visitarles.

—Gracias —dijo. Se quitó las gafas oscuras. Su rostro estaba desencajado.

—Lo siento mucho, señora Utley. Lo siento muchísimo —dije.

—Está fuera de lugar. Está fuera de lugar —dijo. Su voz era apenas un susurro—. No debería ser así.

—Lo sé. No la molesto más, señora Utley.

—Mi marido está en la funeraria, escogiendo el ataúd. Yo no he podido ir. No podría soportarlo.

—Sí.

—Me acuerdo de ti —dijo, mirándose.

—Nos llevó en coche, a Constant Bradley y a mí, un día que hacíamos autostop desde Milford.

—Sí. Me acuerdo de ti, ese día, en el coche. Creo que no dijiste ni una palabra en todo el camino, excepto «gracias» cuando llegamos —dijo—. ¿Cómo te llamas?

—Harrison Burns. Lo siento muchísimo, señora Utley —dije.

Nuestras miradas se encontraron.

Al volver de casa de la señora Utley, me contuve mientras dejaba atrás a los periodistas apostados junto al camino de entrada de la residencia de los Bradley. Sin embargo, una vez franqueada la puerta principal, me derrumbé sobre el banco que había bajo las escaleras y empecé a llorar. El recuerdo del rostro desencajado de la señora Utley iba a perseguirme en los años venideros.

Se abrieron las puertas del comedor y apareció Jerry.

—Que alguien se lo lleve arriba —dijo—. Sacadlo de aquí. Que no lo vean las criadas.

Me levanté y subí las escaleras lo más rápido que pude. Entré en mi habitación y cerré la puerta. Me tumbé en la cama y hundí la cara en la almohada, tratando de borrar de mi memoria el rostro de la señora Utley. Unos minutos después, alguien llamó a la puerta.

—¡Por favor, por favor, dejadme solo! —grité—. Por favor.

Se abrió la puerta. Des entró y la cerró. Se sentó en la cama.

—Lo que ha pasado es terrible, Harrison —dijo. Su tono era amable—. Que no te afecte lo que te diga Jerry. A veces tiene unos modos muy rudos, lo sé. No hablaba en serio cuando ha dicho que te habías infiltrado en la familia como una serpiente. Créeme. Nosotros, sus hermanos, hemos tenido que lidiar con sus formas durante años. Pero tiene buen corazón. Ha desperdiciado su vida, eso es lo que le hace ser así. Pa, sin embargo, no puede pasar sin él, y nadie duda de que nos quiere.

No estaba de humor para escuchar excusas sobre Jerry. No me había gustado desde el primer día. Tampoco yo le había gustado a él. Des debió de darse cuenta de eso, porque recondujo la conversación en otra dirección.

—Escúchame, Harrison —dijo—. Es importante que recobres la compostura. En

algún momento va a venir aquí la policía, igual que va a ir al resto de casas del vecindario. Tienen que hablar con todos los que estabais en el club anoche, en el baile. Es el procedimiento habitual. No hay nada de que preocuparse, pero ponerte histérico no va a jugar a tu favor. Dará una idea equivocada. Deja que te traiga un vaso de agua. —Se levantó de la cama y fue al baño. Cuando volvió, sostenía un vaso de agua. Lo cogí.

—Gracias —dije.

—Aquí tengo un Valium, Harrison. Es un tranquilizante. Muy suave. Es importante que te tranquilices. Te sugiero que tomes dos.

—No, no necesito un Valium. Mi madre tomaba Valium —dije.

—Déjame que te explique algo sobre nosotros, Harrison. Sobre nuestra familia, quiero decir. Nosotros somos las decepciones, ¿sabes? Kevin, al que mataron en Vietnam. Había grandes esperanzas depositadas en él. Jerry, que se quedó lisiado en un accidente de coche, y es el que más se parece a nuestro padre. Había grandes esperanzas depositadas en él. Y luego yo, que me casé con una criada y me convertí en médico. A ojos de mi padre, suspendí. Sandro ha seguido los pasos adecuados. Lo hará bien en el Congreso. Llegará al Senado. Se mantendrá en el puesto durante años. Pero Sandro no es un líder. Sandro es el segundo de a bordo. Y muy bueno. El mejor, probablemente. Pero un segundo. Carece de esa cosa que se necesita para llegar hasta el final, y que mi padre sí tiene. Y Constant también. Tú lo sabes mejor que nadie. Eres su amigo, su mejor amigo. Constant es la esperanza. Dos. Tómate dos. Buen chico. Ahora, ¿por qué no vas al baño, te lavas la cara, te peinas y te arreglas la corbata? Ma tiene que estar a punto de llegar. Y el padre Murphy viene a cenar. A Pa le gustaría que estuvieras en la mesa.

A última hora de la tarde, la limusina de los Bradley cruzó la verja de entrada de la casa. Grace volvía del Colegio del Sagrado Corazón cargada de noticias sobre la madre Vicenta y perseguida por una nube de periodistas y cámaras que rodeaban el coche conducido por Charlie, el chófer.

—¿Qué narices está pasando ahí fuera, Gerald? —gritó Grace al entrar en casa—. Hay más prensa que cuando el Papa vino a tomar el té. Pobre Charlie. Tenía mucho miedo de atropellar a alguien.

Gerald no contestó. Tenía el ceño fruncido y una expresión sombría en el rostro.

Grace miró a sus hijos, uno por uno.

—En mi vida he visto tantas caras largas. ¿Se ha muerto alguien, Gerald?

—Sí.

—Oh, Dios bendito. No será Cardenal, ¿verdad?

—No, Grace. No es Cardenal.

—¿Quién?

—Winifred Utley.

—¿Quién narices es Winifred Utley? Oh, ¿la hija de la señora que me llamó anoche?

—Sí.

—Oh, cielos. Pobrecita. ¿Qué ha pasado? ¿Un accidente de coche?

—Al parecer, la han asesinado.

—¿Asesinado? Tengo que sentarme. —Se sentó en el banco del recibidor, bajo la escalera—. ¿Saben quién ha sido?

—No.

—Es muy triste y todo eso, pero ¿qué tiene que ver con nosotros? Nosotros ni la conocíamos, ¿verdad?

—Constant bailó con ella ayer por la noche, en el club. Probablemente lo van a interrogar.

—Aun así.

—Tienes razón, Grace. No tiene nada que ver con nosotros. Pero que una cosa tan trágica esté ocurriendo justo aquí, en el vecindario...

—Gracias a Dios que las chicas están de nuevo en colegio... si hay un hombre peligroso rondando por aquí... Esa pobre mujer, la señora Utley... estaba tan agitada ayer por la noche. ¿Crees que la niña ya estaba muerta cuando llamó? Le enviaré flores y una nota. ¿Qué te parece si le mando una tarjeta de condolencia, Gerald? Apellidándose Utley probablemente no sean católicos. ¿Tú crees que les molestará?

—No. ¿Cómo iba a molestarles? Es muy buena idea, Grace. Oh, por cierto, tu cura ha llamado. El padre Murphy. Estaría encantado de venir a cenar esta noche.

—¿Se lo has dicho a Bridey?

El *Scarborough Hill Times* publicó la noticia en portada:

APALEADA HASTA MORIR UNA JOVEN DE 15 AÑOS EN SCARBOROUGH HILL

Por Gus Bailey.

La hija de quince años de un ejecutivo de Veblen Aircraft ha sido encontrada muerta esta tarde, asesinada a golpes, oculta entre unos arbustos, a ciento ochenta metros de su casa, en la exclusiva zona de Scarborough Hill.

El cuerpo de la joven, Winifred Utley, ataviado con el mismo vestido rosa que llevaba la noche anterior en el baile *junior* de El Club de Campo, fue hallado poco después del mediodía por Belinda Beckwith, de catorce años, vecina y amiga de la joven fallecida.

Thomas Riordan, el jefe de la policía de Scarborough Hill, ha declarado que, según parece, la señorita Utley fue asesinada con varios golpes en la cabeza en un asalto que tuvo lugar no muy lejos de la casa de la familia, en Varden Lane.

Aparentemente, el cuerpo de la señorita Utley, de un metro y sesenta y cinco centímetros de altura, cincuenta y cuatro kilos de peso y cabello largo y rubio, fue arrastrado hacia una zona boscosa cercana, donde permaneció oculto durante horas sin ser descubierto pese a la intensa búsqueda en el vecindario llevada a cabo por la policía, alertada por la madre de la víctima, Luanne Utley, a las cuatro menos cuarto de la madrugada.

La casa familiar está ubicada en el corazón de una comunidad privada bien vigilada, un área de casas señoriales que se extiende al sur de la autopista interestatal 95 de Connecticut.

El padre de la señorita Utley, Raymond Utley, recientemente nombrado presidente de Veblen Aircraft, ha vuelto a la ciudad desde Atlanta, donde se encontraba de viaje de negocios.

La policía ha confirmado que la señorita Utley fue vista por última vez sobre las diez y media de la pasada

noche saliendo de El Club de Campo, un exclusivo club privado de golf y tenis en la zona de Scarborough Hill, después de asistir a un baile *junior* del club. Iba acompañada por William Wadsworth III, de quince años, hijo de William Wadsworth, Jr., vicepresidente de Ross and Redmond, una financiera con sede en Nueva York. El señor Wadsworth recogió en coche a su hijo y a la señorita Utley y los llevó a la residencia de los Wadsworth. De allí, y tras una breve visita, la señorita Utley se dirigió a pie hacia su domicilio, en Varden Lane, tres casas más allá.

Hasta que no se conozcan los resultados de la autopsia, que se realizará mañana, la policía ha declinado comentar si la señorita Utley fue agredida sexualmente.

Los agentes de policía continúan peinando la zona en busca de más pistas sobre los hechos, que han conmocionado a esta comunidad de familias adineradas y muy conocidas, especialmente desde que la palabra «asesinato» ha empezado a circular esta tarde.

El laboratorio móvil de la policía del estado ha sido enviado a la escena del crimen. Asimismo, representantes del fiscal del condado se encuentran en el lugar para supervisar la recogida de pruebas.

Tanto la joven Beckwith, que encontró el cuerpo, como su madre, Pauline, han rehusado hacer comentarios sobre el hallazgo o sobre los Utley, no demasiado conocidos en la comunidad ya que se trasladaron al vecindario hace solo seis meses.

Cuando llegó la policía estábamos cenando: Gerald y Grace, Jerry, Sandro, Desmond (que estaba en un descanso del hospital), Constant, Sims Lord (el abogado de Nueva York de Gerald), el padre Murphy y yo. El padre Murphy procedía de una parroquia de barrio y, acostumbrado como estaba a la humildad de los hogares de clase trabajadora que visitaba en sus tareas de acompañamiento a moribundos y enfermos, la grandeza de la mansión Bradley prácticamente le sobrecogía. No concebía que hubiera católicos tan ricos. Se sentó a la derecha de Grace, como huésped de honor. Sandro, el nuevo congresista, se sentó a su izquierda. Todos los Bradley poseían un encanto que hacía que incluso el más tímido de los invitados se sintiera cómodo y, antes de la llegada de la policía, la conversación había girado principalmente en torno a las recientes elecciones. Si el padre Murphy estaba al tanto del asesinato que había tenido lugar la noche anterior, tan cerca de la casa en la que estaba cenando, no lo mencionó.

—Somos una familia muy unida, padre Murphy, y nuestro padre nos ha educado para entender las obligaciones que la gente como nosotros tiene con los menos afortunados —dijo Sandro—. Nos han educado para desempeñar un papel, para involucrarnos en la política y en el servicio público. Es a lo que aspiramos. Con suerte, habrá gente que esté interesada en lo que tengamos que decir.

—Oh, la hay, la hay, congresista —dijo el padre Murphy, entusiasmado—. Esta es una gran familia, un ejemplo de lo que es una buena familia católica. Van a ser un motivo de orgullo para la vida pública.

—Mis abuelos, tanto maternos como paternos, fueron inmigrantes que se instalaron en esta ciudad, en lo que hoy es su parroquia, que asistieron a misa en lo que hoy es su iglesia y que prosperaron. De hecho, mis padres fueron bautizados, los dos, en Nuestra Señora de los Dolores. Nunca olvidaron sus orígenes, y yo espero poder introducir en el Congreso una ley que aumente las prestaciones sociales...

Un coche de policía avanzó por el camino de entrada, delatado por el crujir de los guijarros blancos bajo las ruedas. Se detuvo frente al porche principal. Sonó el timbre. Nadie en el comedor actuó como si estuviera sucediendo algo fuera de lo

ordinario.

—Colleen, ¿puedes abrir? —dijo Gerald. Colleen estaba pasando una gran bandeja de plata en la que había suficientes costillas de cordero como para que cada comensal cogiera dos.

—Déjala en el aparador, Colleen —dijo Grace—. Bridey se encargará de servirlo. O Nora, ¿se llama así la chica nueva? ¿Por qué no le dices que venga? Que se encargue ella de servir. Será un buen aprendizaje. —Se volvió hacia el padre Murphy—. Es un problema tan grande, padre, enseñar a algunas de estas chicas cuando acaban de llegar de Irlanda. Odian llevar el uniforme. Lo primero que preguntan es qué día van a tener libre. Gracias a Dios que está Bridey. Lleva diecisiete años con nosotros. No sé qué haría sin ella.

El padre Murphy, atónito ante aquel tipo de problema, no supo responderle. Nora, la criada nueva, cogió nerviosamente la bandeja de costillas de cordero y empezó a servir a Grace.

—No, Nora, por el otro lado. Se sirve por la izquierda y se retira por la derecha. Sírvete al padre. Por la izquierda, Nora. Sirve por la izquierda. Ahora sirve al congresista. Gracias, Nora. —Se dirigió al padre Murphy—. Ahora, claro, están todas asustadas porque ha habido un asesinato en el vecindario y dicen que no piensan esperar al autobús en la esquina, que cuando tengan su día libre quieren que las lleve Charlie, el chófer. ¿Se lo puede imaginar?

Colleen entró en el comedor.

—El capitán Riordan y el detective Potts están en la entrada. ¿Les digo que esperen en la cocina hasta que hayan terminado de comer?

—Oh, ¡por Dios!, no —dijo Gerald—. Hazlos pasar aquí.

Cuando los policías entraron en el comedor, Gerald y sus hijos se levantaron. Eran los mismos agentes que yo había visto en casa de los Utley esa tarde.

—Buenas noches. Soy Gerald Bradley y esta es mi esposa, Grace Bradley.

—¿Cómo está? Soy el capitán Riordan y este es mi compañero, el detective Potts.

—Potts... Potts... ¿Algún parentesco con Walter Potts? —preguntó Gerald.

—Hermano.

—¿De verdad? Allí, en el otro extremo de la mesa, está mi hijo, el doctor Desmond Bradley. Fue él quien sacó la bala del corazón de su hermano en el Hospital Santa Mónica.

—Oh, ¡Santo Dios! —exclamó Grace—. Imagínense. ¿Conoce esa historia, padre Murphy? Para ser exactos, Desmond sostuvo el corazón de ese joven en la palma de su mano y le extrajo la bala. En su día, salió en todos los periódicos.

Desmond se levantó y se acercó al oficial para estrecharle la mano.

—¿Cómo está Walter? Solía venir a verme a mi despacho, pero hace tiempo que no sé nada de él.

—Está bien —dijo el detective Potts—. Se ha matriculado en la escuela de comercio, en el lado este de la ciudad.

—¿No es una coincidencia increíble? —preguntó Gerald—. Estos son mis hijos. Desmond, a quien ya conoce; el congresista Sandro Bradley, que acaba de llegar de Washington; Gerald Junior, a quien llamamos Jerry; y Constant. Han venido a vernos en una velada eminentemente masculina, capitán. Mis dos hijas pequeñas han regresado esta mañana al colegio de monjas del Sagrado Corazón y mi hija mayor está en Chicago, visitando a la familia de su prometido. Estos son Sims Lord, mi socio de Nueva York, Harrison Burns, amigo del colegio de uno de mis hijos, y el padre Murphy, de la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, en Bog Meadow.

—Buenas noches, Murf —dijo el capitán Riordan.

—Hola, Tom —contestó el padre Murphy.

—¿Se conocen? —preguntó Gerald.

—De la parroquia —dijo el padre Murphy.

—¿Murf? ¿Le ha llamado Murf, padre Murphy? —preguntó Grace en tono de sorpresa.

—Fuimos juntos al instituto —respondió el padre Murphy.

—De todas maneras, usted es sacerdote —dijo Grace.

—Le pediré al detective Riordan que se muestre más respetuoso, señora Bradley —dijo el padre Murphy con una sonrisa.

—Y yo, señora Bradley, lamento mi insolencia —añadió el detective Riordan, sonriendo al padre Murphy. Se volvió hacia Gerald.

—Por favor, señores —dijo Gerald—, ¿les importaría sentarse? En cuanto recojan la mesa, Bridey y Colleen nos traerán el café y los postres, y nos encantaría que se unieran a nosotros.

Gerald Bradley era el hombre más rico de la ciudad, pero nunca olvidó sus raíces. Entendía el valor de no distanciarse demasiado de sus orígenes sencillos. «Esa gente», le dijo una vez a Constant, después de que Constant rehusara hablar con un anciano, amigo de su abuelo, en un funeral, «es mejor que esté de nuestro lado».

—Profiteroles, detective. Bridey, mi cocinera, está muy orgullosa de sus profiteroles —dijo Grace—. Con crema de chocolate.

—No, gracias, me temo que estamos aquí de servicio, señora Bradley.

—Oh, sí, esa tragedia tan terrible. La señora Bradley acaba de enviar unas flores y una tarjeta de condolencia a casa de la señora Utley —dijo Gerald.

—Sí, así es, pobre mujer. Imagínese que le sucede a usted una cosa así. Me llamó anoche, muy preocupada, buscando a su hija. ¿Qué tipo de chica era?

—Lo cierto es que no conocemos a los Utley —dijo Gerald, interrumpiendo a su esposa—. Son nuevos aquí. ¿Tienen alguna pista?

—Hemos encontrado un bate —dijo el capitán Riordan.

—¿Un bate?

—Un bate de béisbol.

—¿Fue el arma homicida?

—Nos gustaría hacerle unas preguntas a su hijo.

—¿A cuál de ellos?

—A Constant.

Constant levantó la mano.

—Aquí —dijo afablemente—. Soy Constant.

—¿Hay alguna habitación donde podamos hablar en privado? —preguntó el capitán Riordan—. Dado el tamaño de esta casa, seguro que sí.

—Oh, no es necesario. Somos una familia muy unida, a todos nos preocupa lo que ha sucedido.

—Mejor que sea en privado —insistió el capitán Riordan—. Hay algunos detalles íntimos que nos gustaría discutir.

—No, no, no. El padre Murphy y el señor Lord son amigos de la familia. Pueden hablar. Esta tragedia nos preocupa a todos terriblemente —dijo Gerald—. Me resulta muy difícil creer que alguien de nuestra comunidad pueda ser responsable de un asesinato.

El capitán Riordan asintió con la cabeza, con gesto contrariado.

—Mi experiencia me dice que la mayoría de los crímenes se deben a tres causas: alcohol, sexo o dinero —dijo. Sacó una libreta del bolsillo trasero de su pantalón y se dirigió a Constant—. Mi compañero, el detective Potts, va a anotar tus respuestas.

—De acuerdo —respondió Constant.

—Entendemos que ayer por la noche estuviste con Winifred Utley en el baile del club de campo.

Cuando Constant empezó a hablar estaba completamente relajado. No había rastro de culpa en él.

—En realidad no estaba en el baile. El baile era para los socios más jóvenes, los de catorce y quince años. Yo tengo diecisiete, y estoy a punto de cumplir dieciocho. Estaba cenando en el club con mis hermanas y mi amigo.

—Pero bailaste con Winifred Utley, ¿verdad? —le preguntó el capitán Riordan.

—Oh, sí, cierto —dijo Constant—. Bailé con ella, pero después me fui a casa.

—¿La conocías bien?

—No la conocía. Solo la había visto una vez. Estaba saliendo del club con mis hermanas y mi amigo y me pidió que bailara con ella.

—¿Te lo pidió ella?

—Sí.

—¿Y tus hermanas? ¿Tu amigo?

—Se fueron a casa, en mi coche.

—¿Cómo volviste a casa?

—Mi amigo, Harrison Burns, ese de ahí, volvió a buscarme.

—¿Quién de ustedes es Harrison Burns? —preguntó el capitán.

—Yo —respondí, levantando la mano como había hecho Constant.

Me miró, reconociéndome.

—Ah, sí. Estabas en casa de los Utley esta tarde, ¿verdad?

—Sí. He ido a llevarles algo de comida de parte de los Bradley. Se la he dado a la criada —contesté. A la familia no le había contado mi conversación con la señora Utley.

—¿Es cierto lo que ha dicho Constant? ¿Volviste al club para recogerlo y traerlo a casa?

—Sí —contesté. Estaba tan relajado como Constant—. Primero traje a Mary Pat y a Kitt y poco después volví para recoger a Constant.

—¿Volviste a salir después de regresar a casa?

—No.

—¿Y tú, Constant?

—No.

—¿Tienes forma de probarlo, Harrison?

—No. Solo tengo mi palabra. —Estaba preparado para la prueba. Mis respuestas eran las correctas.

—Ya veo. —El capitán Riordan anotó algo en su libreta.

—La señora Bradley puede probarlo, capitán —dijo Gerald, de repente—. Cuando la señora Utley la llamó a las dos de la madrugada preguntando por Winifred, fue a la habitación de los chicos y los vio durmiendo como bebés. ¿No es así, Grace?

Grace miró fijamente a su marido desde el extremo de la mesa.

—Sí —respondió—. Sí. No tuve el valor de despertarlos.

—Ya veo —dijo el capitán Riordan.

Yo evité mirar a Grace.

—Tengo una pregunta muy personal que hacerte, Constant. Sería mucho mejor hablarlo en privado —dijo el capitán.

—No hay secretos en esta familia —dijo Gerald—. Pregunte lo que tenga que preguntar, capitán.

—¿Le dijiste, eh... —el capitán Riordan miró en dirección a Grace Bradley y el padre Murphy. Cogió aire y continuó con sus preguntas—... le dijiste a Winifred Utley que tenías una erección cuando bailaste con ella?

—¡Santo cielo! —exclamó Grace, tapándose la boca con ambas manos. Le hizo señas a Bridey para que se acercara y le susurró al oído—: Saca a Nora y a Colleen de aquí.

—Mi hermano nunca diría algo así —intervino Jerry.

—Espera un minuto, Jerry —dijo Constant—. Lo dije, sí. Y me avergüenzo por ello, padre Murphy, discúlpeme. Pero era una broma.

—¿Una broma? —preguntó el capitán Riordan.

—Una broma de mal gusto, sin duda, pero una broma. Y Winifred se lo tomó como una broma. No se sintió ofendida. De hecho, creo que sus palabras exactas fueron: «Eres un chico malo, Constant Bradley. Mono pero malo». ¿No es así, Harry? Harry la oyó.

—Sí. Eso es exactamente lo que dije.

—¿Puedo ver la ropa que llevabas ayer por la noche? —Ojeó las notas de su libreta—. A ver. Una americana. Una camisa blanca con cuello de botones. Una corbata a rayas. Pantalones de franela gris. Mocasines.

—¡Dios santo! ¿Quién le ha dado una descripción tan exacta de lo que llevaba puesto mi hijo? —dijo Gerald, riendo.

—Corky.

—¿Corky? ¿Quién es Corky? —preguntó Gerald.

—Vincent Corcoran. El camarero del bar privado de caballeros del club, el mismo que le sirvió alcohol a su hijo menor de edad —dijo el capitán Riordan.

Hubo un momento de silencio en la habitación.

—Sí, voy a buscar mi ropa —dijo Constant—. Siempre y cuando Bridey no lo haya puesto ya todo en la lavadora. En esta casa, en cuanto te quitas algo, Bridey lo echa a lavar.

—También querría sus calzoncillos.

—Si Bridey no los ha metido en la lavadora.

—¿Para qué necesita los calzoncillos, por el amor de Dios? —preguntó Sandro.

—Restos de semen, congresista —respondió el capitán Riordan.

—Oh, padre, qué terrible para usted tener que escuchar esto —dijo Grace—. Los profiteroles se están deshaciendo, Gerald. ¿Podemos decirle a Bridey que los sirva?

—Tengo entendido que la chica no fue violada —dijo Desmond.

—¿Cómo puede usted saber eso?

—El doctor Liu, jefe forense del estado, ha examinado el cuerpo durante más de seis horas y ha concluido que no se produjo agresión sexual.

—¿Y puedo preguntarle cómo ha obtenido esa información?

—Soy el jefe del servicio médico del Hospital Santa Mónica, donde se ha realizado la autopsia.

—¿Y el doctor Liu le ha informado de los resultados?

—También soy el director del hospital.

—Ya veo. —Intercambió una mirada con el detective Potts.

Cuando Constant abandonó el comedor, Gerald dijo:

—Asumo que están interrogando a más personas, no solo a mi hijo, ¿verdad?

—Oh, sí. A todo el mundo que asistió al baile. Y al grupo que fue a casa de los Wadsworth una vez acabada la fiesta.

—¿Sabe lo que pienso, capitán? —dijo Gerald.

—¿Qué?

—Que unos chicos como estos, de una zona como esta, no pueden ser responsables de un crimen tan terrible. Estos chicos del club no son drogadictos. Oh, sí, puede que de vez en cuando se beban una o dos cervezas, incluso tres, pero son buenos chicos. Todos proceden de buenas familias. Probablemente haya sido un vagabundo. Alguien de más allá de la autopista 95. ¿Han pensado en eso?

—Su hijo estaba bebiendo vodka, no cerveza —dijo el capitán Riordan.

—¿Está seguro de que no quiere café o postre, capitán? —preguntó Grace.

—No, gracias, señora Bradley, estamos de servicio.

—De todos modos, los profiteroles se han estropeado. Mira, Gerald, están todos deshechos —dijo Grace—. Bridey se va a poner furiosa.

—Entonces, quizás podría hacernos el honor de concluir la cena con una bendición, padre Murphy —dijo Gerald.

El padre Murphy inclinó la cabeza. Todos los comensales, excepto Sims Lord, que no era católico, inclinaron sus cabezas.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Te damos las gracias, Señor, por estos dones que acabamos de recibir merced a Vuestra generosidad. Amén.

En el momento en que el grupo salía del comedor y se encaminaba hacia el vestíbulo, Constant bajó por las escaleras cargado con un montón de ropa.

—Bridey está empezando a tener lapsus, Ma —dijo—. Hoy no ha recogido la ropa sucia. Déjeme que coja una bolsa de basura de la cocina para meter todo esto, capitán.

—No hace falta. El detective Potts tiene una. Déjame ver. Camisa. Corbata. Chaqueta. Mocasines. Calcetines. Calzoncillos. —Examinó las suelas de los zapatos—. Estos mocasines son negros. Yo pensaba que eran marrones.

—No. Negros. Los marrones los he dejado en el colegio, no los he traído para las vacaciones —dijo Constant.

—Ya veo —dijo el capitán Riordan. A continuación alzó los calzoncillos con una mano.

—Oh, padre Murphy, venga a la biblioteca —dijo Grace rápidamente—. Quiero enseñarle algunas fotos familiares. ¿Sabía que el Papa estuvo en esta casa en su última visita a Estados Unidos?

—¿Sería posible que registrásemos la casa ahora, señor Bradley? —preguntó el capitán Riordan.

—¿Registrar mi casa? —preguntó Gerald.

—¿Tiene usted una orden de registro? —preguntó Sims Lord, interviniendo por primera vez desde la llegada de la policía.

—No.

—Sin duda, sabe que no puede registrar una casa sin una orden de registro —dijo Sims Lord.

—Soy consciente de ello. Pero he creído que, ya que estamos aquí, no pondrían objeción alguna.

—Puedo garantizarle que mi cliente, en principio, no pondrá objeción alguna, pero creo que esto debe hacerse de acuerdo a derecho —dijo Sims Lord.

—Bien. No hay inconveniente —dijo el capitán Riordan—. ¿Podría decirme su nombre de nuevo?

—Lord. Sims Lord.

—Sims Lord. —Escribió el nombre en su libreta—. ¿Es usted abogado?

—Sí.

—Ha dicho que su cliente no objetará nada. ¿Quién es su cliente?

—Yo —dijo Gerald—. El señor Lord gestiona todas mis compras y transacciones comerciales, pero también es un buen amigo de la familia.

—Entiendo.

—¿Puedo preguntarle qué es lo que buscan para tener que registrar la casa?

—El bate.

—Tenía entendido que ya lo habían encontrado.

—Solo tenemos la mitad del bate. Se partió en dos durante el ataque. Hay una hendidura en el lado que entró en contacto con la cabeza de la víctima.

—¿Dónde encontraron el bate?

—En la zona boscosa que hay detrás de su pista de tenis, junto a dos grandes charcos de sangre —dijo el capitán.

—Mira, Sims, no creo que haya motivo para que el capitán y el detective no puedan inspeccionar la casa —dijo Gerald—. Desde luego, no tenemos nada que esconder.

—Solo estaba pensando en el procedimiento —contestó Sims Lord.

—Podría firmar un consentimiento para registrar el lugar sin necesidad de una orden de registro —dijo el capitán Riordan.

—Está bien —accedió Gerald.

Riordan ordenó a Potts que procediera con el registro mientras él preparaba el documento para que Gerald lo firmara.

Desde la biblioteca llegaba el sonido del piano. Se oyeron varios acordes melódicos y, después, la voz de contralto de Grace. «*I'll take you home again, Kathleen. Across the ocean wild and wide, To where your heart has ever been, Since first you were my Bonnie bride*».

El grupo permaneció de pie en el vestíbulo. Gerald suspiró. Los hermanos hablaban entre ellos. Al poco rato, el detective Potts regresó con un bate de béisbol.

—He encontrado esto en lo que las criadas de la cocina llaman el cuartito de la entrada —dijo el detective—. Hay un montón de bates allí, todos del mismo fabricante.

—Guardamos nuestro equipamiento deportivo en el cuartito de la entrada trasera —dijo Gerald—. Mis hijos son muy deportistas.

El capitán Riordan examinó el bate.

Constant, que también contemplaba la escena, chasqueó los dedos.

—¡Claro! —dijo—. El domingo de Pascua, la familia al completo y los invitados estuvimos jugando a *softball*. En un momento dado, yo golpeé la bola y rompí el bate. Lo lancé hacia el bosque y nadie pudo encontrarlo. ¿Os acordáis, chicos?

—Es verdad —dijo Jerry—. ¡Dios mío! Y ese es el bate que utilizó quienquiera que mató a Winifred.

Se hizo un silencio.

—Nos gustaría que nos acompañaras a la comisaría, Constant —dijo el capitán Riordan.

—¿Para qué? —preguntó Gerald.

—Huellas dactilares.

—Sí, por supuesto —dijo Constant con tono afable—. Lo entiendo perfectamente. No pasa nada, Pa.

—También necesitaremos una muestra de cabello y de sangre.

—Bien.

—Yo también soy abogado, capitán —dijo Jerry—. Si no pone ninguna objeción, acompañaré a mi hermano.

—Y Harrison Burns, también. Queremos tomarle las huellas —dijo el capitán Riordan.

Al día siguiente Constant y yo debíamos volver a Milford, pero Gerald consideró que sería inapropiado que Constant no asistiera al funeral de Winifred Utley. Eso también me incluía a mí, ya que había estado en el club la noche de su muerte. Gerald llamó al doctor Shugrue y le dijo que regresaríamos un día más tarde.

Llegamos al funeral en la limusina de los Bradley, conducida por Charlie. Había cámaras de televisión y fotógrafos posicionados fuera de la iglesia. Vi al detective Potts, el hermano de Walter Potts, de pie, frente a la iglesia episcopal de San Juan, apostado detrás de un coche. Sostenía una cámara con teleobjetivo y fotografiaba a los dolientes. Constant y yo apenas habíamos hablado entre nosotros desde la noche en que murió Winifred, pero le di un codazo para que se percatara de su presencia, indicándole con un simple movimiento de cabeza la posición del detective. Constant lo miró.

—Es un procedimiento habitual —dijo, calmadamente, devolviéndome la mirada—. Siempre lo hacen.

Constant, apuesto como siempre, caminaba erguido, con rostro serio. Un extraño hubiera dicho que se trataba de un amigo preocupado de la difunta. Tomó a su madre del brazo mientras ascendían por las escaleras de la iglesia. Arriba estaba el capitán Riordan, que observaba a la multitud. Todos los miembros del club que había reconocido parecían entrar a la vez. Piggy y Felicia French. Buzzy Thrall.

Eve Soby. «La gente del club», como siempre se refería a ellos Gerald. Constant habló con varias personas más jóvenes a las que conocía, pero me dio la sensación de que se alejaban de él lo más rápido posible. Gerald, que caminaba conmigo y con Jerry, siguió a Constant y Grace escaleras arriba.

En el altar había varios ramos. Los ujieres entregaban el programa a cada persona que entraba en la iglesia. En la parte superior se leía: EN MEMORIA DE WINIFRED UTLEY

. 22 de enero de 1958 - 30 de abril de 1973. El nombre del pastor, según ponía, era Timothy Farquhar Jr. y el del organista, Emil Toland.

La iglesia estaba a rebosar. Tanto el dolor por la muerte prematura de una chica tan joven como lo mediático del caso habían atraído a una multitud poco usual en los funerales de la iglesia de San Juan. Los Bradley y yo nos sentamos hacia la mitad del pasillo central. Los que llegaron más tarde tuvieron problemas para encontrar asiento y los ujieres pidieron a la gente que se moviera hacia el final de sus bancos para hacer sitio. Hubo quien, deseoso de verlo todo, no quiso perder su posición cerca del pasillo y se puso de pie para que fueran los rezagados los que ocuparan los huecos del final.

El féretro ya estaba en su sitio. Sobre él reposaba un simple ramo de rosas amarillas. Luanne Utley entró discretamente desde una puerta lateral, seguida del señor Utley. La señora Utley tocó el féretro. «Está fuera del orden. Está fuera del orden», dijo. Ray Utley pasó el brazo por la cintura de su esposa y la guio hasta sus asientos, en el primer banco. Entonces se inclinaron y bajaron las cabezas, para rezar.

Leverett y Louise Somerset llegaron tarde, con Weegie detrás de ellos. Mientras caminaban por el pasillo central hacia la parte delantera de la iglesia, Constant se volvió y miró a Weegie. Al mismo tiempo, Weegie giró la cabeza y lo miró. Continuaron avanzando por el pasillo y se sentaron en los bancos que había justo detrás de los Utley. El señor Utley se giró para saludar a Leverett, y Leverett, a su vez, le dio una suave palmadita en el hombro.

El oficio fue simple y breve, y solo se vio empañado por un altercado menor cuando dos de los ujieres expulsaron a un cámara de televisión que se había colado en el estrado del órgano y trataba de filmar la ceremonia para emitirla en las noticias de la noche. Tras completar la oración final, el reverendo Farquhar anunció que el sepelio iba a ser privado, pero que los Utley recibirían a los amigos en su casa, tras el oficio.

—Tan austero, ¿verdad? Encuentro estas ceremonias protestantes terriblemente frías e impersonales —dijo Grace, mirando por la ventanilla de la limusina de los Bradley. Estábamos en el coche frente a la iglesia de San Juan, después del oficio, esperando a que los otros coches se pusieran en marcha—. Nada de arrodillarse. Solo una inclinación hacia delante y las cabezas agachadas para rezar. Ni una lágrima, ¿os disteis cuenta? Solo el himno número sesenta y nueve, primer y tercer verso. O un salmo, qué sé yo qué número. O la Escritura esta o aquella. Creo que no hay nada como un panegírico en un momento como este. La gente lo necesita. Oh, y ¡ese pastor! ¿Cómo se llama? Timothy Farquhar, ¿no? Que antipático. Tan protestante, ¿verdad? Personalmente, a mí me gusta llorar en un funeral. ¿Te acuerdas de la alabanza de Cardenal cuando la niña de los Ryan fue atropellada por aquel autobús? No hubo ni un ojo sin lágrimas en la catedral.

Nadie respondió.

—Y tan corto, todo tan corto. No creo que hayamos estado más de veinte minutos. A mí me gusta una misa. Y un coro. Le envié una tarjeta de condolencia a la

señora Utley, por cierto. Probablemente no sabrá qué es, pero en mi opinión es importante. Mira, Gerald, hay un fotógrafo tratando de hacernos una foto. Está viniendo hacia el coche.

—Que todo el mundo mire al frente —dijo Gerald—. Haced como que no os dais cuenta.

—¿Y por qué querrá hacernos una foto? —preguntó Grace—. Nunca había visto fotógrafos en un funeral.

Nadie respondió.

—Gerald, ¿de verdad crees que tenemos que ir a casa de los Utley? Quiero decir, no los conocemos de nada. Yo no sabía ni qué aspecto tenía esa mujer hasta que la he visto hoy en la iglesia. Bastante mona, en su estilo blanco anglosajón y protestante, ¿sabes lo que te quiero decir? Como la mitad de las mujeres del club. Todas se parecen, ¿no creéis? Esos pasadores de oro que llevan. Y el peinado a lo paje. Y todas visten igual. Pili y Mili. Me ha parecido raro que fueran de azul oscuro, en vez de negro, a un funeral. ¿Qué narices ha querido decir con lo de «Está fuera de lugar. Está fuera de lugar»?

—No lo sé —contestó Gerald.

—¿Tú lo sabes, Jerry? —preguntó Grace.

—No.

—Constant, ¿qué ha querido decir?

—No lo sé, Ma.

—Ha querido decir que está fuera de lugar, del lugar natural de las cosas, que un hijo muera antes que sus padres —dije.

—Oh.

Todos guardaron silencio.

—¿Qué opinas, Gerald? ¿Tenemos que ir? He enviado flores. He mandado una nota. He mandado una tarjeta de condolencia. Hemos ido al funeral. Hemos firmado el libro de condolencias en la iglesia para que sepan que hemos estado allí. ¿Por qué tenemos que ir a su casa?

—Vamos a ir, Grace —dijo Gerald—. Nos pondremos en la cola. Todos diremos «Sentimos su pérdida» y nos iremos. Nadie va a tomar nada si se nos ofrece algo de beber. ¿Lo entendéis todos? Ni bebidas ni sándwiches. Haremos la cola y nos marcharemos.

—Pero ¿por qué? —insistió Grace.

—Porque nuestro hijo fue una de las últimas personas que la vio viva, por eso. Es un gesto de cortesía.

—Supongo que tienes razón.

—No vayas demasiado rápido, Charlie —le dijo Gerald al chófer—. No queremos llegar antes que los Utley.

—¿Viste nuestras flores, Gerald? ¿La cruz de orquídeas blancas con el centro color púrpura? El nuestro fue el arreglo más bonito de todos.

La atmósfera en casa de los Utley era depresiva. En el salón acristalado se habían dispuesto mesas con comida. Una criada vestida con uniforme negro pasaba una bandeja con hojaldres de queso. La mayoría de la gente permanecía en fila, en silencio, esperando su turno para mostrar sus condolencias al señor y la señora Utley. Gerald y Grace se detuvieron para hablar con unos amigos. Yo permanecí en la cola, detrás de Constant.

—Soy Constant Bradley, señora Utley —dijo, y le tendió la mano.

Luanne Utley miró a Constant y asintió. No le ofreció su mano y él retiró la suya.

—Siento muchísimo lo de Winifred.

Luanne continuó observando a Constant. Después se volvió para mirar a su marido, quien siguió su mirada y la fijó en Constant.

—La vi la noche que sucedió. En el baile del club. Lo siento mucho.

Ella asintió.

—No sé si lo recuerda, pero una vez nos llevó en coche desde Milford hasta la puerta de mi casa, un día que estaba haciendo autostop con mi amigo, Harrison Burns. Usted fue muy amable y se desvió de su camino. ¿Se acuerda?

—Me acuerdo —respondió la señora Utley—. Creo que hay gente detrás de ti esperando para saludar.

Él se giró hacia mí. Grace y Gerald ya habían llegado.

—Estos son mi madre y mi padre, y Harrison Burns, a quien ya conoce. También estaba en el club la otra noche.

Grace y Gerald tendieron sus manos. «Siento su pérdida», dijo Gerald. «Lo siento muchísimo, señora Utley», dijo Grace.

—Esto te lleva a plantearte si de verdad existe un Dios que nos ama —dijo Luanne Utley—. Creo que sí, supongo que sí, pero no entiendo Su plan. No entiendo por qué tenía que sucederle esto a una niña tan inocente como Winifred, con tanta vida por delante.

Entonces la señora Utley miró por encima de Constant, hacia la persona que estaba detrás de él esperando a saludarla.

—Hola, Felicia —dijo, tendiéndole la mano—. Gracias por venir.

Si Constant se había dado cuenta de que había sido despreciado, no dio ninguna muestra de ello. Al marcharnos, alguien —después supimos que había sido Buzzy Thrall, porque la criada de los Utley se lo contó a Colleen— dijo: «Atacó a Weegie Somerset el verano pasado, en Watch Hill». Continuamos caminando como si no hubiéramos oído nada.

A medida que pasaban las semanas, los residentes de Scarborough Hill, alentados por un periodista llamado Gus Bailey que parecía estar obsesionado con el caso, comenzaron a criticar de forma generalizada que no se hubiera producido ningún arresto por el asesinato de Winifred Utley. Constant y yo, de vuelta en Milford para el último trimestre antes de la graduación, leíamos las crónicas sobre las pesquisas policiales en los periódicos. Constant las comentaba con un curioso desapego, como si estuvieran relacionadas con otras personas y no con nosotros. Finalmente, como respuesta a las incesantes críticas, el jefe de policía ofreció una rueda de prensa que fue televisada por varias cadenas locales.

—Creo que sé quién mató a Winifred Utley —dijo el jefe de policía, Dennis Quish, al empezar su declaración.

Yo miraba el televisor sin apenas respirar, mientras notaba cómo se me aceleraba el corazón. Estábamos en la sala de uso común del colegio, en el rato libre entre la cena y la hora de estudio. Estaba atiborrada de alumnos. Miré a Constant. También estaba frente al televisor, rodeado del grupo de *bridge*, la camarilla que siempre se arremolinaba a su alrededor en esa época. Permanecía impasible, como si la declaración de Quish no le afectara. En la pantalla, detrás del jefe de policía, estaba el capitán Riordan, que era quien nos había interrogado durante horas, juntos y por separado, y nos había tomado las huellas digitales y muestras de sangre y cabello.

—Mi teoría es que se produjeron dos agresiones, la primera en la zona boscosa que separa las propiedades de los Somerset y los Bradley, donde tuvo lugar un forcejeo, y la segunda, el asesinato propiamente dicho, más cerca de la casa de los Utley —dijo el jefe Quish.

—¿Va a compartir su hipótesis sobre quién es el asesino? —preguntó Gus Bailey. Bailey había seguido el caso desde el principio.

—No, no voy a hacerlo. No puedo probarlo y, por tanto, no puedo revelarlo —respondió el jefe de policía.

—¿Esta persona ha sido interrogada? —preguntó de nuevo Bailey.

—Sí.

—¿Esta persona ha sido sometida al detector de mentiras?

—No.

—¿Por qué?

—Por razones legales.

—¿Tiene la sensación de que su investigación se ha visto obstaculizada? —preguntó Gus Bailey.

—¿Obstaculizada?

—¿Amenazada, entonces?

—¿Por quién?

—Por gente rica. Gente poderosa. Alguien que podría estar protegiendo a alguien.

—Creo que la policía está haciendo un buen trabajo. Si se hubiera producido un encubrimiento de algún tipo, creo que ya habría salido a la luz. No se pueden guardar secretos en América.

—Esa no es mi experiencia, jefe Quish —dijo Gus Bailey.

—He leído sus crónicas sobre este caso, señor Bailey —replicó el jefe de policía Quish.

—¿Por qué la oficina del forense ha rehusado informar sobre el resultado de la autopsia? —preguntó Bailey.

—Eso lo desconozco. No está bajo mi jurisdicción.

—¿No es habitual que la autopsia de un homicidio se realice en el hospital de Farmington? —preguntó Gus Bailey.

—Normalmente, sí.

—¿Y por qué esta se hizo en el Santa Mónica?

—No lo sé.

—¿Y ahora cuál es el siguiente paso?

—Esperar. Con el tiempo, la gente tiende a cometer algún error, a tropezar —dijo el jefe de policía.

—¿Ha comentado con alguien su hipótesis sobre quién asesinó a Winifred Utley? —preguntó Bailey.

—Le he dicho el nombre de esa persona a la señora Utley, la madre de Winifred.

—¿Cree que ella puede revelarlo?

—No creo que lo haga.

—¿Por qué?

—No hay pruebas. Solo es una intuición. También he traído una declaración escrita de la señora Utley.

—¿Va a leerla?

—Naturalmente. Esto es de parte de la señora de Raymond Utley, Luanne Utley, la madre de Winnifred Utley. —El capitán Quish extrajo del bolsillo interior de su chaqueta una hoja de papel azul doblada y la abrió. El mensaje estaba escrito a mano —. Dice, textualmente: «Por favor, por favor, si saben algo, díganlo. Debe haber alguien que sepa algo y que ha permanecido en silencio. Alguien sabe algo».

Recorrí la sala con la mirada hasta posarla en Constant. Durante un instante, nuestros ojos se encontraron, pero rápidamente ambos volvimos la vista hacia la tele.

—Capitán Riordan, ¿puedo hacerle la misma pregunta que le he hecho al capitán Quish? —preguntó Gus Bailey.

—¿Qué pregunta era? —dijo el capitán, y se acercó desde detrás para colocarse junto al jefe de policía Quish.

—¿La investigación de este asesinato se ha visto obstaculizada por gente rica y poderosa?

—Creo que el jefe Quish ya ha contestado a esta pregunta, señor Bailey —dijo el capitán Riordan.

Años después, en el pasillo del juzgado donde se celebraba el juicio, el capitán Riordan, ya retirado de la policía, me recordó aquella escena. Fue el mismo día que Kitt me ignoró en el pasillo y Constant se meó en mis pantalones en el lavabo de caballeros. Riordan, observando cómo la familia Bradley se dirigía en piña hacia el ascensor durante la pausa para comer, me dijo:

—Quizás fue el dinero de los Bradley. Quizás fue su posición. Pero creo que yo, inconscientemente, estaba intimidado por ellos. Siempre pensé que tú sabías más de lo que decías. No sospechaba de ti. No creía que fueras culpable, aunque pensaba que podías estar protegiendo a Constant Bradley. Pero tampoco quería creer que nadie de aquella familia lo fuera. Date cuenta de todo lo bueno que han hecho por los pobres de esta ciudad. Yo crecí en Bog Meadow. Crecí escuchando historias sobre los Bradley. ¿Te acuerdas de Ben Potts, el detective que iba conmigo, el chico negro? Esa noche, cuando nos fuimos de la casa, me dijo: «Escucha, ese tipo, Desmond, salvó la vida de mi hermano. Le operó vestido de esmoquin. Sostuvo el corazón de mi hermano en la palma de la mano y le extrajo la bala. De no ser por él, mi hermano estaría muerto». Y el congresista Sandro, que ahora es senador. Le voté entonces y le sigo votando. Y el lisiado, ¿cómo se llamaba?

—Jerry. Gerald Junior.

—Jerry. Casi me convenció de que el culpable había sido un vagabundo que se había desviado de la autopista 95. Y también estaba allí el padre Murphy. Era un hombre honesto. No sabía que era un viejo amigo de la familia hasta que lo vi cenando en la mesa.

—Pero es que no lo era. Aquella fue la primera vez que vino a casa. Era un extra en el decorado, pero él no lo sabía.

—Eso lo descubrí después. Lo que llevaron a cabo fue una verdadera actuación, en la que todos participaban y representaban un papel. A lo largo de mi carrera como policía nunca he tenido un sospechoso tan dispuesto a que le tomaran las huellas dactilares como Constant Bradley o que mostrara tanto interés en colaborar en lo que fuera. Por el contrario, Billy Wadsworth, el otro sospechoso, mantuvo una actitud arrogante y difícil. Igual que su padre. Su padre me dijo que Constant había golpeado a la hija de los Somerset el verano anterior, en Watch Hill, pero ella lo negó, y lo

mismo hizo su familia.

El programa terminó y alguien apagó la televisión. Que Constant hubiera estado cerca de aquel drama, que hubiera sido la última persona que había bailado con la desafortunada Winifred Utley la noche de su muerte, que le hubiera interrogado la policía, le hubieran tomado las huellas dactilares y liberado después, aumentó su imagen glamurosa en Milford. Para sus compañeros, aquello era más importante que la visita del Papa a su casa. Para ellos, Winifred Utley había adquirido esa especie de halo mítico de las estrellas de cine que morían trágicamente y demasiado jóvenes, y Constant formaba parte de aquella leyenda.

—¿Cómo era? —le preguntaban los chicos, una y otra vez—. Cuéntanos cosas sobre Winifred.

Él nunca se oponía a aquellas preguntas. Nunca parecía que le molestase hablar de ella.

—Apenas la conocía —respondía—. La vi solo una vez antes de la noche que bailamos juntos. Vino por el bosque hasta nuestra propiedad, el día de Pascua. Nosotros estábamos jugando a *softball* y a ella la habían enviado desde casa de Billy Wadsworth para decirnos que estábamos haciendo demasiado ruido y no les dejábamos buscar sus huevos de Pascua en paz. Preguntadle a Harry. Estaba allí. Era una chica muy mona, ¿verdad, Harry? Muy fresca. Encantadora. Y una bailarina maravillosa.

Pero a mí los chicos no me preguntaban nada. El que yo también estuviera allí, que hubiera conocido a Winifred Utley, les importaba muy poco, por mucho que Constant tratara de incluirme. A ojos de los chicos de Milford yo nunca había valido demasiado, a pesar de que iba a ser el alumno con mejores notas de la promoción.

Transcurrieron las semanas. No pasó nada. La historia dejó de aparecer en los diarios y en las noticias de la tele. Solo Gus Bailey, incansable, seguía interesado en ella. La gente hablaba de otras cosas. A mí me torturaba lo que sabía, pero a Constant parecía no importarle en absoluto el recuerdo de Winifred Utley.

—¿No te obsesiona lo de Winifred? —le pregunté una vez.

Apartó la vista de mí. Miró a derecha y a izquierda, como si buscara una respuesta, pero solo dijo:

—No le dedico ni un solo pensamiento. Pasó, y punto. Fue culpa suya. No podemos hacer nada. Tenemos que seguir con nuestras vidas. ¿Por qué sigues amargándote con ello, Harry, por el amor de Dios?

Pronunció esta última frase con irritación. Después se marchó. No me quería ver más. Al llegar a la puerta de su dormitorio, se volvió:

—Además, un asesinato ya no supone tanto problema como antes.

Tuvimos noticias de Yale. Nos habían admitido. Constant estaba exultante. Corrió hasta el teléfono que había en el pasillo y llamó a su padre. La conversación fue ruidosa y alegre, salpicada de exclamaciones de felicidad al estilo Bradley. Yo no experimenté la euforia que esperaba sentir al recibir una noticia tan buena como aquella. Comenzamos a prepararnos para la ceremonia de graduación. Constant, siempre tan popular, iba a ser el portavoz de la clase. Yo tenía que escribir su discurso. Y lo hice.

La familia Bradley al completo llegó en dos limusinas. La tía Gerd y yo observamos cómo los coches avanzaban despacio, colina abajo, hacia Hayes Hall. Charlie conducía el primero, donde iban Gerald y Grace, el congresista Sandro, el doctor Desmond y Jerry. El hermano de Charlie, Conor, al que recurrían en ocasiones especiales, cuando toda la familia iba junta a algún sitio, conducía el segundo vehículo, con Maureen y su prometido, Freddy Tierney, Mary Pat y Kitt. Kitt estaba adorable, incluso con el aparato en los dientes.

Grace llevaba una sombrilla que combinaba con el estampado de seda de su vestido parisino. «Es la última moda», le dijo a la señora Shugrue, la esposa del director, que le había señalado su utilidad en un día tan soleado. «Todas las damas las han llevado este año en las carreras de Longchamp». Cuando me vio, Grace me besó en ambas mejillas.

—Hola, Harrison, querido. ¡Pero bueno! Qué elegante estás con tus pantalones blancos y tu americana. Gerald, ¿has visto a Harrison?

Gerald me saludó de un modo muy jovial, con una simpatía mucho mayor de lo habitual. Le presenté a la tía Gert. Ella, vestida con remilgo, reaccionó a la presentación con remilgo. No era fan de los Bradley; creía que, de algún modo, me habían deslumbrado con sus vidas excesivas. Gerald, sin embargo, la saludó cálidamente, la llamó Gert y le presentó, uno a uno, a todos sus hijos.

—Esta es la tía de Harry, que tanto bien hace en favor de los padres misioneros —dijo—. Todos sentimos mucho afecto por tu sobrino, Gert. —Al final del día, incluso la tía Gert cedió ante los encantos de los Bradley.

La familia se movía como la realeza entre la multitud de padres, estudiantes y maestros, sonriente y amable, saludando con la mano a los conocidos, besando las mejillas de algunos, conversando, presentando a unos y otros. En Milford caminaban de un modo diferente que en Scarborough Hill, tan seguros de sí mismos en aquel entorno, al que habían donado la capilla, el carillón y la nueva biblioteca. Parecía como si estuvieran en Ascot, saludando a sus súbditos desde sus carrozas tiradas por caballos. El congresista Sandro, el doctor Desmond y Jerry habían precedido a su hermano en Milford, y su regreso para la ceremonia les permitió saludar afectuosamente a sus maestros favoritos. Todos los profesores se dirigían a Sandro como «congresista». Era el único alumno de Milford con un puesto en Washington y,

una y otra vez, a lo largo del día, hablaron de su futuro como senador y, después, «si Dios quiere», como siempre apostillaban, quizá en el despacho oval.

—Este es mi prometido —repetía Maureen, una y otra vez, a todo el que saludaba, presentándoles a Freddy Tierney, que no había estudiado en Milford. Ese mismo día, Kitt, la cotorra de la familia, me contó las duras palabras que habían intercambiado Maureen y su padre tras la muerte de Winifred Utley. Maureen decía que su inminente boda se iba a estropear por culpa de toda aquella atención negativa hacia su hermano. Le dijo a su padre que Freddy no quería que Constant fuera uno de los testigos del novio. Gerald no toleraba ninguna crítica hacia sus hijos, y menos por parte del prometido de su hija, que todavía no era miembro de la familia. Según Kitt, el tono de su padre había sido gélido:

—Constant va a ser testigo del novio en tu boda, le guste o no a Freddy Tierney, y tú y tus hermanas vais a bailar con él para que todos lo veamos, y tú y Freddy vais a sentaros en primera fila el día de su graduación en Milford y vais a vitorearlo. Si no, no hay boda. ¿Queda claro?

El largo recorrido, colina arriba, entre Hayes Hall y la capilla, donde una misa iba a dar comienzo a la ceremonia de graduación, estaba flanqueado por el resto de estudiantes y las familias, y la clase que se graduaba, con togas y birretes, y el claustro pasaban entre ellos. Después de la misa, la ceremonia continuó en el gimnasio, donde los Bradley tenían reservada toda la primera fila de asientos destinados a los padres y amigos de los graduados.

El doctor Shugrue había reconsiderado su opinión poco favorable sobre Constant desde el episodio de las fotos pornográficas. Cuando lo presentó antes de su discurso, dijo:

—Constant Bradley representa todo lo que la gente tiene en mente cuando piensa en un hijo. En Milford ha sido un estudiante sobresaliente, vicepresidente del cuerpo estudiantil, presidente de la casa de Hayes Hall y capitán de los equipos de tenis y *lacrosse*. Oh, y en caso de que penséis que es demasiado perfecto, sabed que también ha cometido algún que otro lapsus de naturaleza disciplinaria... —En este punto el alumnado estalló en carcajadas, recordando la tentativa de expulsión el año anterior. El doctor Shugrue, de buen humor, levantó la mano para sofocar las risas y continuó —: Pero debemos culpar de ello a una sobreabundancia de vitalidad juvenil. Si en Milford hubiera algo parecido a una votación para elegir al estudiante con más probabilidades de triunfar, no hay duda que Constant Bradley ganaría por goleada.

Cuando dijeron nuestros nombres y subimos a recoger los diplomas, nadie recibió más aplausos que Constant Bradley. Su familia los acompañó con vítores y gritos y zapatazos en el suelo por parte de sus hermanos, y Constant agradeció la ovación con una sonrisa encantadora y saludando con la mano. Me di cuenta de que, a pesar de lo ocurrido, la vida continuaría prácticamente sin cambios para Constant y su familia. Su madre y hermanas, que ignoraban los hechos, seguirían adorándole de forma incondicional. Su padre y sus hermanos, que sí los conocían, los pasarían por alto,

como si no hubiera sido nada más que una travesura de juventud que se le había ido de las manos y cuyo recuerdo, con el tiempo, se iría diluyendo en su subsiguiente madurez y éxito. Creían en él. Era su última esperanza.

Cuando recibí mi diploma, el aplauso fue cortés, nada más, pese a los sobresalientes que había sacado, hasta que una voz en la primera fila, la de Kitt, gritó «¡Hurra, Harrison!», y su entusiasmo provocó las risas de la multitud y un incremento de la intensidad del aplauso. Hoy me pregunto, mirando atrás, recordando, si podría haber sabido entonces que un día nos encontraríamos en otro lugar, casados con otras personas, y nos enamorábamos. En ese momento, en Milford, todo lo que yo había presenciado hacía tan poco tiempo en el bosque que separaba las propiedades de los Bradley y los Somerset, parecía solo una pesadilla de la que acabase de despertar.

Después se sirvió una comida bajo la carpa de rayas amarillas y blancas que habían instalado frente a la biblioteca Bradley, que aún estaba en construcción. Gerald dejó a un lado su plato de ensalada de langosta, se bebió de un trago su té helado y me preguntó si lo acompañaba a visitar el nuevo edificio.

—Ten cuidado con este andamio —dijo—. Fíjate, las ventanas que hay a ambos lados de la puerta principal fueron idea de Maureen. Le dijo al arquitecto que darían más luz a la entrada. Naturalmente, tenía razón. Incluso el arquitecto está de acuerdo ahora. Maureen es una chica lista.

No contesté, solamente asentí. Sabía que estaba dándome conversación antes de abordar el tema en cuestión.

—Estás muy callado.

—Siempre he sido callado, señor Bradley. Simplemente, me he vuelto más callado.

—¿Por qué?

—Porque soy cómplice de un encubrimiento. Por las palabras de la señora Utley que el jefe de policía Quish leyó en su nombre cuando Gus Bailey le preguntó en la tele. Dijo: «Hay alguien que sabe algo». Yo soy ese alguien.

—¿Quién es ese reportero, Gus Bailey? Insiste en mantener viva una historia que ya ha agotado su curso natural. Ha insinuado cosas sobre nosotros, sin nombrarnos, porque sabe que, si lo hace, lo demandaré. Hace que parezca que estamos obstaculizando la investigación. Pero va a dejar de hacerlo. No tengo la más mínima duda. Fuselli lo está investigando. De dónde viene. A qué se dedica. Todo el mundo tiene algo que ocultar.

—Winifred Utley, no. Ella no tiene nada que ocultar —dije.

—¿Has estado alguna vez en Europa, Harrison? —preguntó Gerald, cambiando de tercio. No quería discutir mi comentario.

—No.

—¿Nunca has estado en Londres o en París?

—No.

—Un viaje como ese debería ser parte del proceso educativo de todo joven. Una

gran experiencia de aprendizaje. ¿No crees?

—Supongo.

Buscó algo en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó dos sobres.

—Sims Lord ha redactado el contrato del que te hablé hace unos meses. En el futuro, cualquier tema relacionado con tu educación tendrá que tratarse directamente con él. Los billetes a Europa son un pequeño regalo de graduación de Grace y mío. Has sido un amigo maravilloso, de nuestro hijo y de nuestra familia. Sabes que siempre serás parte de nosotros.

—¿Me está enviando fuera del país?

—Te estoy enviando al viaje de tu vida.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que empiece la universidad. Septiembre.

—¿Vendrá también Constant?

—No.

—Supongo que eso a usted le conviene —dijo.

Hizo una pausa antes de hablar.

—Eres un chico curioso, Harrison —dijo—. ¿Por qué demonios mandarte de viaje a Europa, con todos los gastos pagados, a la experiencia de tu vida, iba a ser conveniente para mí? Explícamelo.

—Porque así solamente tendrá que preocuparse de una cosa: de Constant, en vez de Constant y de mí. Yo soy el comodín, ¿verdad?

—¿El comodín?

—Imagino que tenerme cerca les pone un poco nerviosos.

Esperaba que reaccionara con ira, pero ese día Gerald tenía su mal genio bajo control. No había en él ni un atisbo de enfado.

—Es terrible que una sospecha como esta haya caído sobre Constant. Terrible. El chico es inocente. Su propia madre lo vio en la cama cuando ocurrió el suceso.

—No, no lo vio —dijo.

Me ignoró.

—Se están contando historias espantosas sobre Constant. Buzzy Thrall, Piggy French, Eve Soby... Todo el grupo del club. Dicen que golpeó a Weegie Somerset el verano pasado, en Watch Hill. Una mentira. Una mentira terrible. Cruel. Tú lo sabes. Tú estabas allí. —Seguía con su diatriba, sin dejarme margen para mostrar si estaba de acuerdo o no con lo que decía—. Constant es un buen chico. Todos los sabemos. Descuidado a veces, sí. Malo, nunca.

—Descuidado —repetí, asintiendo—. Qué curioso que utilice esa palabra.

Pareció confundido.

—Eso es lo que es Constant. Bueno pero descuidado.

—¿Ha oído hablar de Gatsby, señor Bradley?

—¿Quién?

—Su amigo Nick dijo sobre los Buchanan, aunque podía haber estado

refiriéndose a los Bradley: «Eran gente descuidada... Destrozaban cosas y criaturas y después se refugiaban en su dinero o en su vasta negligencia o en lo que fuera que los mantenía unidos y dejaban que otra gente limpiara el desorden que habían causado». Yo me siento atrapado por el descuido de Constant.

Gerald pareció disgustado.

—A mí me parece que esta familia está haciendo mucho por ti. —Con un amplio gesto me señaló los contratos para mi educación y los billetes de avión para el verano en el extranjero.

—A mí me parece que estoy haciendo mucho por esta familia —repliqué. Nunca me había sentido tan valiente en presencia de Gerald Bradley—. No me parece que usted se haya quedado con el palito más corto en este trato, señor Bradley.

Él me ignoró.

—Yo mismo he ido a visitar al señor y la señora Utley. Están, naturalmente, desconsolados por su pérdida. Yo sé lo que es. Recuerdo demasiado bien la noche del accidente de Jerry, cuando no sabíamos si iba a vivir o a morir. Creo que están convencidos de que Constant no volvió a ver a Winifred esa noche, después de abandonar el club.

—Yo no equiparo las dos cosas —dije.

—¿Qué cosas?

—El accidente de Jerry y la muerte de Winifred.

—Sí, claro, en principio tienes razón. Ella murió, él no. Pero ambos casos son una tragedia.

—Es más que eso. Una niña inocente fue golpeada en la cabeza con un bate de béisbol hasta la muerte. Jerry tenía la polla en la boca de una chica mientras conducía a ciento treinta kilómetros por hora con media docena de cervezas en el cuerpo y chocó contra un árbol.

Creo que si yo hubiera sido uno de sus hijos, me hubiera pegado. Su mirada daba miedo.

—¿Dónde has oído una historia tan ruin como esa?

—No de labios de Constant. Él acata las reglas de la familia. Por ahí no tiene de que preocuparse.

—¿Quién te lo ha contado, entonces? —insistió.

Negué con la cabeza. El nombre de Sally Steers no iba a salir de mis labios.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—¿Qué?

—¿La policía ha interrogado a Weegie Somerset?

—Sí. Y ha negado que Constant la golpeará. Declaró que tuvieron una discusión y que eso fue todo. Que no hubo nada físico. Pude decírselo al señor y la señora Utley.

Entonces, desde fuera, llegó la voz de Kitt.

—¿Harrison? ¿Estás ahí, Harrison?

—Ahora mismo salgo, Kitt —respondí.

—Aléjate de Kitt —me dijo el señor Bradley, señalándome con el dedo—. No sabe nada.

—¿Y quién sí? —pregunté—. Me vendría bien saberlo. ¿Lo sabe la señora Bradley?

—¡Por Dios, no!

—¿Maureen?

—No.

—¿Quién lo sabe?

—Jerry. Sandro. Desmond. Yo mismo. Nadie más.

—¿Johnny Fuselli no lo sabe?

—Sí, Johnny Fuselli también. No hablará. Trabaja para mí. Confío totalmente en él.

—¿Y Sims Lord?

—Sí. Sims también lo sabe. Es mi abogado.

—Es mucha gente para mantener un secreto, señor Bradley.

—Eso es problema mío, no tuyo.

No vimos el resto de la biblioteca Bradley. Había sido una mera excusa para estar solos. Nos levantamos para volver a la carpa.

—Voy a parar un minuto aquí —dijo, señalando los lavabos de caballeros—. Shugrue me ha dicho que los urinarios funcionan.

Se plantó frente a uno de los urinarios mientras yo esperaba. Para no despedirse de malos modos, me dijo, en tono de confianza:

—Me hago viejo, Harry. Cuando era joven y me sentaba en el baño, mi polla tocaba el agua. Ahora son las pelotas las que lo hacen.

Pretendía ser una broma para suavizar las posibles asperezas entre nosotros. Se suponía que yo debía reírme. Antes de Pascua me hubiera reído. Ese día, no lo hice.

—A veces pareces un cura sin sotana, Harry —me dijo.

Yo tenía cosas que decirle.

—El alcohol no levanta el ánimo a su hijo, señor Bradley. Saca su parte oscura. Debería saberlo.

—Estás exagerando. Emborracharse es algo que hacen todos los jóvenes cuando tienen diecisiete o dieciocho o diecinueve años —dijo Gerald.

—Constant, no. No hay entusiasmo en la forma de beber de Constant. No hay intención de desinhibirse para echar una cana al aire. No hay diversión. Va directamente a su parte oscura.

—Oh, por favor —dijo Gerald, impaciente.

—Una de sus examantes fue la primera que me lo advirtió. Yo también le dije «Oh, por favor», o al menos fue lo que me dije a mí mismo. Pero tenía razón.

—¿Qué parte oscura?

—Mató a una mujer cuando estaba borracho, señor Bradley. ¿Hay algo más

oscuro que eso? Lo que pasó puede volver a pasar.

—Nunca. Fue un accidente.

—Esa es la política del partido, lo sé. «Fue un accidente». Pero no lo use conmigo. Yo estaba allí, acuérdesese. Lo vi. Y escuche lo que le digo sobre Constant: puede volver a pasar.

—Creía que eras su amigo.

—Lo soy. O lo era. Por eso se lo estoy diciendo.

Se subió la cremallera y salió del urinario. Se sacudió un poco de serrín del codo de su traje de lino azul y se dirigió a la puerta principal de la biblioteca. Al llegar allí se detuvo y se volvió hacia donde yo estaba. Buscó en su bolsillo y sacó los dos sobres. En uno estaban los billetes de avión. En el otro, el contrato de Sims Lord. Dejó los dos sobres sobre un tablón que estaba colocado encima de dos escaleras de pie y salió a reunirse con su familia. No me pidió que fuera con él. Yo no quería. Sentí que me había convertido en otra versión de la chica de la silla de ruedas, quienquiera que fuese, estuviera donde estuviese, la que iba en el coche con Jerry. Su silencio a cambio de mucho dinero. Mi alma estaba perdida, pero mi futuro, comprado y pagado.

El día que partía para Europa, en clase preferente, Sims Lord me informó de que el chófer de los Bradley, Charlie, me llevaría al aeropuerto JFK y me acompañaría al salón del Admirals Club para que esperara allí hasta que saliera mi vuelo. Me pareció una molestia innecesaria que Charlie viniera desde Scarborough Hill hasta Ansonia, pero Sims dijo que Gerald había insistido. Para compensar la desaprobación de tía Gert, avergonzada porque una lujosa limusina aparcara delante de su casa, lo que para ella no era sino otro ejemplo más de la forma que tenían los Bradley de encandilarme, me ofrecí a sentarme en el asiento delantero, junto a Charlie, como si fuera un amigo del chófer, pero él no quiso de ninguna de las maneras.

—Oh, no, Harrison. El señor B. no lo aprobaría —dijo—. Tú te sientas aquí, en el asiento de atrás; te abriré la puerta.

Durante el camino, hablamos. O más bien, habló Charlie, mirándome todo el rato por el espejo retrovisor. Como le sucedía a todo el mundo cercano a los Bradley, su conversación giraba en torno a lo que hacía la familia. La boda de Maureen era la gran noticia familiar. El traje de novia lo estaba confeccionando en París el señor Givenchy, que él pronunció «Jivinchy». La piscina se iba a cubrir para convertirse en pista de baile, y la carpa, que iba a ser casi tan larga como un campo de fútbol, estaba siendo decorada por Cora Mandell, la famosa interiorista, y revestida de *toile* francesa. Iba a haber diez damas de honor, y Mary Pat y Kitt serían las dos principales. El congresista Sandro, el doctor Desmond y Constant iban a ser testigos del novio. Jerry sería el padrino de Freddy Tierney, pero no iba a formar parte del cortejo que recorriera el pasillo «debido, ya sabes, a su cojera». Cardenal iba a officiar

la misa nupcial en la catedral y también iba a leer una bendición de Su Santidad el Papa de Roma.

Aceleramos rumbo al aeropuerto. Por un lado yo no quería escuchar nada más sobre la familia Bradley, de la cual me habían apartado, pero por otro quería saberlo todo sobre ellos. En mi fuero interno sabía que nunca más iba a volver a Scarborough Hill, que había sido más mi hogar que mi propio hogar. Quería estar lejos, muy lejos de allí, pero, al mismo tiempo, ya lo echaba de menos. Charlie continuó hablando. La gente de Washington iba a venir, dijo. El congresista Sandro se estaba convirtiendo en una figura popular allí e iba a traer consigo un gran contingente de la capital. El gobernador había aceptado la invitación y también su señora. Y el alcalde, con su esposa. La hermana del cardenal también venía, y muchos miembros del clero. Los Leverett Somerset iban a estar fuera de la ciudad, como los Thrall, los French, Eve Soby y el señor y la señora Utley.

—¿Cómo están los Utley? —preguté.

—No me sorprendería nada que, con el tiempo, acaben mudándose —respondió Charlie—. Cada vez que miran por la ventana de su casa se acuerdan de algo terrible. Debió de suceder mientras ella hacía todas esas llamadas a la señora Wadsworth y a la señora B. y a otras madres.

—Déjame que te pregunte algo, Charlie —dije.

—Dispare.

—¿Estabas en tu apartamento esa noche?

—Sí.

—Una de tus ventanas da a la pista de tenis, ¿verdad?

—Sí.

—¿Oíste o viste alguna cosa?

—No, no. Nada. No me despertó ni un terremoto. Eso es lo que le dije al capitán Riordan.

Nos quedamos un rato en silencio.

—La historia parece haber desaparecido de los diarios —dije.

—Una buena cosa.

—Ese periodista, Gus Bailey. Ya no se sabe nada de él.

—Era horrible lo que ese hombre contaba —dijo Charlie—. Insinuando todo tipo de mentiras.

—Me parece sorprendente que no le haya pasado nada —dije—. Que no le hayan roto las piernas. Que no le dieran una paliza. —Pensaba en Johnny Fuselli. Siempre imaginé que ese tipo de cosas, rótulas rotas y demás, entrarían en su ámbito de competencia.

—Hay muchas maneras de encargarse de la gente —dijo Charlie.

—¿Qué quieres decir?

—Ya no se sabe nada de Gus Bailey, ¿verdad?

—No, es verdad, ahora que lo pienso, ya no se sabe nada —dije—. ¿Estás

diciendo que...?

—Todo lo que digo es que si te ganas la vida de esa manera, en algún momento te va a pasar algo. ¿Por qué iba a aceptar la gente que una persona como esa les arruine la vida?

Me quedé mirándolo fijamente en el retrovisor.

—Cuando uno hace lo que estaba haciendo Gus Bailey, te arriesgas, y estoy seguro de que él estaba al tanto de esto —dijo Charlie.

—Pero es imposible que el señor Bradley participara en algo como eso, ¿no? —dije.

—¡Cielo santo! No. Imposible.

—¿Quién, entonces?

—Ahí fuera hay gente que está más que encantada de llevar a cabo tus deseos. Por un precio, claro. Gente a la que no llegas a conocer nunca. Gente que no sabes cómo se llama y que tampoco sabe cómo te llamas tú.

—¿Y quién organiza el trato?

—Negociadores; supongo que los llaman así.

—¿Como Johnny Fuselli? —pregunté.

Justo en ese momento el coche se detuvo frente al edificio de la compañía aérea y la atención del chófer se desvió. Al ver la limusina, varios mozos del aeropuerto se aglomeraron alrededor del coche.

—Ya hemos llegado —dijo Charlie—. Yo me encargo de tu equipaje, no te preocupes. Y de la propina. Así es como lo quiere el señor B. Tú ve yendo al mostrador, te veo allí en cuanto haya aparcado el coche. Ten preparados tu pasaporte y tus billetes. Después nos iremos al reservado a esperar tu vuelo. Tienes mucho tiempo.

—Bien.

—Oh, por cierto. Casi me olvido.

—¿De qué?

—El señor Constant me ha pedido que le diga adiós de su parte.

Le di la espalda a Charlie y me encaminé hacia el interior del edificio. Una hora después estaba en el avión destino a Londres. No volví a ver a Constant Bradley en dieciséis años. Para entonces su familia se había mudado de Scarborough Hill.

SEGUNDA PARTE

1989

Nueva York

Fue la casualidad, nada más, lo que puso al extremadamente reservado Harrison Burns bajo el foco de la atención pública. Aunque conocido y reputado, evitaba por decisión propia la publicidad y raramente se le veía en el tipo de entorno social que correspondía a su fama. En el transcurso de su vida adulta, Harrison Burns se había acostumbrado a la soledad. Desde que se había distanciado de su mujer vivía solo, y a menudo cenaba sin compañía en un restaurante del barrio, el Borsalino's, normalmente en una mesa de la esquina y siempre con una revista o un libro. «No está particularmente de moda», le había dicho alguien sobre el restaurante. «Lo frecuentan artistas y gente del mundo literario. Pero la comida es sublime. Del norte de Italia. Sin florituras».

Su aspecto no era el mejor cuando estaba tranquilo. El entrecejo, fruncido y profundo, le daba la apariencia de ser mayor de lo que era, y un ligero mohín contrariado en los labios provocaba la sensación de que, cuando estaba solo, lo incordiaban pensamientos desagradables. A menudo, esta sensación era la causa de que la gente no se le acercara. Sin embargo, cuando conversaba o se encontraba con un amigo, su rostro volvía a la vida, reajustándose y convirtiéndose en atractivo. Aunque no era guapo, su aspecto se tornaba entonces lo suficientemente agradable, y era esta calidez inesperada lo que le hacía parecerlo. A menudo, la gente le decía: «Pensaba que te conocía de algo, pero me daba miedo acercarme a ti». O: «Eres diferente de como esperaba que fueras».

Por eso, Harrison Burns no se sorprendió cuando una mujer de mediana edad, bien vestida, que le había estado observando con mirada inquisitiva mientras comía, se le acercó de repente y le preguntó:

—¿Eres quien creo que eres?

Hubo un tiempo, al principio, cuando empezaba a ser conocido, en el que hubiera contestado: «¿Y quién crees que soy?». Pero ahora, diez años después, había aprendido a responder a esta pregunta dando simplemente su nombre. «Me llamo Harrison Burns», respondió en voz baja.

—Claro. Sabía que te había reconocido. Me estaba volviendo loca. He leído todos tus libros.

Él asintió con gesto afable. Que lo reconocieran no le resultaba desagradable,

pero a continuación llegaba el momento incómodo que Harrison sabía que siempre se producía cuando un desconocido se le acercaba. El silencio. Una cierta tensión. Cómo continuar o cómo retirarse. A veces había un libro para firmar. Eso le gustaba más que una conversación forzada. La ceremonia tenía una finalidad. «Dígame su nombre otra vez», diría, antes de escribir. «¿Catherine? ¿Lo escribe con C o con K?». Luego, una breve dedicatoria. Después, la firma, con una S de gran tamaño al final de Burns. Y entonces, fin. Gracias y adiós. Pero aquella mujer no se movía. Algo instintivo le hizo notar que su interés en él iba más allá de la literatura.

—No tendrías por qué reconocerme —dijo ella—. Han pasado muchos años.

Él la miró más detenidamente.

—La verdad, no —dijo, aunque se dio cuenta de que en aquel rostro había algo remotamente familiar. A veces, en sus conferencias, algunas mujeres se acercaban a hablar con él, le contaban cosas personales y se sentían decepcionadas cuando, dos años después, en una nueva visita a la ciudad, él no se acordaba ni de sus caras ni de dónde había quedado su conversación—. Ayúdeme —dijo.

—Soy Luanne Utley —dijo ella.

—¡Cielo santo, señora Utley! —Harrison se levantó con rapidez—. Por favor, perdóneme por no haberla reconocido. Ha sido algo inexcusable por mi parte.

—Bueno, nuestra relación fue breve y traumática, y ocurrió hace dieciséis años. Yo he tenido la ventaja de verte en televisión y ver tu foto en los diarios. Por favor, no te quedes de pie.

—¿Está usted sola? ¿Viene con el señor Utley?

—No. Ray falleció tres años después de la muerte de Winifred.

—No lo sabía. No me enteré. Lo siento muchísimo. Parece que eso es siempre todo lo que tengo que decirle: «Lo siento muchísimo».

Ella asintió.

—Me fui de Scarborough Hill. Demasiados recuerdos.

—Naturalmente. ¿Se ha vuelto a casar?

—No. Estuve saliendo con alguien durante un tiempo, hace unos años, pero la historia se terminó. No habría sido justo para él. En mi vida aún hay asuntos pendientes.

—Por favor, siéntese conmigo.

—Solo un minuto. Ya me iba. Le he pedido a mi amiga que me esperara fuera.

—¿Quiere un café?

—No, no, no quiero nada —dijo—. ¿Cómo están los Bradley? No dejo de leer sobre ellos. Son tantos, y siempre se escribe sobre uno u otro. Ahora, claro, están en todas partes, pero en aquella época en Scarborough Hill nunca fueron realmente aceptados.

—Supongo.

—La verdad es que fueron las estrellas de París cuando Gerald estuvo allí como embajador. Con Mary Pat casándose con un conde y todo eso. Fue la comidilla de

Scarborough Hill. Imagino que estabas en París en aquella época.

—No, no lo estaba. De hecho, no he visto a los Bradley desde hace años.

—¿De verdad? —Parecía sorprendida—. ¿Ni a Constant?

—No.

—Pero erais muy buenos amigos. Fuisteis a Yale juntos, ¿verdad?

—No, al final no fui a Yale. Después de graduarme en Milford pasé un año en Europa y, cuando regresé, me fui a Brown.

—Ya veo. ¿Estás casado?

—Sí, pero ahora estamos separados.

—Lo siento.

—Estamos tratando de resolverlo. Con terapia de pareja y esas cosas.

—¿Tenéis hijos?

—Gemelos. De dos años.

—Espero que lo solucionéis.

—Gracias.

—Te ha ido muy bien en la vida.

—He tenido suerte, supongo.

—Y eres siempre tan respetuoso con la ley... Esa fascinante sed de justicia tuya empapando todo lo que escribes. —Sus ojos se encontraron—. Si no fueses escritor seguro que trabajarías para la policía. Creo que por eso te lee tanta gente.

—Bueno, después de todo, a mis padres los asesinaron, ¿lo sabía?

—Cielo santo, no. Tenemos algo en común.

—Sí.

—¿Detuvieron al asesino?

—Asesinos. Fueron dos. Vagabundos. Drogadictos. Se ve que fue azaroso, buscaban dinero, los sorprendieron, les invadió el pánico, dispararon y los mataron.

—¿Fuiste al juicio?

—No. Ese fue el año que pasé en Europa. Por eso me quedé allí. No volví hasta que terminó.

Ella lo miró durante un momento, antes de hablar:

—No puedo imaginarme no asistir al juicio. Yo querría estar allí. Todos los días. Querría mirar al asesino a los ojos. Querría obligarle a mirarme a los ojos. —Había empezado a exaltarse. Entonces se contuvo y negó con la cabeza—. Bueno, como mínimo atraparon a los asesinos de tus padres. Eso es un final. Están en prisión, me imagino.

Harrison asintió.

—Veinte años.

Ella se levantó.

—Debo irme. Espero no haber estropeado tu cena con esta charla macabra.

—Oh, no. Me alegro mucho de haberla visto, señora Utley. A menudo he pensado en usted.

—Yo también. ¿Te acuerdas del capitán Riordan?

—Naturalmente.

—Seguimos en contacto. Es un buen hombre.

—Estoy seguro.

—Está a punto de jubilarse. Lo voy a echar de menos. Nunca perdió la esperanza de resolver el crimen. Yo tampoco.

—¿Usted tampoco?

—No. Hay alguien que sabe algo. Un día, ese alguien hablará.

—Pero han pasado años.

—Quienquiera que fuese tuvo que ayudarle a cargarla. No la arrastraron, ¿sabes? Cargaron con ella. Uno por la cabeza. Otro por los pies.

Harrison la miró fijamente, sin responder.

Ella buscó su mirada.

—Estaba en el informe de la policía —le dijo.

—Oh —dijo Harrison, sorprendido—. ¿Ha visto el informe policial?

—Sí. Es curioso. Hay partes del informe que están borradas. Nunca he podido entender quién tuvo el poder de hacer algo así.

Harrison no dijo nada.

—He ofrecido una recompensa, ¿lo sabías? —preguntó la señora Utley.

—No.

—Sí. Justo el mes pasado. Por información que pueda llevar a un arresto. Bastante dinero, la verdad. Cincuenta mil dólares. Me imagino que quienquiera que fuera el que lo ayudó era entonces un adolescente. Hoy esa persona rondará la treintena. Estará casado, probablemente. Tendrá hijos. Una casa. He pensado que quienquiera que sepa quién lo hizo podría necesitar cincuenta mil dólares. He pensado que ya habrá superado esa lealtad ciega que los adolescentes se profesan entre ellos.

Harrison tragó saliva.

—¿Ha aparecido alguien? —preguntó.

—No. Todavía no. El capitán Riordan siempre creyó que tú sabías algo que no estabas contando.

—¿Yo?

—Es decir, no sospechaba de ti, pero pensaba que estabas encubriendo a alguien.

—No, no estaba encubriendo a nadie, señora Utley. Estaba en la cama esa noche. La señora Bradley vino a mi habitación cuando usted la llamó y la señora Bradley no ha dicho una mentira en su vida.

—Bien. Siempre me gustaste, Harrison. Desde ese día que os llevé en coche. ¿Te acuerdas?

—Oh, sí, me acuerdo. En su Buick azul. Pero solo habló Constant. Me sorprende incluso que se acuerde de mí. Apenas abrí la boca.

—Eso es lo que me gustó de ti. Los chicos como Constant Bradley son demasiado

zalameros para mí. Y después viniste a mi casa, el día que sucedió todo, con el jamón y el guiso.

—Sí. De parte de los Bradley. Yo solo fui a llevarlo.

—Lo sé. Me gustaría darte mi tarjeta.

—Por supuesto.

—Tengo un apartamento entre Park Avenue y la Sesenta y dos. El número de teléfono está en la tarjeta.

—Gracias.

—Adiós, Harrison.

—Adiós, señora Utley.

Para entonces los Bradley ya habían asentado su fortuna. Cuando escribían sobre ellos en los periódicos los llamaba acaudalados en vez de ricos o a veces, «fabulosamente acaudalados». Nadie los llamaba ya nuevos ricos. Mantenían la casa de Scarborough Hill, aunque raramente la utilizaban, como si hubieran seguido el consejo que Sally Steers le diera a Gerald Bradley muchos años atrás, cuando era su amante. A cambio, desde su regreso de la embajada de París, tenían posesiones en Nueva York y California, así como una gran casa de verano en Long Island, con varias casas más pequeñas construidas en la misma propiedad para albergar a los miembros casados de la familia y sus hijos. Habían pasado a formar parte del reducido grupo de personas que seguían sus vidas en las crónicas de los periódicos y veían fotos de sus casas en la revista *Architectural Digest*. En términos de amistad se relacionaban con el tipo de gente sobre la cual se escribía en los medios —estrellas de cine, gente de la alta sociedad y políticos—, y sus propios nombres y fotografías aparecían a menudo en la prensa, donde se explicaba que habían asistido a este evento de moda o a este otro. Un analista de medios experto podía detectar en estas apariciones recurrentes el asesoramiento de un agente de relaciones públicas. Los habitantes de Scarborough Hill observaban de lejos. Seguían sin dejarse impresionar por Gerald Bradley y su prole, aunque Kitt, la hija pequeña, había debutado en sociedad allí. No lo había hecho en una gran fiesta privada en su casa como Weegie Somerset, cuatro años antes, sino junto a un grupo de debutantes en una puesta de largo conjunta en El Club de Campo. Al año siguiente le habían propuesto que se uniera a la Junior League, convirtiéndose así en la primera joven católica de Scarborough Hill en recibir esta distinción, y había sido dama de honor en más bodas de las que podía contar. Sin embargo, los Bradley todavía eran considerados forasteros.

En Scarborough Hill la tragedia de la señora Utley fue en gran medida olvidada. En las ocasiones en las que la historia salía a relucir, cosa que ocurría a veces, la gente ya había empezado a dudar: «¿Cómo se llamaba esa chica, la que asesinaron con un bate de béisbol?», decían. Los Utley eran unos recién llegados cuando sucedió

todo. No estaban arraigados en la comunidad y, después, se mudaron. La parte del suceso que todo el mundo recordaba era que el hijo de los Bradley, el guapo, Constant, había sido sospechoso durante un breve periodo de tiempo, pero que nunca fue acusado. Alguien incluso empezó a decir que se trataba de una calumnia, que fue sospechoso solamente porque los socios de El Club de Campo odiaban a su padre y habían hecho circular el rumor de que había forzado a Weegie Somerset un verano en Watch Hill, una historia que la propia Weegie había negado. Excepto por el hecho de que había copiado en un examen de ética, lo que hizo que lo expulsaran durante un trimestre, y por un altercado con un policía que le había dado el alto una vez por conducir a demasiada velocidad —«Usted no sabe con quién está hablando», le gritó supuestamente al policía—, el historial de Constant Bradley en Yale había sido admirable. Aun así, todo el mundo coincidía en que, cuando le llegara el momento de casarse, tendría que buscar esposa más allá de Scarborough Hill. Y así lo hizo.

Entretanto, se aficionó al polo. Tenía su propia reata de caballos. Jugaba en Palm Springs y en Palm Beach y en Colorado Springs, y una crónica de los encuentros señaló que en uno de los partidos se había escuchado al príncipe de Gales decir: «Bien jugado, Constant». Un grupo de mujeres que lo adoraban lo seguían a cada partido. Con el tiempo, dejó de jugar. Vendió sus caballos. Fue Jerry quien le hizo notar que su afición al polo le hacía parecer poco serio, más un *playboy* que el político que su padre quería que fuera. «A la gente que subsiste a base de vales de comida le será difícil identificarse con un candidato que viste pantalones de montar y tiene una reata de caballos», le dijo su hermano.

Se había producido otro «incidente», que era como los hombres de la familia habían empezado a llamar a los altercados de Constant. Este no había tenido repercusión mediática y solo lo conocían las personas involucradas y la familia. La joven, Maud Firth, una debutante de Chicago que, según creía firmemente la familia, mentía, dijo que Constant la había amenazado y que, cuando ella trató de salir de la habitación de hotel donde había ido con él, la había agarrado por la espalda y tirado al suelo. En el forcejeo, se golpeó la nuca y se hizo un corte en el cuero cabelludo que requirió diecisiete puntos. Constant aseguraba que estaba borracha, y era cierto, lo estaba.

—¿Qué demonios te pasa? Eres joven. Eres guapo. Eres rico. Todas las chicas están locas por ti. Puedes conseguir a la que quieras. ¿Por qué le tuviste que hacer daño? —le preguntó Jerry.

—No le hice daño. Se lo hizo ella —replicó Constant—. Tropezó y se cayó.

—Constant, soy yo, Jerry, tu hermano. Estoy de tu parte. No soy el detective Riordan de Scarborough Hill. Quiero saber por qué lo hiciste.

Constant miró a su hermano.

—No se me ponía dura —dijo sin rodeos.

—Hasta que te pusiste violento con ella, ¿es eso?

Constant apartó la mirada.

—Algo así.

Jerry le explicó la conversación a su padre, a Des y a Sandro.

—Bueno, como todos sabemos, no hay mayor cabreo que cuando no se te empalma —dijo Gerald. El entusiasmo de Gerald por su hijo favorito nunca flaqueaba. En Constant, Gerald veía las aspiraciones de prominencia nacional, incluso de ocupar un lugar en la historia del país, que se le habían negado a él mismo debido a su impopularidad y a la magnitud de su fortuna, que los envidiosos siempre creerían que había conseguido de forma ilícita.

—Pa, no te estás tomando este problema lo suficientemente en serio —dijo Jerry.

—Yo admiro a un hombre con un sano apetito por los coños —dijo Gerald.

—No estoy seguro de que su apetito sea del todo sano, Pa. Quizás estamos hablando de un psicópata —dijo Jerry.

—Constant no es un psicópata —replicó Gerald con firmeza—. Déjame hablar con él.

Se encontraron en el restaurante del hotel Four Seasons, en Nueva York. Gerald encendió un puro ante el visible enojo del grupo que ocupaba el reservado de su izquierda, editores, y el grupo del reservado de su derecha, un ex secretario de estado y un exsenador.

—No les gusta que estés fumando un puro, Pa —dijo Constant.

—Que se jodan —respondió Gerald, dando una calada, inhalando y exhalando el humo—. Ya no están en el gobierno. Bien, cuéntame exactamente lo que pasó.

—No cometí ningún crimen, Pa. Ellos saben quiénes somos. Saben que hay dinero —dijo Constant como explicación del incidente.

—Dudo mucho de que los Firth, de Lake Forest, vayan detrás de tu dinero —dijo Jerry—. Sabes quién es su padre, ¿verdad, Pa?

—Diecisiete puntos son muchos puntos, Constant —dijo Gerald, ignorando a Jerry—. ¿Ibas borracho?

—No, Pa, había tomado algunas copas, pero no estaba borracho. Ella sí estaba como una cuba. Tropezó. Eso fue lo que sucedió.

—Este chico tiene un problema con la bebida, Pa —dijo Jerry.

—No, no lo tiene —negó Gerald enfáticamente.

—Necesita ayuda —insistió Jerry.

—Ningún hijo mío va a ir a una de esas reuniones públicas en una iglesia para levantar la mano y decir que es un alcohólico. ¿Me escuchas? Eso no va a pasar.

—Pa, no tendría que ir a ninguna reunión pública ni levantar la mano. Hay un sitio en Minnesota y otro en Palm Springs que obran milagros. ¿Te acuerdas de lo que bebía Pierce O'Donnell? Vomitó en la carpa de la boda de Maureen, ¿te acuerdas? Bueno, pues ha dejado de beber. Del todo.

Gerald, molesto, dio otra calada a su puro.

—Si hay una cosa que me molesta de verdad es esa gente, más santa que nadie, que siempre están yendo a sus estúpidas reuniones para sus confesiones públicas —dijo.

—Pierce no probó una gota de alcohol ni siquiera cuando Alice se fugó con Andy Mahoney y lo dejó con los niños —continuó Jerry.

—Escuchadme todos —dijo Gerald, imponiendo la ley de los Bradley—. Lo que va a pasar es que vas a dejar de beber durante un mes, Constant. Por completo. Imagínate que es Cuaresma. Eso implica tanto cerveza como copas. Y vino, incluso en las comidas. Y vas a empezar ahora mismo. ¡Camarero! Llévese este vaso. Puedes hacerlo, ¿verdad?

—Sí, Pa.

Durante varios minutos comieron su pez espada a la plancha en silencio.

—¿Con quién dices que se largó Alice O'Donnell, Jerry? —preguntó Gerald.

Un hombre mayor, de aspecto distinguido, antiguo senador y ministro, pasó junto a la mesa al salir del restaurante y disipó el humo del puro que le iba a la cara con un gesto de la mano.

—Hola, Abe —dijo Gerald elevando el tono—. Saluda a mis hijos, Constant y Jerry.

Al día siguiente se llamó a Johnny Fuselli. A Maud Firth se le pagó un dinero. Los registros policiales desaparecieron. Constant fue castigado: no iría a Aspen por Navidades. El incidente se olvidó.

—Tenemos que pensar en casarlo. Entonces sentará cabeza —dijo Gerald—. Pero tiene que ser con la persona adecuada. Tipo Weegie Somerset pero en católica.

Se puso en marcha la búsqueda de una esposa para Constant, alguien que encajara en el sueño de Gerald.

La noche que Harrison Burns cenó en Borsalino's iba a ser una noche tranquila, una cena temprana y a solas en la misma mesa que Arrigo le daba siempre, en la parte posterior del local, donde nadie lo molestaría. Le gustaba terminar de cenar y marcharse antes de que llegara el gentío que llenaba el local hasta los topes cada noche. Después, su intención había sido volver a su apartamento en la avenida Lexington y escribir un artículo sobre una mujer que estaba encerrada en una institución psiquiátrica en Maine por haber asesinado al amante de su padre, y que guardaba un secreto que él esperaba descubrir. Los secretos destinados a llevarse a la tumba se habían convertido en una especie de obsesión en su escritura.

Pero el encuentro con Luanne Utley lo había descompuesto. Brevemente, dejó que su pensamiento vagara por una zona de su mente que había clausurado dieciséis años antes, en un avión Boeing 747 con destino a Londres. Volvió a escuchar

fragmentos de conversaciones. «Alguien sabe algo», había dicho Luanne Utley. «Yo soy ese alguien», le había dicho él a Gerald Bradley. Y el día antes de que Harrison partiera para Europa, Gerald le había dicho por teléfono:

—Estas cosas no duran demasiado, ¿sabes?, este interés de los medios de comunicación por una sola noticia. Sucederá otra cosa. Acuérdate de mis palabras. Un accidente de avión con alguien famoso dentro. O un caso de corrupción que involucre a algún miembro de la alta sociedad. O un escándalo financiero. O el suicidio de una estrella de cine. Y entonces el foco se alejará de esta historia. De nosotros. Cambiará de lugar. Para cuando vuelvas, la gente nos habrá olvidado.

—Sí, señor —repitió él, con ganas de colgar, arrepintiéndose ya del trato que había hecho.

Pero Gerald no era alguien a quien le gustase que le colgaran el teléfono. Aún no había terminado su clase magistral.

—La actitud tiene mucho que ver con esto, Harrison. Constant lo entiende. No parece culpable. No se comporta como si fuera culpable. La gente que pueda haber sospechado de él finalmente dice: «No, no puede ser culpable. No podría haber hecho una cosa así. Es una calumnia». Aprende esta lección, Harrison.

Ese verano viajó desde Londres a París, Roma y Madrid. Fue, como Gerald Bradley le había asegurado más de una vez, un viaje soñado para un joven. Cada día cumplía de forma rigurosa con sus visitas a museos, iglesias y demás maravillas arquitectónicas. Por la noche asistía a obras de teatro, a la ópera y a conciertos. Casi siempre estaba solo. El viaje carecía de la euforia que una aventura como esa debería de haberle inspirado. Ni una sola vez se sintió invadido por la felicidad que da el sentirse afortunado.

Un día recibió una carta de Grace, la pobre Grace, a la que nunca se le explicaba nada y que no sabía que había sido despedido sin contemplaciones del círculo familiar. Le envió la carta a Ansonia, y su tía Gert se la reenvió al hotel en el que estaba alojado en Florencia.

«Mi querido Harrison», decía:

Todos te echamos mucho de menos. No pudimos entender que te marcharas como lo hiciste, sin despedirte de nadie, ni siquiera de Constant. Todos te apreciamos mucho y te consideramos casi un miembro de la familia. Kitt habla a menudo de ti. Dice que un día serás famoso. Fue la dama de honor más popular de la boda de Maureen. Todos querían bailar con ella. Mary Pat cogió el ramo. ¡Qué orgullosa me sentí de mis niñas! No te imaginas lo preciosa que quedó la carpa, forrada entera de toile francesa. Cardenal leyó la bendición papal. Ni un solo invitado pudo contener las lágrimas.

Sabía que nunca respondería a aquella carta. Había hecho un trato. La noche anterior había llovido y la mañana en Florencia era oscura y fría. La chimenea estaba encendida. Se levantó de la mesa del desayuno y arrojó la carta de Grace al fuego. Ella no volvió a escribirle.

Un día, en la Galería de los Uffizi, se encontró con el señor Fanning, el profesor de francés de Milford, que estaba pasando el verano en el extranjero. Aunque en el colegio no habían mantenido una relación estrecha, se saludaron afectuosamente y cenaron juntos una noche, en el hotel de Harrison.

—Tu hotel está bastante bien —comentó el señor Fanning, echando una ojeada al comedor. Una vieja condesa cenaba con sus nietos adolescentes en una de las mesas, dando al ambiente un inconfundible aire de placidez y bienestar—. Parece que te va bien. Entiendo que tus padres te dejaron lo suficiente como para disfrutar de este tipo de vacaciones.

Harrison enrojeció, pero no contestó. Confió en que el señor Fanning interpretara sus mejillas enrojecidas como un signo del pudor que le causaba haber heredado una fortuna de unos padres asesinados, y no la vergüenza de estar viviendo del dinero de un soborno.

—¿Qué sabes de Constant? —preguntó el señor Fanning.

—Acabo de recibir una carta de la señora Bradley —respondió Harrison, y empezó a ponerle al día sobre la boda de Maureen, evitando dar la impresión de que su amistad con los Bradley estaba acabada.

—Sí, estuve allí —dijo el señor Fanning—. Cuando el cardenal dijo «Os declaro marido y mujer» sus hermanos lanzaron vítores y gritos y patearon el suelo. Nunca había visto una cosa así en una iglesia. Parecía una convención política más que una misa.

—Es el estilo de la familia. Hacen esas cosas —dijo Harrison.

Estando en Roma, un día que llovía a cántaros, el taxi de Harrison se detuvo por error frente al Gran Hotel. Fuera, plantados en mitad de la calle y haciendo señas desesperadas para parar un taxi, estaban los recién casados, Maureen y Freddy Tierney. Maureen sostenía un paraguas e iba vestida de negro de arriba abajo, con el pelo cubierto por una mantilla de encaje. Era evidente que se dirigían al Vaticano para asistir a una audiencia con el Papa. Durante un instante, antes de decirle al chófer que había querido decir el hotel Hassler, no el Gran Hotel, y que el taxi siguiera adelante, los ojos de Harrison coincidieron con los de Freddy.

—Juraría que acabo de ver a ese amigo de Constant que nunca dice una palabra —dijo Freddy—. ¿Cómo se llama?

—Harrison, Harrison Burns. Un lameculos desagradecido. Ma me ha dicho que ni nos ha enviado un regalo de boda, después de todo lo que mi familia ha hecho por él —contestó Maureen—. Vamos a llegar tarde, Freddy. Te dije que alquilaras un coche con chófer. «Oh, no, siempre hay muchos taxis», me dijiste. Ja, ja, ja. Tengo los zapatos empapados. Mira, ese se ha quedado libre. Corre, Freddy.

Cuando acabó el verano, se preparó para volver a Yale. Le intimidaba la idea de reunirse con Constant. El secreto que compartían había abierto una brecha entre ellos. Entonces, por fortuna, recibió una llamada del detective Stein que le comunicaba que los asesinos de sus padres habían sido arrestados. No habían sido las pesquisas policiales las que habían resuelto el caso. Habían detenido a dos jóvenes en un atraco a un 7-Eleven y la historia del asesinato de los Burns en Ansonia había salido a luz.

—¿Cuándo vuelves? —preguntó el detective Stein.

—No tenía pensado volver —respondió Harrison. La frase surgió de su boca de forma espontánea. Era un pensamiento que no se le había pasado por la cabeza hasta ese momento.

—¿Ah, no? —Stein estaba sorprendido.

—Estoy haciendo unos cursos en los Uffizi.

—Tu tía Gert me dijo que ibas a Yale en septiembre.

—No. Ha habido un cambio de planes.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Hasta que se acabe el juicio.

—Podría alargarse durante casi un año.

—Ese es el tiempo que me voy a quedar aquí.

—¿No quieres ver a esos tíos?

—No.

—Tu tía Gert está preocupada por ti.

—Dígale que estoy bien.

Como todo el mundo, Harrison Burns leía sobre los éxitos sociales y financieros de la familia que lo había deslumbrado durante tanto tiempo, pero nunca los comentaba. Sus labios raramente pronunciaban ese apellido. Claire, su mujer, también sentía aversión hacia la familia. Llevaba casado con ella algo más de un año cuando descubrió, por casualidad, que había sido una de las diez damas de honor de la boda de Maureen Bradley. Claire le estaba leyendo en voz alta la necrológica del *New York Times* de Cora Mandell, la célebre decoradora.

—«Era legendaria por su gusto y por una lista de clientes que, a lo largo de los años, incluyó nombres como Phipps, Vanderbilt, Guest, Rockefeller, Niarchos, Onassis y Bradley» —leyó Claire—. «Fue en la boda de Maureen Bradley, en 1973, cuando sufrió un terrible accidente, al caerse desde lo alto de una escalera mientras forraba la carpa con *toile* francesa y romperse ambas piernas».

Claire dejó el diario sobre la mesa.

—¿Así acaba la necrológica? —preguntó Harrison.

—No, hay más —dijo Claire—. Me acuerdo de aquello, de cuando la anciana Cora Mandell se cayó de la escalera. Fue la noche antes de la boda. Yo fui una de las damas de honor de la novia.

—¿Fuiste una de las damas de honor de la boda de Maureen Bradley? —preguntó Harrison, atónito.

—Sí.

—Nunca me lo habías contado.

—No se me había ocurrido contártelo. No es uno de los acontecimientos destacados de mi vida. Además, nunca menciono a los Bradley.

—¿Por qué?

—Un mal recuerdo.

—¿Cuál? Cuéntamelo.

—El viejo, Gerald, vagaba por los pasillos la noche antes de la boda. Entró en mi habitación y se metió conmigo en la cama. Empezó a tocarme. Fue repugnante. Prácticamente, me violó. Gracias a Dios que se corrió antes de penetrarme. Le amenacé con gritar si no se iba. Estaba atemorizado ante la idea de que Grace me oyese y se marchó. Me quedé durante la ceremonia para no montar un lío. Y ahí estaba él, en la catedral, con su rosario de cuentas de plata y los ojos cerrados mientras su cardenal particular leía la bendición papal. Tanta hipocresía me dio ganas de vomitar.

Harrison asintió.

—Me escabullí antes de la fiesta. Dejé mi vestido de dama de honor en la papelera que había en la habitación donde dormía. Costó setecientos pavos. Bastante, para un traje de dama de honor, y más en aquella época. Era muy bonito. Lo podría haber vuelto a usar, como vestido de noche, pero no quise. No he vuelto a ver a Maureen. Ni una felicitación de Navidad, nada. Pero el viejo me envió un abrigo de visón. Para comprar mi silencio, supongo.

—¿De Revillon Frères?

—¿Cómo diantres puedes saber eso, Harrison?

—¿Lo guardaste? —preguntó él.

—Claro que lo guardé, pero nunca escribí una nota de agradecimiento.

—¿Cómo conociste a Maureen?

—La conocí en Florida, un invierno. En realidad yo era amiga del tipo con el que se casó —dijo Claire—. Freddy Tierney.

—¿La avisaste cuando nos casamos? —preguntó Harrison.

—No. Yo no fui la primera amiga de las hermanas Bradley a la que su padre trató de follar. Siempre pensé que sus hijas lo sabían y miraban para otro lado. ¿Por qué?

—Yo también los conocía.

—No me lo habías dicho, Harrison —dijo Claire—. Pero hay tantas cosas sobre ti de las que no me hablas.

—Eso es lo que pasa cuando una se junta con un hombre más joven —dijo Harrison.

—Sí. Un hombre joven, sombrío y taciturno. ¿Dónde conociste a los Bradley?

—Conocí a Constant en Milford. A veces iba a Scarborough Hill los fines de

semana.

—¿Seguís en contacto?

—No.

—¿Por qué no?

—Fue una amistad de colegio. Nada más. La dejamos atrás. Yo me fui a Europa después de graduarme y no lo volví a ver.

—Es guapísimo. Eso sí que es cierto. En la familia todos decían que un día llegaría a presidente. A lo mejor es verdad. ¿Quién sabe? Me acuerdo de que todas las damas de honor estaban loquitas por él. Todas querían bailar con él. Era un bailarín maravilloso. E hizo un brindis divertidísimo en la cena la noche anterior a la boda, en ese club al que pertenecían.

—El Club de Campo. Con mayúscula en la E de El. Le daban mucha importancia a eso —dijo Harrison.

—Sí. Pero había algo raro en él. Los locales, la gente de Scarborough Hill, lo evitaban. Un barman del club, no me acuerdo de su nombre, Corky o algo así, me habló de un asesinato que había ocurrido unos meses antes. Habían matado a una chica que era nueva en la ciudad. Y la noche del asesinato, Constant había estado bailando con ella. ¿Lo sabías?

—No. Escucha, ¿qué hora es? No puedo llegar tarde.

—Sí, sí, sal corriendo, Harrison. Siempre parece que sales corriendo cuando surge cualquier tema de conversación que podría ayudarnos a conocernos mejor. Date cuenta de que acabamos de descubrir ahora que los dos conocemos a los Bradley, y bastante bien. ¿Qué te sugiere eso sobre nosotros?

Harrison se echó a reír.

—Escucha, te casaste con un huérfano. No tengo historias familiares que contar. Solo a la tía Gert. Y está en la residencia de Santa María y completamente gagá.

Llevaban casados más de un año. Ella había ido con un editor de su editorial a la fiesta de presentación del primer libro de él, un ensayo que denunciaba los escándalos financieros de Elias Renthall, un agente de Wall Street condenado a seis años de prisión en Danbury.

—Estoy tan contenta de que hayas pescado a Renthall —dijo Claire cuando los presentaron—. Es horrible lo que estos desgraciados están haciendo.

Era alta, seria, de mirada inteligente y, además, guapa.

—Pero debo decir que lo siento por la pobre señora Renthall —añadió—. Parece bastante decente.

—Me caía bien, sí, aunque no quiso que la entrevistara —contestó Harrison. Había otra persona esperando para hablar con él, pero Claire no tenía prisa por irse.

—He leído en la solapa del libro que fuiste a Brown —dijo.

—Sí.

—Yo también.

—¿De verdad?

—Varios años antes que tú.

Un fotógrafo contratado por la editorial les pidió que lo miraran y les hizo una foto. «Seguid hablando», les indicó. Se pensaba que estaban juntos. La noche siguiente fueron a cenar. Y la siguiente, él se quedó a dormir en su casa. Por Navidad él fue a Filadelfia con ella a visitar a su familia. En febrero, ella le dijo que estaba embarazada. En abril, un juez los casó en Nueva York. En julio, nacieron los gemelos.

—Te toca pensar los nombres —dijo Claire.

—Me gusta Timothy —respondió Harrison.

—Sí, es bastante bonito. ¿Y el otro? ¿Ralph?

—Oh, no, Ralph, no. ¿Robert? ¿Charles? ¿Charles te gusta? Uno de mis personajes de ficción favoritos se llama Charles.

—Apuesto que es Charles Ryder —dijo Claire.

—Correcto. —Le sonrió.

—Bien. Timothy y Charles. Timmy y Charlie. Tarde o temprano tendremos que lidiar con los apodos. ¿Te siguen sonando bien? Creo que son dos nombres bastante bonitos. Dime una cosa, Harrison, ¿te hubieras casado conmigo si no me hubiera quedado embarazada?

—Qué pregunta tan absurda.

—Qué no-respuesta.

Una noche, cuando ya estaban en la cama durmiendo, sonó el teléfono. Claire, a tientas en la oscuridad, lo descolgó.

—¿Diga? ¿Diga?

—Quisiera hablar con Harrison Burns, por favor —dijo la voz al otro lado de la línea.

Claire alcanzó el interruptor y encendió la luz de la mesita de noche. Eran las dos y cuarto de la madrugada.

—¿Podría volver a llamar al señor Burns por la mañana, por favor? —dijo—. Es muy tarde y mi marido está dormido.

—No, tengo que hablar con él ahora —dijo la voz.

—¿Quién es usted?

—Usted no me conoce.

—Entonces no puedo despertar a mi marido.

—Su marido sabe quién soy.

—¿Podría decirme su nombre?

—Diego Suarez. Quizás me recuerde como Fruity.

Claire Burns nunca había oído hablar de Diego Suarez ni de Fruity Suarez, pero había mucha gente en la vida de su marido que ella no conocía.

—¿Fruity Suarez? —repitió, incrédula.

Harrison, tumbado junto a ella, había estado escuchando con los ojos cerrados, intentando no despertarse del todo, consciente de que si lo hacía no podría volver a conciliar el sueño, pero cuando oyó a Claire repetir el nombre de Fruity Suarez, su cuerpo experimentó una sacudida y recuperó plenamente la conciencia.

—Pásamelo —dijo—. No, ponlo en espera y lo cojo en la otra habitación. No quiero molestarte.

—No, Harrison. Cógelo aquí. Ya estoy despierta. ¿Quién es?

—Un compañero del colegio.

—¿No puede llamarte por la mañana? Es absurdo que alguien llame a estas horas. Sin responder, le quitó el teléfono.

—¿Hola? —dijo. Claire se quedó impresionada por el tono vacilante de su voz.

—Hola, Harry —respondió Fruity.

—Caramba. Qué sorpresa. Han pasado muchos años.

—Diecisiete. El 6 de marzo, el aniversario del día que me expulsaron de Milford por conducta impropia, serán dieciocho.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Te ha ido bien. Te leo. Te sigo.

—Me temo que esta no es la llamada de un admirador.

—No, no lo es, Harry. —Hubo una larga pausa.

—¿Estás llamando desde Nueva York?

—No.

—¿Desde dónde, entonces?

—Chicago. ¿Te hablé alguna vez de una prima mía, por parte de madre, llamada Maud Firth?

—Me parece que no.

—Una joven encantadora. Un poco salvaje, quizás, pero encantadora.

—¿Sí?

—Esta noche se ha producido una situación poco afortunada en una habitación de hotel de Chicago y Maud se ha hecho una brecha en la cabeza. Le han tenido que dar diecisiete puntos.

—No veo qué tiene que ver eso conmigo, Fruity.

—La causa de que a la prima Maud le hayan dado los diecisiete puntos en la cabeza ha sido Constant Bradley.

—Dios santo.

—Se conocieron en un partido de polo en Lake Forest. Bebieron. Se fueron a un hotel. Hubo un malentendido. Maud trató de marcharse. Constant la tiró al suelo y ella se golpeó en la cabeza.

Harrison respiraba agitadamente. No contestó.

—¿Estás ahí? —le preguntó Fruity.

—Sí.

—A Maud le da miedo decírselo a sus padres, así que ha acudido a mí, su primo,

el de la mala reputación, la desgracia de la familia, el que no se escandaliza por nada, y que, por casualidad, está de visita en la ciudad.

—Sigo sin saber qué tiene que ver esto conmigo —dijo Harrison.

—Me ha dado la sensación de que esta es una información que deberías tener. Hace varios años se produjo ese asunto turbio en Scarborough... ¿Cómo se llamaba? ¿Winifred Utley?

Harrison, horrorizado, no contestó.

—¿Te sorprende que sepa esto? Los cotilleos de los clubs de campo viajan de un club a otro, ya sabes, especialmente cuando involucran a un jugador de polo rico y apuesto y con ambiciones políticas. Solo me estaba preguntando si aquí se está estableciendo un patrón de conducta. Al fin y al cabo, tú estás del lado de la ley y el orden en todo lo que escribes. Es lo que la gente dice de ti.

—¿Eso es todo, Fruity?

—No. Yo siempre supe que detrás de aquella encantadora y multimillonaria sonrisa había una vena malvada. Se meó literalmente encima de mí en Milford, ¿te acuerdas?

—Sí.

—¿Tienes idea de cómo me sentí?

—Sí.

—Oh, hice como si no me importara, que es lo que he hecho toda mi vida, y me reí con el resto de vosotros. Pero vi aquella mirada. Vi cómo esos ojos azul zafiro se volvían malvados.

—Siento lo de tu prima.

Cuando colgó el teléfono, Harrison se giró y miró a Claire. Ella le devolvió la mirada, inquisitiva. Él le cogió la mano y se la sostuvo.

—Claire —dijo.

—¿Qué pasa, Harrison?

—Me pregunto si podrías hacerme un favor enorme.

—¿Qué favor?

—No me pidas que te explique de qué iba esta llamada.

Harrison Burns empezaba cada jornada escribiendo en su diario. La mañana después de su encuentro con Luanne Utley en Borsalino's, escribió:

En retrospectiva, me siento horrorizado por mi hipocresía con Luanne Utley ayer por la noche. Pero ¿realmente fui un hipócrita? Hace mucho tiempo que aparté a Winifred Utley de mi cabeza; la he apartado tan completamente que parece que lo que vi hace dieciséis años en un bosquecillo de Scarborough Hill le sucedió a otro. El recuerdo permanece en estado latente en mi mente. Hace tiempo que he dejado de obsesionarme por lo que

ocurrió. No lo he olvidado; lo he almacenado, como se almacena algo en un baúl o en un trastero. No quiero lidiar con lo que el encuentro de ayer puede despertar en mí. La vida continúa. Los años transcurren. Suceden otras cosas.

Y, pese a todo sé, sé, sé que tengo un papel que jugar en la vida de Luanne Utley. Su forma de mirarme, tan intensa, casi escudriñando mi interior, mientras me contaba lo de la recompensa de los cincuenta mil dólares. No había enfado ni odio en su mirada. Si algo había, era compasión. Su cara triste y hermosa y la profunda pena expresada en cada una de sus facciones me conmovieron más de lo que soy capaz de expresar. Si Gerald no me hubiera mantenido con su dinero, ¿habría permanecido en silencio todo este tiempo? ¿Le hubiera contado lo que sé? Lo desconozco, pero me complace haber devuelto todos los cheques mensuales de Sims Lord desde que empecé a ganarme la vida.

Terminó su entrada del diario. Lo guardó. Empezó a concentrarse en el trabajo del día: Esme Bland.

Cuando Harrison Burns estaba investigando la vida de Esme Bland, la mujer recluida en una institución psiquiátrica en Maine por haber disparado a un joven que cobraba por sus favores, conoció a Rupert du Pithon. La gente del círculo de Esme Bland era reacia a hablar de ella. Esme era, en palabras de Blanche Islington, «una de las nuestras», y el pacto no escrito consistía en que la gente como ellos no hablaba de los suyos, independientemente de lo que hubieran hecho. «Pobre Esme», comentaban, «entrando y saliendo del psiquiátrico desde hace años», y a continuación cerraban el pico y no decían nada más. Lo único que Blanche había añadido, tratando de ayudar, porque le gustaba Harrison Burns, había sido: «Tienes que hablar con Rupert du Pithon. Conoce a Esme. Te podrá contar un par de cosas sobre ella. Lo sabe todo de todo el mundo». El sutil trasfondo era que Rupert du Pithon, pese a toda su grandiosidad, no era exactamente uno de ellos, no había nacido en su mismo mundo, y sería más proclive a hablar de la desafortunada Esme, a la cual conocía, como también había conocido a su difunto padre, el distinguido Esmond Bland, famoso por ser amigo de presidentes y de otra gente importante.

El nombre de Rupert du Pithon no le era desconocido a Harrison Burns. Durante años había aparecido con tanta frecuencia en las crónicas de sociedad que se le había quedado almacenado en algún lugar de la memoria, aunque no sabía nada específico sobre él.

—¿Qué hace? —preguntó Harrison, tratando de familiarizarse con el nombre.

—¿Hacer? ¡No hace nada! —exclamó Blanche Islington—. Nunca ha hecho nada. Ese es su encanto. O su no-encanto, según cómo se mire. ¡Oh!, se le da estupendamente bien organizar a los invitados en las mesas, por supuesto. Es la persona con más talento para hacerlo que conozco. Lo sabe todo sobre el orden de prioridad y ese tipo de cosas. Adele Harcourt confiaba muchísimo en él cuando invitaba a personajes influyentes. ¿A quién debía sentar a su derecha, al obispo o al gobernador? Ese tipo de cosas. Él siempre lo sabía. Su mayor logro fue un baile que ofreció en honor de Lil Altemus. No estamos hablando de una persona seria.

—Pero ¿por qué iba a querer hablar conmigo si ninguno de vosotros quiere hacerlo?

—Es un buen momento para abordarlo. En cierta medida, ha pasado de moda. Ya

no le invitan a tantos sitios como antes. Hizo enfadar a varias personas de renombre. Y una vez consigues que empiece a hablar, ya no puede dejar de hacerlo. Es uno de esos: habla, habla, habla. Te sugiero que lo lleves a un restaurante de moda. Le gusta que lo vean, especialmente ahora que ya no está en circulación como antes.

Al despedirnos, Blanche Islington añadió una información extra sobre Rupert du Pithon.

—Ah, nunca compartas una confidencia con él. Te traerá problemas después.

—Gracias.

—Y otra cosa. Usa peluquín. —Se llevó las manos a la cabeza, como si tratara de ponerse un sombrero elegante—. Así, como un poco elevado. Haz como si no te dieras cuenta. Él cree que nadie se da cuenta.

Rupert du Pithon, o Rupie, como lo llamaban sus íntimos, se había hecho famoso por conocer a gente famosa. «Si estás en Nueva York tienes que llamar a Rupie», decía la gente de su círculo en su día. «Conoce a todo el mundo». Pero con el tiempo su posición había cambiado. Los círculos sociales más de moda ya no lo requerían. Se había peleado con gente importante. Había sobreestimado su prestigio. Sus cotilleos se habían vuelto indiscretos y su crítica en voz alta del vestido de novia de la hija de Sally Steers, proferida mientras la novia caminaba por el pasillo de la iglesia de Saint James, había enfurecido a todos los amigos de Sally. «¿Lentejuelas? Su madre debe estar loca», había dicho. Aquello, pensaron todos, fue la gota que colmó el vaso.

Las mesas de su atiborrado apartamento estaban plagadas de fotografías de estrellas de cine, nobles y gente de buena cuna que había adquirido relevancia social o había caído en desgracia. «Esa es Diana Cooper», decía. «Era divina». O: «Esa es lady Kenmare. ¿Sabes su historia, no?». Había algunos que aseguraban que aquellas fotos eran de personas ya fallecidas que no podían defenderse y decir que no lo habían conocido tan bien como él aseguraba que los había conocido. Durante años ocupó buenas mesas en los mejores restaurantes, aunque los propietarios lo encontraban un cliente difícil; a menudo devolvía sus platos a la cocina, a veces más de una vez, quejándose ostensiblemente al chef del *bœuf*, el suflé o la *mousse*. Entre los camareros era conocido por dar propinas notoriamente bajas. El reciente cambio de sus circunstancias sociales y financieras había provocado que esos mismos restaurantes ya no le asignasen un buen lugar y, para no sufrir la vergüenza de la demonización pública que hubiera implicado que le sentasen en una mesa del lado incorrecto de la sala, no se dejaba caer por los establecimientos. «Ya no lo frecuento», decía. «¿No te parece que ya no es lo que era?».

Su número de apariciones en las mejores fiestas también había disminuido. Su popularidad, si alguna vez la tuvo, estaba en suspenso, y ahora leía sobre fiestas a las que ya no lo invitaban. El hecho de que agonizara y se desesperara por su exclusión era un secreto que no compartía con nadie. «Estoy cansado de ir a fiestas», decía,

moviendo la cabeza de un lado a otro. «La misma gente, noche tras noche. Simplemente, decliné la invitación. Dije que no iría».

Su nombre y sus comentarios en cuestiones de gusto y modales ya no aparecían en las revistas de moda, como lo habían hecho durante años. «Oh, ya no recibo los sábados por la noche. Todo el mundo está en el campo», había asegurado en una de sus entrevistas, pero esos mismos editores ya no requerían sus opiniones desde hacía tiempo. «Está viejo, acabado, pasado de moda, ya nadie lo invita a ningún sitio», había sentenciado Dolly De Longpre, la decana de los cronistas de sociedad, y su dictamen prevaleció.

De todos modos, como bien sabía Harrison Burns, la gente que caía en desgracia a menudo tenía cuentas que saldar. La gente que caía en desgracia a veces sabía dónde estaba enterrado el cuerpo. A Harrison le sorprendió que un tipo de tanta categoría como Rupert du Pithon respondiera personalmente al teléfono. Esperaba un mayordomo. O una criada. O, como mínimo, un servicio de contestador que controlara las llamadas. Pero la voz era, inconfundiblemente, la de Rupert du Pithon. Para entonces había oído a mucha gente imitándola; aguda, nasal y fingidamente aristocrática. Harrison se identificó. Dijo que estaba escribiendo un artículo. Dijo que le gustaría conocer al señor Du Pithon.

—¡Oh! ¿Le gustaría conocerme? —preguntó Rupert, soltando una risita—. A mí, si no me conociera, también me gustaría conocerme. Pero, desafortunadamente, no hay tiempo suficiente en la vida para conocer a todo el mundo. O afortunadamente, quizás.

Harrison tenía experiencia con entrevistados reacios. Sabía detectar al instante un gesto impostado. Sabía que no tenía que presionar. Conocía el poder de la retirada.

—De acuerdo, muchas gracias, señor Du Pithon. Siento haberle robado su tiempo.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba? —le preguntó Rupert con rapidez. Echaba de menos leer su nombre en los diarios y las revistas.

—Harrison Burns.

—Harrison Burns. Harrison Burns. ¿Es un nombre que tendría que reconocer?

—No, no, naturalmente que no.

—Espere un momento. Déjeme bajar a María Callas en el tocadiscos. Ahora le escucho mejor. ¿Aún está usted ahí? Hoy en día hay tanta gente que escribe que es difícil seguirles la pista a todos. Hay tantas revistas. Tantos libros. No se puede estar al día. Siempre me salto el primer tercio de todas las biografías. No me interesa la vida de la gente antes de que se hiciera rica o famosa. No me importan demasiado los orígenes humildes. ¿No cree que tengo razón? No quiero volver a leer jamás una sola palabra sobre ninguna de las hermanas Mitford, muchas gracias. O sobre Sylvia Plath; ahórrenmelo, por favor. Y estoy harto, harto, hartísimo, de Vita Sackville-West y de ese desagradable asunto con Violet Trefusis.

—Adiós, señor Du Pithon —dijo Harrison.

—Ah, sí, claro. Ya sé quién es usted —dijo Rupert—. ¿No escribió *Velas a la hora de comer*?

—No. Ese fue Basil Plant.

—Oh, Basil Plant, sí. Estaba en todas partes, no había ni una fiesta en la que no te lo encontraras. Antes de su caída, claro, que fue un gigantesco batacazo, como se merecía. Lo que escribía era tan feo. Tan malicioso. Fue el culpable del suicidio de Ann Grenville, ¿lo sabía? Sí, sí, como si le hubiera hecho tragar él mismo esas pastillas. Puede que Ann matara a Billy, pero no se tiró a esos *jockeys*, como Basil dijo que hizo, créame. ¡Y lo que escribió sobre el marido de la pobre Annabelle Mosley! Annabelle nunca se lo perdonó, ¿sabe?, y habían sido tan íntimos amigos, inseparables durante años. Basil estaba desesperado por verla antes de que muriera (el cáncer la devoraba), para implorarle perdón por lo que había escrito, pero ella no quiso. Una mujer divina, Annabelle. Pero no perdonaba.

Harrison sabía que tenía entre manos a un charlatán.

—Basil Plant está muerto —dijo.

—Oh, sí, lo sé. Alcohol. Drogas. Todos acaban así, ¿verdad? —dijo Rupert—. Sabe, la última vez que vi a Basil fue en un burdel en Bangkok. Realmente, no debería contarle esto. Ni siquiera lo conozco. Ni siquiera sé qué aspecto tiene. Bueno, no importa; yo por fin creía que iba a poder ser yo mismo y hacer todas las cosas que siempre había querido hacer sin preocuparme por encontrarme con nadie conocido, y entonces oí a alguien gritar entre la neblina: «¡Yuju! Encantado de verte aquí», y ahí estaba Basil Plant. ¿Se lo puede imaginar? Me puse *furioso*. Simplemente furioso. Si supiera la posición en la que estaba yo en ese momento, con un oriental distinto en cada orificio. Fue el momento más embarazoso del mundo. Esto es todo extraoficial, naturalmente.

Harrison no contestó.

—No me diga lo que ha escrito. Ya lo buscaré yo.

—Adiós, señor Du Pithon.

—¡El viernes! —dijo Rupert antes de que Harrison colgara. Hablaba muy deprisa, atropellando las palabras—. Quizás debería venir el viernes. El teléfono no nos molestará. Todo el mundo estará de camino al campo. Venga a tomar una taza de té. La señora china que me limpia la casa viene el viernes. No habla ni una palabra de inglés. La llamo Limpia Limpia. ¿Sobre las cuatro? ¿Cuatro y media?

Harrison Burns había olvidado mencionar, no por accidente, que el tema de la conversación del viernes, sobre las cuatro y media, iba a ser Esme Bland, no Rupert du Pithon.

La llamada telefónica de Harrison Burns interesó muchísimo a Rupert du Pithon. Lo alteró, incluso. Estaba seguro de que iba a surgir algo de ella. Estaba seguro de que

iba a abrirle nuevas puertas. Leer su nombre en una revista les iba a recordar a sus amigos que aún estaba ahí. Sí, naturalmente, estaría encantado de verle. Sabía perfectamente quién era Harrison Burns, tal y como también sabía los títulos de sus libros. Todos iban sobre casos judiciales y ese tipo de cosas. Pero, como le habría explicado a cualquiera que hubiera querido escucharle, de haber habido alguien, no quedaba bien dejar entrever que uno estaba ansioso porque lo entrevistaran. Las únicas personas con las que tenía contacto diario eran Limpia Limpia, que no hablaba inglés; Eloise Brazen, la agente inmobiliaria que se estaba encargando de la venta de su apartamento, y Zarina, su terrier de Norwich, a la cual le contaba todo.

La mera idea de tener que vender su apartamento, donde había vivido durante tantos años, era casi insoportable para él, pero se le había acabado el dinero. No le quedaba nada. Nada. Lo que había parecido muchísimo hacía treinta años, cuando su madre, Sybil du Pithon, murió, había ido menguando hasta quedarse casi a cero. El señor Mendenhall, del banco, el aburrido, aburrido, aburrido señor Mendenhall, le había llamado, escrito e implorado para que corrigiera la situación, pero él había ignorado al señor Mendenhall, había hecho bromas a costa del señor Mendenhall e incluso había hecho una imitación del señor Mendenhall. Hacía nueve meses que no pagaba los gastos de mantenimiento del edificio y la comunidad de propietarios, a muchos de los cuales había desairado a lo largo de los años, le había informado de que los servicios ya no estaban disponibles para él. Tendría que llevar su propia basura hasta el sótano, en el ascensor del servicio, ya que el personal del edificio no iba a hacerlo por él. Se encogió de vergüenza ante la idea de encargarse él mismo de sacar secretamente las bolsas de basura en el ascensor del servicio cuando todo el mundo dormía. El personal ya no iba a limpiar el rellano del ascensor frente a la puerta de su casa. No le iban a cambiar más las bombillas del descansillo. Si las cañerías se estropeaban, tendría que solucionarlo él. Y así un sinfín de cosas más. Estaba desesperado por vender y, al mismo tiempo, le daba miedo hacerlo. El mercado inmobiliario atravesaba un momento bajo. No tenía a dónde ir. Debía dinero a todo el mundo. El miedo lo atenazaba.

Entonces, Eloise Brazen entró en su vida. Era, le habían dicho, una persona muy respetada en el sector inmobiliario. Años atrás había sido la amante de Gerald Bradley, y nunca dejaba de hablar de ello. «Follaba bastante bien para ser un viejo», le dijo a Rupert el día que se conocieron. Bradley la había metido en el negocio. Le había regalado un visón de Revillon Frères que, incluso ahora, años después, tenía un aspecto bastante distinguido. «La única cosa distinguida en ella», matizaba Rupert.

Aborreció a Eloise Brazen desde el momento en que la conoció. «Casi la persona más espantosa que he conocido nunca», le dijo a Limpia Limpia, que no lo entendía, pero a quien tampoco le gustaba Eloise Brazen. Odiaba el modo en que caminaba por su apartamento, sin molestarse siquiera en quitarse el visón, mirando detenidamente esto y lo otro, tirando de la cadena en los lavabos, encendiendo interruptores, abriendo grifos y ventanas, y mostrándose negativa acerca de todo. «Esto no

funciona, eso no funciona», decía continuamente. Zarina también la aborrecía y le ladraba con ferocidad cada vez que venía al apartamento para mostrárselo a un posible cliente.

—¡Aléjate de mí! ¡Aléjate de mí! —chilló Eloise la primera vez que visitó el piso. La perra ladró y ladró. Ella le dio una patada—. Odio a los perros.

—¡No te atrevas a tocar a mi dulce perrita! —gritó Rupert. Se agachó y cogió a Zarina en brazos—. Mira, la has disgustado. Es muy sensible. Tiene un pedigrí de pureza inconcebible. ¿No eres capaz de verlo solo con mirarla? ¿No te parece elegante? —Cubrió de besos la cabeza de Zarina—. Sí, sí. Elegante es la única palabra, mi perrita querida.

—El día más feliz de mi vida fue cuando mi perro se escapó —dijo Eloise—. ¿Qué pensabas pedir por esto? —le preguntó.

—Había pensado dos millones y medio, algo alrededor de esa suma —contestó él, pomposamente.

—Oh, cariño, imposible —trinó ella—. ¡Despierta!

Él la miró. No podía soportar la familiaridad con la que lo trataba. Odiaba que lo llamaran «cariño».

Ella entendió la situación. Se quitó el visón y lo dejó caer en una silla.

—El mercado atraviesa un mal momento, Rupie. Todas esas cifras de dos, cinco, nueve millones son de la década pasada. Los tiempos han cambiado. Ronnie y Nancy se han ido, ya no están. ¡Adiós, Ronnie! Así que déjame decirte cuánto puedes pedir: un millón. Y nos quedaremos con ochocientos mil.

—¡Ochocientos mil! Oh, no. Tiene que valer más que eso —graznó Rupert.

—No, no lo vale. No quiero herir tus sentimientos ni nada parecido, pero si esto fuera una casa, en vez de un apartamento, tendrías que tirarla abajo. Seamos sinceros. Este sitio está hecho polvo. Has sido muy listo poniendo esas bombillas y esas pantallas de lámpara rosas. Disimulan las grietas y la pintura desconchada. El comprador que cuente con la aprobación de la comunidad de propietarios tendrá que reformar el baño y la cocina. Poner este sitio en condiciones va a costar un millón de dólares.

Se dirigió hacia una mesa, repleta de fotografías enmarcadas en plata.

—¿Esta es Rosalind Russell? —preguntó.

—Sí —contestó él. Su voz era casi un susurro después de conocer la tasación de su apartamento. Estaba tratando de calcular cuánto debía, cuánto iba a costarle la mudanza y cómo iba a llegar a fin de mes con tan poco dinero.

—¿Conociste a Rosalind Russell? ¡Dios mío! —exclamó Eloise.

—Oh, adoraba a Roz —dijo, ablandándose un poco. Le gustaba hablar de sus amigos famosos.

—Era la actriz favorita de mi madre —dijo ella—. ¿Quién es esta? —Cogió una foto y se la mostró.

—«¿Quién es esta?» —dijo él, imitando su voz; como le había dicho a Limpia

Limpia, era una voz demasiado vulgar para ser descrita—. ¿No sabes quién es? Es la duquesa de Windsor, por el amor de Dios.

—Oh. —Eloise colocó la foto en su sitio—. ¿Fue la que quitó al rey del trono o algo parecido?

—¡Santo cielo! —dijo él—. Se escribirá sobre ella en los libros de historia durante los próximos quinientos años.

—Oh. ¡Y Marlene Dietrich! ¿También la conocías?

—Oh, adoraba a Marlene. Solía venir por aquí y cantaba en algunas de las cenas que organizaba los domingos por la noche. Alice Grenville, Elsa Maxwell, Billy Baldwin, Pauline Mendelson, cuando estaba en la ciudad. Venían todos. Marlene siempre traía a su novia de entonces.

—¿Marlene Dietrich era tortillera? No lo sabía —gritó Eloise, encantada con aquella noticia de primera mano.

—No era tortillera, por el amor de Dios, mujer. Ella lo era todo. —Su voz adquirió un tono acerado—. Es tan espantoso cuando la gente como tú lo reduce todo a eso. Fue una estrella, eso es lo que fue, una estrella, una gran estrella, que, además, de tanto en tanto, tenía una novia, además de varios novios estupendos.

—Sigue, sigue, Rupie —contestó Eloise, sin percatarse de su tono—. Quiero que me lo cuentes todo. ¿Quién es esta? ¡Fíjate en sus joyas!

—Oh, esa es Sunny. Pobre Sunny. Sigue en coma.

—¿Cómo es lo de dejar de importarle a la gente? —preguntó Eloise. Lo preguntó por curiosidad, no por crueldad—. Quiero decir, después de haber estado donde se cocía todo durante tanto tiempo, pasar a estar todo el día aquí sentado, junto a un teléfono que nunca suena...

Él le dio la espalda. No quería que viese lo mucho que le había herido. Aun así, ella vio sus ojos empañados.

—¿He dicho algo malo? —le preguntó.

—Querida, lo tuyo es de nacimiento —respondió Rupert.

Establecieron una relación meramente profesional. Pero el apartamento no se vendió. Vino gente a verlo y se marchó. Fallaba esto, fallaba lo otro. Eloise siempre le transmitía todos los comentarios.

La tarde del viernes en que Harrison Burns tenía una cita con Rupert du Pithon, apareció Eloise Brazen. Lanzó el visón sobre una silla del recibidor y entró en el apartamento.

—¡Hola, Rupie! —gritó. Zarina empezó a ladrar—. ¡Cállate, chucho de mierda!

—¿Quién es? —preguntó Rupert, gritando, aunque sabía perfectamente quién era.

—Soy la novia de Marlene Dietrich. ¿Quién diablos voy a ser? —dijo Eloise.

—Fuera, fuera, fuera —chilló Rupert—. Hoy no puedes enseñar el apartamento. Me van a entrevistar para una revista de tirada nacional y no puedo tener a gente

paseando por aquí.

—Escucha, Rupie. He quedado con el mismísimo señor Rock and Roll. Es un hombre muy importante. Necesita un *pied-à-terre* (¿te gusta mi francés?) en Nueva York y no le importa lo que cueste. Al señor Sol Hertzog no se le cambian las citas para otro día. Estos tipos no aparecen así como así.

—No, no, hoy es imposible. Si hubieras llamado y me hubieras dicho que tenías un cliente, te lo habría dicho. Pero no, tú simplemente te plantas aquí, más descarada que nunca. No le importan los demás, señorita Brazen. No creo que sea apropiado que en el reportaje digan que el apartamento está en venta, ni tampoco tener al señor Hertzog caminando por aquí y quejándose de los acabados del baño. Daría la impresión de que estoy sin blanca.

—Estás sin blanca, Rupie —dijo Eloise—. El ascensorista me ha dicho que llevas nueve meses sin pagar los gastos de comunidad. Se mueren de ganas de echarte de este edificio, por si no lo sabes.

—Me gustaría que dejaras de llamarme Rupie. No me conoces lo suficiente. —Se miró en el espejo y se dio cuenta de que su peluquín estaba ladeado—. ¡Dios mío, parezco Georgia O’Keeffe! —dijo, y se dio unas palmaditas en la cara con sus manos blancas y blandas llenas de venas color lavanda para intentar que sus mejillas ganaran un poco de color—. Imagínate que trae un fotógrafo. Tengo que serenarme. Ahora vete, llámame mañana y organizamos otra cita con el señor Hertzog. ¿Parece que tengo ochenta y cuatro años?

—No, no, Rupert. Ochenta y tres, quizás. Ochenta y cuatro, no.

—Mañana.

—Puede que no haya mañana —dijo Eloise—. Estoy cabreada, Rupert. Muy cabreada.

Se dirigió al recibidor para coger su visón. Cuando estaba a punto de llamar al ascensor, las puertas se abrieron y apareció Harrison Burns.

—Usted no es Sol Hertzog, espero —dijo Eloise.

—No.

—No pareces un Sol Hertzog. Debes ser el periodista que viene a entrevistar a Rupie.

—He venido a ver al señor Du Pithon.

—Estoy esperando a un tipo de Hollywood que viene a ver el apartamento y ahora Rupert no me deja enseñárselo porque vienes a entrevistarlo.

—¿Está el señor Du Pithon?

—Oh, sí. Se está acicalando y emperifollando para ti.

—¿Es el periodista? ¿El señor Harrison? Quiero decir, ¿el señor Burns? —gritó la voz nasal y aguda de Rupert du Pithon.

—Oh, ha acabado de hacerse la *toilette* —dijo Eloise—. Sí, Rupie. El señor Burns está aquí, esperando para verte.

—Pensaba que te habías ido —contestó.

—Estoy saliendo. —Eloise recogió su visón de la silla del recibidor y se lo tendió a Harrison—. Siempre me ha gustado que un caballero me ayude con mi abrigo —dijo.

Harrison sostuvo el visón. Se fijó en la etiqueta de Revillon Frères y en las iniciales entrelazadas, EB.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Eloise Brazen.

La miró, mientras su mente retrocedía varios años hasta la llamada telefónica que Constant le hizo a su padre de madrugada.

La habitación reverberaba con las carcajadas de Rupert du Pithon.

—Espere, espere —le dijo a Harrison, tapando el micrófono del teléfono e indicándole una silla para que se sentara—. Estoy hablando con Lil Altemus. —Susurró estas dos últimas palabras, esperando que a Harrison le impresionara aquel nombre grandioso. Entonces, retomó la conversación—. ¿Estás ahí, Lil? Disculpa. Ha venido alguien. Van a entrevistarme. Ni he preguntado para qué. ¿Por dónde iba? Oh, sí, Eloise. Entonces, dijo: «La gente de nuestra clase», y yo le dije: «Un momento, Eloise, ¿tu clase o la mía?». —De nuevo, unas carcajadas—. No, no, mañana no puedo, Lil. Estoy fuera todo el día. Como fuera. Voy de cóctel fuera. Ceno fuera. Quizás el jueves. Te llamo mañana a primera hora. Un gran abrazo. —Se dirigió a Harrison—. No se preocupe por el perrito. Esta es Zarina.

Harrison miró a la perra. Asintió.

Rupert du Pithon se sentó pomposamente en una silla estilo Reina Ana, entre vitrinas de laca roja y soperas de porcelana. El rostro que había visto en el espejo media hora antes (pálido, arrugado, demacrado), no se parecía en nada al rostro con el que saludó a su huésped.

—Estaba con el barón de Charlus —dijo, sosteniendo un libro—. Es mi personaje favorito de la literatura universal. Qué final tan triste, ¿no cree?

Harrison asintió.

—Hola, soy Rupert du Pithon. Por favor, siéntese. Una vez fui a una fiesta de disfraces en Venecia disfrazado del barón de Charlus. Causé sensación. Bueno, supongo que quien causó realmente sensación fue Annabelle Mosley. Fue de duquesa de Guermantes. Llevaba todas sus esmeraldas. Una noche maravillosa. No hubo nada como esos tiempos. ¡Oh, no! Pero todo eso se terminó. —Le mostró el tercer volumen de *À la Recherche du temps perdu*—. Lo habrá leído, naturalmente.

—Sí.

—¿En francés?

—No. Inglés.

—Oh, creo que uno se pierde tanto si no lo lee en francés... Los matices. Las sutilezas. ¿No le parece?

—Supongo —dijo Harrison—. No sabría decirlo, realmente.

—Veo que se ha encontrado con la señora Brazen en la entrada. Dice «Prus» en vez de Proust.

Harrison no siguió con aquella conversación.

—Quería preguntarle acerca de Esme Bland.

—¿Esme Bland? ¿Para qué?

—Estoy tratando de localizar a la señorita Bland. Me han dicho que usted la conocía.

—Sí, conozco a Esme. O la conocía. Está en el loquero. Está loca como un cencerro.

—Hábleme sobre ella.

—Esme era un caso perdido. Tuvo todas las ventajas del mundo y no aprovechó ninguna. No tenía ni idea de cómo se arreglaban las flores. Ni idea de cómo organizar una mesa. No le importaba la ropa. Rebecas, rebecas, rebecas.

—Quizás le interesaban otras cosas. Vivir en sociedad no es el objetivo de todo el mundo —dijo Harrison.

—Fue una decepción terrible para su padre —continuó Rupert—. Todo lo que hacía, lo hacía mal. Alquiló una villa en Florencia, pero estaba en el lado inadecuado del Arno, en el lado Pitti. Y nunca se casó. Amaba al hombre equivocado. Ese tipo de cosas.

—¿Conoció a su padre?

—¿Esmond? Oh, sí.

—¿Me puede contar algo sobre él?

Rupert parecía confuso:

—¿Quiere que le hable de Esmond Bland?

—Sí.

—Encopetado. Caza del zorro. Casa divina en Middleburg, georgiana, de ladrillos rojo. Parecía que estabas en Inglaterra. Tenía unos cuadros de caballos de Stubbs muy buenos. Uno o dos Munnings, creo. Adoraba a sus Jack Russells. Supongo que era lo más cercano a la aristocracia que ha habido en América. ¿Por qué?

—Cuénteme más.

—Fue amigo de varios presidentes. Jackie lo adoraba, siempre lo tenía cerca. Pasó mucho tiempo en el despacho oval con Jack. A Nelson le gustaba cuando fue vicepresidente. A Ronnie también le gustaba. Supongo que era un asesor como Bernard Baruch, pero moderno. Siempre se mantuvo en la sombra. No estuvo realmente expuesto a la vida pública, en cuanto a cargos, quiero decir. Rechazó varias embajadas. Sé que en distintas épocas se le ofrecieron tanto la de Londres como la de París. Siempre tuve la sensación de que, por una u otra razón, no quiso exponerse a los comités de evaluación del Senado. Solía venir aquí los domingos por la noche. Mucho dinero. Un gran caballero, realmente. Fui a su funeral, en la iglesia de Saint Thomas. Algo extraordinario. La suya fue una vida distinguida. ¿Pero a qué viene

este interés por Esmond y por la pobre Esme? Ocupan un preciado lugar en mi vida, pero no de suma importancia, si entiende lo que quiero decir.

Harrison asintió, pero perseveró:

—¿Cree que podría explicarme por qué tengo esta sensación de que no todo era apacible en la distinguida vida de Esmond Bland? ¿Que quizás ocultaba secretos de oscura naturaleza? ¿Que quizás Esme Bland es la guardiana de su reputación? —dijo Harrison.

—No tengo ni idea de lo que me está hablando, señor Burns —dijo Rupert apresuradamente.

—¿Ha oído hablar de un hombre llamado Dwane Lonergan?

—Dwane Lonergan fue el hombre al que Esme mató.

—¿Lo conocía?

Hubo un largo silencio.

—No —respondió finalmente.

—¿Por qué ha vacilado?

—Lo conocía de oídas. Dwane Lonergan. Era bastante conocido en ciertos círculos de, eh, de hombres ricos. Pero ¿sabe?, oyéndole hablar, creo que podría estar interesado en dejarle escribir mi libro —dijo Rupert du Pithon, mirando a Harrison de un modo que sugería que le estaba ofreciendo algo que iba a mejorar su vida—. En toda mi vida, nunca he hablado con nadie; hablado de verdad, me refiero. Le he contado partes a mucha gente, pero no toda mi historia a una misma persona.

—¿Qué libro?

—Mi vida. Es absolutamente fascinante. Cualquiera a quien pregunte le dirá que he conocido a todo el mundo en Occidente. A toda la realeza. A todos los políticos. A todas las estrellas de cine. Debe haber oído algunas historias sobre mí.

Harrison, perplejo, asintió.

—¿Sabe lo de la duquesa? Seguro que ha oído esa historia.

Harrison no la había oído.

—¿Qué duquesa? —preguntó.

—¿Qué duquesa? ¡Menuda duquesa! *Wallis*. Windsor. En Southampton. Exigían ir de esmoquin un domingo por la noche. ¿Se imagina? Esa lesbiana que no hacía más que jugar a las cartas todo el rato, ¿cómo se llamaba? Ella daba la fiesta. Ya está muerta. Estaba tan gorda que el enterrador tuvo que ponerla de lado en el ataúd. La cuestión es que yo dije que no iba. Dije que solo los camareros y los directores de orquesta van de esmoquin un domingo por la noche. Y cambiaron toda la fiesta en el último minuto. ¡Causó una tremenda conmoción! En realidad, fue terriblemente divertido. A *Wallis* le chifló. Tengo tantas historias como esta... He estado buscando a la persona adecuada para ponerlas por escrito. Y ahora por fin está usted aquí, la persona perfecta, sentado en mi apartamento. Un envío del cielo, así es como lo llamo. Estoy dispuesto a ser muy generoso. Incluso consideraría dividir las ganancias a medias.

—Creo que ese encargo no es para mí, señor Du Pithon —dijo Harrison.

Rupert du Pithon no se inmutó; o quizás ni siquiera escuchó.

—Podríamos organizar un horario de trabajo. Le podría contar mis historias durante unas horas un día a la semana, quizás los viernes por la tarde, cuando todos mis conocidos se van al campo y el teléfono deja de sonar. Y usted me podría traer las páginas que ya tuviera escritas y yo las corregiría. Oh, sería divino. ¡Imagínese! Un libro. Todo el mundo me dice: «Rupie, ¿cuándo vas a escribir tu libro?». Y ahora usted aparece de la nada. ¿Esme Bland? Yo soy una historia mucho más interesante que Esme.

Harrison negó con la cabeza y levantó la mano.

—No. No. No puedo escribirle su libro, señor Du Pithon. Tengo mis propios libros que escribir. No tengo tiempo. Además, su historia no está dentro de mi ámbito de interés.

—¿Quiere decir que ha venido aquí solo para hablar de Esme Bland? —Su voz tenía un tono desesperanzado.

—Sí.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Verá, cuando me llamó por teléfono entendí que era en mí en quien estaba interesado, sobre quien quería hablar y escribir un artículo o un libro.

—Siento haberle confundido.

—¡Qué increíblemente estúpido he sido!

—Me pregunto si usted podría convencer a Esme de que se entrevistara conmigo —dijo Harrison—. No ha respondido a mis cartas.

—No, no, no se ve con nadie, y menos con alguien de la prensa.

—Sabe, creo que se ha cometido un error con ella. Creo que hay circunstancias atenuantes. Que sabe cosas que nunca ha dicho. Creo que esa mujer guarda un secreto. Y a mí me interesan las personas que se llevan secretos a la tumba. Yo sería justo con ella.

Durante un momento, Harrison creyó que Rupert du Pithon iba a echarse a llorar.

—Necesito una copa —dijo débilmente—. Esto ha sido una conmoción para mí. Esperaba algo bastante distinto. ¿Podría preparármela, por favor? Creo que Limpia Limpia ha dejado a mano el hielo y lo demás.

Harrison se dirigió hacia la mesa de las bebidas.

—¿Qué querrá tomar? Hay vino blanco.

—No, quiero una bebida de mujer hecha y derecha. Un Martini. ¿Sabe preparar un Martini? Si no sabe, deme una ginebra con hielo y un poco de limón. Odio un Martini mal hecho. ¿Ha dejado limones? No habla ni una palabra de inglés.

—Hay limones. Y puedo prepararle un Martini.

—Tiene toda la pinta.

Harrison, sin prisa, se concentró en la preparación de la bebida y se la pasó

cuando estuvo lista. Rupert dio un sorbo.

—Querido, es perfecto. Sencillamente perfecto. Hay muy poca gente que sepa cómo prepararlo, ¿sabe? Lo agitan, no lo remueven. Y lo sirven encima del hielo. No, no, no. Le he observado. Lo ha removido. Ha enfriado el vaso. Lo ha servido directamente en un vaso helado. ¿Dónde aprendió a hacerlo?

—Me enseñó un hombre rico de Connecticut, en la época del colegio, una vez que fui a visitar a su hijo.

—¿Y quién era ese hombre?

—Gerald Bradley.

—¡Santo cielo! Está lleno de sorpresas. Esa mujer horrible que ha conocido en la entrada, Eloise Brazen, fue su amante. Hace años. Aunque no es que sea un honor ser la amante de ese hombre, si me permite decirlo. Cada vez que aparece alguna noticia sobre él o sobre sus hijos en los diarios no deja de hablar de ello. Está muerta de curiosidad por el hijo guapo, Constant. ¿Sabe qué me dijo una vez sobre Constant Bradley? Me dijo: «Me encantaría acostarme con él. No haría falta ni que me invitara a cenar». Ese es el tipo de mujer que es. Siempre he tenido la sensación de que Eloise sabía algo sobre Gerald Bradley. No sé el qué. ¿Estaba al tanto de que es el único hombre al que se le permite fumar puros en el Four Seasons?

—No, no lo sabía.

—Esa es la clase de información que atesoro en grandes cantidades. Y que no sirve para nada en absoluto. —Movi6 la cabeza con tristeza.

—Yo había oído decir que usted era una persona frívola.

—Esa es mi reputación, sí.

—Parece alguien más profundo.

—Lo soy, soy más profundo, pero, verá, he malgastado mis oportunidades. He sido un holgazán. Podría haber hecho cosas. Podría haber escrito, estoy seguro. Tenía un oído perfecto. No se me escapaba nada. Podía enlazar frases mejor que nadie.

—¿Por qué no lo hizo?

En su rostro había una mirada de profundo cansancio que no tenía nada que ver con el cansancio físico. Se quedó mirando fijamente el techo. Harrison era consciente de que sus ojos estaban empañados, como si lucharan por contener las lágrimas. Sacudió la cabeza, y la piel apergaminada de su papada se movió ligeramente.

—Es una cosa terrible llegar a la conclusión de que una vida ha sido tan banal como la mía. ¿Qué quiere de mí, señor Burns?

—Que interceda ante Esmé Bland. Que le pida que me vea.

—Está en el Instituto Cranston, en Maine. Allí es donde envían a todos los lunáticos ricos.

—Sí.

—La cuidan unas monjas.

—Sí.

—¿Y querría verla?

—Sí.

—¿Y cree que una llamada o una carta mía podrían facilitararlo?

—Sí.

—Su padre fue muy amigo mío.

—Sí.

—¿Me haría un favor, a cambio?

—Depende.

—Mi muerte no va a apenarle a nadie —dijo Rupert—. Pero, siendo medio inválido como yo, quitarse uno mismo la vida es difícil. Pienso en ello, pero ¿dónde consigo las pastillas? Y no tengo el valor de saltar de ningún sitio. Oh, he mirado. En mitad de la noche, me he asomado por la ventana de la cocina, que da a la parte trasera del edificio. Nunca me tiraría por el lado de Park Avenue, no podría. Ni en el callejón, tan sucio. Y, además, no sabría qué ponerme. Bessie Talley solo llevaba una gabardina cuando saltó desde el 550 de Park. Fitzzy Montague iba en pijama cuando se tiró del 740; los pantalones salieron volando durante la caída, y ahí estaba, desnudo de cintura para abajo, cuando lo encontraron, con un enorme grano rojo en el culo. No podría soportar eso. Y sería horrible si, además, mi peluquín saliera volando (probablemente no se ha dado cuenta de que llevo uno). Harían bromas sobre mí. ¿Usted no me conseguiría algo? Una pastilla, por ejemplo, o muchas pastillas.

—No.

—Si usted no quisiera dármelas en persona, bastaría con que me las dejara sobre la mesa y yo las encontraría. ¿Lo haría?

—No, no lo haría. No podría. Lo siento —dijo Harrison.

—Es usted católico, ¿verdad?

—No practicante.

—Se lo agradecería tanto.

—No. No voy a hacerlo.

—Supongo que los católicos son así, incluso los no practicantes. Dicen que siempre van con la culpa a cuestas. No se la sacan nunca de encima. Entonces, hay otra cosa que querría pedirle.

—¿El qué?

—Soy un gran lector de necrológicas. Es lo primero que miro cada mañana en el *Times*. Algunas, incluso, las he recortado y guardado durante años. La de Magda Lupescu, por ejemplo. La de Alice Grenville. La de Cecil Beaton. Sus obituarios fueron obras de arte. Recientemente, y cada vez más a menudo, he empezado a preguntarme cómo será el mío. Cómo se leerá. No podría soportar tener un obituario mal escrito. Redactado por la mano equivocada, podría ser ridículo. «Fue a más fiestas y desfiles de moda que ningún otro hombre de su generación». O: «Tenía un talento especial para organizar la distribución de las mesas». ¿Mencionan que conociste a gente famosa? No creo. ¿Le he contado que una vez, cuando era muy joven, la pobre loca de Unity Mitford me presentó a Hitler? La mayoría de la gente

no lo sabe. «Fue un coleccionista de personas». Ese es el tipo de cosas que me gustaría que se dijera. «Le invitaron al legendario baile de Beistegui en Venecia y acudió disfrazado del barón de Charlus, el personaje de Proust, con un traje enteramente negro diseñado por Balenciaga». Me gusta bastante más cómo suena eso, ¿verdad? Una vez un periódico señaló que yo tenía la cintura más estrecha del ejército americano durante la segunda guerra mundial, pero supongo que esto debería omitirse. Al leerlo impreso parecería tonto, ¿no cree? ¿Podría escribir mi obituario? ¿Lo haría? No quiero quedar como un bobo cuando me marche. No quiero que se rían de mí. Si lo escribe, lo dejaré aquí, en un sobre a la atención del señor Mendenhall, el del banco, para que lo mande al *Times* después de mi muerte. Si hace eso por mí, señor Burns, conseguiré que Esme Bland se entreviste con usted. Me lo debe. Una vez le hice un favor enorme. Quizás se lo diga. Ahora bien, si le cuenta su secreto o no, eso depende de usted. Va a ser amable con Esme, ¿verdad? ¿Y conmigo?

Harrison tomó un avión a Bangor, Maine; allí alquiló un coche y condujo cien kilómetros hasta la localidad de Cranston. Nevaba. Se registró en el hotel Bee and Thistle, donde tenía reservada una habitación. Había coronas de Navidad en todas las puertas y luces de colores en todas las ventanas. Después telefoneó al Instituto Cranston para confirmar su cita de esa tarde con Esme Bland, que se había concertado por petición de Rupert du Pithon. Todo estaba en orden.

Esme Bland entró en la sala de visitas del Instituto Cranston con una actitud amigable pero vacilante. Tenía sesenta y seis años y era delgada y tímida; su ropa, cara pero con un toque remilgado. Llevaba un conjunto de suéter y cárdigan de cachemir, una falda de *tweed* y un collar de perlas de una sola vuelta. Un atuendo más bien campestre propio de una dama de clase alta que, según imaginó acertadamente Harrison, había vestido durante la mayor parte de su vida adulta. En el cabello, antaño rubio ceniza y elegantemente peinado, llevaba dos pasadores de oro. Tenía ese aire aristocrático que quizás, durante su juventud, hizo que la consideraran mona, pero jamás bella. Miró a su invitado, lo evaluó, le tendió la mano y, a continuación, la retiró para volvérsela a tender con una leve sonrisa fruto de su propia incomodidad.

—¿Señor Burns? —preguntó.

—Sí.

—Soy Esme Bland.

—Señorita Bland. Es muy amable por su parte recibirme —dijo Harrison.

—Es difícil resistirse a Rupie —contestó. Su voz, educada por una institutriz, concordaba con su aspecto refinado—. Es muy convincente. ¿Cómo está el viejito?

—Frágil. Con problemas de salud. Y económicos también, imagino. Habla de suicidarse, pero creo que es solo palabrería. Todavía está demasiado interesado en todo como para no querer quedarse a ver qué pasa.

—Oh, ese es Rupie. Un tontaina, supongo, pero cálido a su manera, tan esnob. Estoy tratando de calcular cuántos años debe tener. Ochenta y tres u ochenta y cuatro, supongo. Era de la edad de mi padre. Sabe dios lo que esos dos habrán hecho juntos. Cosas malas, malas, malas, es todo lo que puedo decir. —Sonrió de forma afectuosa.

Desde fuera llegaron los gritos de una mujer.

—¡Ladrona! —gritaba—. ¡Ladrona!

Esme puso los ojos en blanco.

—¡Oh, Dios! —dijo—. Otra vez no.

Una monja, vestida con el hábito del Sagrado Corazón, entró corriendo en la sala.

—¡Me has robado mi rosario! —le chilló a Esme.

Esme, imperturbable, contestó:

—No, no le he robado su rosario, madre Vicenta.

—Sí, lo has hecho, lo has hecho —gritó la monja, con la voz al borde de la histeria y las lágrimas rodando por su rostro—. Era de plata. Estaba bendecido por el Santo Padre de Roma.

Esme Bland ignoró sin más la presencia de la monja.

—Adelante, señor Burns, Rupie me ha dicho que tenía preguntas que hacerme —dijo.

—¡Ladrona! —gritó la monja de nuevo, acercándose y casi pegando su rostro al de Esme.

Esme se encaró con su acusadora.

—¿Por qué iba a querer tu rosario? Pertenezco a la iglesia episcopal, como sabes perfectamente bien, Agnes, y no usamos rosarios —dijo. Su voz adquirió un tono un poco exasperado, como si hubieran tenido esa conversación antes.

En ese momento apareció una hermana, vestida de enfermera.

—Vamos, vamos, Agnes —dijo—. Esme no ha cogido tu rosario. No, no, lo hemos encontrado en el fondo del cajón de tu cómoda; lo habías escondido ahí y te habías olvidado. —Pasó el brazo alrededor de la amplia cintura de la monja y la condujo fuera de la sala.

—¿Lo has encontrado? —preguntó ella, poniendo fin a su histeria—. ¿Has encontrado mi rosario?

—Sí, en el fondo del cajón de tu cómoda.

—Oh, ¡viva! ¡Viva! Oh, gracias, san Antonio, por responder a mis ruegos. Cuando pierdes algo y le rezas a san Antonio, él te lo encuentra. —Sus labios se movieron en una oración de agradecimiento.

—Sí, lo sé, Agnes. Ahora, ven conmigo. Esme está con una visita y tiene un permiso de una hora para estar a solas —dijo la enfermera.

—Oh, ¿hermana Cagney? —dijo Esme.

—¿Sí, Esme?

—¿Podría cerrar la puerta al salir, por favor?

—Naturalmente, Esme.

—Gracias. —Esme, con una mano encima de la otra, esperó pacientemente a que la puerta se cerrara antes de hablar—. Desearía que no me llamara Esme —dijo—, pero, naturalmente, eso es parte de la vida en esta institución. Aquí todo son nombres propios. —Sonrió—. A ver, ¿por dónde íbamos?

—Estábamos hablando de Rupert du Pithon. ¿Le puedo preguntar una cosa?

—Sí.

—¿Quién era la monja?

—Oh, no es monja. Solo viste como tal. Al parecer, quería serlo.

—Llevaba el hábito de la orden del Sagrado Corazón —dijo Harrison.

—Muy observador por su parte haberse dado cuenta de eso. Pero, naturalmente, eso es parte de su profesión, ¿no? Darse cuenta de los detalles. Se cree que es la superiora del colegio de monjas del Sagrado Corazón. Se llama a sí misma madre Vicenta.

—¿Madre Vicenta?

—Sí. Reza cuarenta rosarios al día.

—Oh.

—Secretos —dijo Esme, de repente.

—¿Qué?

—Rupie dijo que a usted le interesaban los secretos. Secretos que la gente se lleva consigo a la tumba.

—Dios Santo —dijo Harrison—. No sabía que había sido así de específico.

—¿Por qué está tan interesado en los secretos? —preguntó Esme.

—No sé si lo estoy, la verdad.

—Sí que lo está. Rupie dice que es sobre lo que escribe. Y yo sé por qué le interesan los secretos.

—¿Por qué?

—Porque usted mismo guarda uno. ¿Tengo razón? Por favor, sea sincero conmigo. Si no, todo esto no tiene sentido. ¿Tengo razón? ¿Guarda un secreto?

Harrison se quedó mirándola fijamente.

—Sí —respondió al fin.

—¿Ve? No ha sido tan difícil, ¿verdad?

—No.

—Quiere hablar conmigo sobre la muerte de mi padre, ¿es así? —preguntó.

—Bueno, sí, pero principalmente sobre la muerte de Dwane Lonergan —dijo Harrison.

—Oh, Dwane Lonergan —repitió ella, estremeciéndose ante la sola mención de aquel nombre. Se arrebujo, como si tuviera frío—. Están... cómo decirlo... en cierto modo, están relacionadas.

Se levantó y caminó hacia la ventana. Fuera nevaba. Observó la nieve durante un rato y después colocó su silla frente a la ventana; se sentó de nuevo, esta vez dándole la espalda a Harrison.

—¿Ha puesto la grabadora en marcha? —preguntó.

—Sí.

—Bien. Solo voy a contar esto una vez.

Empezó a hablar, despacio.

—Ver a tu padre muerto es algo terrible, especialmente si amabas a tu padre del modo en que yo amaba al mío. Ver a tu padre muerto, desnudo, con un bote de

vaselina abierto en la mesita de noche y ampollas de nitrato amílico rotas esparcidas por toda la cama es algo aún peor. ¿Sabe para qué se usan las ampollas de nitrato amílico?

—Para el corazón, creo —respondió Harrison.

—Sí, pero también para el placer sexual, por lo que parece —dijo ella—. Te transportan a un plano de inconsciencia donde los límites de lo que uno hace desaparecen, o eso me explicó el señor Dwane Lonergan poco después, justo antes de que le disparara, de hecho.

Hizo una pausa antes de continuar.

—No sabía qué hacer. Me asustaba la idea de un escándalo, así que llamé a Rupert du Pithon. No se me ocurría otra persona que pudiera comprender las sórdidas circunstancias, y él había sido amigo de mi padre o algo parecido. Le pregunté qué tenía que hacer. «Limpia la vaselina de su pene», me dijo. Yo contesté: «No puedo hacer eso». Él insistió: «Debes hacerlo. Es una señal reveladora. Alguien de la funeraria se dará cuenta, y esa gente informa de todo a la policía o a los periódicos. Hazlo. No mires». Ese es el tipo de cosas que a mí no se me hubiera ocurrido nunca. Imagino que Rupie, ese viejo cotilla, le habrá contado esto.

—No, no me lo ha contado.

—¿De veras? Dice mucho de él, ¿verdad?

—Sí.

—Es una tarea muy desagradable tener que limpiar el pene y el recto de tu padre para que el doctor y el director de la funeraria no vean los restos de vaselina y no sepan que el distinguido Esmond Bland, que cenaba con frecuencia en la Casa Blanca, murió mientras se acostaba con un prostituto de quinientos dólares la hora, el cual, una vez muerto, le robó los gemelos, la cartera, el dinero en efectivo, las tarjetas de crédito y el Rolex, antes de desaparecer en la noche sin prestar auxilio y dejando atrás un cadáver. ¿Responde eso a su pregunta, señor Burns?

Harrison, anonadado, asintió con la cabeza. Ella, de espaldas, no pudo ver su gesto, pero continuó, asumiendo su respuesta.

—En varios aspectos, la muerte de mi padre fue una bendición. No el modo en el que murió, sino el hecho en sí de su muerte. Estaba empezando a comportarse de manera indiscreta. Cenaba en público con Dwane Lonergan, en sitios como el Clarence's, donde a la fuerza iba a encontrarse con gente a la que conocía. Mi padre ya había cumplido los setenta. El señor Lonergan, como máximo, tenía veintiséis o veintisiete, llevaba un aro en la oreja y el pelo recogido en una cola de caballo. Vestía chaquetas de cuero y camisetitas. No había forma de que pasara como su nieto. Bastaba con mirarlo para saber lo que era. Basura. Lil Altemus los vio juntos en el Clarence's. Dijo que llegaron en la moto del señor Lonergan y que llevaban cascos. Cuando me lo contó, yo no sabía dónde mirar de lo avergonzada que estaba. Perdona mis divagaciones.

»Cambié las sábanas manchadas (eran asquerosas), con su cuerpo aún en la cama,

porque no podía moverlo. Mi padre era un hombre grande, de metro noventa, ochenta y cuatro kilos y una excelente condición física para un hombre de su edad. Le puse el pijama. ¿Alguna vez ha tratado de vestir a un muerto, señor Burns? Es muy difícil. Después ventilé la habitación. Los aromas combinados del nitrato amílico y el semen son muy fuertes y muy desagradables. A continuación llamé al doctor Parker, Silas Parker, del Hospital Presbiteriano de Columbia. El doctor Parker ha sido el médico de nuestra familia durante años. Puedo presuponer que conocía los secretos de la familia, pero no se lo pregunté. Firmó el certificado de defunción. Ataque al corazón, dijo. Y, naturalmente, en cierto modo, lo fue. Papá tenía un seguro maravilloso del que yo era beneficiaria, y la compañía de seguros pagó inmediatamente. Pero me estoy alejando de la historia.

»Siempre he sido una persona inestable, señor Burns. Entrando y saliendo del Instituto Cranston durante años. ¿Rupie no le ha contado esto? No tiene que contestar. Hace años, cuando era muy joven, allá en los cincuenta, estuve locamente enamorada de un joven de Long Island llamado Billy Grenville. Él era cuatro o cinco años mayor que yo. Fui al colegio, a Green Vale, con una de sus hermanas, Felicity. ¡Ah, lo amaba tanto! El amor que sentía por él me dolía, literalmente. Siempre pensé que nos casaríamos. Sus hermanas así lo creían, y su madre, Alice Grenville, también. Incluso Billy lo creía. Pero, en lugar de eso, conoció a una corista y se casó con ella. Era guapa. Vulgar, por supuesto, terriblemente vulgar, pero guapa. Las hermanas de Billy la odiaban, “viene del sitio equivocado”, decían. Se casaba con él por su dinero, era el comentario general. Yo estaba destrozada, completamente destrozada. No creo que nada me haya herido tanto en mi vida. Pero escondí mi dolor, por supuesto. Después de todo, en aquella época Long Island era una comunidad pequeña. Todos nos conocíamos. Todos éramos socios del Piping Rock. Incluso simulé que Ann, que así era como se llamaba ella, me caía bien. Varios años después de casarse, el matrimonio empezó a ir mal. Ella no era buena; era una golfa, en realidad. Empezó a acostarse con otra gente. En secreto, Billy empezó a verme de nuevo. Yo estaba eufórica. Me dijo que quería divorciarse de ella. Me pidió que me casara con él después del divorcio. Entonces, su mujer le pegó un tiro y lo mató. Dijo que había confundido a Billy con un intruso, pero sabía lo que estaba haciendo. Los intrusos no van desnudos. Billy lo estaba. Debe haber leído sobre ello. Han escrito un libro e incluso han hecho una miniserie de televisión sobre el caso; pero a mí me han dejado fuera de la historia. Mi personaje no aparece. Algo que, en resumen, es la tónica general de mi vida. Que no me incluyan. Esa es la razón por la que, a los sesenta y seis, sigo siendo una mujer soltera con una eterna fijación con su padre. Había experimentado algún breve episodio antes, pero fue después de la muerte de Billy cuando sufrí mi primera crisis nerviosa importante y cuando me ingresaron en el Instituto Cranston por primera vez. Pero volvamos a mi padre. Volvamos a Dwane Lonergan. Eso es lo que le interesa, lo sé.

»Mi padre tuvo un funeral extraordinario, con una parafernalia casi propia de la

realeza, con trompas sonando y ese tipo de cosas. Una música gloriosa. Un coro de cincuenta niños con sotanas rojas y sobrepellices de un blanco almidonado. Oh, qué aspecto tan maravilloso tenían. Tan jóvenes. Tan limpios. Seguro que leyó algo en la prensa. Puede que incluso estuviera allí. Estaba todo el mundo. La iglesia de Saint Thomas, en la Quinta Avenida, se quedó pequeña, y eso que es una iglesia muy grande. Tuvieron que poner un altavoz en la calle para que toda la gente que se había quedado fuera pudiera escuchar las elegías. En el primer banco, al otro lado del pasillo, estaban sentados el vicepresidente, en representación del presidente y la señora Reagan, y otros muchos mandatarios (el gobernador, el alcalde, etcétera, etcétera). Habían acudido amigos de todas partes y, naturalmente, infinidad de curiosos que venían a ver a los famosos. Necesitábamos a un orador extremadamente respetable, y el doctor Kissinger accedió. Su elegía fue magnífica. Mi padre era miembro de la junta directiva del Museo Metropolitano de Arte, así que Jessye Norman cantó. Su actuación fue tan maravillosa que es imposible definirla con palabras. Qué voz. El obispo episcopaliano ofició el funeral. Durante media hora, hasta yo, que lo sabía todo, que sabía lo falso que era todo aquello, que sabía que el ataúd estaba vacío, me vi atrapada en aquella pompa.

»Entonces sucedió lo más extraordinario de todo. Jessye Norman estaba cantando el *Ave María* de Gounod cuando el prostituto de quinientos dólares la hora se acercó a mi banco y se sentó detrás de mí. No puedo entender cómo logró que los ujieres, a la mayoría de los cuales yo conocía, le dejaran pasar. Llevaba un arito en la oreja, odio esa pinta, ¿usted no?, y una pequeña cola de caballo, que es algo que también odio. Se puso a hablarme. Estaba muy enfadado. Había estado revisando la cartera de mi padre, la cartera que le había robado, y había descubierto que mi padre era seropositivo. ¿Sabe lo que eso significa, verdad? Me dijo que mi padre no se lo había advertido y que ahora su vida estaba en peligro, y que se iba a plantar en el altar y a anunciarlo desde el púlpito si no aceptaba, allí mismo y en ese mismo instante, pagarle diez millones de dólares. Hablaba lo suficientemente alto como para que las personas encargadas de portar el féretro y la gente que estaba sentada en los bancos de atrás empezaran a mirarnos. Si hubiera visto su mirada... Estaba emocionado ante la posibilidad de subirse al altar, tan hermoso, entre todas aquellas preciosas flores expertamente colocadas por Robert Isabell, y dirigirse a toda esa gente famosa. Estuvo a punto de darme un infarto. Lo miré, espantada. Respiraba de forma agitada. Su aspecto era, curiosamente, sexual. Debo confesarle, abriendo un paréntesis, que en ese momento estaba muy guapo; de una forma vulgar, naturalmente, pero muy guapo. Hizo ademán de levantarse y yo lo agarré de la mano y lo obligué a sentarse. Por supuesto, accedí a pagarle lo que me había pedido. La ceremonia continuó. No se movió del mi banco. Yo era su rehén.

»No hubo entierro. Sabiendo lo que sabía, hice que incineraran a mi padre inmediatamente después de su muerte, tres días antes del funeral, para que no pudieran practicarle la autopsia. Sabía que era seropositivo y no quería tener ningún

problema con el seguro. Después del funeral hubo una recepción en el Butterfield Club, doce manzanas más arriba, en la Quinta Avenida. Yo permanecí en la parte de arriba de esa hermosa escalinata y estreché las manos de cientos y cientos de personas que me repitieron, una y otra vez, que mi padre había sido un hombre maravilloso. Después me llevaron de vuelta a Long Island. Di la noche libre al mayordomo, a la cocinera y al chófer. Todos dijeron: “Oh, no, señorita Esme, nos quedaremos con usted esta noche”, y yo dije: “No, no, estoy bien, de verdad”. Cuando oscureció, tal y como habíamos acordado en el banco de la iglesia mientras sonaba el *Ave María* de Jessye Norman, me encontré con el señor Lonergan. Vino a mi casa. No tenía los diez millones para pagarle. Ni los tenía entonces ni los iba a tener nunca. Y, aunque los hubiera tenido, no se los hubiera pagado. A este tipo de gente no se le puede dar dinero. Es el cuento de nunca acabar. Me dijo: “Llevo follándome a tu padre desde que tenía diecisiete años”. Imagínese, decirme una cosa así a mí. También me dijo, y repito sus palabras exactas, porque no he olvidado ni la cara que ponía ni el tono en el que hablaba: “Todavía no he conocido a nadie, hombre o mujer, a quien no pueda poner cachondo, si el precio es el adecuado”. Nunca he sido una persona a la que le gusten las conversaciones vulgares, pero creo que estaba tratando de insinuarse, de continuar con su rol de proveedor de servicios sexuales a la familia. Ya conoce el resto de la historia. Todo el mundo la conoce. Le pegué un tiro y lo maté.

—Justo entre los ojos, según he oído —dijo Harrison.

—Bueno, la verdad es que siempre he sido una buena tiradora. Fui campeona de tiro al plato en Piping Rock durante seis años —dijo—. No temía lo que me pudiera pasar. Sabía lo que dirían: «Ha estado entrando y saliendo de sanatorios mentales durante toda su vida». «Está como una cabra». Y así fue. Eso es exactamente lo que dijeron. Y aquí estoy, otra vez en el sanatorio. De por vida. Pero, naturalmente, esta es una de las muchas ventajas de tener dinero. Me siento afortunada por estar aquí y no en ese espantoso lugar en Bedford Hills, con la pobre señora Harris^[3]. Estuve en el Madeira, pero años antes de que la señora Harris fuera la directora. Bien, ya le he contado el secreto que me iba a llevar conmigo a la tumba. ¿Tiene alguna pregunta?

—Estoy aturdido —dijo Harrison—. ¿Por qué me ha contado todo esto?

—¿Por qué no? ¿Qué importancia tiene ya?

—¿Qué puedo hacer por usted a cambio?

—Su madre vive en Arizona. Quizás, con sus habilidades de sabueso, podría encontrarla.

—¿La madre de quién?

—De Dwane Lonergan. Reclamó su cuerpo y se lo llevó.

—¿Y qué tengo que hacer, si la localizo?

—Darle dinero, supongo. Verá, tengo cáncer. Ya he perdido los dos pechos. Y tengo metástasis. Eso significa que el cáncer se extiende por todas partes. Como dijo uno de los médicos durante la última operación, con la mascarilla azul puesta,

pensando que yo estaba dormida: «Está acribillada». Sí, lo estoy. Estoy acribillada. Llevo peluca. Apuesto a que no se había dado cuenta. Me la hizo Kenneth, a medida. Un trabajo maravilloso, ¿verdad? Nadie se da cuenta. Tengo tres. Lo que estoy tratando de decirle es que no me queda mucho tiempo de vida. Será un bonito final para su historia, ¿no? Y supongo que mi padre interpreta el papel de villano, ¿me equivoco? Pobre papi. Y ahora, si no tiene más preguntas, señor Burns, creo que es mejor que me vaya y descanse. Me siento realmente exhausta. Todas estas revelaciones la agotan a una. ¿Qué es lo que tiene usted que hace que la gente hable? Porque no dice mucho. No me ha hecho demasiadas preguntas. Quizás es porque se parece un poco a un cura sin sotana. Adiós, señor Burns.

—Adiós, señorita Bland.

Al llegar a la puerta, se detuvo y se volvió hacia él:

—En cuanto a su secreto, cuéntelo, sea lo que sea. No se lo guarde dentro. Se lo come a uno, como si fuera un cáncer. No puede ni imaginarse lo aliviada que me siento de repente. Feliz Navidad, señor Burns.

Esa noche Harrison se sentó en el abarrotado bar del hotel Bee and Thistle y repasó las notas que había tomado durante el encuentro con Esmé Bland. Las luces navideñas daban a la sala una atmósfera festiva. En la mesa de al lado, un hombre y una mujer conversaban.

—Mira por la ventana. Se ha convertido en una auténtica ventisca —dijo la mujer.

—Sí, ya lo he visto —dijo el hombre.

—Hay una chica guapa.

—¿Dónde?

—Ahí, la del traje de Chanel negro.

—¿Quién es?

—La hija pequeña de Gerald Bradley.

—¿Cómo lo sabes?

—He visto su foto en los diarios.

Harrison se volvió y miró. De no haber sido por sus vecinos de mesa quizás no la hubiera reconocido, pero sí, era Kitt, sin duda. Había crecido, se había convertido en una mujer adulta, iba elegantemente vestida y estaba sola. No se levantó de un salto y fue corriendo hacia ella. En lugar de eso, permaneció en su sitio y la observó durante varios minutos, ajustando el recuerdo de la adolescente vivaz que había visto por última vez el día de su graduación en Milford con la imagen de aquella mujer estilosa y profundamente ensimismada. En los años que habían transcurrido desde entonces había pensado en ella a menudo, siempre con afecto, e incluso se había preguntado cuánto habría cambiado. Le impresionó que ahora se pareciera más a Constant.

Kitt miraba fijamente por la ventana, contemplando la nieve que se acumulaba en el cristal, ajena a los comentarios que se hacían sobre ella en una de las mesas y al

hombre que la observaba desde otra. Su pie, calzado en un zapato sin talón, golpeaba el suelo al ritmo de la música que llegaba del vestíbulo, donde un trío tocaba en directo. En la mesa, frente a ella, había una copa de vino, una pila de revistas de sociedad y de moda y un bolso negro guateado con una cadena de oro. No esperaba a nadie.

Harrison se levantó y se dirigió hacia ella. Colocándose detrás suyo, dijo:

—Graduación de Milford, en 1973, tú gritaste «¡Hurra, Harrison!» y todo el mundo se rio y me dedicó un aplauso mucho más caluroso del que hubiera recibido si tú no hubieras dicho eso.

Ella se giró. Su rostro se iluminó con una expresión de total sorpresa.

—No me lo puedo creer —dijo.

—Hola, Kitt.

—¡Hola, Harrison! —Emitió un pequeño chillido de alegría.

—Creo que no te hubiera reconocido.

—Yo sí —dijo ella—. ¡Qué alegría verte después de tantos años! Justo estaba experimentando un momento de profunda melancolía, mirando la tormenta de nieve yo sola. Besos en ambas mejillas es lo que procede. Y un abrazo. Siéntate. Siéntate. Quiero saberlo todo. Imagino que ahora todo el mundo te llama Harrison, no Harry, ¿es correcto? Lo he leído en alguna parte.

—Respondo a ambos. Kitt, debo decir que estás estupenda. Nada parecía indicar, cuando eras una jovencita con aparatos, que llegarías a ser así de guapa —dijo Harrison.

—Lo creas o no, al final hemos seguido los pasos de Ma, después de tomarle el pelo durante tantos años con la ropa. Maureen, Mary Pat y yo nos vestimos de alta costura. Claro que todas vivimos en París durante tres años cuando Pa era embajador. Y Mary Pat vive allí ahora, desde que se casó con Philippe.

—¿Y tú dónde vives? —preguntó Harrison.

—De aquí para allá —contestó—. Aquí y allí.

—¿Qué pasó con la casa de Scarborough Hill?

—Ahí sigue. Sis Malloy vive en ella. Es la guardiana del feudo de los Bradley, una especie de señora Danvers solterona. Lo mantiene todo en orden en espera de que la familia vuelva, algo que no va a pasar nunca.

—¿Cómo está Sis Malloy?

—Como siempre. El día de la boda de Mary Pat con el conde, cuando mi hermana estaba toda arreglada, vestida con su traje de satén blanco y encaje de punto rosa, divina de los pies a la cabeza, Sis le dijo: «No te olvides nunca de que eres la nieta de un carnicero».

Harrison se rio.

—Esa es Sis, desde luego.

—Lo que pasa con Sis es que tiene razón. Todos nos hemos olvidado de eso, y no deberíamos.

Una mujer se acercó a su mesa.

—Perdonen —dijo. Harrison y Kitt se volvieron para mirarla—. ¿Es usted? ¿Realmente es usted, señor Burns? Eso me ha parecido. Mire lo que estoy leyendo. Uno de sus libros. Es la edición de bolsillo, me temo, no la de tapa dura, pero le agradecería mucho que me lo firmara —explicó la mujer. Miró a Kitt—. Por favor, discúlpeme por interrumpir, pero es que me parecía muy extraño. Maine, la nieve, el hotel, el libro y él aquí.

—Sí, claro, encantado de firmárselo —dijo Harrison.

—Sé que estoy molestando.

—En absoluto. Dígame su nombre. —Lo único que sabía era que quería retomar su conversación con Kitt.

—Liza Lake.

—¿Se escribe L-I-Z-A o L-I-S-A?

—En realidad es L-E-E-Z-A.

—Me alegro de haber preguntado. No lo hubiera adivinado. Aquí tiene. —Le devolvió el libro.

—Gracias. Estoy muy contenta de que Max Goesler esté entre rejas —dijo al irse—. Es el lugar que le corresponde.

—Has sido el encanto personificado —dijo Kitt cuando la mujer se hubo marchado—. ¿Te ocurre esto con frecuencia?

—No.

—Debe ser una buena sensación, ¿no?

—Sí.

—Constant lee cada palabra que escribes. Todos lo hacemos. —Lo miró—. Supongo que debería preguntarte qué haces aquí.

—¿En el hotel Bee and Thistle de Cranston?

—Sí.

—Yo podría preguntarte lo mismo —dijo él.

—Oh, unas pequeñas vacaciones para escapar de ciertas cosas. Este hotel es precioso, ¿no te parece? Paseos maravillosos, amplias pistas de tenis, aire puro, buena comida, tranquilidad... ese tipo de cosas.

—No, no, no; no me digas eso, Kitt. Afuera tenemos casi una tempestad de nieve. No me creo que te dediques a dar paseos o a jugar al tenis. No empecemos mal. Hoy la he visto.

—¿A quién?

—A tu hermana, Agnes, en el Instituto Cranston. La Bradley que nunca menciona tu familia. Supongo que has venido a visitarla.

Kitt no contestó.

Harrison se sentó a su lado.

—¿Va vestida con el hábito del Sagrado Corazón? ¿Se cree que es la madre Vicenta? ¿Reza cuarenta rosarios al día? ¿Asegura que le han robado su rosario de

plata, bendecido por el Papa? ¿Te suena?

Kitt tomó un sorbo de vino.

—Los hábitos se los confecciona un diseñador de vestuario teatral de Boston siguiendo mis indicaciones, en caso de que esa fuese tu siguiente pregunta. Es mi pequeño secreto. Ma no lo sabe. ¿Qué importa, si a ella le hace feliz? Pobrecita. Habla de la visita del Papa a Scarborough Hill como si hubiera sido ayer y no hace veintiún años. No debe tener mucha vida ahí dentro; se pasa el día peleándose con una mujer llamada Esme, que ocupa la habitación de al lado. —Le sonrió. Tenía lágrimas en los ojos—. Pobre Agnes. Antes de que se dieran cuenta de que era retrasada, los mayores, Jerry, Des y Sandro, se burlaban muchísimo de ella y le hacían las bromas más horribles, y lo más patético es que ella, a cambio, los adoraba. Se parece a Pa, ¿no crees? La misma barbilla. Y habla como Pa, también.

—Sí, supongo que sí —dijo Harrison.

—Vengo cada año por esta época y paso varios días aquí, y, si estoy en el país, también vengo por su cumpleaños. Le encantan los regalos. Cuando voy a verla, me mira antes las manos que la cara para ver lo que le he traído. Le encanta desenvolver los paquetes y guardar el papel y los lazos. Aplaude. Le traigo libros de oración, rosarios, escapularios y cosas así. Si no le hubiera pasado esto, estoy segura de que se hubiera hecho monja. Todas las señales estaban ahí, pero Ma y Pa no lo afrontaban, simplemente. Pensaban que una cosa así no podía pasarnos a nosotros. Un pensamiento típicamente Bradley, ¿no te parece? —Suspiró, negó con la cabeza y cambió de tema—. No me has respondido, ¿sabes? ¿Qué estás haciendo aquí, en Cranston, en medio de una tormenta de nieve la víspera de Navidad?

—Visitar a Esme Bland —respondió él.

—¿Esme? ¿Para un reportaje?

—Sí.

—Mató a alguien, ¿no?

—Sí.

—Imagino que leeré sobre ello.

—Sí.

—El comedor cierra en diez minutos. No te gustaría llevarme a cenar, ¿verdad? —preguntó.

Durante la cena, se fue la luz. Los camareros se apresuraron a encender velas en todas las mesas.

—Un apagón —dijo la camarera mientras les encendía la suya—. Es una tormenta fuerte.

—Pero tiene su gracia, ¿no crees? —dijo Kitt—. Una vez vi una película sobre unas personas que se quedaban encerradas en un hotel durante una tormenta.

—¿No tienen un generador en el hotel? —le preguntó Harrison a la camarera.

—Sí. Está en uno de los edificios exteriores, pero la puerta está cerrada y nadie encuentra la llave. La están buscando.

—Oh, Harrison, no sabes lo encantador que me parece todo esto —dijo Kitt—. Es de lo más festivo. Creo que deberíamos acabarnos el vino, ¿no te parece? Es una pena que se estropee.

—Yo tomaré otro café —dijo Harrison.

—Hola, señor Burns. ¿Les gustaría unirse a nuestra mesa? Soy Leeza, por si no me reconoce con esta luz. La de antes, la del libro, ¿se acuerda? Somos un grupo. Hemos pensado que podríamos esperar juntos, en el bar, a que pase la tormenta.

—Ah, Leeza. —Miró a Kitt y entendió su mirada—. Quizás más tarde, Leeza. Tenemos algunas cosas que hablar —dijo Harrison.

Kitt le sonrió.

—Estoy encantada de verte, Harrison —dijo.

—Hay *bridge*. Hay *backgammon*. Hay baile. Todo a la luz de las velas. ¿Te apetece hacer algo de todo eso? —le preguntó él.

—No. Hay demasiadas cosas sobre ti que quiero saber y demasiado sobre mí que te quiero contar. ¿Sabías que cuando tenía trece o catorce años estaba totalmente colada por ti?

—No.

—Claro que no lo sabías. Y Maureen decía: «No te enamores de un estudiante becado. No es lo que Ma y Pa tienen pensado para nosotras».

Harrison sonrió y negó con la cabeza.

—Vaya familia la tuya. Ya que estamos siendo tan francos, te diré que Maureen nunca me gustó demasiado. Ni Jerry. A él tampoco podía soportarlo. Una vez vi cómo Maureen le hablaba con desprecio a un gran arquitecto, el que construyó la biblioteca Bradley en Milford, y nunca lo he olvidado. ¿Qué es de su vida? ¿Cómo le ha ido?

—Está casada con Freddy, bastante felizmente. Maneja los negocios de la familia para que los chicos puedan estar libres y dedicarse a la política. Empezó a tener hijos como una posesa, uno detrás de otro, año tras año, imagino que queriendo superar a nuestros padres. Siempre pensó que era mucho más inteligente que los chicos, y lo es, supongo, pero Pa nunca ha querido que las mujeres de la familia destaquen. Llevar la casa, hacer obras de caridad, tener hijos, educarlos para ser buenos católicos... a eso es a lo máximo que aspiramos.

—Las mujeres, hoy en día, no tienen que hacer lo que les manden sus padres —dijo Harrison—. De hecho, no conozco a ninguna que lo haga.

—Bueno, existe la perspectiva de heredar todo ese dinero, en algún momento del futuro, y ninguna de nosotras querría hacer el tonto con eso —contestó Kitt.

—¿Detecto cierto tono de derrota?

—Creía que lo mantenía bien oculto bajo este traje de Chanel, esta gardenia de organdí y estas malditas cadenas de oro. Estaba convencida de que me daban un aire de superioridad. ¿O es que el ojo del escritor traspasa el disfraz?

—Me parece que Leeza y su grupo piensan que somos unos maleducados —dijo Harrison.

—Sí, sí, vamos en un minuto. No debes decepcionar a tus fans —dijo Kitt, pero no mostró intención alguna de moverse. Apuró el resto de vino de su copa—. Cuando te fuiste, al principio te eché de menos. Estaba triste porque no me habías dicho adiós. Siempre pensé que te gustaba. ¿Qué pasó? ¿Qué fue mal? ¿Cómo pudiste desaparecer de esa manera? Sin decir ni una palabra. Ninguno de nosotros lo entendió. Ma te escribió una carta y no le respondiste. Maureen y Freddy dijeron que te vieron en Roma y que hiciste como si no los conocieras.

—Ya, pasaron muchas cosas —dijo Harrison. Se encogió de hombros.

—Estoy segura. Y estoy segura, por ese encogimiento de hombros, que no me las vas a contar. Ahora, viéndote, creo que te he echado de menos todo este tiempo, aunque dejé de pensar en ti poco después de que te fueras. —Se rio—. Estoy un poco borracha.

Él sonrió.

—Te has convertido en algo más que una mujer con estilo, ¿sabes? Eres hermosa. Eres realmente hermosa, Kitt —dijo.

—Si pudieras sentir la exquisita sensación que me está recorriendo... —contestó—. Siempre he querido que me digan que soy hermosa. Algunas veces me dicen que soy atractiva, pero hermosa, nunca. Estaba segura de que ibas a decir que a medida que me hago mayor me parezco cada vez más a Constant. Eso es lo que todo el mundo me dice. —Le sonrió—. Supimos que estabas prometido.

—Más aún. Casado.

—Oh. —Alargó esta única sílaba, confirmando a su voz un tono de desilusión—. No te había tomado por un tipo de los que se casan.

—Se ve que no lo soy. Ahora mismo estamos separados.

—¿La echas de menos?

—A veces, sí. Echo de menos a los niños.

—¿Niños?

—Tengo gemelos. De dos años.

—¡Santo cielo! Estás casado *de verdad*. ¿Quién es tu esposa? ¿O quién era? Eso es lo que Ma pregunta siempre.

—Claire Rafferty.

—¡Claire Rafferty! Fue dama de honor en la boda de Maureen.

—Sí.

—¿Te has casado con una mujer mayor que tú?

—Cinco o seis años, sí.

—Siete.

—Seis.

—¿Ese fue el problema? ¿La edad?

—No.

—Era una señorita maleducada. Se marchó antes de la recepción. Tiró su vestido de dama de honor a la papelera. Costó setecientos dólares. Ma estaba furiosa. Dijo que nunca en su vida había visto un comportamiento así. Nadie podía entenderlo. Ma dijo que, si la volvía a ver otra vez, le diría cuatro cosas bien dichas. Y ahora resulta que es la esposa de Harrison Burns. No sabes las ganas que tengo de contárselo a Ma. Harrison asintió.

—¿Qué tienes que decir sobre lo que te acabo de contar? —le preguntó Kitt.

—Mejor que no oigas lo que te tengo que contar yo a ti.

—Oh, sí, lo quiero oír.

—La noche antes de la boda, después de la cena nupcial en el club, cuando todo el mundo se había ido a la cama, tu padre entró en la habitación donde dormía Claire, la antigua habitación de Agnes, y trató de follársela.

Kitt ahogó un grito. Se cubrió la boca con la mano.

—Por fortuna para Claire, tu padre se corrió antes de penetrarla. ¿Todavía piensas que es una señorita maleducada? ¿Puedes culparla por no quedarse a la recepción?

—¡Dios mío! —dijo Kitt. Se llevó las manos a la cabeza—. No me extraña que ninguna de mis amigas ni de las de Mary Pat quisieran quedarse a dormir. Sus padres no las dejaban. Era algo que se sabía. Pídeme otra copa, si no te importa; la necesito después de escuchar esto. Igual me tomo algo más fuerte. Un *brandy*, quizás. Siempre pensé que había pasado algo así, pero creía que a lo mejor había sido uno de mis hermanos. Los hombres de mi familia, la verdad, follan demasiado. Yo me casé con uno parecido.

—¿De verdad?

—Oh, sí. Todos los hombres, o casi todos, tienen sus historias fuera de casa; al menos eso es lo que mis hermanos dicen. Pero estas historias no deberían traspasar el umbral de tu propia casa ni la de tu familia. Pobre Ma. Todo lo que no quiere ver. Y todo ese secretismo frente al servicio. «Ya sabéis cómo cotillean las criadas». Eso es lo que siempre dice Ma. Esa parece ser su principal preocupación. Ma se moriría si creyera que Bridey y el resto del servicio lo saben, pero probablemente lo sepan. El servicio siempre lo sabe todo, ¿no crees?

—No lo sé. Nosotros no teníamos servicio —dijo Harrison—. Eso sí, tú siempre tuviste esta cháchara de niña rica. De eso me acuerdo.

Kitt se echó a reír.

—Eres tan quisquilloso, Harrison. Ahí sale a relucir el chico becado que hay en ti —dijo.

Harrison se rio.

—Has cambiado, Harry. En cierto modo, eres diferente. Ya no te pareces en nada a aquel chico tímido y callado que Constant trajo a casa cuando lo expulsaron de Milford. Pensábamos que estabas enamorado de él.

—Probablemente, hasta cierto punto, lo estaba. Pero eso fue entonces.

—Te recuerdo como alguien que siempre deseaba pasar desapercibido, que casi temía que le prestaran atención. Ahora me pareces sombrío, incluso un poco triste. ¿Te han pasado cosas terribles? Oh, ahora me acuerdo. Atraparon a esos chicos espantosos que mataron a tus padres. ¿Es por eso?

—Tú también has cambiado, ¿sabes? Estoy tratando de pensar cuántos años debes tener —dijo él.

—Evitar dar una respuesta haciendo otra pregunta, ese viejo truco. Tengo treinta.

—Treinta. Dios mío. De vez en cuando leo tu nombre en la columna de Dolly De Longpre; vi fotos tuyas en una fiesta en una casa en Turquía y leí lo de tu boda en *Town and Country* —dijo Harrison.

—Bueno, no te molestes en mandarme un regalo de boda.

Harrison se echó a reír de nuevo.

—¿No está yendo bien?

—Una boda estupenda, un matrimonio asqueroso. Mi hermana, la condesa, fue la madrina, lo que añadió todo el *glamour* del mundo al evento. Copó más espacio que yo en la prensa, prácticamente. Mi padre no quería que me casara. «¿Puedo decirte una cosa sobre Cheever Chadwick, Kitt?», me dijo. «No va a conseguir nada en la vida. Esta renta va a castrarlo. No tiene suficiente dinero para dedicarse a la filantropía, pero tiene más que suficiente para no tener que ponerse a prueba. Acuérdate de mis palabras, saltará de una cosa a otra». Digas lo que digas de mi padre, y conozco a mucha gente que tiene mucho que decir sobre él, malo, en su mayor parte, cuando se trata de dinero, siempre supo de lo que hablaba.

—¿Por qué te casaste con él?

—Es difícil ser una chica católica y confiar en casarse bien. Y en mi familia, con mi madre, es lo más importante: has de casarte bien y punto. Maureen lo hizo bien con Freddy Tierney. Y Mary Pat encontró al conde. Todo el mundo adora a Philippe. Entonces, un invierno, conocí a Cheever en Aspen, en una boda. Era mi decimocuarta vez como dama de honor y su décima como padrino. Al principio, parecía como un sueño. Supongo que lo que quería era devolvérsela a esas chicas que me despreciaban en el club. El mío fue el mejor matrimonio de todo ese grupo, mejor que el de Weegie Somerset, Belinda Beckwith o cualquiera de ellas, exceptuando que yo no era en absoluto feliz con Cheever. Su familia odiaba la idea de que se casara con una católica, y esa era una de las razones por las que yo estaba tan decidida. Y, para colmo, le hicimos convertirse, aunque a él le dio completamente igual. Eso sí, no conseguimos la bendición papal, como hicieron Maureen y los demás. Ni siquiera Cardenal pudo conseguir eso. A Ma le molestó muchísimo.

Harrison no dijo nada.

—En el fondo, creo que siempre supe que no iba a durar. Igual por eso no envié notas de agradecimiento por los regalos de boda. Supongo que me voy a convertir en la primera mujer divorciada de la familia Bradley. ¿Deberíamos hablar de nuestros

matrimonios fallidos? ¿Quieres detalles?

Él rio.

—No. Esta noche no. Mañana.

—Sí, tienes razón. Mañana. Después de misa. Hay una a las ocho y media y otra a las diez, en el pueblo.

—Ya no voy a misa.

—Malo, malo. Irás al infierno. —Alcanzó su bolso—. Son las dos en punto. Me voy a la cama. Mejor que te unas a Leeza y sus amigos. ¿Qué tal si desayunamos juntos?

—Han cerrado el aeropuerto de Bangor y las carreteras están cortadas. Parece que la tormenta es de las fuertes. Las líneas telefónicas no funcionan. El fax tampoco. Estamos atrapados —dijo Harrison.

—Sería bastante agradable quedarse aislados por la nieve, ¿no crees? Abandonados en Maine. Las carreteras bloqueadas. Suena maravilloso, ¿verdad? Hasta pediría champán para celebrarlo. ¿Has llamado a Claire?

—Sí. ¿Vas a llamar a Cheever?

—No. Está en Las Vegas, con una modelo de manos.

—Hasta ese punto habéis llegado, ¿no?

Se miraron fijamente, el uno al otro.

—¿Estabas pensando en besarme? —preguntó ella.

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

—Ya era hora. Llevo esperando veinticuatro horas. Había empezado a creer que eras uno de esos que no besa en la primera cita. Bien, hazlo, por el amor de Dios.

Harrison se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos. Se besaron, se miraron y se besaron de nuevo, acariciándose la espalda y los hombros.

—No estás pensando en Constant, ¿verdad? —susurró Kitt.

—No —dijo él—. Estoy pensando en ti.

—Bien. Me vuelve loca tu lengua. Me gustan las lenguas fuertes. ¿Te parece que soy demasiado lanzada? —preguntó.

—Lo eres, pero me gusta. Necesito que me guíen. No se me da bien dar el primer paso —respondió.

Se besaron de nuevo. Su abrazo fue más apasionado.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó ella.

—Me gustaría muchísimo verte sin ropa.

—Creo que eso se puede arreglar muy fácilmente —dijo Kitt.

—¿En tu habitación o en la mía?

—En la mía, claro. ¿Qué iban a decir si me vieran cruzando furtivamente los pasillos del Bee and Thistle después de medianoche? La hija de Gerald Bradley. Imagínate los cotilleos. Dejaré la puerta abierta. Al decir abierta quiero decir cerrada,

pero sin el pestillo echado. Podrás entrar sin problemas.

Esa noche Harrison se convirtió en el amante de Kitt. No salieron de la habitación durante la mayor parte del día siguiente.

—Ma, no voy a llegar a tu fiesta esta noche. Nos hemos quedado bloqueados por la nieve. La peor tormenta en años. Las carreteras están cortadas y el teléfono también. Te estoy llamando desde un teléfono móvil. No te vas a creer a quién pertenece. No te vas a creer con quién estoy sentada. Harrison. Harrison Burns. El amigo de Milford de Constant. ¿Te acuerdas? —Se produjo una pausa mientras escuchaba a su madre. Después miró a Harrison, tapó el auricular y dijo—: Dice que desapareciste de nuestras vidas, que te olvidaste por completo de nosotros. —Su atención volvió a su madre—. Bueno, está bien. Tiene una pinta muy seria, con el ceño siempre fruncido, supongo que de mirar el procesador de textos todo el día. Oh, Ma, una señora le pidió un autógrafo y él se lo firmó y dijo que estaba acostumbrado a hacerlo. —Escuchó de nuevo a su madre y entonces dijo—: Dice que lee tus libros. Quiere saber qué estás haciendo aquí. Está visitando a alguien, Ma. No, no es un reportaje para una revista, al menos que yo sepa. No, Ma, no le diré nada sobre Agnes. Lo prometo. Oh, está más o menos igual. Todo el día peleándose con Esmé, la de la habitación de al lado. Básicamente, por los rosarios. Será mejor que le pidas a Cardenal que encargue unos cuantos más, por cierto. Bendecidos y todo eso.

Cuando colgó, miró a Harrison. Él también la estaba mirando.

—Ven aquí —le dijo.

—Se me hace raro que no me preguntes nada sobre Constant. ¿No sientes ninguna curiosidad por tu antiguo mejor amigo?

—¿Cómo está?

—En el Congreso. Supongo que lo sabes. Es el congresista más joven de todos. Va a presentarse a gobernador. Pa cree que si quieres llegar a la Casa Blanca tienes más visibilidad como gobernador que en el Congreso. Pa quiere que hable en la próxima convención.

—Ah.

—Pasó algo entre vosotros, ¿verdad?

—Las amistades de los internados no están necesariamente destinadas a durar para siempre.

—De vez en cuando tiene sus fallos de carácter, lo sé. Pero no puedes negar que es absolutamente encantador y que ha hecho cosas maravillosas en el Congreso.

Harrison no dijo nada.

—Ahora bien, Charlotte, su mujer... esa es otra historia. Bueno, no hay mayor problema con ella, supongo. Se piensa que es más estupenda que nosotras, lo que es cierto. Es un tipo Weegie Somerset, pero, afortunadamente para todos los interesados, Cardenal localizó una abuela católica por parte de madre, la bautizó rápido y, ¡pum!,

católica instantánea y la esposa perfecta de un político.

Harrison siguió sin decir nada.

—Cree que somos demasiado ruidosos cuando nos reunimos, pero ahí sigue. Le gusta el dinero. Una vez trató de dejar a Constant y Pa le dio un millón de dólares. Al año siguiente quiso dejarlo otra vez, y Pa le dio otro millón. No sé cuántas veces podrá hacer ese truco.

Harrison, reacio a participar en la conversación, dijo:

—¿Por qué quiere dejarlo tan a menudo?

—Dice que la pega, y tú sabes perfectamente bien que eso es ridículo. Constant no le haría daño a una mosca.

—A mi padre le gustaría verte.

—¿Gerald? ¿Verme? ¿Por qué?

—No sé por qué. Ha llamado esta mañana. Ma le ha dicho que nos hemos visto. Parecía muy contento de que te hubiera redescubierto, si eso es lo que he hecho. Pa admira el éxito, ya lo sabes. Le gusta cómo escribes. Ha dicho: «Está del lado de la ley y el orden. Eso me gusta».

—¿De verdad que tu padre ha dicho eso?

—Sí.

—Cielo santo.

—Quiere invitarte a comer en el Four Seasons.

—Oh, no creo que vaya.

—Por favor, hazlo por mí. Por favor, Harrison.

—No. No quiero.

—Te quiere preguntar algo.

—¿El qué?

—No lo sé. Como mínimo, comerás bien. Y verás a todo el mundo. Mi padre es el único hombre al que le permiten fumar puros en el Four Seasons.

—Sí, ya lo sé.

—¿Cómo ibas a saberlo?

—Me lo contó un hombre llamado Rupert du Pithon. Me dijo que era el tipo de información que poseía en grandes cantidades, pero que no le interesaba a nadie.

—¿Quedarás con Pa?

—Cuando vuelva. Me voy a Arizona justo después de Navidad.

—A Pa no le gusta que le aplacen una cita, ya lo sabes.

—He dicho que lo veré cuando vuelva de Arizona.

—Menuda determinación. ¿Qué hay en Arizona?

—La madre de Dwane Lonergan.

—¿Debería saber quién es Dwane Lonergan?

—El prostituto que mató Esme Bland.

—Te has dormido con las gafas puestas —dijo Kitt. Su rostro irradiaba ternura—. Te estaba mirando.

—¿Y qué aspecto tenía?

—Hay partes oscuras en ti, Harrison.

—¿Qué quieres decir?

—Un día deberías grabarte mientras duermes y ver cómo te agitas, cómo gritas. Si no te conociera mejor, pensaría que fuiste tú quien mató a tus padres. Dios, qué horror lo que acabo de decir, Harry. Lo siento. He ido demasiado lejos, como siempre.

—Olvídalo.

—¿Cuánto les cayó a esos chicos?

—Veinte años.

—Sé que la gente me envidia, pero no lo merezco. Verte a ti, ver lo que has conseguido, me hace darme cuenta del poco sentido que tiene mi vida. ¿Qué es lo que soy, realmente? La hija de un hombre rico, nada más. Mi matrimonio es un horror. No he tenido hijos. Mi vida consiste en salir a comer, ir a que Kenneth me arregle el pelo, asistir a ese tipo de fiestas sobre las que escribe Dolly De Longpre en su columna y beber demasiado vino blanco. No imaginaba que mi vida iba a ser así. Creía que iba a hacer grandes cosas, pero la verdad es que no he hecho nada, excepto aprender a hablar francés fluidamente y con un acento perfecto, según dice Philippe, aunque no se puede afirmar que eso sea gran cosa, ¿verdad? Mírate, Harrison. En cuanto han encontrado la llave para abrir la puerta y poner en marcha el generador, ya estabas de nuevo en tu habitación, escribiendo en tu ordenador portátil la historia de Esme Bland y el prostituto al que mató. ¿Cómo se llamaba el tipo?

—No has permitido que quiebren tu espíritu, ¿verdad, Kitt? —le preguntó Harrison.

—¿Quién, Cheever?

—No, me refiero a tu familia.

—Las carreteras están abiertas. El aeropuerto de Bangor también —informó Harrison—. Creo que es hora de ponerse en marcha.

—Me gustaría quedarme aquí para siempre —dijo Kitt—. Quedémonos a pasar las Navidades, Harrison. Tú y yo, solos, en el Bee and Thistle.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Tengo dos niños pequeños con los que pasar las Navidades.

—Y a Claire, imagino.

—Sí. Y a Claire.

—No puedo soportar que esto se acabe —dijo Kitt.

—¿Quién ha dicho que se acaba? Tenemos que irnos de aquí, nada más. La tormenta ha terminado. Hay que volver a la vida real.

—Harry, creo que estoy empezando a enamorarme de ti —dijo Kitt.

—No, no nos enamoremos, Kitt.

—¿No?

—No. Sería demasiado complicado.

—Sí, sí, tienes razón, claro, nada de amor. Mucha lujuria deliciosa, pero nada de amor. Ya es demasiado complicado de por sí.

—Sí.

—Pero no se va a acabar, ¿verdad? Dime que no se va a acabar, Harrison. Por favor, por favor, por favor.

Harrison tomó un avión a Phoenix, desde donde cogió otro a Tucson. El calor era abrasador y la luz del sol, cegadora. En el aeropuerto de Tucson alquiló un coche y condujo los cien kilómetros en dirección sur que le separaban de la ciudad de Nogales, en la frontera con México. A las afueras de Nogales, paró y revisó las indicaciones que Maxine Lonergan le había dado por teléfono. «Estoy en el lado americano, acuérdate», le dijo. «No cruces la frontera. A la altura del Seven-Eleven coges la autopista de Patagonia, justo antes de llegar a la ciudad, y recorres unos seis kilómetros, hasta alcanzar una carretera de tierra llamada Vista del Cielo. Sigues por la izquierda durante un par de millas. A tu derecha verás un buzón con las letras RFD y el dibujo de una vaca roja. Allí giras. Esa soy yo».

Giró a la altura del buzón con el dibujo de la vaca roja, como le había indicado. Pensaba encontrarse una casa pequeña, de adobe, o una caravana, pero no había casa alguna a la vista. Condujo por la carretera de tierra durante unos tres kilómetros. A ratos, el polvo que se levantaba le impedía ver nada. A cada lado se extendía el desierto yermo, con un cactus ocasional de vez en cuando. Pensó que había entendido mal las indicaciones. Entonces vio dos pilares de piedra y una puerta cerrada. A ambos lados de los pilares había un alto muro de ladrillo que parecía rodear el perímetro de la casa, situada detrás. Confuso, se detuvo frente a la puerta antes de reparar en que había un interfono instalado en un poste. Llamó al timbre. Pudo ver cómo la cámara de un circuito cerrado de televisión, activada por el timbre, lo enfocaba. Una voz masculina dijo: «¿Sí^[4]?».

—Creo que me he equivocado —contestó Harrison—. Estoy buscando a la señora Maxine Lonergan. Había entendido que tenía que girar a la altura del buzón con la vaca roja, pero igual me he equivocado. ¿Usted podría ayudarme?

—¿Su nombre?

—¿Mi nombre? Harrison Burns.

Las puertas se abrieron y Harrison condujo dentro. La finca tenía césped y jardines, y más adelante, al final del camino de grava, había una casa tipo rancho, alargada y de una sola planta, de acabados elegantes y tejado de tejas rojas. Aparcó el coche de alquiler en el patio circular que había frente a la casa. Casi de inmediato, se abrió la puerta. Un hombre alto, delgado y apuesto, vestido de *cowboy* y con una

pistola en una cartuchera, salió fuera.

—¿El señor Harrison? —preguntó.

—Burns. Harrison es mi nombre de pila.

—Bien. Entre.

Harrison pasó primero. Dentro, la casa se mantenía fresca gracias al aire acondicionado. Había un gran recibidor central. A la derecha, tras unas puertas dobles, un salón grande. Detrás, y flanqueada por otras dos puertas, se veía una sala más pequeña. Desde el recibidor Harrison podía distinguir una pantalla de televisión gigante. Del equipo de sonido llegaban las canciones de Dom Belcanto, el desaparecido cantante de Las Vegas y de Hollywood, cuyas conexiones con la mafia eran de sobra conocidas.

—Se está arreglando —dijo el hombre de la pistola—. No le gusta que la vea nadie hasta que no está arreglada.

—Entiendo —dijo Harrison—. ¿Ella trabaja aquí?

—¿Quién?

—Maxine Lonergan.

—¿Si trabaja aquí? ¿Está de coña? Esta es su casa.

—¿Esta es la casa de la señora Lonergan? —preguntó Harrison, sin poder ocultar su sorpresa.

—Señorita Lonergan, no señora. Sí, esta es su casa. ¿Qué se pensaba?

Asintiendo con la cabeza, Harrison disipó sus dudas.

—¿Por qué lleva una pistola? —preguntó.

—Soy su guardaespaldas.

—Oh. —Asintió de nuevo con la cabeza—. ¿Está cargada?

—Claro que está cargada.

—Es una casa bonita.

—Sí, es bonita. Y segura. Es como una fortaleza. Los cristales son antibalas. Podría dispararle a esa ventana y no haría más que arañar el vidrio. ¿Ve este botón de aquí? Si lo aprietas, ¡zas!, se deslizan unas puertas de acero desde debajo de los aleros y te quedas encerrado, tal cual. Completamente encerrado. Hay botones como este en cada habitación.

Harrison asintió.

—¿De quién se protegen? —preguntó.

La pregunta fue ignorada.

—De todos modos —continuó el hombre—, como siempre dice Maxine, si van a por ti, van a por ti, y da igual la seguridad que tengas. ¿Entiende?

—Sí, supongo que es así —coincidió Harrison—. Cuando uno conduce por esa carretera de tierra no se imagina que va a encontrarse esto. —Con un amplio gesto de las manos, Harrison abarcó la impresionante casa en la que se hallaba.

—Esa es la jodida intención, tío —dijo el hombre, como si estuviera hablando con un idiota.

—Sí, naturalmente, ya veo.

—Dice que la espere en el bar.

—Me gustaría ir al baño.

—Por ahí. Cruce el recibidor y gire a la izquierda. Maxine siempre lo indica así: «Cuando llegues al Renoir, gira a la izquierda», pero es su broma, no la mía, así que, si necesita ir otra vez al lavabo, ríase cuando se lo diga.

Harrison atravesó el recibidor. En la pared había un cuadro que tenía toda la pinta de ser un Renoir. Lo miró de cerca. Lo tocó. Se fijó en la firma. Giró a la izquierda y entró en el lavabo. En la pared había fijados dos urinarios, como en un lavabo público. Sacó un bolígrafo y una libreta y empezó a tomar notas.

—*Fly me to the moon* —desde el pasillo, se oyó una segunda voz cantando al unísono con la voz de Dom Belcanto—. Espero que Pony te haya tratado bien —dijo Maxine Lonergan, mientras aparecía detrás de Harrison, que estaba sentado en un taburete alto, en el bar—. ¿No bebes nada? ¿Pony no te ha ofrecido algo de beber?

Tenía voz de fumadora. Primero la vio reflejada en el espejo que había detrás de la barra, antes de girarse y mirarla de frente. Saltó del taburete y se dieron la mano.

—Señorita Lonergan, soy Harrison Burns —dijo.

—¿Cómo te llaman? ¿Harry?

—A veces. Prefiero Harrison.

—Entonces será Harrison —dijo ella, sonriéndole—. Es un nombre bonito. El apellido de tu madre de soltera. ¿He acertado?

—Sí.

Era una mujer de cuarenta y cinco años, alta y bien proporcionada. Su rostro, esculpido regularmente por un cirujano en Brasil para mantener intacta su juventud, estaba maquillado expertamente, como si fuera a salir al escenario. Su cabello, de un rubio iridiscente, acababa de ser peinado de forma elaborada. Vestía pantalones crudos de cachemir y una blusa de seda del mismo tono, con varios botones desabrochados. No llevaba sujetador. El cuello, las muñecas, los dedos y los lóbulos de las orejas lucían infinidad de diamantes. «Las joyas de diario», le dijo después, mostrándole sus manos cuando él hizo un comentario sobre ellas. Se colocó detrás de la barra, chasqueando los dedos al ritmo de la canción de Dom Belcanto que sonaba en el altavoz. Transmitía simpatía y buen humor.

—Mejor que haya hielo... o alguien va a perder su trabajo. Y no hay. ¡Concepción! —llamó, poniendo los ojos en blanco—. ¡Con-cep-ción! ¿Dónde está el hielo? Eso, en español, equivale a dónde coño está el hielo —le explicó a Harrison.

Una asistenta mexicana entró en la habitación a toda prisa con un cubo de hielo.

—*Gracias, Concepción* —dijo Maxine cogiendo el cubo—. Y tráenos algo para picar. O tu guacamole.

—Sí, señora.

—¿Qué vas a tomar? —le preguntó a Harrison—. Lo pides, lo tenemos. Esto es lo que se conoce como un bar bien surtido.

—Solo Perrier —dijo.

Ella hizo una mueca ante aquella elección.

—Creo que yo voy a tomar un poco de champán. ¿Estás seguro de que no quieres? Es el mejor que hay —dijo, blandiendo frente a él una botella de Dom Pérignon.

—No, gracias.

Maxine cerró los ojos durante un minuto, mientras escuchaba la música, cantando al unísono con Dom Belcanto.

—¿Fue o no el mejor? —preguntó. No esperaba una respuesta. Miró al cielo y gritó—: ¡Oh, Belcanto! Estés donde estés, que sepas que te quiero.

—¿Es usted cantante?

Ella se echó a reír.

—No.

—¿Actriz?

—No.

—¿A qué se dedica?

—Soy una exfiestera a la que le ha ido bien —dijo—. Ahora crío reses. Reses Santa Gertrudis, para ser exactos. Es un cruce que desarrollaron en King Ranch, en Texas, hace cuarenta años. Son rojas, como el dibujo del buzón.

—Este sitio parece enorme —dijo Harrison.

—Unas ochocientas hectáreas, no mucho, comparado con el rancho Obregon, autopista Patagonia abajo. Ese sí que es enorme.

Harrison asintió.

—Me imagino que eras amigo de mi hijo —dijo.

—No, en realidad nunca conocí a su hijo. Solo he oído hablar de él —explicó Harrison—. Estoy escribiendo un artículo sobre un posible fraude a una aseguradora a través del certificado de defunción de un hombre llamado Esmond Bland, y el nombre de su hijo figura en mi investigación.

Ella asintió.

—Me llegan muchas cartas de hombres que lo amaron. Tipos ricos. El príncipe no sé qué, ¿cómo se llama?, se lo llevó a Rabat, en Marruecos. Un par de directivos de estudios de Hollywood. Y otros muchos. ¿Tú no serás uno de esos tipos, no?

—No.

—Oh, la he cagado, imagino. Dwane tenía algo, de eso no hay duda. Se está construyendo todo un mito a su alrededor, a lo James Dean.

—He visto a Esme Bland.

—¿Todavía está en el loquero?

—Sí, en Maine, en el Instituto Cranson. Está enferma.

—Sí que lo está. Está loca. Mató a mi hijo. Le disparó justo entre los ojos.

—Me refiero a que tiene una enfermedad terminal. Tiene cáncer. Quiere dejarle algo de dinero en su testamento. Creo que no tiene ni idea de que usted vive de esta manera.

—Puedes decirle a la señorita Bland que la señorita Lonergan no necesita su dinero, muchas gracias. —Empezó a cantar—. *Miss Otis regrets she's unable to lunch today, madam*^[5]. Dile que se lo deje a una fundación contra el sida.

—Debo admitir que yo mismo estoy confundido con esta sensación de opulencia que la rodea, señorita Lonergan —dijo Harrison.

—Prueba con Maxine, Harrison.

—Eres una candidata poco probable para una casa de lujo, Maxine.

—Soy una mujer jubilada.

—Quizás no debería decir esto, pero me esperaba una caravana.

Ella se rio.

—No nací exactamente entre algodones. He trabajado endiabladamente duro para conseguir mi dinero. Un pelo del coño puede tirar de un tren de carga, como solía decir Dwane. Supongo que lo sabes. Dom Belcanto me dejó una pata cuando estiró la pata. Su mujer, Pepper, quería llevarme a juicio. Se llama el síndrome de la quinta esposa. Dame, dame, dame. Yo la puse en su sitio. Le dije: «Sí, sí, querida, adelante, hazlo, y yo os enseñaré a ti, al FBI y al presidente de Estados Unidos unas cuantas fotos de Dom, Sal y algunos de los chicos tomadas en Las Vegas, en La Habana y en Hollywood, y también aquí mismo, en el rancho, donde venían cuando querían verdadera intimidad para dar rienda suelta a sus fantasías, no sé si me explico». Después de eso Pepper cerró el pico bastante rápido. Ahora se mueve en la alta sociedad. No quería que aquello saliera a la luz. A fin de cuentas, yo le presté mis servicios a Dom durante unos buenos diez años, y no siempre era fácil, especialmente cuando estaba borracho y tenía ganas de pelea. Y después, claro, estaba Sal. Sal fue el verdadero amor de mi vida. —Sus ojos se empañaron. Cogió un *kleenex* floreado de una caja que había sobre la barra y se volvió, mirándose en el espejo, mientras lidiaba con las lágrimas antes de que rodaran hacia el maquillaje—. Me ha costado una hora y media conseguir esta cara —dijo, mirándolo a través del espejo—. No la puedo joder tan pronto. Sal me cuidó de verdad. Me compró el rancho. Los cuadros. Todo.

—¿Sal?

—Salvatore Cabrini. Has oído hablar de Lansky. Has oído hablar de Giancana. Has oído hablar de Trafficante. Has oído hablar de Roselli. De quien no has oído hablar es de Sal Cabrini. Que no tiene parentesco alguno con la madre Cabrini, la fundadora del Sagrado Corazón, por cierto. Ni siquiera son primos lejanos. Silencio. Ese era el poder de Sal. Se mantenía alejado de los focos. Y me mantenía a mí. Se hubiera casado conmigo. Quería hacerlo, pero tenía una mujer, Angela, que estaba enferma. Enferma desde hacía años. Y no se iba a divorciar. Pensábamos que Angela moriría, pero no. Todavía está viva. Vive en Miami. Eso es algo que me gustaba de Sal. Tenía honor. Murió en un accidente de avión cuando volaba a Miami para asistir

al cumpleaños de Angela. Bien, esta es la historia. De todos modos, ¿quieres saber una cosa? Funciono mejor sola. Oye, ¿te gustaría ver mis cuadros?

—Por supuesto.

—Me encantan Monet, Van Gogh y todos esos —dijo—. Algunos puede que sean robados, por lo que sé. Sal empezó a regalarme cuadros, y siempre pensé que era mejor no hacer preguntas. No tenía ni puta idea de arte. Solamente sabía lo que costaban.

Harrison se rio.

—He visto el Renoir —dijo.

—Oh, ¿ya has ido al lavabo? Una locura. Cuando los tíos me preguntan dónde está el baño, siempre digo: «Gira a la izquierda al llegar al Renoir», y se tronchan.

—Sí. Pony me lo ha contado.

—Sal fue quien mandó poner así los urinarios, de esa manera. A Dwane le encantaba ponerse de pie en ellos cuando era un niño.

—¿Por qué su hijo se dedicaba a la prostitución? —preguntó Harrison.

—¿Dwane? Le gustaba. Disfrutaba. El dinero, los viajes, los regalos... le ponían. Era una vida excitante. Era una especie de versión de mí. De haber seguido con vida, se hubiera asentado después de los treinta o treinta y cinco. Hubiera dejado el negocio. Las exputas nos convertimos en muy buenas esposas.

»Encargué su ataúd en Los Ángeles. Ocho mil dólares. Todo de metal. Fabuloso. Diré esto de Dwane: era un precioso cadáver. Lo coloqué ahí, al fondo del salón, justo bajo el ventanal, con las montañas púrpura detrás. Era una imagen maravillosa. La ceremonia fue privada. Solo asistimos Pony y yo, Concepción y algunos de los *cowboys* y de la gente que trabaja en el rancho. Angela Cabrini envió flores. Me pareció bonito.

Harrison se la quedó mirando fijamente.

—¿Estás mirando mis tetas o mis diamantes? —preguntó.

—En realidad, tus diamantes —respondió Harrison.

—Eres un chico listo. Mi novio actual es celoso.

—Ah. Háblame de él.

—Tiene un vientre muy liso, como el tuyo.

—No me refería a eso.

Maxine se echó a reír.

—Ya lo sé. Pero me ha parecido que podía dejarlo caer. Dom Belcanto tenía una barriga hasta aquí, y no me gustaría que pensases que me he limitado a ese tipo de hombres. En realidad, ya has conocido al tipo en cuestión.

—¿Pony? ¿El de la pistola y la cartuchera?

—Mira, es honesto. Trabaja. No va detrás de mi dinero. Es fiel. Folla bastante bien, tres o cuatro veces por semana, normalmente por la mañana, cuando se despierta cachondo, que no es mi momento favorito, pero ¿qué más da? Utiliza Scope. No se puede tener todo. ¿Quieres un poco más de agua?

—No.

—Aquí tienes una foto de Sal y Dom, sacada aquí, en el rancho, hace años. El chico que está junto a Sal es Dwane, cuando tenía unos trece años. ¿Era mono, verdad? Se fue de casa con dieciséis, más o menos. Por su cuenta. —Miró la fotografía con afecto—. Todos mis colegas —dijo.

Harrison se quedó observando la fotografía.

—¿Quién es este tipo del fondo, el que está detrás de Sal? —preguntó.

—Trabajaba para Sal hace años en el negocio de las máquinas tragaperras, en Atlantic City. Johnny Fuselli. Dejó a Sal para irse con ese billonario, Gerald Bradley, y convertirse en algo así como su mano derecha; es decir, en su chulo —dijo Maxine—. No era malo, pero no era una pieza clave ni jugaba en la misma liga que Sal, Lansky y esos tíos. Era de segunda, más bien. O de tercera, incluso.

—Qué pequeño es el mundo —dijo Harrison—. Yo lo conocí, más o menos.

—A ver, Harrison, ¿cómo un tipo como tú iba a conocer a un tipo como Johnny Fuselli?

—Uno de los hijos de Bradley era amigo mío del colegio. Solía pasar temporadas con la familia. Así es como conocí a Fuselli.

—¿Sabes lo que pensaba Sal de Gerald Bradley? Nada bueno, la verdad. «Que no te engañen las apariencias», me dijo Sal una vez, después de verme con Gerald en Las Vegas. Era un salido. Trató de seducirme y después me envió un abrigo de piel. Sal me dijo: «Se da aires de grandeza, envía a sus hijos a colegios caros, los mete en clubs pijos y se mezcla con los ricos y poderosos, pero yo sé la verdad sobre este tipo. Es un ladrón, como yo». Sal lo odiaba. Decía que era un traidor.

—Increíble.

—Sal se vio mucho con Gerald en los primeros tiempos, pero él nunca quiso que ninguno de sus hijos estuviera presente en aquellas reuniones. Ni siquiera Jerry, el lisiado. No quería que aquellos vínculos contagiaran a ninguno de sus hijos —dijo Maxine.

Harrison asintió.

—¿Sabías que hay un Bradley viviendo aquí, en Nogales? —preguntó Maxine.

—¿Qué? ¿Un primo o algo así?

—En absoluto. De la misma sangre.

—¿Cómo puede ser?

—Se llama Desi. En realidad, Desmond Junior, supongo.

—¿De verdad? ¿Qué edad tiene?

—Veinte. Veintiuno. Por ahí.

—Ahora me acuerdo. Des se casó con una sirvienta de la casa familiar de Scarborough Hill, en Connecticut. Sucedió antes de que yo los conociera, pero oí hablar de ello. Fue un escándalo. El cardenal Sullivan consiguió anular el matrimonio. ¿Mary? ¿Se llamaba así?

—No, Rosleen.

—Exacto, Rosleen. Le pagaron un dinero. La enviaron fuera. ¿Todavía se hace llamar Bradley?

—Imagino. Yo la llamo Rosleen. Es la auxiliar del doctor Sabiston, mi dentista, en Nogales. Me limpia los dientes.

—¿Crees que podrías presentármela mientras estoy aquí? ¿A ella o a Desi?

—¿Cómo están los niños? —preguntó Harrison.

—Bien —dijo Claire.

—Diles que los echo de menos.

—Ellos también te echan de menos.

—Les he comprado unos sombreros de *cowboy*.

—Les encantan los regalos. Sí, les van a gustar mucho.

Claire no era de las que anhelan lo imposible o añoran el amor perdido. Comieron juntos en Borsalino's, apenas tocaron la comida del norte de Italia y conversaron. De algo tenían que hablar. Él no le contó el encuentro con Rosleen Bradley y el joven Desi en Nogales, sobre el cual a ella le hubiera gustado saber, porque quizás, sin quererlo, se podía haber solapado de alguna manera con su reacia vuelta al círculo de los Bradley, que se iba a producir con su inminente almuerzo con Gerald Bradley, al cual ella odiaba. Tampoco le habló de su aventura amorosa con Kitt, que no era capaz de sacar a colación por miedo a herirla.

—¿Qué quieres hacer con la mesa del comedor y el aparador? —preguntó Claire.

—¿Qué pasa con ellos?

—Eran de tu abuela, ¿no? Eso es lo que dijo tu tía Gert cuando nos casamos. ¿Quieres que te los envíe a tu apartamento?

—Oh, no —respondió él con rapidez—. Que se quede todo donde está. No cambies nada. No necesito ninguna mesa de comedor ni un aparador, la verdad. De hecho, creo que no he comido ni una sola vez en casa desde que me mudé.

Trató de contarle algo sobre Esme Bland y Dwane Lonergan y Maxine, pero ella reaccionó con indiferencia ante lo complejo de sus historias.

—Creo que te implicas tanto en las vidas de la gente sobre la que escribes para evitar lidiar con la tuya —dijo.

—No es cierto —respondió él, aunque sabía que lo era. Claire siempre lo había visto con claridad.

—Nunca fue demasiado bien, ¿verdad? —preguntó. Él supo que se refería a su matrimonio.

—No creo que eso sea cierto —contestó.

—Eres como un compañero de piso con privilegios. No te comportas como un marido, o como lo que yo creía que sería un marido. ¿Qué te pasa? Hay una parte de tu vida que has encerrado. A veces siento que guardas un secreto terrible.

Él permaneció sentado, en silencio.

—Di algo, por el amor de Dios —dijo Claire.

—En el Instituto Cranston, Esmé Bland me dijo lo mismo. Me dijo que guardaba un secreto.

Al irse, trató de besarla, un beso de afecto, pero ella giró la cara.

—Dales besos a los niños de mi parte —dijo él.

—Sí.

—No te olvides los sombreros de *cowboy*.

—Caramba, Harrison, nos volvemos a ver. ¿Quién lo hubiera imaginado? —dijo Gerald Bradley. Ya estaba acomodado en su reservado favorito del Four Seasons de Nueva York cuando Harrison fue conducido hasta la mesa. Sentado a su derecha estaba su hijo Jerry. Frente a cada uno de ellos había un martini en copas altas. Las muletas que utilizaba Jerry estaban a su lado. Durante un momento, Harrison y Gerald se miraron fijamente, asimilando los cambios producidos en dieciséis años.

—Hola, señor Bradley —dijo Harrison.

—Como en los viejos tiempos —dijo Gerald, calurosamente—. Es agradable volver a tenerte con nosotros.

Harrison, desconcertado con las palabras «como en los viejos tiempos», simplemente asintió.

—Te acuerdas de Jerry, ¿no?

Harrison y Jerry intercambiaron una mirada, pero no dijeron nada.

—Siéntate. Siéntate, Harrison. ¿Qué quieres tomar? —Dio una palmada y llamó a los camareros—. Julian, Alex, ¡alguien!, venid, venid. Este es el señor Burns, un maravilloso escritor y gran amigo de mi hijo Constant. Fueron juntos al colegio. Le gustaría pedir algo de beber.

—Solo Perrier, por favor —dijo Harrison, hablándole directamente al camarero.

—Una sabia elección, supongo. Todavía tendrás cosas que escribir hoy —dijo Gerald—. Aunque siempre digo que es una lástima perderse un buen martini.

—Sí, lo recuerdo —dijo Harrison—. Hace poco me felicitaron por un martini que preparé. Le cedí a usted todo el mérito como maestro.

Gerald se rio entre dientes.

—Siempre me ha gustado el reconocimiento —dijo. Observó a Harrison mientras este echaba un vistazo al salón.

—Ya has estado antes aquí, supongo.

—Una vez, pero no me senté en este salón.

—Este es el salón en el que hay que sentarse —dijo Jerry—. Aquí es donde ves a todo el mundo.

Harrison ignoró a Jerry.

—Ahí está el doctor Kissinger —dijo Gerald.

—Sí.

—Y ahí está Felix Rohatyn. ¿Sabes quién es?

—Sí, el banquero.

—Y allí S. I. Newhouse, el editor. Naturalmente, lo conoces.

—Sí.

—En aquella esquina, el arquitecto Philip Johnson, con sus gafas de búho.

—Sí.

—No parezco estar impresionándote, Harrison.

—Probablemente, ellos estarán diciéndole a quienquiera que los acompañe: «Ahí está Gerald Bradley. Sabes quién es, naturalmente. Es el único hombre al que se le permite fumar puros en el Four Seasons».

Gerald volvió a reírse entre dientes mientras encendía un puro.

—¿Así que sabes eso? —preguntó.

—Es una información banal y bien conocida —respondió Harrison.

—Has visto a mi hija, entiendo.

—He visto a dos de sus hijas.

—Me refería a Kitt —dijo Gerald. Había un leve matiz de dureza en su voz.

—Sí, he visto a Kitt. Fue toda una sorpresa.

—¿La encontraste cambiada?

—Claro que sí. No la había visto en dieciséis años. No estoy del todo seguro de si la habría reconocido de entrada, pero oí decir a alguien: «Esa es la hija pequeña de Gerald Bradley». La última vez que la vi todavía llevaba aparatos en los dientes y la melena le llegaba hasta la mitad de la espalda. Lo que vi en Maine fue a una mujer de treinta años, extremadamente guapa, elegantemente vestida y terriblemente sola.

—¿Y qué te pareció?

—Como le acabo de decir, terriblemente sola.

—Yo no quería que se casara con Cheever Chadwick.

—Me lo dijo.

—Cheever Chadwick es un gilipollas —dijo Jerry.

—Sí, un auténtico gilipollas —corroboró Gerald—. Creo que la palabra se acuñó en su honor. ¿Puedo preguntarte qué hacías en el Instituto Cranston?

—Era una visita relacionada con mi trabajo —contestó Harrison.

—¿Estás escribiendo sobre ese sitio?

—¿Sobre el instituto, quiere decir? No, no exactamente.

—¿Sobre qué, entonces?

—Una persona que lleva varios años internada en el Instituto Cranston aparece en un artículo que estoy escribiendo, relacionado con un asesinato.

—¿Esa persona es Esme Bland? —preguntó Gerald.

Harrison dio un sorbo a su Perrier y no contestó.

—Quizás deberíamos pedir —dijo—. Tengo mucho trabajo esta tarde. Estoy en lo que en mi gremio llamamos fecha límite de entrega.

—Sí, claro. Jerry y yo siempre pedimos el pez espada —dijo Gerald—. A la plancha, sin mantequilla, espléndido para mantener la línea. Aunque veo que tú no te tienes que preocupar por eso.

—Me he convertido en un nadador —dijo Harrison, dándose unas palmaditas en el estómago plano—. El pez espada me parece bien.

Mientras Jerry llamaba con un gesto al camarero y pedía la comida, Gerald continuó hablando con Harrison.

—Yo fui al funeral de Esmond Bland. Como sabes, era el padre de Esme. Lo vi varias veces en la Casa Blanca, durante mi época de embajador, y cenó con nosotros en París una o dos veces. Dios mío, ¡vaya funeral! Debió de ser hace cinco o seis años. Mucha gente se quedó fuera, en la Quinta Avenida. No cabía ni un alfiler en la iglesia de Saint Thomas. Esmond Bland era un tipo muy popular. Un esnob, pero popular. Kissinger estaba allí y habló, y Esme trajo a esa cantante negra de ópera. Me he olvidado de su nombre. A menudo pienso en mi propio funeral. Me pregunto si vendrá alguien.

—Me resulta curioso ver cuánta gente se preocupa de eso —dijo Harrison—. Porque, ¿qué más da? Estarás muerto.

—Pa, tú llenarías la catedral de Saint Patrick —dijo Jerry—. No se cabría.

—No lo sé —dijo Gerald, cavilando durante unos segundos sobre el tema.

Hubo un momento de silencio. Harrison miró a los Bradley.

—Creo que deberíamos abordar el asunto que nos ha traído aquí —dijo—. Kitt me ha dicho que quería hablar conmigo de algo.

—Has cambiado bastante, Harrison —dijo Gerald, que no permitía que le metieran prisas—. Ya no eres tan tímido como antes. Imagino que el reconocimiento temprano te ha dado esa seguridad. Mientras me afeitaban esta mañana, he estado reflexionando sobre ti y Constant, Harrison. Si lo piensas, es maravilloso que a ambos os vaya tan bien. Estoy seguro de que has seguido su carrera en el Congreso.

—Sí, en cierta manera.

—¿Cuántos años tienes ahora, Harrison?

—Tengo cinco años más que Kitt, la misma edad que Constant, pero este no es el objeto de esta comida, ¿verdad? —Con un gesto de la mano, Harrison apartó el humo del puro de Gerald.

—Oh, ¿te molesta el puro mientras comes? Camarero, ¿podría llevarse esto? Gracias. Sí, vamos al meollo del asunto. Tengo un negocio que proponerte. ¿Cómo estás de dinero?

—Qué pregunta más peculiar. Imagínese que se la hiciera yo —dijo Harrison. Gerald se rio.

—Te contestaría: «Estoy muy bien, solo tienes que leer la lista Forbes». En serio, ya sé que no recurres nunca al fideicomiso que Sims Lord te abrió —dijo.

—Me las apaño bastante bien solo —contestó Harrison—. ¿A qué viene este interés por mis finanzas?

—Sí, ya sé que te las apañas. Te seguimos con gran interés desde la distancia, ¿verdad, Jerry?

Jerry asintió, mostrándose de acuerdo.

—Resulta que sé exactamente lo que ganas. Me quedé impresionado —dijo Gerald.

—¿Cómo iba a saberlo? —preguntó Harrison.

—Me encargo de saber cosas como esta cuando tengo una oferta que hacer.

—Johnny y sus viejos trucos. Supongo que habrá robado mis declaraciones de la renta —dijo Harrison.

Gerald soltó una risita.

—Voy a hacer como que no he oído esto. Admiro bastante tu carácter luchador. Se percibe a través de tu trabajo.

Permanecieron en silencio durante un momento.

—Bien, estoy esperando —dijo Harrison.

—¿Te gustaría ganar dinero de verdad? —preguntó Gerald.

—¿Qué es dinero de verdad?

—Oh, una casa en el campo. Un Jaguar. Billetes para el Concorde. Una cartera de valores en Salomon Brothers. Alguna de esas cosas, o todas. Lo que tú quieras que sea. ¿Cómo describirías eso?

—Como tentador. ¿Qué tiene que hacer uno para ganar dinero de verdad?

—Hacer lo que ya haces tan bien: escribir.

—¿Escribir qué?

—Un libro para mi hijo.

—¿Qué hijo?

—Constant, naturalmente.

—¿Escribir un libro en nombre de Constant, quiere decir?

—Sí.

—¿Yo escribiría un libro y Constant aparecería como su autor?

—Sí.

—Eso no podría considerarse ni siquiera un paso a un lado en mi carrera profesional, sería un auténtico paso atrás —dijo Harrison—. ¿Por qué narices cree que estaría interesado en hacer algo así?

—Por una gran cantidad de dinero.

—Ya gano suficiente dinero.

—Escúchame. Escúchame, Harrison. Constant se presenta a gobernador. Un libro sería una cosa maravillosa. Le daría credibilidad. Siempre ha arrastrado cierta imagen de *playboy*. La gente dice que conduce demasiado rápido, que bebe demasiado, que persigue a las chicas. En realidad, ha dejado el polo, raramente bebe, se ha casado con Charlotte y tiene a los niños y todo eso, pero la imagen persiste.

—¿En qué tipo de libro está pensando?

—Unas memorias. Unas memorias de familia. Una saga americana.

Remontándose a los abuelos que llegaron a este país procedentes de Irlanda y que trabajaron hasta labrarse su ascenso social. Bog Meadow. La carnicería Bradley. La ferretería Malloy. Mis padres luchando para enviarme a buenos colegios. Los padres de Grace luchando para enviarla al Sagrado Corazón. Cómo nos conocimos. Nuestro gran amor. Nuestro matrimonio. Nuestros hijos. Nuestras tragedias.

—¿Sus tragedias?

—Siendo tantos en la familia, la gente como nosotros tiene que lidiar con más desgracias que la mayoría. Los abortos, por ejemplo. Los santitos de Grace que nos vigilan desde arriba. Y Agnes. Agnes recluida en un sanatorio. Sé que la viste. Hemos hecho todo lo posible para proteger su intimidad durante estos años, pero quizás sea mejor dejar que esta historia salga a la luz. Jerry piensa que sí. No me refiero a contar que va vestida de monja (supongo que la viste con su hábito del Sagrado Corazón). Me refiero a su dolor. Hay tantas familias que tienen que convivir con una tragedia similar, con la enfermedad mental... Sería útil, e incluso motivo de inspiración, hablar de ella con compasión. Y que fuera Constant, con sus propias palabras (tus palabras, sí, pero las tuyas, ya me entiendes), el que contara la tragedia de Agnes le conferiría por primera vez una gran relevancia a su atractiva y joven figura.

Harrison dejó el tenedor en el plato y alejó de él el pez espada.

—¿Le pasa algo al pescado? —le preguntó Gerald.

—No.

—Y Kevin, de quien raramente hablamos. Nació después de Jerry y antes de Des. Murió en Vietnam. No queríamos que fuera, y podríamos haber conseguido que se librara, como hacía todo el mundo. Pero él se alistó. Quería luchar por su país. He podido localizar a un miembro de su tripulación. Podría proporcionarte información sobre el vuelo.

Harrison miraba fijamente a Gerald mientras este hablaba.

—Oh, Dios —dijo Gerald de repente, al ver a alguien.

—¿Qué pasa, Pa?

—Johnny Fuselli está bajando por las escaleras. Sácalo de aquí, Jerry. Le dije que me esperara abajo, pero ya conoces a Johnny. Siempre se pasa de la raya. Llévatelo al bar y que se siente y espere. No quiero que entre en el comedor. Dile que tardará otra media hora más o menos. Y después vuelve aquí. —Gerald esperó a que Jerry se pusiera de pie, pesadamente, cogiera sus muletas y empezara a caminar; luego miró de nuevo a Harrison—. ¿Por dónde íbamos?

—Ha localizado a un miembro de la tripulación de Kevin que puede dar detalles sobre su muerte en Vietnam —respondió Harrison.

—Sí. —Encendió otro puro—. Es una historia increíble. Y nunca se ha contado antes. Luego, naturalmente, está el terrible accidente de Jerry. No quería hablar de ello delante de él. Este atractivo joven, tullido de por vida. Míralo ahí, hablando con Fuselli. Siento mucho dolor por Jerry. Y Desmond, el médico, que le sacó una bala del corazón a un pobre niño y le salvó la vida, un niño negro de Bog Meadow. Y

Sandro, primero en el Congreso, defendiendo los derechos de los pobres y de los sin techo y, ahora, en su tercer mandato en el Senado de Estados Unidos. Y Maureen y Freddy, con su creciente prole. Siete, ya, y otro en camino. La época de París, en la embajada, que da para un sinfín de historias. La boda de Mary Pat con el conde Philippe de Trafford. El matrimonio de Constant con Charlotte Stafford. Es una historia de familia y amor. Una historia sobre el sueño americano. Incluiríamos fotografías. Hay cientos de fotografías para escoger. Miles, incluso. Grace ha hecho un trabajo maravilloso confeccionando álbumes de recortes a lo largo de los años. El proceso de documentación sería relativamente fácil para ti. ¿Qué dices? Eres la persona perfecta, Harrison. Nos conoces. Has vivido con nosotros.

—Ni hablar, señor Bradley. Puede ser una buena idea para Constant, pero no es una buena idea para mí. Yo no escribo para otros —contestó Harrison rápidamente, con ganas de poner fin a aquel encuentro.

Gerald alargó la mano y cogió a Harrison de la muñeca.

—Lo que estoy a punto de decirte es extremadamente confidencial. ¿Puedes guardar un secreto?

—Es una pregunta extraña, viniendo de usted —dijo Harrison.

Gerald ignoró su respuesta.

—Es casi seguro que Constant va a intervenir en la convención demócrata de Nueva York, dentro de dos años —dijo Gerald—. Esperemos que en horario de máxima audiencia. Queremos que pronuncie el discurso de nominación del vicepresidente. La repercusión que tendrá a nivel nacional será impresionante. Hay quien dice que Constant no es más que el hijo de un hombre rico, un *playboy*, pero esto le dará a la gente la oportunidad de ver quién es realmente. ¿Qué piensa de esto, señor Burns?

—Pienso en todo lo que habrá tenido que hacer para conseguir eso. Pienso en todos los hilos que habrá movido —dijo Harrison.

A Gerald no le gustó su respuesta.

—Eres una persona muy curiosa, Harrison —dijo.

Jerry volvió a la mesa y se sentó.

—Me voy —dijo Harrison.

—No, no puedes descartarlo así —dijo Gerald—. Tienes que pensarlo un poco.

—No, no tengo que pensarlo, señor Bradley.

—Mi padre te está dando una oportunidad de oro —intervino Jerry.

Harrison se volvió hacia él y le señaló con el dedo:

—He venido aquí para hablar con tu padre, a petición suya. No para hablar contigo. No me importa lo que tú tengas que decir. No me interesan tus opiniones, observaciones o comentarios. Si vas a estar aquí sentado, que sea en silencio, o me levanto y me voy.

—Vaya, ¡cómo hemos cambiado con el éxito! —exclamó Jerry—. Después de todo lo que mi padre ha hecho por ti.

—¿Quieres que te devuelva el dinero de tu padre, Jerry? Estaré encantado de hacerte un cheque —dijo Harrison—. Pero, primero, asegurémonos de que nos entendemos el uno al otro. No hubo ningún acto de caridad por parte de tu padre, como él será el primero en confirmar. No tuvo nada que ver con hacer el bien. Fue un trato, un trato de negocios, una propuesta comercial. Pagó mis estudios. Yo a cambio le di mi silencio. Tu padre, como siempre le sucede en los negocios, se llevó la mejor parte.

—Esto es indignante —dijo Jerry.

—Cálmate, Jerry. Deja que hable yo —intervino Gerald. Se dirigió a Harrison—. ¿Por qué? Solo explícame por qué. Este es un papel que has interpretado antes, y espléndidamente. El ensayo que escribiste para Consant fue el responsable de que lo readmitieran en Milford, después de aquel ridículo episodio de las fotos.

—Me parece que la biblioteca que donó a la escuela tuvo más que ver en eso que mi ensayo, señor Bradley —dijo Harrison. Se deslizó hacia el extremo del reservado, listo para marcharse—. Déjeme que se lo explique así. Yo no me dedico a esto. Es como pedirle a un pintor de paisajes que pinte su retrato. Hay especialistas en ese campo. Lo que me está pidiendo no es mi especialidad.

—¿Cuál es tu especialidad?

—El crimen. Eso es lo que me interesa. Eso es lo que hago bien.

—¿Te refieres a *El caso de la momia perdida*? ¿*El caso de la urna robada*? —había un leve tono de burla en la voz de Gerald.

—No, no me refiero a eso, señor Bradley.

—A qué, entonces. Explícamelo. Me interesas. Quiero saberlo.

—Me fascina el trabajo policial. Me gusta cubrir juicios. Estoy especialmente interesado en la gente que se libra. La gente que queda en libertad. Cometer un crimen sin consecuencias es un privilegio de los muy ricos.

Se produjo un largo silencio en la mesa. Gerald le dio un capirotazo a la larga ceniza de su puro y lo apagó.

—¿Podrías hacerme un favor, antes de decir que no?

—Ya he dicho que no —contestó Harrison.

—Me gustaría que vieras a Constant. Solo una vez. Para hablarlo. Eras tan buenos amigos...

—Me parece que no es muy buena idea, señor Bradley.

—A él le gustaría muchísimo verte otra vez, Harrison. Habla de ti a menudo.

Harrison bajó corriendo las escaleras del restaurante, ansioso por salir de allí. De pie, al final de las escaleras, apoyado en la pared, había un hombre alto, entrado en la treintena, posiblemente extranjero, elegantemente vestido con ropas de aspecto inglés y que fumaba un cigarrillo con boquilla negra.

—Hola, te estaba esperando —dijo el hombre. Llevaba el abrigo puesto sobre los

hombros. Hablaba con un acento afectado, del Atlántico Medio.

—¿A mí? —preguntó Harrison.

—No me reconoces, ¿verdad? Soy Fruity. Fruity Suarez.

—¡Santo cielo! —exclamó Harrison—. ¿Cómo demonios has sabido que estaba aquí?

—Estaba en el bar, en la planta de arriba, y me he puesto a hablar con un tipo con pinta de mafioso, bastante guapo pero vulgar. El señor Fuselli. Johnny Fuselli. Me ha dicho que estaba esperando a que Gerald Bradley acabara de comer y, no sé cómo, ha mencionado tu nombre, y ha dicho que estabas comiendo con Gerald. Imagínate. Pues bien, he pensado que tenía que saludarte, después de todos estos años. Espero que tú y tu esposa, ¿Claire, era su nombre?, ya no estéis enfadados por mi llamada a las dos de la madrugada hablándoos de la pobre Maud Firth. Maud está bien, por cierto. Le dieron una generosa indemnización. Eso es algo que hay que decir a favor de Gerald Bradley. Paga bien por... eh... ¿cómo expresarlo?, el problema de su adorado Constant.

—Menuda sorpresa. Tengo un poco de prisa, Fruity —dijo Harrison.

—No tanta prisa como para no poder tomarte una copa rápida con un viejo amigo después de todos estos años. Bueno, tampoco es que fuéramos amigos. Conocidos es la palabra adecuada, supongo —dijo Fruity.

—De acuerdo. Si es rápida, sí. ¿Volvemos al bar? —preguntó Harrison.

—Oh, no, no, no. He decidido que no estaba a gusto ahí arriba. Toda esa gente que maneja el país y todos esos billonarios comiendo en el mismo lugar y a la misma hora me han hecho sentir incómodo. Imagínate que pusieran una bomba terrorista ahí arriba, cómo quedarían la ciudad y el país. Además, ya tengo el teléfono del señor Fuselli. Nunca se sabe cuándo alguien así, con ese tipo de conexiones, te puede ser útil. No, hay un sitio pequeño, en la esquina, ahí, entre la Cincuenta y tres y la Segunda, llamado Miss Garbo's. ¿Lo conoces? Tienen otro igual en Los Ángeles.

—¿Qué tipo de bar?

—Oh, no te preocupes —dijo con voz socarrona—. Estarás perfectamente a salvo. Los clientes de la tarde solamente son bebedores. Nada indecoroso, te lo prometo. Eso empieza después de la medianoche.

En la calle, Fruity caminaba muy deprisa, sin reparar en la gente que se giraba para observar su exótico aspecto. Las mangas de su abrigo revoloteaban alrededor suyo. No paraba de hablar, siempre con la boquilla del cigarrillo apretada entre los dientes. Dentro, el bar estaba oscuro. El barman lo saludó con afecto.

—Mira quién ha vuelto a la ciudad. Tú por aquí, Fruity —dijo.

—Hola, Clint —contestó Fruity—. Te traigo recuerdos de Zane desde Los Ángeles. —Se dirigió a Harrison—. ¿Prefieres de pie, en la barra, o nos sentamos en una mesa?

—Mesa, creo —respondió Harrison, mirando a su alrededor.

—No te preocupes, no te vas a encontrar a nadie que conozcas. ¿Has oído hablar

alguna vez de Dwane Lonergan?

—De hecho, sí —dijo Harrison.

—Aquí fue donde empezó, en este bar. Se convirtió en una leyenda, ¿sabes? Una leyenda en ciertos círculos, quiero decir. Muchos hombres muy ricos de mi misma inclinación conocían a Dwane. Esos tipos tan ricos, los de los estudios de Hollywood, siempre lo llevaban de costa a costa, a veces en sus aviones privados. Ya sabes a quiénes me refiero. A veces lo invitaban a Europa. Hasta un príncipe intentó tirárselo, o al menos eso dicen. Era famoso. Le encantaba toda esa atención y todo ese dinero. Como ciertas estrellas de cine, estaba destinado a morir joven. Quizás Esmé Bland le hizo un favor sin saberlo al pegarle un tiro como lo hizo. La gente como Dwane Lonergan no está destinada a llegar a los cuarenta.

Harrison se metió la mano en el bolsillo, sacó un bolígrafo y una libreta y anotó algo.

—¿Qué diantres estás haciendo? —le preguntó Fruity.

—Oh, perdona. Siempre tomo notas de esta forma. Creo que si no apuntas las ideas en el momento en el que se te ocurren, después nunca te acuerdas de ellas de la misma manera —dijo Harrison.

—Vaya, ni que estuvieras hablando en la Conferencia de Escritores de Santa Bárbara.

Harrison se echó a reír.

—Perdona, Fruity. Soy todo tuyo. De hecho, no me siento cómodo llamándote Fruity. Diego. ¿No es así como te llamas realmente?

—Oh, puedes llamarme Fruity. Es como me conociste. Llamar por un nuevo nombre a alguien siempre resulta difícil. Además, me he encariñado con él y todo.

—¿Qué has estado haciendo todos estos años, Fruity?

—Oh, fracasar de una forma muy cara. Mi carrera, o carreras, que es como debo decirlo, imagino, han sido muy discretas. Un poco de esto, un poco de lo otro. Diseñador de interiores. Restaurador. Una tienda de mobiliario de jardín. Una pequeña temporada en Hollywood... Y varias cosas más que ahora no recuerdo, pero supongo que ya te haces a la idea. Doy gracias a Dios por mi fondo fiduciario. Cada vez que veo un anuncio de máquinas de coser Firth, me santiguo. Mi madre era una Firth. Ahora bien, Harrison, tú hubieras sido la última persona de aquella clase miserable en aquel colegio miserable a la que los dos fuimos que yo hubiera escogido para la gloria.

—Yo no lo llamaría gloria, amigo mío.

—Oh, sí. Tus libros se publican. Tu nombre aparece en la *Newsweek*. Se habla de ti. Eso, para mí, es gloria. Te leo. Leo sobre ti. Incluso presumo de que te conocí en el colegio. La fama siempre me ha subido la libido, como debes recordar.

Harrison se rio.

—Sí, me acuerdo de aquella historia tuya de las dos estrellas de cine lesbianas. ¿Quiénes eran? Lo he olvidado.

Fruity ignoró la pregunta de Harrison haciendo un gesto de negación con la cabeza y continuó con su charla.

—Me gustó tu libro sobre el financiero, el señor Renthall. La parte de la cárcel es mi favorita. La cárcel es el lugar que le corresponde, repites una y otra vez, sin llegar a decirlo realmente. El sonido de la puerta de la celda cerrándose tras él, pestillos y cerrojos recolocándose. ¡Dios mío! Tenía escalofríos por todo el cuerpo. Y la historia de Max Goesler, el que violó a esa niña. Oh, cómo lo describes: esos ojos zalameros, esas manos sudorosas. Hasta podía oler el tufo de sus apestosos sobacos. —Fruity gesticuló dramáticamente con su boquilla.

»Pero percibo algo en ti, Harrison. Algo a lo que no has llegado aún, pero a lo que llegarás, espero. Algo que se esconde tras tus textos.

—¿El qué? —preguntó Harrison con cautela.

—Rabia. Rabia pura. Siempre me da la sensación de que tienes algo pendiente. Tus libros están bien, con su defensa de la moralidad y sus principios intachables, siempre del lado de la justicia, pero hay algo más. Casi es como si estuvieras encubriendo el tema más importante de tu vida, la causa de esa rabia silenciosa, de ese infierno interior, que no es algo que asocie a la terrible muerte de tus padres. ¿Lo que digo tiene sentido para ti, Harry?

Harrison miró hacia otro lado.

—¿Por qué estás tan callado? ¿Por qué no me miras? ¿Es algo a lo que no puedes contestar? No puedo andar muy lejos del meollo de la cuestión. Al fin y al cabo, soy una persona sensible. Eso fue lo que me dijeron cuando me echaron a patadas de Milford. Dios mío, Harry. No estás llorando, ¿verdad? Estás llorando. Y no tienes pañuelo. Siempre deberías llevar un pañuelo. Dos, incluso. Uno para enseñar y otro para sonarse, solía decir mi padre, el embajador. Toma, usa este. Charvet, París. Puedes quedártelo. Bonito color, ¿no crees? Adelante, llora. No te ve nadie. Sácatelo de dentro. Llorar es maravilloso. Lo bueno de un antro como Miss Garbo's es que a todo el mundo le da igual todo. Imagínate que te pones a llorar en el Four Seasons, con el doctor Kissinger mirando. Aunque él vio llorar a Nixon, ¿no? Ahora, Gerald Bradley... esa es otra historia. Te diría cosas como: «Contrólate, Harrison». ¿Te encuentras un poco mejor?

—Sí, lo siento. —Harrison se secó los ojos con el pañuelo de Fruity y se lo devolvió.

—No lo sientas. Me temo que he tocado un tema sensible, ¿verdad?

—Puede ser. Hablemos de otra cosa.

—Háblame de tu esposa, Harry. La desperté aquella noche. No estaba nada contenta conmigo.

—Es más alta que yo. Es mayor que yo. Y me ha dejado.

—Caray, caray, caray. ¿La tercera de esas tres cosas está acabando contigo?

—Todavía no he llegado a sentir eso. Es una situación relativamente reciente. Echo de menos a mis hijos.

—Hay un rumor circulando sobre ti —dijo Fruity.

—¿Cuál?

—Que tienes una nueva relación.

—Oh.

—No hace falta dar nombres.

—No. ¿Dónde has oído esa historia?

—Me la ha contado mi nuevo mejor amigo, el señor Fuselli. ¿Quieres que te dé un consejo que no me has pedido? Aléjate de ellos, de todos ellos. Te destruirán. ¿Qué tiene esa familia para que la encuentres tan irresistible, Harry?

—Tengo que marcharme —dijo Harrison, consultando su reloj—. Tengo una entrega.

—Sí, por supuesto.

Harrison se levantó y se dirigió a la puerta. Una vez fuera, se quedó pensativo durante un momento, dio media la vuelta y entró de nuevo en el bar. Fue hasta donde estaba Fruity.

—¿Te has olvidado algo?

—Sí. Me he olvidado de darte las gracias.

—¿Por hacerte llorar?

—Creo que sí.

—Oh, Dios mío, Harrison, ¿por qué no habíamos probado eso antes? —jadeó Kitt.

—Yo todavía estoy sin aire —dijo Harrison.

—Bueno, es lo que uno se espera después de lo que has hecho.

Harrison se echó a reír.

—Se necesitan dos para bailar.

—Me encantan estos encuentros amorosos de media tarde en tu apartamento, Harrison. Me gusta llegar antes que tú, entrar, cambiar las sábanas, desnudarme, prepararme, esperar, anticipar, desear que llegues de donde sea que estés para arrancarte la ropa, y volverme loca si llegas diez minutos tarde. Amor de media tarde. Es divino. Es maravilloso. Es erótico.

—Nos han descubierto, Kitt —dijo él—. Se habla de lo nuestro.

—¿Quién? —preguntó Kitt.

—Un hombre llamado Fruity Suarez se lo escuchó decir a Johnny Fuselli en el bar del Four Seasons, mientras Johnny esperaba a que tu padre acabara de comer conmigo.

—¿Te preocupa?

—Me preocupa Claire, sí. No quiero hacerle daño. ¿A ti te preocupa?

—¿Por Cheever? Cielo santo, ¡no! Cheever no significa nada para mí —dijo Kitt—. Por mis hermanos, no. Por mis padres, sí. En mi familia, lo que está bien para los chicos no está bien para las chicas. Ma todavía cree que la Virgen Bendita llora

cuando silbo. Imagínate si supiera lo que acabamos de hacer. ¿Quién es Fruity Suarez?

—Estaba en nuestra clase, en Milford. Una vez hizo circular el rumor de que yo estaba fascinado por Constant.

—Bastante cotilla, el tal Fruity. —Se levantó y se puso la bata de Harrison. Se dirigió a un espejo y empezó a peinarse con su cepillo.

—Me gusta ver cómo te peinas —dijo Harrison. No podía apartar sus ojos de su rostro, su cuello, sus brazos desnudos, sus hombros.

Ella le sonrió a través del espejo, complacida por su mirada.

—¿En qué estás pensando?

—Quiero besarte ahí.

—¿Dónde?

—En el cuello. En la garganta.

—Me gusta, Harrison. Me gusta que vayas despacio. Cheever siempre iba demasiado rápido.

—¿De dónde han salido las flores? —preguntó él.

—Las he traído yo. Esto es tan monacal. Solo lo básico. Quería adornarlo un poco —dijo Kitt.

—Hay una foto de los gemelos.

—Pero sin marco. Puesta con chinchetas.

—Hay libros.

—Sí, muchos libros, pero no hay librería.

—Imagino que es solo temporal, hasta que sepa hacia dónde va mi vida.

—No me estoy quejando, ¿eh? Hasta le estoy cogiendo cariño al ambiente monacal. Siempre hemos vivido en salas y habitaciones decoradas, donde hasta el borde de los cojines combina con el color de las paredes. A Ma es lo que le gusta.

—Me acuerdo.

—Te quiero, Harrison.

—No digas eso.

—Sí, déjame. Si salgo mal parada, es cosa mía. ¿Qué más da?

—Oh, Kitt.

—He oído que la comida fue bien —dijo Kitt.

—¿Eso es lo que has oído? —preguntó Harrison, sorprendido.

—Es lo que me ha dicho Pa. ¿No fue así?

—Inconcluyente, diría yo. Tu padre es alguien que no acepta un no como respuesta, y yo dije que no.

—Dijo que odias mucho a Jerry.

—Esa parte de la historia es verdad.

—Pa dice que te va a enviar el helicóptero para que te lleve a Southampton el fin de semana. Nunca has visto esa casa. Es divina. Va a estar todo el mundo, la familia al completo. Será como un reencuentro.

Harrison emitió un gemido muy bajo.

—Podrías tratar de mostrar algo de entusiasmo, Harrison. Mucha gente se moriría por ir.

—¿Cómo es vuestra vida allí?

—Somos populares entre las estrellas de cine, los políticos y los *lords* y *ladies* ingleses cuando necesitan un lugar donde alojarse gratis mientras están de visita en América, pero a la gente bien nunca parecemos gustarle, nos mudemos donde nos mudemos, independientemente de lo grande que sea nuestra casa o de si les dejamos que utilicen nuestras pistas de tenis.

—Yo pensaba que eso ya no ocurría —dijo Harrison.

—Pues sí. No sé por qué, la verdad, pero nunca nos han aceptado en ningún sitio realmente. A Ma le entristece, ¿sabes? Le encantaría ser miembro de todos esos comités y juntas, no solo de los católicos. Pa siempre dice que con nosotros nos bastamos, con la familia, pero eso es solo fachada. Les molesta. Les molesta de verdad. Pero nunca lo dicen. ¿Irás, Harrison? ¿Por favor?

—¿Vendrás conmigo en el helicóptero?

—No. No quiero que Ma sospeche nada. Iré con ella y con varios de los hijos de Maureen en coche. Y otra cosa, Harrison.

—¿Qué?

—No debe haber ya-sabes-qué bajo el techo de Ma. Ni tan siquiera una mirada.

—No entraba en mis planes exponerme.

Ella se rio.

—Puedes exponerte ahora, si quieres. Incluso te puedo ayudar con la cremallera.

—Alguien ha llamado mientras te esperaba —dijo Kitt.

—¿Has contestado? —preguntó Harrison.

—Claro que no. Pero he escuchado el contestador. Era una tal Eloise Brazen. Ha llamado para decirte que Rupert du Pithon ha muerto esta mañana. Fue a enseñar su apartamento a un famoso de Hollywood y se encontró a Rupert muerto en la cama.

—Pobre Rupert —dijo Harrison.

—Lo vi varias veces. En Southampton. En Beverly Hills. Donde fuera que hubiera una fiesta, allí estaba él, hablando de cómo organizar las mesas. Qué hombre más absurdo.

—Puede. A mí me cayó bien. Le escribí su obituario. Gracias a él conseguí ver a Esme Bland.

—Me encontré a un pariente vuestro la semana pasada —dijo Harrison.

—Déjame que adivine: Fatty Malloy.

—No.

—Entonces, habrá tenido que ser Sis Malloy.

—No.

—No creo que tengamos más parientes. Sería un impostor. ¿Quién era?

—Rosleen Bradley.

—¿Rosleen Bradley? No conozco a ninguna Rosleen Bradley.

—Sí la conoces. Era criada en casa de tu madre, en Scarborough Hill.

—Oh, Rosleen. La que abría las puertas y pasaba los guisantes, como decía nuestra madre. Sí, la que estuvo casada con Desmond diez minutos, ¿verdad? Casi me había olvidado de ella. No estuvo demasiado con nosotros, ¿sabes? No me digas que se hace llamar Bradley, ¡por el amor de Dios! ¡Qué descaro! La señorita-como-se-llame, así la llamaba siempre Ma. Incluso Bridey creía que era impertinente, y Bridey estaba emparentada con ella. Cardenal hizo que anularan el matrimonio inmediatamente.

—Vive en Arizona.

—Eso no la convierte en familia nuestra, Harrison. Acabo de decirte que el matrimonio se anuló inmediatamente. No significa nada para nosotros.

—Tiene un hijo de Desmond. Eso lo convierte en tu sobrino.

—¡No puedes hablar en serio!

—Tiene veinte años. Rosleen lo llama Desi.

—¿Desi, como Desi Arnaz, el actor? —preguntó.

—Fue el mejor alumno de su promoción en el instituto. Ahora estudia en la universidad pública de Arizona, está en su primer año. Va a ser periodista.

—No me lo creo. Probablemente es un truco para sacar dinero. La gente sabe quiénes somos. Saben que hay dinero. Se creen que es inagotable —dijo Kitt—. Toda esa gente viviendo del cuento con nuestro dinero.

—Yo no llamaría a eso vivir del cuento —dijo Harrison—. Rosleen es auxiliar en una clínica dental. Recibe unos dos mil dólares al mes de Sims Lord. Eso es todo. Consiguió el trabajo para mantener al chico.

—No me lo creo —dijo ella otra vez.

—Lo vi. No hay duda de que es hijo de Des. La misma barbilla, el mismo hoyuelo. Esa dentadura grande y blanca tan Bradley. Una cabeza que nunca se quedará calva. Créeme, es un Bradley.

—No me parece que sea una buena idea sacar este tema el fin de semana —dijo Kitt.

—No tenía pensado hacerlo.

La casa de los Bradley en Southampton, de estilo palaciego y florentino, había sido construida en la década de los veinte por un magnate del ferrocarril cuyos descendientes, holgazanes y empobrecidos, se habían visto obligados a venderla en los años cincuenta por una nimiedad a un colegio femenino que dejó de funcionar en los ochenta. Se habló de que iba a derribarse. No era una casa práctica para los estándares de la época. Los recibidores eran grandes como salones, y los pasillos, anchos como galerías. Había catorce habitaciones, una sala de baile, un garaje para doce coches, una casa de invitados, un *cottage* para el jardinero y tres pequeñas casas más en la propiedad. Los altos ventanales del primer piso se asomaban a un elegante jardín, de setos de boj recortados, flores blancas y estatuas barrocas erosionadas por los elementos.

Todos los años, Gerald Bradley trasladaba allí a su familia desde la primavera hasta el otoño. Sally Steers, que se había convertido en la directora de la firma de decoración de Cora Mandell después de la muerte de Cora, fue llamada para poner la casa Bradley en orden. El melocotón y el verde fueron los colores escogidos para decorar los salones de la planta baja. «No verde verde, más bien verdecedón. Que sea brillante. Que sea liviano», imponía Sally mientras recorría la casa, con una libreta y un bolígrafo de oro en la mano, hablando muy rápido.

—Si lo que quieres es bailar, hay espacio más que suficiente en el salón delantero. Transforma la sala de baile en una sala de proyección. Puedes poner películas y todo el mundo querrá venir. Mandaré hacer unos sofás estupendos, de tres metros de largo, varias filas, tapizados en... oh, encontraré algo maravilloso, quizás en tono coral. Y sisal en el suelo. Divino, ¿no te parece? A ver, aquí, la galería, utilízala para recibir invitados. Es un sitio maravilloso para celebrar comidas y cenas. Seis, doce, treinta y seis invitados, los que sean, no importa. Pronto hay una subasta de muebles de bambú en Christie's. He visto el catálogo. Divino. Te conseguiré algunas cosas maravillosas. Y mucho mucho mimbre y algunas mesas maravillosas de hierro forjado para las terrazas. Cortinas holgadas, muy simples, en las ventanas; ondularán con la brisa cuando las puertas francesas estén abiertas. Será divino, formal pero informal, no sé si me entiendes. Perfecto para el verano.

A Grace todo le parecía bien. Sally Steers, a sus casi sesenta años, se había

convertido en una mujer formidable, haciendo suyos todos los gestos de la desaparecida Cora.

El único problema decorativo importante con el que se encontró fue tener que buscar el emplazamiento adecuado para la gran fotografía en color de Su Santidad el Papa que solía colgar sobre la chimenea de la biblioteca de la casa de Scarborough Hill. Grace insistió en buscarle un lugar prominente. «Vino a casa a tomar el té, ¿sabes?», dijo. Nunca se cansaba de repetirlo. «Sostuvo a Kitt en su regazo». Pero Sally no quería escuchar otra vez la historia. «No puedes colgarla en la galería, Grace, por favor. Ni en la sala de estar», gemía. Grace, sin embargo, se mostró inflexible. Al final, a regañadientes, se escogió la entrada principal. Se colgó sobre una consola ocupada por una fuente enorme llena de gafas de sol.

Como siempre, los Bradley tuvieron dificultades con los clubs. Como siempre, ciertos miembros de la vieja guardia no veían con buenos ojos los negocios de Gerald. El único club al que podía pertenecer, uno nuevo, era al que no quería pertenecer, preocupado de que lo relacionaran con el tipo de socios que aceptaban. Para evitar los cotilleos y la vergüenza que conllevaría ser vetado, su abogado, Sims Lord, que pertenecía a todos los clubs excepto al nuevo, aconsejó a Gerald que retirara su solicitud de admisión.

—No, no tiene nada que ver con tu catolicismo —dijo Sims, pacientemente—. Estás actuando como si los límites éticos del mundo en el que tú creciste todavía siguieran vigentes, Gerald. Y no es así. Oh, no quiero decir que no existan. Quiero decir que han cambiado hacia nuevas ideologías, que ahora están rascando las puertas. El problema está en que, por lo que parece, has hecho malos negocios con Webster Pryde, y Webster ha manifestado con vehemencia su aversión hacia ti. El padre y el abuelo de Webster fueron socios del club antes que Webster, así que cualquier cosa que Webster no quiera, tampoco la quiere el club.

Gerald sabía cuándo no tenía que presionar.

—¿Y el golf, entonces? —preguntó.

—Se pueden conseguir invitaciones. Yo me encargo —dijo Sims.

—Es importante que los chicos jueguen al golf. Y Kitt y Maureen también.

—Exigirá cierta planificación, Gerald, pero se puede hacer. Cada fin de semana seréis los invitados de un socio diferente. Tendrás que dejar que me ocupe de ello a mi manera. Y aquí tienes unos cuantos nombres de personas que deberías invitar a tus proyecciones. Odian hacer cola en el cine del pueblo.

El helicóptero aterrizó en el aeropuerto de East Hampton. Harrison cogió su bolsa de lona y la funda con el traje y fue hasta la terminal. Echó un vistazo. Constant no había ido a recibirle. Charlie, el chófer de los Bradley, tampoco. Entonces, se le acercó un hombre.

—¿Harrison, eres tú? El viejo me ha enviado a recogerte. No sé si te acuerdas de

mí. Soy Johnny Fuselli.

—Oh, hola, sí, me acuerdo. ¿Dónde está Charlie? Kitt me dijo que me vendría a buscar.

—Charlie se hace mayor. El viejo ahora le da dos días libres a la semana. Si te digo la verdad, se pone nervioso yendo con Charlie los viernes por la tarde, con el tráfico que hay. El viejo dice que hoy en día los Hamptons se llenan de la gente más inapropiada los fines de semana, y que las carreteras están colapsadas por completo desde los viernes hasta los domingos por la noche. Domingueros, los llama. Y luego está esa gente de los apartamentos. ¿Llevas maletas?

—Solo estas bolsas. Ya las llevo yo. Siempre había pensado que los helicópteros de los ricos aterrizaban en los jardines de sus propiedades.

—Los vecinos se quejaron. Los Pryde. Llamaron a la policía. Grace también se quejó. Dijo que le estropeaban las hortensias. Que se las arrancaban de cuajo. Al viejo Gerald no le importaban una mierda los vecinos, pero dejó de hacerlo por Grace. Gerald y Grace llevan casados casi cincuenta años.

—Sí, son un ejemplo —dijo Harrison.

—Todos se están volviendo viejos en esa casa. Bridey tiene casi setenta y todavía prepara tres comidas al día. Ahora también tiene que alimentar a ese montón de nietos. Y siempre se acuerda de cómo toma sus huevos cada uno de ellos. Y déjame que te diga una cosa, los hijos de Maureen son unos auténticos malcriados. Probablemente no debería haberte dicho esto.

—No soy de hablar mucho —dijo Harrison. Se metieron en una furgoneta Mercedes—. Bonito coche.

—Charlie cuida muy bien sus coches. Los limpia, los pone a punto, les echa gasolina, comprueba el aire de las ruedas —dijo Johnny—. Es una media hora en coche hasta Southampton. Depende del tráfico.

Harrison asintió.

—¿Sigues nadando tan bien?

Fuselli sonrió y se volvió hacia Harrison.

—¡Hombre!, ¿cómo te acuerdas de eso?

—Aquel verano en Watch Hill solía observarte con los prismáticos. Parecía que no fueras a dejar de nadar nunca.

—No puedo creer que lo recuerdes, un tipo famoso como tú.

—Me gusta nadar —dijo Harrison.

—¿Sí? He oído decir que ahora escribes libros.

—Sí.

—¿Sobre qué escribes?

—Criminales. Criminales que se libran del castigo, básicamente.

Johnny miró a Harrison. Condujeron en silencio durante un kilómetro.

—Sí, sigo nadando —dijo finalmente—. Es bueno para la barriga. A las chavalas les gustan los vientres lisos. ¿Te has dado cuenta de eso?

—Es un hecho que me ha señalado hace poco una mujer de Arizona llamada Maxine Lonergan.

—¡Maxine Lonergan! Vaya, ese es un nombre del pasado —dijo Johnny. En su rostro apareció una sonrisa benigna, el tipo de sonrisa que se materializa en el rostro de un hombre cuando escucha el nombre de una mujer con la que mantuvo una placentera aventura y de la cual se ha despedido hace tiempo, sin rencor—. ¿Dónde demonios conociste a Maxine Lonergan?

—Vive en un rancho a las afueras de Nogales. Ochocientas hectáreas. Cría ganado de Santa Gertrudis. Le ha ido bien.

—Dios mío, Maxine Lonergan —Johnny asintió mientras recordaba—. Me pregunto a quién le estará chupando la polla ahora. Déjame que te diga una cosa, Harry. Maxine Lonergan es una de las mejores chupapollas de toda la historia. En una escala del uno al diez, ella es un treinta y seis.

—Seguro que le hace mucha ilusión que la recuerdes con tanto cariño —dijo Harrison.

—Maxine Lonergan, Dios mío —dijo—. Entre nosotros, estrictamente confidencial, como decís en tu gremio: una vez organicé un encuentro entre Gerald y Maxine en Atlantic City. Al viejo Gerald le gusta el folleto, ¿sabes?, y tiene debilidad por la *fellatio*. Sabes qué quiere decir eso, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Oh, claro que lo sabes, siendo escritor y todo eso. Te sorprendería la cantidad de tipos que no lo saben.

—¿De verdad?

—Bueno, después de una hora con Maxine, Gerald pensó que se había muerto y estaba en el cielo. Le envió un abrigo de piel de una tienda francesa de Nueva York; no recuerdo el nombre. Solía decirme: «Oye, Johnny, consígueme a esa chica llamada Maxine», pero para entonces Maxine estaba con el gran hombre, y si uno sabía lo que le convenía, no jodía con la chica de Sal Cabrini. ¿Sabes, no?

—Eso creo.

—Si la memoria no me falla, el hijo era mariquita, ¿no?

—La memoria no te falla.

—No meé ni una sola vez en casa de Maxine sin que ese niño me siguiera hasta el lavabo, se pusiera en el urinario de al lado y me mirara el aparato.

—Está muerto.

—¿Sida?

—No, un disparo entre los ojos.

—¡No jodas!

—Estoy esperando que digas que murió como un hombre —dijo Harrison.

—Vale, tienes razón. ¿Sabes, Harry? Me gusta tener una conversación como esta contigo. Llevo con esta familia, vamos a ver... casi veinte años ya, y Grace no me ha hablado ni una vez, ni una sola vez. No eres como pensaba que serías. Me acuerdo de

cuando Constant y tú estabais en ese internado pijo, y mira, luego va y te conviertes en un hombre de éxito. Uno nunca sabe, ¿verdad?

—Tienes razón, Johnny. Uno nunca sabe.

Aunque Constant Bradley y Harrison Burns no se habían vuelto a ver más, a lo largo de los años fueron sabiendo el uno del otro. Constant echaba de menos a su amigo; a su manera, le guardaba luto. No habían tenido contacto durante los últimos dieciséis años. En ese periodo, Constant se había convertido en un importante foco de atención. A excepción de uno o dos incidentes menores, sus años en Yale habían sido todo y más de lo que su padre podría haber esperado. Era uno de esos estudiantes sobre los que la gente hablaba. Su apodo en el campus era «Magnífico». Cuando las chicas iban a New Haven los fines de semana para ver los partidos de fútbol, siempre les decían a sus acompañantes: «Dime quién es Constant Bradley». Durante los fines de semana pasaba cada vez menos tiempo en Scarborough Hill, y prefería visitar a sus amigos en Nueva York y en Long Island. «Todas las puertas están abiertas para él», fanfarroneaba Gerald, orgulloso. Su nombre y su fotografía aparecían con frecuencia en los diarios. En verano pasaba parte de las vacaciones trabajando en Washington, en la oficina de su hermano Sandro, que había dejado la Cámara de Representantes para convertirse en senador. Constant amaba la Colina^[6], como lo llamaba. Después de un periodo de seis semanas con Sandro, viajaba a Europa cada año, y allí combinaba periodos de diversión en la Riviera, donde alternaba con el grupo que rodeaba a las princesas de Mónaco, con otras semanas más serias, estudiando el inminente colapso de los regímenes comunistas en los Balcanes, tal y como le habían organizado los representantes de su padre. Después de graduarse se convirtió en un jugador de polo notorio, un pasatiempo que abandonó, por consejo de su familia, cuando, a los veintiséis años, se presentó y ganó un puesto en la Cámara de Representantes. Su boda con Charlotte Stafford, procedente de una vieja familia de Baltimore, tuvo lugar en la catedral de Mary Our Queen, en Baltimore, y estuvo seguida de una recepción en la granja Stafford, en Glyndon, Maryland. Clase. Eso es lo que todo el mundo decía sobre Charlotte Stafford. Tenía clase.

Debido a una peculiar coincidencia, la boda de Constant con Charlotte y la boda de Harrison con Claire Rafferty tuvieron lugar el mismo día, aunque en estados diferentes; un hecho en el que nadie reparó, a excepción de Harrison. La gran boda de Constant y Claire recibió una bendición papal y fue objeto de enorme repercusión mediática, mientras que la boda de Harrison y Claire en Filadelfia fue un asunto pequeño y privado, del cual no se informó en la prensa.

En el matrimonio de Constant Bradley no todo iba bien. Se produjeron varias rupturas y carísimas reconciliaciones. Gerald, que veía en Charlotte las cualidades perfectas para ser la esposa de su hijo favorito, acudía al rescate una y otra vez.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué es lo que va mal? —le preguntaba a Constant.

—Nos hemos hartado el uno del otro, imagino —decía Constant.

—Esa no es una razón suficiente.

—Cuando no se te pone tiesa es hora de cambiar, Pa.

—Haz el favor de madurar, chico. Madura. Necesitas a Charlotte. Nunca te olvides de eso.

Cuando Constant entró en el recibidor con suelo de mármol de la residencia Bradley en Southampton, esperaba que Constant lo recibiera, pero fue una joven sirvienta irlandesa, vestida con el uniforme rosa de la tarde y un delantal blanco, la que le abrió la puerta y le cogió la bolsa. Observó la elegancia de aquella estancia y de las habitaciones contiguas. Solo la enorme fotografía del Papa le resultaba familiar.

—La familia está fuera, jugando al golf —dijo ella. Hablaba con acento—. Volverán pasadas las cuatro. Bridey tenía muchas ganas de saludarle. ¿Quiere ir a la cocina antes de que le lleve a su habitación?

—Sí, claro —dijo Harrison—. ¿Por dónde?

—Por allí, a través del comedor. Ahora es su rato de descanso entre la comida y la cena, pero está esperándole.

—¡Bridey! —dijo Harrison cuando entró en la cocina. Estaba sentada en una cómoda butaca en una pequeña alcoba que había junto a la cocina, leyendo—. No, no te levantes. Ya voy yo. Estás estupenda, Bridey.

—Oh, no, me estoy haciendo vieja. Cumpliré setenta en agosto. Déjame que te vea, Harrison. No te has hecho muy alto. Tienes un aspecto tremendamente serio, pero siempre fuiste un buen chico, Harrison. Siempre bien educado. Siempre venías a la cocina para decirme «Gracias, Bridey» antes de volver al colegio. No muchos de los invitados lo hacían, ¿sabes? Y una vez, después de haberte hecho la colada, me diste una propina de dos dólares. Yo sabía que estabas en ese colegio elegante con una beca y que no te sobraban dos dólares, así que, por la noche, te puse el dinero en el bolsillo de los pantalones.

Harrison se echó a reír.

—¿Así fue como apareció aquel dinero, entonces? Tengo que darte un beso enorme por eso, Bridey.

—¿Todavía desayunas los huevos pasados por agua? ¿Cinco minutos?

—No, Bridey. Ahora solo tomo cereales con fresas y leche desnatada.

—Debería darte vergüenza. Se necesita un buen desayuno para empezar el día.

—Están todos fuera, ¿no?

—Volverán a tiempo. Golf, golf, golf, es la nueva moda. Todos juegan al golf. Incluso la señora, ¿te lo puedes creer? Y tampoco es que sea tan joven ya. Mira lo que estoy leyendo, Harrison. Lo sostengo así, con tu foto hacia fuera, y les digo a las chicas en misa, los domingos: «Resulta que conozco al autor».

—Oh, Bridey.

—Un hombre terrible, ese Max Goesler. Imagínate, hacerle algo así a una niña pequeña. Está muy bien que saques a la luz a esta gentuza. Y me alegro de que cogieran a los asesinos de tus padres. Menudo aspecto tenían en las fotos que publicaron en los periódicos. Drogados, ponía. Mira, ahí está el coche, han vuelto. Me alegro de verte, Harrison.

—Hola, Harrison —dijo Gerald—. Lamento que no hubiese nadie para recibirte. Pensaba que me iba a dar tiempo de estar de vuelta. Estaba jugando al golf con Des y con Sandro en el Maidstone Club, en East Hampton, y nos ha pillado un atasco tremendo. La gente con la peor pinta que hayas visto nunca y los peores coches del mundo. Esta gente se está cargando los Hamptons, la de los apartamentos y los domingueros que vienen a mirar las casas. Grace y las chicas están en una reunión del comité del baile del Hospital de Southampton de este verano. Espero que puedas venir a cenar con nosotros esta noche. Hemos reservado cuatro mesas.

—No he visto a Constant —dijo Harrison.

—Vendrá. Entre nosotros, ha tenido una pequeña discusión con su mujer. Nada serio, pero se ha retrasado. Ya sabes cómo son las mujeres, Harrison. Sé que a Constant se le van un poco los ojos con las faldas y, a veces, estos malentendidos ocurren.

—Usted no ha sentado un ejemplo particularmente bueno al respecto, señor Bradley —dijo Harrison.

—¿Qué quieres decir con eso, Harrison?

—Ha dejado usted un reguero de abrigos de visón de Revillon Frères de costa a costa del país.

Pillado en falta, Gerald sonrió.

—Supongo que se podría decir que soy un hombre con un sano apetito por los coños —dijo.

—Un apetito que ha heredado su hijo.

—Todos mis hijos, y lo digo con orgullo. Es una parte importante de la vida de un hombre. Aceptémoslo. Constant es joven y está loco por las mujeres —dijo Gerald.

—Nunca he estado seguro de ello —dijo Harrison.

—Oh, sí. Le gusta cómo caminan, hablan, sonrían. Encuentra a las mujeres embriagantes. Una vez me dijo que no podía imaginar un placer mayor en la vida que estar con la mujer a la que quiere. Ahí lo tienes, es un pensamiento hermoso.

Harrison le interrumpió.

—Entonces, ¿por qué les pega? —preguntó.

Gerald, atónito, hizo una pausa. Las aletas de su nariz se dilataron un poco. Dio un paso atrás y miró a Harrison con desaprobación, pero la suavidad de las palabras que siguieron ocultaron el enfado que mantenía bajo control.

—¿No te parece que ya ha sufrido lo suficiente por esa vieja acusación? —le

preguntó.

—No estoy seguro que *acusación* sea la palabra correcta, señor Bradley.

—¿Qué pasa? ¿No te gustan las mujeres, Harrison? ¿Qué ha pasado? ¿Tu matrimonio no ha funcionado? ¿Con quién te casaste?

—Con Claire Rafferty.

El gesto de Gerald sugería que el nombre le resultaba familiar.

—¿Quién? —preguntó.

—Fue dama de honor en la boda de Maureen. Usted trató de tirársela en la habitación de invitados de su casa de Scarborough Hill la noche anterior a la boda.

Gerald, momentáneamente desconcertado, se quedó mirando fijamente a Harrison. Habló con voz cordial, como si fuera la víctima inocente de una broma de mal gusto.

—No, no, no, aquí hay algún tipo de error. No deberías hacer bromas así, Harrison. A ver, espera. Espera. Creo que oigo un coche sobre la grava. —Se aproximó a una de las altas ventanas francesas, apartó una cortina ondulante y miró fuera—. Sí, sí, sí. Aquí está. Ese es el Testarrosa de Constant. ¿No es una preciosidad?

—Menudo coche —dijo Harrison, saliendo por la puerta principal.

—No está mal, ¿verdad? —respondió Constant.

—Y menuda casa.

—No está mal, ¿verdad?

—Jarrones en hornacinas. Muy West Egg.

—¿Muy qué?

—Gatsby. Parece la casa de Jay Gatsby.

—Oh, por Dios, ¿todavía sigues con lo de Gatsby?

Los dos amigos se miraron. Constant era esbelto y asombrosamente guapo. Se notaba que era consciente de que se había convertido en el foco de atención, pero también había cierta complacencia en su rostro, e, incluso, una leve expresión de aburrimiento. Harrison se preguntó si esa vida programada no había sido demasiado fácil para él. Constant extendió los brazos, caminó hacia Harrison y lo abrazó.

—Todavía tienes pelo —dijo.

—Tú también.

—Eso es marca de la casa —dijo Constant, riéndose—. No existe un Bradley calvo. Te he echado de menos, hijoputa. Te largaste y me dejaste tirado.

—Eso no es exactamente lo que pasó, Constant —contestó Harrison—. Nada por el estilo.

Con un gesto despectivo, Constant impidió que la conversación siguiera en esa dirección.

—Vamos a ver. Estás casado, lo sé. Tienes dos hijos. Gemelos. Niños. Y tienes

éxito. Camino a la fama, según he oído. Te he seguido la pista. Déjame que te mire. Estás estupendo. ¿Cómo te mantienes tan delgado?

—Nado a diario.

—¿Nadas? Ni siquiera llegaste a formar parte del equipo en Milford.

—Probablemente, ahora tampoco lo haría. La forma que tengo de nadar no tiene nada que ver con la rapidez o el estilo. Estoy más interesado en la distancia. Nado todos los días en mi club, pero en verano, o cuando estoy en Florida o en California, nado en mar abierto. Me marco objetivos. Es el único momento del día en el que no me siento angustiado. No me preguntes qué es lo que me angustia.

—Bueno, ahí en frente tienes un océano enorme.

—Puede que el agua todavía esté un poco fría.

—Johnny Fuselli usa un traje de neopreno.

—Quizás lo pruebo.

—Bien, estoy esperando —dijo Constant.

—¿El qué?

—Mi cumplido. ¿Qué aspecto tengo después de todos estos años?

—Veo tu foto constantemente en los diarios, así que no me sorprende que todavía seas el hombre más guapo que he conocido.

—La gente decía que estabas enamorado de mí.

—Un chico pobre enamorado de un chico rico. Nada más. Pasó hace mucho tiempo. Y se acabó. Fue algo puntual.

—Has cambiado —dijo Constant.

—Oh, eso espero —respondió Harrison.

Se sentaron en la habitación de Harrison y se pusieron al día. En el pasado, en Scarborough Hill, si la casa estaba particularmente llena compartían cuarto; si no, siempre ocupaban dos habitaciones que estaban conectadas por el baño. La de Harrison era la de Agnes; así la consideró él siempre después de que Grace la llamara de esa forma la primera vez que visitó la casa.

—Pa está impresionado contigo, se le nota. Te han dado el mejor cuarto de invitados de la casa —dijo Constant.

—Es magnífico. Nunca he dormido en una cama con un cabecero de capitoné y un dosel —dijo Harrison.

—Lo hizo Sally Steers.

—¡Sally Steers! No puedes hablar en serio. Tengo un *déjà vu*.

Se troncharon de risa.

—Ahora la relación es estrictamente profesional. Sally tiene casi sesenta años, y está un poco gruesa. Demasiados profiteroles. A Pa le gustan más jóvenes, y delgadas —dijo Constant.

—¿Dónde está tu habitación?

—Charlotte y yo nos quedamos en una de las casitas. Des y Lee, en otra. Maureen y Freddy, con todos esos niños, se alojan en la más grande. Sandro tiene un par de habitaciones al final del pasillo para cuando viene.

—¿Des está casado, entonces?

—Oh, sí. Desde hace años.

—¿Niños?

—Dos niñas. —Constant se puso de pie y miró el mar desde la ventana—. He oído que vas a lanzarme a la fama. Que vas a escribir un libro por mí.

—Le he dicho a tu padre que no. No puedo escribir ese libro por ti, Constant —dijo Harrison—. No me dedico a eso. Además, no me haría especial ilusión verte en los programas de la tele llevándote todos los méritos por un libro que he escrito yo.

—Me tienes que dar una razón mejor que esa —dijo Constant, riendo.

—Se lo dejé claro a tu padre, pero insistió en que viniera de todos modos para hablar del asunto. Ya sabes cómo es cuando quiere algo.

—Pero sería como en los viejos tiempos, Harry —dijo Constant—. ¿Recuerdas aquel discurso de Navidad, en Bog Meadow? Vaya exitazo tuve esa tarde gracias a ti. Esas viejas urracas estaban locas conmigo. ¡Oh!, y el ensayo para que me readmitieran en Milford después de que el gilipollas de Shugrue me echara. Aquello fue increíble. Y mi discurso de graduación.

—Fue la oratoria —dijo Harrison.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Estaba acordándome de una cosa que me dijo Kitt en Watch Hill. Vas en serio, ¿verdad? ¿Te vas a presentar a gobernador?

—Sí, claro. Pa cree que uno tiene más visibilidad como gobernador que como congresista.

—¿Por qué esa necesidad de ser siempre el centro de atención? Explícamela. Hay otras maneras de pasar por la vida, menos expuestas.

—Pa dice que soy un político nato.

—¿Realmente es lo que quieres, Constant? ¿O estás haciendo realidad la fantasía de tu padre de tener un hijo en la Casa Blanca?

—Sí, es lo que quiero.

—Sabes lo que pasará, ¿no? Todo aquel asunto volverá a salir a la luz. Lo que pasó en Scarborough Hill. Hay gente allí que...

—¿Sabes? Nunca he vuelto a tener un amigo como tú. En Yale, yo era lo más. Mi apodo era el Magnífico, ¿lo sabías? Era muy popular. Naturalmente, también había gente a la que no le gustaba, aunque nunca me ha importado demasiado lo que la gente piense sobre mí. Pero la cuestión es que nunca tuve un amigo de verdad al que contarle todo. ¿Te acuerdas de cómo hablábamos durante horas y horas sin parar?

—Sí.

—¡Oye! ¿Cómo está la tía Gert? Me he olvidado de preguntarte por tía Gert.

—Pobre tía Gert. Está en un asilo. En el asilo de Santa María. Gagá.

—¿Se acabaron los misioneros de Maryknoll?

—Se acabaron. Lo más increíble es que le da miedo la muerte. Ha tenido una existencia de bondad absoluta y tiene miedo de irse. Solía decirme: «Los Bradley, los Bradley, los Bradley. Eso es todo lo que escucho. Esa gente te tiene hechizado, Harrison».

—¿Lo estabas? Hechizado, quiero decir.

—Sois diferentes. Nunca he conocido a nadie como vosotros.

—No veo qué es lo que nos hace tan diferentes —dijo Constant. Sonaba irritado, como si ya hubiera oído eso antes.

—Ninguno de vosotros tendrá que ganarse la vida nunca. Ni vuestros hijos tampoco. Ni los hijos de vuestros hijos, muy probablemente. Tu padre ha ganado lo suficiente como para garantizaros el futuro a todos. Cada hijo y cada nieto recibe un millón de dólares al nacer que no puede tocar hasta que cumple los veintiuno, fecha en la que, si la época económica es de bonanza y se invierte sabiamente, algo casi seguro, el dinero se habrá convertido en un mínimo de seis millones para que el crío empiece en la vida. ¿Cómo que no ves lo que os hace tan diferentes?

—Pareces celoso —dijo Constant.

—No has entendido nada —dijo Harrison—. No creo en los fondos fiduciarios, y menos para los jóvenes. No permiten que la persona en cuestión se dé cuenta de sus verdaderas capacidades. Facilitan demasiados atajos y ponen las cosas demasiado fáciles.

Constant estaba dolido.

—Mi padre cree que, entrando en política, servimos a nuestro país, especialmente los chicos, y nos ha proporcionado lo necesario para que podamos hacer exactamente eso —dijo en tono acalorado.

Sentado entre el elegante grupo de comensales de una de las mesas cuidadosamente preparadas por Grace Bradley en la galería, Harrison se sintió ajeno a la mayor parte de las conversaciones, que en su mayoría consistían en cotilleos sobre fiestas a las que no había asistido y personas a las cuales no conocía.

—Me voy a la India, de gurú en gurú, con mi nuevo novio, que es demasiado joven para mí pero divino, ¡tan guapo! —explicó una mujer llamada Baba, que estaba sentada a su lado. Meditaba a diario, dijo. Aseguraba que había levitado en un *ashram*, en la India. Antes de comer, Grace le había susurrado a Harrison que procedía de la importante familia farmacéutica del mismo apellido.

—El cordero es divino, ¿verdad? Tan rosado. Es muy importante tener un carnicero que sepa cortar maravillosamente bien, ¿no os parece? —dijo otra de las mujeres que estaba sentada a su lado, llamada Lulu. Kitt y Constant, que nunca mencionaban a nadie que su abuelo había sido carnicero, se miraron el uno al otro y trataron de no reírse.

—Me encargo personalmente de arreglar las flores —dijo Grace—. Ni en sueños permitiría que alguien lo hiciera por mí.

—Está todo precioso, Grace —dijo un hombre que respondía al nombre de conde Stamirsky. Comía mucho y hablaba muy poco, y solo intervino en cinco ocasiones para repetir que Grace Bradley era una gran señora, ganándose de este modo la comida de ese día y la de los siguientes.

Los invitados hablaron de películas, de moda y de subastas. Un hombre llamado Sonny, que no era inglés pero hablaba con acento inglés, dijo que había hecho una oferta en Sotheby's por una colección de porcelana china que había pertenecido a Fitzy Montague, el mismo que había saltado desde la ventana del 740 de Park Avenue.

—Pobre Fitzy. Los pantalones del pijama le salieron volando durante la caída. Apuesto a que no lo sabíais —dijo Sonny.

—Sí, yo sí. Y tenía un grano en el culo, según he oído —dijo una *lady* inglesa llamada Honour, que sostenía un perro en el regazo.

—Bingo me contó un chistecito bastante gracioso sobre el sida ayer por la noche, en Fraziers —dijo Lulu.

—Ya nos lo sabemos —dijo Baba.

Hablaban del servicio y de casas de veraneo y de fiestas y bailes y de una boda en Pisa a la que todos iban a ir. Grace dijo que había conocido a siete primeras damas, y que a cinco de ellas las llegó a tutear. Hablaron de una pareja que no gustaba a nadie.

—Y su mujer tirándose al carpintero que les hizo la cubierta nueva de secuoya —dijo Lulu.

—Le está bien merecido —dijo una mujer llamada Thelma, nombre que pronunciaba como Telma—. Él es horrible.

—Sssh. Que no te oiga Grace. Está totalmente en contra del adulterio —murmuró Sonny.

Entró Bridey y todo el mundo la aplaudió por su *mousse* de higos. «¡Riquísima!», gritó Thelma, e intentó que todo el mundo se pusiera de pie para ovacionarla. Hubo muchas risas y mucho vino. «Es suficiente, Kitt. No bebas más vino», dijo Grace.

—¿Te ha aburrido esa gente, verdad? —le preguntó Kitt.

—La *crème de la crème* —dijo Harrison.

—Te ha parecido un horror, lo sé. Pero ni siquiera has tratado de integrarte.

—¿Para qué? No los voy a volver a ver jamás.

—Sí, los verás. Vienen esta noche a ver la película. Ma siempre los invita. He llegado a la conclusión de que Ma es una trepa. El año pasado nos dijo que no quería que la llamáramos Ma nunca más. Quería que la llamáramos «mami», pero ninguno de nosotros fue capaz de romper el hábito. Lo único que podíamos hacer era troncharnos cuando tratábamos de decirlo.

Harrison se rio.

—Después quiso que la llamáramos *mère*, al modo francés, por nuestros años en la embajada, y eso sí que nos volvía histéricos de la risa cada vez que lo decíamos, incluso a Mary Pat, que habla francés todo el rato, así que volvimos a Ma.

Harrison se rio de nuevo.

—Me voy a nadar —dijo.

—Hace demasiado frío.

—Le he pedido prestado el traje de neopreno a Johnny Fuselli.

—Brrr —dijo Kitt, como si tiritase de frío.

Gerald alentaba los esfuerzos de su esposa para moverse en sociedad, aunque no tenía ningún interés en la gente que ella frecuentaba. Casi nunca asistía a sus comidas ni a sus fiestas benéficas, y a menudo se reía por lo bajo con Jerry sobre el tipo de hombres que venían a comer. «Una pandilla de perdedores», decía.

—Muy bueno el obituario de Rupert du Pithon en el *Times* —dijo Grace—. Siempre creí que era un bufón, pero no sabía que había hecho todas esas cosas tan valientes en la segunda guerra mundial. Ganó una medalla. Imagínate. Rupert, nada menos. Naturalmente, Sally Steers lo odiaba. ¿Os acordáis del comentario tan feo que hizo sobre el traje de novia de la pequeña Sally? Aunque, en cierto modo, Rupert tenía razón, supongo. Toda esa nube de satén blanco cuando todo el mundo sabía que estaba embarazada de tres meses. Yo me moriría. Me moriría, así, sin más, si alguna de mis niñas hiciera algo parecido. ¿A dónde vas, Kitt?

—¿Cuántos kilómetros nadas? —le preguntó Constant.

—No demasiados. Quizás cinco. Mañana haré más —dijo Harrison—. Quizás nade nueve o diez. En Francia, una vez, superé los quince.

—Estoy impresionado. ¿Cuánto tiempo has estado hoy?

—Unas dos horas.

—¿Y a qué distancia de la costa?

—A unos doscientos metros. Pasadas las olas. Hay que evitar las algas. A continuación, siempre tomo dirección norte. Respiro siempre por el mismo lado y así puedo calcular la distancia hasta la orilla y asegurarme de que voy en línea recta. Mantengo un ritmo constante, sin cambiar la velocidad.

—Repito, estoy impresionado. Aunque desde niño me he pasado todos los veranos en la costa, me dan miedo las aguas profundas —dijo Constant—. El océano es algo tan enorme en comparación con lo pequeño que es uno...

—Eso es lo que me gusta —repuso Harrison—. Ese espacio vasto, líquido, debajo de mí, y la sensación de estar flotando en una zona desconocida.

—¿Es cuando dejas de sentirte angustiado? Eso es lo que me dijiste, que es el

único momento del día en el que no estás angustiado.

Harrison siguió hablando, como si no lo hubiera escuchado.

—Depende de la temperatura del agua, claro. La clave está en la respiración. La respiración puede cambiarte la vida. Después de una media hora llega una especie de sensación de euforia.

—Descríbemela.

—¿El qué?

—La sensación.

—Oh, diablos, no puedo describértela, Constant. Te sientes como si pudieras caminar entre el tráfico y los coches no te tocaran. Oye, ya basta, ¿dónde está la famosa Charlotte? Quiero conocerla.

—La famosa Charlotte y yo no nos hablamos.

—Esta es una información bastante relevante para un futuro candidato a gobernador.

—Lo arreglaremos. Siempre lo hacemos. Me gustaría que vieras cómo me ha enviado la ropa. Ciento cincuenta corbatas Turnbull & Asser metidas en una bolsa de la compra, como serpientes. Mis trajes colgados al revés. Trajes de Morty Stills, ¿te lo puedes creer? Dos mil dólares cada uno. No daba crédito.

—¿Pensabas que te lo iba a empaquetar todo en papel de seda? —preguntó Harrison.

—No estoy seguro de cómo debería reaccionar a lo que acabas de decir —dijo Constant.

—La has dejado por otra mujer, ¿verdad?

—Solo temporalmente.

—La dejas por otra mujer temporalmente. Le pides que te devuelva tu ropa. ¿No crees que a lo mejor tiene derecho a estar enfadada y a metértela de cualquier manera en una bolsa?

—¿Tú estás felizmente casado?

—No, no lo estoy. Pero fui yo mismo a recoger mi ropa.

—¿Cómo se llama la nueva criada, Bridey? —preguntó Grace.

—Debbie, señora —dijo Bridey.

—Eso me parecía haberle escuchado, sí. Pues no, Bridey, no quiero una criada que se llame Debbie. No me suena bien. Debbie. Es demasiado... bueno, no sé lo que es, pero no pega como nombre de criada. Dile que se lo cambie, ¿de acuerdo? Mary está bien. O Catherine. O Margaret. Ese tipo de nombre.

—Ya he hablado con ella sobre esto. Dice que no quiere cambiarse el nombre, señora.

—Bueno, si no quiere cambiarse el nombre, dile que no tiene por qué trabajar en mi casa y que muchas gracias.

—Sí, señora.

—¿No teníamos una Colleen? ¿Hace años? ¿En Scarborough Hill?

—Sí, señora.

—No distinguía entre derecha e izquierda, ¿te acuerdas? Yo le decía una y otra vez: «Sirve por la izquierda, recoge por la derecha», y nunca se acordaba. Decía que primero tenía que escribir «derecha» e «izquierda» en el aire para recordarlo. Me pregunto qué fue de ella. Llamemos Colleen a Debbie, Bridey. Ves, Bridey es un nombre bonito. ¿Por qué las niñas de ahora ya no se llaman Bridey?

—No lo sé, señora.

Llegó Charlotte. Condujo directamente hacia su casa, uno de los *cottage* situados al otro lado del garaje para doce coches, sin detenerse en la vivienda principal a saludar a Grace y a Gerald, como era la costumbre. Durante un minuto todos dejaron de hablar cuando vieron por la ventana cómo el Jaguar de color verde pasaba por delante a demasiada velocidad.

—Mis hijos están fuera, jugando en el jardín, Constant —dijo Maureen, indignada—. Deberías decirle a tu mujer que hay un límite de velocidad de treinta kilómetros por hora dentro de la propiedad.

—Oh, ¡que te den, Maureen! —replicó Constant.

—Ma, ¿has oído lo que ha dicho?

—Los niños están junto a la fuente, Maureen —dijo Grace—. Los puedo ver desde donde estoy sentada. No están cerca del camino.

—Es por principios, Ma. —Maureen se levantó y se acercó a la ventana—. ¡Winthrop! ¡Choate! ¿Dónde está la niñera? No quiero que juguéis en la fuente si no está la niñera. ¿Cuántas veces tengo que repetíroslo? —Se volvió hacia Freddy Tierney y le dijo—: Voy a despedir a esta niñera. Ahora mismo. Dejar a estos niños solos de esta manera...

—Esta mañana se encontraba fatal, ha vomitado —explicó Freddy después de que Maureen saliera de la habitación.

—Igual esta vez tiene trillizos y os supera en número de hijos a Pa y a ti, Ma —dijo Kitt.

—No digas tonterías, Kitt —contestó Grace—. Quiero que todas estas peleas se acaben antes de que llegue el padre Bill. Déjame ver tu labor de punto de cruz, Kitt. Oh, precioso, querida. Qué colores tan bonitos.

—El verde es mono, ¿no te parece?

—No es verde. Es celadón.

—¿No crees que deberías ir a tu casa a ver a Charlotte, Constant? —preguntó Gerald.

—Claro, Pa. Pero primero quería ir a la biblioteca a enseñarle a Harrison mis trofeos de polo.

—Ahora, Constant —dijo Gerald.

—¿Quién es el padre Bill? —le preguntó Harrison a Kitt.

—El nuevo sacerdote favorito de Ma.

—No puedo dejar de notar que no te has acercado a mí desde hace bastante tiempo. No me malinterpretes, Constant, no estoy deseando que lo hagas. Pero me gustaría dejar las cosas claras. ¿Estás liado con alguien más? ¿O estamos entrando en una nueva fase de nuestro matrimonio?

—Oh, venga, Charlotte.

—Cuando digo alguien más quiero decir alguien más a parte de las otras que ves a diario, de las de un polvo rápido. Alguien a quien estés viendo de forma seria, a eso me refiero.

—No, claro que no.

—No, claro que no —repitió ella, imitándolo—. Mentirías aunque la verdad sonara mejor, Constant. Este matrimonio ha sido todo pura apariencia, ¿verdad? Un largo paripé de diez años. Yo tenía la clase, y tu padre, la pasta. Veo con toda claridad, como si fuera vidente, cómo van a ser las cosas. Yo vestida con un traje de Adolfo, mirándote con amor mientras pronuncias un discurso tras otro, y el único que sabrá que no estoy escuchando ni una palabra de lo que dices serás tú.

—No, estás equivocada, Charlotte. No ha sido ningún paripé.

—Un paripé —repitió ella—. Eso es todo lo que ha sido.

—No. Te quería.

—Oh, por favor.

—Venga, Charlotte —dijo—. Pa se va a quedar sin un duro como sigas dejándome así. Venga, cariño. Te encuentro muy atractiva cuando te enfadas. Las mejillas sonrosadas de esta manera. Tus sobacos un poco sudados. Ese olor ligeramente dulzón. ¡Oh, vaya, vaya, mira lo que tenemos aquí! Mira quien se ha puesto un poco dura. Creo que voy a necesitar que me eches una mano...

A ella le sorprendía sentirse tan atraída físicamente por una persona a la que despreciaba de aquella manera, tanto antes como después de hacer el amor. Daba igual lo fuerte que fuera su intención de resistírsele: bastaba con que se desabrochase la camisa y le enseñase el pecho o se bajara la cremallera de la bragueta y le colocara su mano dentro, encima de su pene, para que ella cayera de rodillas y le rogara con ansia que se lo quitase todo y, con el rostro en su entrepierna, le hiciera lo que quisiera.

Cuando terminaron, él le dijo:

—Después de ducharte ven a la casa grande. Quiero que conozcas a mi amigo Harrison.

—Ah, sí, Harrison. El viejo amigo de la familia, el que va a escribir ese libro que vas a firmar tú y que va a servir para que todos los votantes del estado piensen que

eres un tipo normal, ¿no?

—Cuando quieres puedes ser una verdadera zorra, Charlotte.

—No me llaman rica y despiadada por nada, Constant.

—Soy Harrison.

—Ah, sí, el viejo amigo del colegio —dijo Charlotte cuando finalmente conoció a Harrison junto a la fuente. Se miraron el uno al otro, evaluándose.

—¿Qué ocurre cuando te encuentras con toda esa gente sobre la que escribes? —preguntó ella, saltándose los prolegómenos habituales tras conocer a alguien.

—Normalmente, están en prisión —contestó Harrison.

—La señora Goesler no lo está. La señora Renthal tampoco. Me refiero a las chicas que dejan atrás.

—No nos movemos en los mismos círculos.

—No, supongo que no. Me da pena Ruby Renthal. ¿Te apetece caminar un rato? —le preguntó—. No puede ser que solo nades.

—Claro.

—Creía que no me ibas a gustar —dijo ella.

—Yo también esperaba que no me gustaras —replicó Harrison.

Ella le sonrió.

—Probablemente has escuchado cosas terribles sobre mí, de boca de Kitt y Constant. Y de Maureen. Y de Jerry, esa persona horrible. Lo odio, ¿tú no?

Harrison sonrió.

—Nunca fue mi favorito de la familia —dijo.

—¿No te parece raro que tú seas el único amigo de verdad que ha tenido mi marido? —preguntó Charlotte—. Habla de ti todo el rato. Cuando supo que venías este fin de semana, estaba loco de contento.

—Eso fue hace años.

—Esa es la historia de su vida. Es rico, guapo, deslumbrante, ingenioso, encantador. La gente hace cola para verlo, quiere estar cerca de él. Es maravilloso en campaña. Gente nueva y ciudades nuevas cada día. Ahí es cuando está en plena forma. Le dice a cada uno la cosa adecuada en el momento oportuno. Perfecto, apropiado, el encanto personificado. Pero lo que he descubierto a lo largo de los años es que nadie permanece a su lado durante demasiado tiempo. Ni siquiera tú. Al final, la gente descubre que las mismas cualidades que al principio lo hacían atractivo son las que enmascaran sus defectos. Todo el mundo lo sabe, menos su padre.

Aquella no era una conversación que Harrison deseara seguir manteniendo. Cambió de tema.

—¿Cómo es ser parte de la familia?

—Extraño. Difícil. Yo fui hija única. Vengo de una de esas viejas familias de Baltimore a las que se les agotó la energía, y no digamos el dinero. Nunca podía estar

segura de si al año siguiente papá tendría fondos suficientes para enviarme de nuevo a Foxcroft. El año de mi puesta de largo no había presupuestado para un baile, así que me tuve que conformar con una merienda. Si no hubiera sido guapa y popular, hubiera sido la burla de todos. Entonces conocí a Constant. Mi abuela era católica, así que eso sumaba puntos. Él era la cosa más bella que había visto en mi vida, y tan rico. Papá estaba exultante, como es natural, aunque no podía soportar a Gerald. «Irlandeses de mierda», así es como los llamaba a todos. Yo le dije: «Si sabes lo que te conviene, papá, destierra esas palabras de tu vocabulario para siempre».

»Lo que pasa con los Bradley es que te casas con toda la familia, con ese vasto ejército de gente, y no tienes intimidad alguna. Todos los fines de semana juntos. Veinte personas o más sentadas a la mesa en cada comida. Los hijos malcriados de Maureen gritando durante toda la cena. Y ahora que Grace tiene tanta vida social, cada día vienen a comer los parásitos más indeseables. Naturalmente, nunca he creído que Grace sea tan ciega como para no ver lo que pasa en la familia, a diferencia de lo que todo el mundo piensa. Y en cierto modo, me gusta el viejo Gerald, con sus maneras duras y ásperas: cada vez que chasca los dedos, todos sus hijos se ponen firmes, y eso que ya están en los treinta y los cuarenta. Veo que guardas un silencio de lo más diplomático.

—Hasta ayer, llevaba años sin verlos —dijo Harrison.

—Nunca he sido realmente un miembro de la familia. Llevaba dos años casada con Constant cuando me enteré de que existía una hermana llamada Agnes que está interna en un manicomio no sé dónde, o que Des se casó con una criada.

—Tienden a silenciar estas cosas.

—¿Qué es lo que tienes, Harrison? Me siento como si hubiera venido a confesarme.

Harrison se echó a reír.

—De hecho, me gusta bastante ser católica. Adoro la confesión. Oh, y espera a vernos en misa el domingo. La gente hace cola para mirarnos. Eso también me gusta. Y mi gesto de admiración cuando Constant da un discurso es mucho mejor que el de Nancy Reagan, aunque lo haya oído mil veces. Por supuesto, no lo estoy escuchando, pero nadie lo sabe. Te apuesto lo que quieras a que Nancy tampoco escuchaba.

Harrison volvió a reírse.

—No me parece que seas tan mala como pretendes parecer.

—No vas a escribir ese estúpido libro para Constant, ¿verdad?

—No.

—Ya me lo imaginaba.

—Tenemos cosas de las que hablar, Harrison —dijo Constant—. La misa en el pueblo es a las ocho y media y a las diez. Bridey y las criadas normalmente van a la de las ocho y media y nosotros a la de las diez. Luego, desayuno en familia. Después de eso

podemos pasar el día juntos. Caminar por la playa, hablar, discutir el planteamiento del libro. Va a ser estupendo trabajar juntos.

—Ve tú. Yo te esperaré aquí.

—¿No vas a la iglesia?

—No voy a la iglesia —respondió Harrison—. Ya no practico.

—¿Desde cuándo?

—Desde que no puedo recibir la comunión.

—¿Por qué no puedes recibir la comunión?

—Porque fui testigo de un asesinato y no hice nada al respecto. No es el tipo de cosas que puedes decir en confesión y esperar que el cura te dé la absolución. Por lo visto, tú no tienes los mismos escrúpulos.

—Por el amor de Dios, Harrison. —Constant miró hacia la puerta cerrada, como si Harrison hubiera pronunciado palabras de una vulgaridad inenarrable frente a su madre. Cualquier referencia a esa noche tan lejana en Scarborough Hill era ignorada, como si no se hubiera dicho. Era algo de lo que nunca se hablaba—. Mi padre creyó... —Constant se calló antes de completar su frase y se dio la vuelta.

—Oh, por supuesto. Entiendo. Tu padre creyó que no sería bueno para la carrera política de su hijo no ir a misa ni recibir la comunión. Vuestro cardenal Sullivan, ¿os dio una dispensa especial? ¿O solamente confiesas los pecados de jodienda y bebida e ignoras el de asesinato?

—¿Qué te pasa, así de repente, Harrison?

—No es de repente.

—Ya basta. No me acuerdo de nada de lo que estás hablando.

—Sí, sí que te acuerdas, Constant. Es una gran nube negra cerniéndose sobre nuestras cabezas. El tema que no se menciona. Lo que fingimos que no pasó. Lo que bloqueamos de nuestras mentes y llevamos arrastrando desde hace años. ¿Me atrevo a decir las palabras? Winifred Utley.

Constant, respirando con fuerza, se quedó mirando fijamente a Harrison y negó con la cabeza, moviendo sus manos frente a él, como si estuviera repeliendo una maldición.

—No debería haber venido —dijo Harrison—. Mi vida estaba yendo bien, a su modo enfermo y neurótico, que es el modo que he aprendido a considerar normal. Había aparcado todo esto en algún lugar recóndito de mi cerebro. Entonces tu importante padre empieza a interferir. «Escribe un libro para mi hijo. Será bueno para él», me dice, sin dejar de dar caladas a su jodido puro. Yo no quería venir. No quería pasar el fin de semana aquí. Pero como siempre sucede con vosotros, de pronto me volví a sentir otra vez como el colegial pasmado de antaño y acabé haciendo lo que queríais que hiciera, no lo que yo quería hacer. Tú y yo no deberíamos volver a vernos nunca, Constant.

—Te estás poniendo histérico —dijo Constant.

—Sí, ¿verdad? Pues no me da vergüenza mi histeria. No soy capaz de mantener la

compostura como tú. ¿De dónde viene esta contención tuya? A mí me devoran por dentro las cosas que sé, y no soy responsable de ellas, mientras que tú, que eres el responsable, actúas como si lo que pasó fuera algún tipo de inconveniente en tu vida, como aquella vez que te expulsaron del colegio por leer revistas porno. Desde que te he vuelto a ver, solo puedo pensar en esa noche.

—Después de todo, no fue premeditado —dijo Constant.

—¿Cómo dices? ¿Cómo fue, entonces?

—Eres muy pesado, Harrison. Es agua pasada, está olvidado. ¿Por qué sigues dándole vueltas?

Constant se levantó y caminó lentamente hacia Harrison. Lo cogió y lo atrajo hacia él, respirando con fuerza y mirándolo fijamente a los ojos. A continuación lo besó en los labios y lo abrazó cubriéndolo con su propio cuerpo.

Harrison, impasible, ni se resistió ni consintió.

—No, Constant, así no vas a conseguirlo.

—La tengo dura.

—Yo no.

—¿Quieres verla?

—No, no quiero.

—Hubo un tiempo...

—Sí, hubo un tiempo, pero de eso hace mucho, y éramos muy jóvenes.

—Recuerdo cuando nos la pelábamos en el colegio, mirando la *Playboy*. Tú siempre me mirabas a mí, no a las fotos de los coños —dijo Constant.

Harrison permaneció impasible.

—¡Se acabó! ¡Fuera! —dijo, apartándose de Constant—. Siempre has hablado muchísimo de erecciones, ¿te das cuenta? Me pregunto si te cuesta tener una y mantenerla, y si la rabia que eso te provoca fue la causa de que hicieras lo que hiciste. ¿Qué pasó esa noche? ¿La esperaste en el camino hasta que volvió de casa de los Wadsworth?

Constant, furioso, le dio un empujón.

—Hemos hecho mucho por ti en esta familia —dijo. El tono de su voz era desagradable.

—Escúchame, hijo de puta, vosotros no habéis hecho por mí tanto como yo por vosotros —dijo Harrison, igualando el tono de voz de Constant—. Mataste a una mujer y yo me he callado la boca por ti. Te odio por haberme involucrado en ese acto horrible. ¿Qué más quieres de mí, joder?

Constant, que por un momento pareció asustado, lo miró:

—Esa noche podrías haber dicho que no, lo sabes, ¿verdad? —dijo—. No te obligué a que me ayudaras. Venías con ganas suficientes.

—Lo siguiente que habrías maquinado es que fui yo quien cogió el bate y le partió la cabeza. Abre los ojos, Constant. Nuestro *affaire* escolar hace mucho que se terminó. Sé quién eres. Lo sé todo sobre ti. No quiero más juegos entre nosotros.

Háblame de Maud como se llame.

—¿Maud?

—Sí, Maud. La del hotel de Chicago, la que se abrió la cabeza contra una mesita de noche y recibió diecisiete puntos. Seguro que te acuerdas de Maud.

—Te refieres a Maud Firth.

—Sí, Maud Firth.

Constant hizo un gesto displicente.

—Estaba borracha. Se cayó. Eso fue todo. ¿Cómo es que conoces a Maud Firth?

—Es la prima, o algo parecido, de Fruity Suarez. Me lo contó Fruity.

—¿Quién es Fruity Suarez?

—El chaval al que le measte encima en Milford.

—Oh, ella. Fruity. ¿No la echaron por chuparle la polla a alguien? ¿O por tratar de hacerlo? ¿Cuántos años tiene? Me imagino que continúa persiguiendo a licenciados. ¿Ahora la escuchas a ella? ¿Esa es tu fuente de información? ¿El puto Fruity Suarez?

—Un buen discurso. *Ella*. Eso te va a ayudar mucho con el voto gay cuando te presentes a gobernador —dijo Harrison.

—¿Cómo se ha metido Fruity en esto?

—Apareció como de la nada hace unos años. Me llamó un día a las dos de la madrugada. Despertó a mi mujer. Maud fue a buscarlo después de que tú la dejaras tirada en la habitación del hotel. Le daba miedo acudir a sus padres. Tu versión de lo que ocurrió esa noche es bastante diferente a la de Fruity.

—He oído que te estás follando a mi hermana —dijo Constant.

—Qué manera tan Bradley de describirlo.

—Mi padre dice que parece que tienes debilidad por sus hijos.

—Dile a tu padre que Eloise Brazen dice que follaba bastante bien para ser un viejo.

—¿Quién es Eloise Brazen?

—No tienes memoria para los nombres, Constant. Una mala cualidad para un político. Eloise Brazen es la mujer a la que llamaste, buscando a tu padre, la noche que mataste a Winifred Utley.

—Baja la puta voz, Harry. Estamos en casa de mi madre. No todo el mundo entiende tu sentido del humor.

—¿Humor? ¿Eso es lo que es?

—Sabes lo que pasa, que no me acuerdo de nada de lo que pasó esa noche. Absolutamente de nada.

—¿No te acuerdas?

—No, no me acuerdo de nada.

—Ya veo. La vieja excusa del apagón, ¿no? Estaba borracho y no me acuerdo de nada, así que no soy responsable.

—Si alguna vez se llega a eso, sí.

—Podría desmontarte la historia en segundos —dijo Harrison.

—Pero no lo vas a hacer —dijo Constant.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, y punto.

—Tienes razón, Constant. No lo haría.

—¿Es verdad? —preguntó Constant.

—¿El qué? —dijo Kitt.

—Harrison y tú. ¿Os estáis acostando?

—No me vas a dar lecciones de moral, ¿verdad, Constant?

Kitt y Constant, los dos hermanos pequeños, habían sido en tiempos el favorito el uno del otro. Eran los más jóvenes, compartían secretos y hablaban del resto de sus hermanos constantemente. Kitt entendía los cambios de humor de Constant. Sabía que, llegado cierto punto, él no se había sentido preparado para afrontar las grandes expectativas que su padre tenía puestas en él. «Debería haber sido Jerry», le confesó una vez. «No yo».

—¿Qué pasa con Cheever? —le preguntó Constant.

—¿Qué pasa con él?

—Todavía estáis casados.

—En tu caso, estar casado no parece haber frenado tus hábitos caprichosos. Ciertamente, de entre todas las personas, no vas a ser tú quien me hable de la santidad del matrimonio, ¿verdad?

—Es diferente.

—No lo es, Constant. Eso es lo que piensa Pa. Los hombres pueden hacerlo pero las mujeres no. Nunca vas a ganar unas elecciones con esa mentalidad. Puede que ni siquiera yo vote por ti.

Caminaban por la playa. A lo lejos, podían ver a Harrison nadando. Los dos lo observaron.

—¿Sientes curiosidad por él? ¿Es eso? ¿Sientes curiosidad por cómo es, Constant? Es maravilloso. ¿Responde esto a tu pregunta?

—No me refería a eso.

—Yo creo que sí.

—Ha perturbado nuestro hogar viniendo aquí —dijo Constant.

—Él no quería venir. Pa insistió. Yo insistí. Tú querías que viniera. Él no quería —dijo Kitt.

—Creo que igual está un poco loco, Kitt. Ve con cuidado con él.

—¿Qué es lo que hay entre vosotros dos que no entiendo? —preguntó Kitt.

Grace Bradley estaba sola, sentada en el salón de tonos rosados de su casa, rezando

un rosario. El aroma de las peonías marchitas inundaba la habitación.

—¿No está usted viendo la película, señora Bradley? —le preguntó Harrison desde el vestíbulo, mientras entraba.

—No, definitivamente no, después de lo que el padre Bill me ha dicho sobre esa película. Esa mujer, Madonna, es una deshonra. El Vaticano ha pedido a los católicos que boicoteen sus conciertos en Italia. ¿Lo sabías? No me gusta que se proyecten películas tuyas en mi casa —dijo Grace.

—Pues sus amigos parecen estar disfrutando en la sala de cine —señaló Harrison—. Sonny, Baba y Thelma.

—Ella lo pronuncia Telma. ¿Constant está allí?

—No lo he visto. Pero a Charlotte, sí.

—Pasa y siéntate, Harrison. No me has dicho ni palabra durante todo el fin de semana. Recuerdo las agradables charlas que teníamos en Scarborough Hill.

—Sí, yo también las recuerdo, señora Bradley.

—Después de tantos años podrías llamarme Grace, ¿sabes? Siéntate aquí. Esta poltrona es realmente confortable. Solo tienes que cambiar de sitio el cojín, si te molesta. Bonito, ¿no? Kitt hizo el punto de cruz y Sally Steers consiguió los flecos en París.

Harrison cambió el cojín de sitio y se sentó junto a Grace.

—¿No es estupendo que Kitt se encontrara contigo en Maine de esa manera? Y aquí estás, de vuelta en la familia. Creo que hay cosas que están destinadas a pasar, ¿tú no? ¿Viste a Agnes?

—Sí.

—¿Cómo la encontraste?

—Como no la había visto nunca antes, no tengo con qué comparar.

—Pobre Agnes. Siempre quiso ser monja, desde que era pequeña. Siempre tuvo vocación. Estaba rezando el rosario por ella. Rezo uno cada noche por ella, antes de acostarme. Me siento aquí, después de que se marchen los invitados. Nunca entra nadie —dijo, sonriéndole y sosteniendo las cuentas de plata.

—¿Echa de menos la casa en Scarborough Hill? —le preguntó él.

—Sí, la echo de menos. Me encantaba esa casa. La construimos nosotros, ya sabes. Tiramos abajo la vieja casa del gobernador Scarborough, que había estado allí durante años y años, y construimos la nuestra. Oh, qué revuelo provocó aquello. Toda la vieja guardia de Scarborough Hill se puso en nuestra contra. Louise Somerset, nuestra vecina, no me habló durante años. Ella había nacido en Scarborough. Pasamos unos años felices allí, mientras los niños crecían. Las otras casas en las que hemos vivido, como esta y la de California y el apartamento de Nueva York, son casas hermosas, pero son los sueños de otras personas, no los míos.

—He oído que Sis Malloy vive allí —dijo Harrison.

—Sí. Sis. Un encanto. Un día volveremos, estoy segura. No has traído a tu esposa contigo.

—No.

—¿Trabaja?

—Es editora.

—Imagino que no necesitáis a una niñera para vuestros hijos, ¿verdad? Maureen acaba de despedir a una buenísima. Una prima de Bridey.

—Tenemos una *au pair*. Una chica suiza.

—Es extraño lo de Maureen. No le dura nada el servicio. ¿Sabes cuántos años lleva Bridey conmigo? ¿Y Charlie? He perdido la cuenta, la verdad, pero desde que los niños eran muy pequeños. Es muy importante saber cómo tratar al servicio, ¿no crees?

—Imagino. No es algo con lo que haya tenido que lidiar —dijo Harrison.

Inevitablemente, Grace llevó la conversación hacia el catolicismo.

—¿Te casaste con una católica?

—Sí.

—¿Tus hijos están bautizados?

—Sí.

—Me he dado cuenta de que no has ido a misa hoy.

—No.

—No apruebo que eso ocurra bajo mi techo.

—Tengo treinta y cinco años, señora Bradley. Con todo el respeto por su opinión, creo que eso es asunto mío.

Grace, atónita por la respuesta de Harrison, dejó el tema. Estaba acostumbrada a que la gente le dijera «Sí, Ma» o «Sí, señora Bradley» cuando emitía sus dictámenes sobre prácticas religiosas. Harrison ya no era aquel niño dócil que recordaba, tan obediente a las sugerencias de los Bradley como lo eran Sis y Fatty Malloy.

—Sí, por supuesto —dijo finalmente—. Quizás vuelvas a ir un día. Espera a sufrir la primera tragedia de tu vida. Es lo que suele pasar. ¿Tu mujer va a misa?

—Mi mujer y yo estamos separados, pero no creo que vaya.

Se quedaron en silencio. En ese momento, Kitt entró en la sala.

—Harrison se casó con Claire Rafferty, Ma —dijo—. ¿La recuerdas? Fue dama de honor en la boda de Maureen.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? —Su expresión adoptó un aire disgustado—. Bueno, es tarde, por lo menos para mí. Buenas noches a todos.

—Buenas noches, Ma —dijo Kitt.

—Buenas noches, señora Bradley —dijo Harrison.

—Dile a la nueva criada que retire las peonías, ¿de acuerdo, Kitt? Creo que se llama Colleen. Las peonías se están marchitando, díselo.

—Sí, Ma.

—Todavía puedo ver ese precioso vestido de dama de honor metido en la papelera —añadió Grace sin dirigirse a nadie en particular, mientras subía las escaleras—. Costó setecientos dólares, bastante dinero para 1973.

Kitt observó a su madre hasta que esta llegó al final de las escaleras y enfiló el pasillo hacia su habitación.

—Probablemente deberías haber ido a misa, Harrison, visto lo mucho que significa para ella. ¿Qué más te daba? Es solo una hora de tu vida.

Harrison no dijo nada. Kitt siguió hablando:

—Aunque solo sea por el espectáculo que montamos, con la gente esperando fuera de la iglesia para ver a Constant y a Charlotte con sus hijos. Cuando caminan por el pasillo para ir a sentarse parecen la familia ideal del sueño americano. Sea lo que sea lo que pase entre ellos en privado, nunca dirías que algo va mal cuando los ves juntos en público. Los dos saben cómo actuar. Ella lo hace tan bien como él. Pa se limita a sonreír con orgullo cuando todo el mundo mira a Constant. No me sorprende que quiera que Constant sea presidente.

Harrison seguía sin decir nada.

—No puedo llamar a la nueva criada a esta hora —dijo Kitt. Cogió el jarrón de peonías blancas de encima del piano y lo llevó hasta el recibidor, donde lo colocó en la consola, bajo la fotografía del Papa. Cuando volvió, la sala de estar estaba a oscuras.

—¿Harrison? —dijo.

—Estoy aquí. He apagado las luces —dijo él, en voz baja.

—Oh, cariño —susurró ella, caminando hacia su voz. Se besaron en la oscuridad, los brazos de uno envolviendo el cuerpo del otro. Él le deslizó la mano bajo el vestido —. Sí, sí —murmuró ella.

—¿No llevas sujetador? —susurró él.

—Por si surgía una oportunidad.

—Ha surgido.

—Dos días enteros sin tocarte. Creía que me iba a volver loca —dijo. Se besaron de nuevo, de forma cada vez más apasionada. El corazón les latía con fuerza. Harrison alcanzó la parte baja del vestido y se lo subió. Le colocó la mano entre las piernas y, sujetándola con suavidad, la fue deslizando adelante y atrás mientras continuaban besándose, sus lenguas apretadas.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró ella. Le desabrochó la cremallera del pantalón y metió la mano dentro para asir con firmeza su pene erecto.

—Oh, cariño —susurró Harrison—. Oh, Kitt.

Kitt se puso de rodillas y se metió el pene de Harrison en la boca. Ambos se abandonaron al placer mutuo.

Desde el vestíbulo principal llegó el sonido de unos tacones estridentes martilleando el suelo de mármol.

—¿Ma? ¿Ma? ¿Por qué están apagadas todas las luces? —Era Maureen—. ¿Ma? La niñera me ha robado dos de mis mejores jerséis de cachemir antes de irse de vuelta a Nueva York, después de despedirla. ¿Ma? —Encendió el interruptor y la habitación se inundó con la luz sonrosada de todas las lámparas.

Allí, al fondo, frente a la chimenea, estaban Harrison y Kitt, él de pie, ella arrodillada. Maureen emitió un grito ahogado. La mera idea de lo que estaba viendo la horrorizaba, le hacía estremecerse y enrojecer. Lo primero que hizo fue persignarse.

—¡Dios santo! ¡Virgen santísima! En mi vida jamás jamás jamás he visto una cosa más asquerosa. ¡En casa de mi madre! ¿Cómo habéis podido? Tápatelo los pechos, Kitt. ¿Cómo has podido caer tan bajo?

Kitt se puso de pie y se colocó el vestido, bajándose la falda y arreglándose la parte de arriba. Harrison se agachó y se subió los calzoncillos, que se le habían caído hasta los tobillos, y luego volvió a agacharse para subirse los pantalones. Se los abrochó y se subió la cremallera.

Maureen, respirando entrecortadamente, los miró con disgusto.

—Será mejor que vayas arriba, Harrison —dijo Kitt, con calma—. Yo me encargo de esto.

—¿Estás segura? —preguntó él.

—Desde luego.

—¿Estarás bien?

—Sí. Buenas noches.

—Buenas noches.

—Te quiero, Harrison.

Harrison salió de la habitación sin mirar a Maureen. Ella lo siguió con la vista, con el odio asomando en su rostro. Las dos hermanas lo observaron mientras subía las escaleras.

—¿Te interesa saber que hoy mismo la nueva criada, Debbie o Colleen o como se llame, lo vio besando a tu hermano? —le preguntó Maureen.

—No digas tonterías —respondió Kitt.

—Tu actitud es deplorable. —Maureen se giró hacia su hermana—. Los animales se comportan mejor. ¡Los animales! ¿Quieres matar a tu madre? Porque eso es lo que pasaría. Se moriría si se enterara de esto. Liada con ese parásito, con Harrison Burns. Consiguió todo lo que pudo de esta familia, nos dejó tirados y ahora ha vuelto para tratar de gorronearnos más.

—Como siempre, Maureen, lo has entendido todo mal —replicó Kitt—. Espero que no te dé la impresión de que es un gran fan tuyo.

—Me resulta completamente indiferente lo que él piense de mí. Es un hombre casado, de la misma forma que tú eres una mujer casada, a los ojos de Dios. Y casado con esa mujer espantosa, Claire Rafferty, para colmo. Esa es la única parte de este episodio horrendo que me causa algún placer. ¿Sabes lo que hizo en mi boda?

—Oh, por favor, Maureen. No empieces otra vez con lo del vestido de dama de honor de setecientos dólares. Todos hemos oído la historia mil veces.

—Fue una de las cosas más groseras que he visto en mi vida —dijo Maureen.

—Resulta que me encuentro en una extraña posición respecto a Claire, y sería la

última persona en el mundo que saldría a defenderla, ya que estoy follándome a su marido en este momento, además de chupársela, como acabas de ver claramente, pero estaba en todo su derecho de tirar su vestido a la basura. Si me hubiera pasado a mí lo que le pasó a ella, lo hubiera tirado al váter, no a la papelera.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué le pasó? —preguntó Maureen.

—Adivina. *Adivina*, Maureen. Lo mismo que le ocurrió a Mary Elizabeth Moylan cuando vino a visitar a Mary Pat a la embajada en París. Y lo mismo que le ocurrió a Puff Rooney cuando vino a casa conmigo desde el Sagrado Corazón. La razón por la que ninguna de tus amigas quería quedarse a dormir en nuestra casa. O la causa de que ninguno de sus padres las dejaran.

—No sé de qué estás hablando.

—Oh, sí, Maureen, sí que lo sabes. Es una de la docena o más de cosas que fingimos no saber en nuestra familia. Como que Johnny Fuselli es un gánster. Como la existencia de la chica que iba en el coche con Jerry y que se quedó paralítica. Como lo que le pasó a Winifred Utley.

—¡Cállate! —chilló Maureen, y le dio un bofetón a Kitt con todas sus fuerzas.

Kitt, tambaleándose por el golpe, retrocedió hasta el fondo de la habitación, tropezó y cayó junto a la silla en la que Grace había estado sentada. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Muy despacio, se puso de pie.

—Oh, vete a tener otro bebé, Maureen —dijo con cansancio, y salió de la habitación. Empezó a subir las escaleras, pero luego se dio la vuelta y se dirigió a la galería. Allí, en un extremo, todavía estaba montada la mesa de bar de la comida de aquel día. Cogió una botella de vodka, le quitó el tapón y bebió directamente de ella, un trago tras otro.

—Quizás no ha sido una buena idea —dijo Gerald.

—¿El qué, Pa? —preguntó Jerry.

—Invitar a Harrison.

—Te dije que no te acercaras a ese tío, Pa.

—Me ha dicho cosas extrañas. Le ha dicho cosas extrañas a Constant. Sigue sacando a relucir ese viejo tema. Constant está muy disgustado.

Gerald, Jerry, Des y Sandro habían creído que el tiempo extinguiría los recuerdos de aquel incidente sucedido en Scarborough Hill durante una Pascua ya tan lejana. «La gente olvida», decía Gerald con frecuencia. Incluso creían que el tiempo iba a apagar el dolor de Luanne Utley, la madre. Seguramente, a esas alturas ya lo habría superado y habría continuado con su vida, razonaba Gerald.

—Constant cree que está un poco loco.

—Este tío es una bomba de relojería andante, Pa.

Varias horas después de la medianoche, el teléfono sonó en la residencia de los Bradley, en Southampton. El aparato de la habitación de Gerald y de Grace estaba desconectado desde antes de que se hubieran ido a dormir. A Grace, que acudía cada mañana a la primera misa en el pueblo, no le gustaba que la molestaran una vez había cerrado la puerta de su dormitorio. Kitt, que había ingerido casi media botella de vodka tras su pelea con Maureen, estaba semiinconsciente en su cama y no oyó la llamada. Maureen había vuelto a su casa en la propiedad. En cuanto a Jerry, el teléfono de su habitación, situada en la parte más alejada de la casa, era una línea privada, desconectada del teléfono principal de la residencia. Harrison, cuya habitación estaba al final de las escaleras, se despertó con el incesante sonido del teléfono, pero consideró que no le correspondía contestar una llamada en una casa en la que era un huésped cada vez menos bienvenido. Finalmente, después de doce tonos, se hizo el silencio.

Pero la calma no duró demasiado. En cuestión de minutos, Harrison escuchó unos llantos en el vestíbulo. Se levantó de la cama, agarró un albornoz que colgaba de la puerta del baño y salió al pasillo. Bridey estaba subiendo las escaleras. Vestía una bata hasta los pies y zapatillas y llevaba un gorro de dormir en la cabeza. Estaba llorando.

—Bridey, ¿qué demonios está pasando? —preguntó Harrison.

—Es la policía, Harrison. Ha habido un accidente.

—¿Qué ha pasado?

—Es Constant. Ha chocado contra un poste de teléfono en la autopista de Montauk. Lo han llevado al hospital de Southampton.

—Voy a vestirme. Será mejor que despiertes al señor y a la señora Bradley, Bridey.

—Ay, odio ser yo quien tenga que decírselo. No ha tenido más que una vida de disgustos, la pobre mujer.

—¿Es grave?

Bridey miró en ambas direcciones, para ver si alguien la escuchaba, y luego le susurró a Harrison al oído:

—Había estado bebiendo. En un bar en Sag Harbor.

En cuestión de minutos todas las luces de la enorme casa parecían haberse encendido. Se había avisado a Maureen, que acudió corriendo a la casa principal para estar con su madre. También habían despertado a Kitt. Jerry estaba al teléfono con Johnny Fuselli, con Gerald a su lado ladrándole órdenes a la oreja. Des y Sandro habían salido hacia el hospital antes que los otros. Bridey preparó café en la cocina. Harrison, en su papel de observador, se dio cuenta de que Charlotte no estaba presente. Salió fuera y se dirigió a su casa. Llamó al timbre al tiempo que golpeaba con los nudillos en la puerta.

—¿Quién es? —oyó decir a una voz detrás de la puerta.

—Soy Harrison, Charlotte. Abre.

La puerta se abrió. Charlotte, en bata, lo escudriñó con atención desde el interior.

—Ha habido un accidente —dijo Harrison.

—Constant, imagino —replicó ella.

—Sí.

—¿Está muerto?

—No. Se lo han llevado al hospital de Southampton.

—Voy a vestirme.

Hacia las cuatro de la mañana, la mayor parte de la familia estaba reunida en el pasillo del hospital de Southampton. Grace fue la única que se quedó en casa, con Bridey. Su plan era ir después de misa de ocho. Harrison, en un aparte, observaba. Gerald, Jerry y Des hablaban con un doctor hindú, con barba y un turbante azul pálido, al final del pasillo, a la puerta de la unidad de cuidados intensivos. Maureen, sin maquillaje, estaba sentada en un sofá de plástico naranja, imitación de piel, rezando un rosario. Charlotte estaba sentada a su lado. Kitt, resacosa, miraba fijamente a través de la ventana la oscuridad de la noche. Freddy Tierney había ido a buscar un local abierto para traer café a la familia.

—Y llama a la casa principal —le gritó Maureen cuando se marchaba—. Dile a Bridey que le diga a la nueva criada que vaya a nuestra casa y se quede con los niños hasta que volvamos. ¡Qué fantástico momento para que nos haya abandonado la niñera!

—Traumatismo craneoencefálico —le dijo Des al resto de la familia.

—¿Grave? —preguntó Kitt.

—Todavía está inconsciente. Le han dado un montón de puntos en la cabeza y en la cara. El doctor Puthli, el del turbante azul, cree que se pondrá bien.

—¿Cuál era su índice de alcohol en sangre? —preguntó Harrison.

Todos lo miraron, atónitos ante aquella pregunta.

—Te hago responsable de esto —dijo Jerry, señalando a Harrison con el dedo. Su rostro estaba desfigurado por la rabia.

—¿A mí? —preguntó Harrison—. ¿Me estás haciendo responsable a mí?

—Fuiste tú quien lo hizo enfadar. No había tomado una copa en meses. Fuiste tú quien lo sacó de quicio.

—¿Sabes una cosa, Jerry? Si no fueras un tullido te molería a palos —dijo Harrison—. ¿Cómo te atreves a decirme eso?

Jerry, pasmado, se quedó momentáneamente sin habla.

—No tolero que le digas algo así a mi hijo —dijo Gerald. Su voz era dura. Su rostro y sus ojos transmitían frialdad y hostilidad.

—Te exijo que pidas perdón a mi hermano —intervino Maureen, poniéndose en pie.

—Antes que pedirle perdón volvería a repetirlo —respondió Harrison—. La idea de echarme la culpa por el accidente de tu hermano, que iba borracho, es la excusa culpable del encubridor, que es lo que todos vosotros sois.

—¿Qué estás haciendo aquí, además? —le preguntó Maureen—. No eres uno de los nuestros. Esto es para la familia.

—Por supuesto, tienes razón —dijo Harrison—. Me marcho.

—Se puede quedar —dijo Kitt—. Quiero que esté aquí.

—Es mejor que vayas a buscar a Sims Lord —le dijo Gerald a Jerry, con voz cansada—. Tenemos que preparar un comunicado en caso de que los diarios se enteren de la noticia. ¿Dónde está Fuselli?

—Todavía en comisaría —dijo Jerry. Le había dado órdenes a Johnny Fuselli, que lo sabía todo, podía hacer cualquier cosa y era conocido en varias comisarías y juzgados como el proveedor de fondos cuando había que borrar historiales—. Será mejor que lo dejes. Él sabe cómo manejar estas cosas.

Harrison deambuló por el pasillo hasta encontrar una máquina de bebidas. Junto a ella, dándole la espalda, estaba Charlotte, pulsando sin control los botones.

—No consigo que esta maldita cosa funcione —dijo—. ¿Lo puedes hacer tú? He metido el billete de un dólar ahí, como dice, pero no ha salido nada.

—Has puesto a George Washington en el lado equivocado —dijo Harrison—. ¿Qué quieres?

—Una Coca-Cola *light*. Bueno, me da igual. Aprieta cualquiera. Necesitaba alejarme de esa familia. Probablemente, ni siquiera debería estar hablando contigo. Por lo que parece, ahora eres el enemigo. Me ha encantado lo que les has dicho, lo de que son todos unos encubridores. ¿No es lo que te había dicho sobre Jerry? —Miró hacia el final del largo pasillo del hospital, donde Jerry y Maureen hablaban en voz baja—. Dos mierdas en mitad de la noche —dijo.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Harrison.

—Ahora se pone en marcha la maquinaria Bradley. Johnny Fuselli. Sims Lord. Un publicista de Nueva York. Y Jerry al mando —dijo Charlotte—. No sé a qué se dedica Jerry cuando no hay crisis familiares.

—¿Qué pasa cuando la maquinaria se pone en marcha?

—A mí me van a fotografiar corriendo hacia el hospital, con cara de preocupación y de esposa amantísima, llevando unas peonías blancas del jardín de Grace (sí, piensan en todos esos detalles) y unos dulces recién horneados por Bridey envueltos en film transparente. Me escribirán un comunicado, corto y perfecto, para que lo pronuncie delante de cualquier periodista que me pregunte qué hacía mi marido con otra mujer en un coche a ciento treinta kilómetros por hora en la autopista de Montauk a las dos de la mañana.

—No sabía que iba con otra mujer —dijo Harrison.

—No me lo han dicho, pero he vivido esta escena antes, Harrison, y en esta familia siempre hay otra mujer en el coche —dijo Charlotte—. Esa es la razón por la que Johnny Fuselli está en la comisaría, para eliminar el nombre de la mujer del atestado y pagar por su silencio.

—¿Has visto a Constant?

—Sí.

—¿Y?

—Quizás no le vayan mal unas pocas cicatrices en la cara. Le darán un poco de carácter. Es demasiado guapo.

—¿Y tú vas a estar bien? —le preguntó Harrison.

—Por supuesto. Una se acostumbra a estas cosas. No pienses que es la primera vez. La única razón por la que no me he dado en secreto a la bebida es que ya hay un alcohólico en la familia —dijo Charlotte.

Harrison dio media vuelta y enfiló el pasillo.

—Ah, Harrison —le llamó Charlotte.

—¿Sí?

—Ha sido muy amable por tu parte venir a buscarme. Ninguno de ellos se hubiera acordado.

—Teniendo en cuenta las consecuencias que suelen tener los accidentes de tráfico con alcohol de por medio, este no ha sido grave —dijo Johnny Fuselli—. No ha muerto nadie. El principal afectado ha sido el Testarossa. Sí, Constant está bastante magullado, pero la chica no está muy mal. He hecho que la trasladen a un hospital en Garden City.

—¿Quién es ella? —preguntó Gerald.

—En realidad, nadie, Pa. Una del pueblo que conoció en el bar —dijo Jerry.

—Se llama Wanda Symanski, o algo así. Polaca, creo —concretó Johnny Fuselli.

—Symanski, Dios santo —dijo Gerald, con un tono muy similar al que Leverett Somerset utilizaba en su día al pronunciar los nombres irlandeses que tanto le disgustaban.

—No es nadie —repitió Jerry.

—No estoy tan seguro —dijo Gerald—. Las chicas bien no revelan nada públicamente. Las de pueblo, sí. En especial cuando se huelen el dinero. Mejor que averigües todo lo que puedas sobre ella, Johnny. Bodas, divorcios, abortos, historial policial, si lo hay. Ve al bar. Habla con el camarero.

—Oye, oye, Gerald. Sé lo que tengo hacer. Sé con quién tengo que hablar. Para eso me pagas.

Kitt y Harrison estaban de pie, mirando por la ventana del hospital.

—Está amaneciendo —dijo Harrison.

—Hay algo que quiero preguntarte —dijo Kitt.

—¿El qué?

—¿Besaste a Constant ayer?

Harrison la miró y sonrió.

—No —dijo.

—Maureen me ha dicho que la nueva criada te vio.

—La buena de Maureen.

—¿Lo hiciste?

—Constant me besó a mí.

—¡No es verdad!

—Es verdad.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque quiere que escriba su libro, supongo.

—¿Vas a escribirlo?

—No. Ya se lo dije a todo el mundo antes de venir. No veo el momento de irme, Kitt. No quiero verme metido en esta familia otra vez. No he disfrutado ni un solo momento de este fin de semana, a excepción de ese bendito instante en que Maureen encendió las luces y nos encontró con mi polla en tu boca.

Kitt sonrió.

—Deberías haber visto su enfado. —Cogió a Harrison de la mano—. ¿Qué le dijiste a Constant que hizo que Pa y Jerry se enfadasen tanto? —preguntó.

—Le dije que no debería presentarse. Le dije que todo aquel asunto de Scarborough Hill saldrá a relucir de nuevo.

—Oh, esa vieja acusación. ¿No te parece que ya ha sufrido bastante por eso? —dijo Kitt. Su voz tenía un tono sorprendentemente malhumorado.

—Eso es exactamente lo que dijo tu padre —respondió Harrison, mirándola—. Todos decís lo mismo. ¿Ensayáis?

—¿Por qué no lo dejas estar? Por favor. Constant está llamado a ser un líder. Ha nacido para ello.

—Entonces, Constant debería ajustar su conducta a sus ambiciones.

—Eres un pedante, Harrison, un santurrón.

—¿Puedo preguntarte algo, Kitt? Si hubieras sido tú la víctima aquella noche, no la chica nueva del barrio, a la que nadie conocía demasiado bien, ¿crees que tu padre y tus hermanos habrían tolerado una investigación policial de mierda como la que hubo? Si las conclusiones de la policía no hubieran sido las que esperaban, le hubieran dicho a Johnny Fuselli y a algunos de sus compinches que se encargaran del sospechoso al estilo de la mafia —dijo Harrison.

—No quiero seguir con esta conversación, Harrison. ¡No quiero! Eso pasó hace mucho tiempo. Y encima aquí, en el hospital, cuando ni siquiera sabemos si Constant se va a recuperar.

—Me marchó, Kitt. Vuelvo a Nueva York.

—¿Cuándo te veré?

—No lo sé.

—No digas eso, Harrison. Di el martes por la tarde. O el miércoles a mediodía. O el jueves por la mañana. O el viernes a medianoche. Cuando sea. Donde sea. Solo dímelo y allí estaré. Por favor, Harrison, por favor. Te quiero.

En ese momento, Des los interrumpió.

—Mi padre quiere verte, Harrison —dijo.

—¿Dónde está? —preguntó Harrison.

—Dentro, con Constant.

—¿Con o sin Jerry?

—Sin.

Cuando Harrison se fue, Des dijo:

—Pa ha dicho que Maureen y tú volváis a casa, Kitt. Constant se va a poner bien.

—¿Cómo estás? —le preguntó Harrison a Constant.

Constant, cubierto de vendas, asintió. Su atractiva cara estaba hinchada y tumefacta; sus ojos, inyectados en sangre.

—Siento lo sucedido —dijo Harrison.

Constant volvió a asentir.

—Creo que deberíamos tener una pequeña conversación, Harrison —dijo Gerald. Estaba sentado en una silla, a los pies de la cama.

—¿Constant está bien? —preguntó Harrison.

—Un poco magullado, pero está bien, sí —dijo Gerald—. Sims Lord ha estado aquí. Me gustaría que hablaras con él. Le he dicho que estarías en casa a las ocho. Le gustaría hablar contigo después del desayuno.

—He decidido volver a Nueva York, señor Bradley. Iba a ir ahora a su casa a

recoger mi maleta y vuelvo inmediatamente a la ciudad.

—No, lo siento. Primero vas a hablar con Sims Lord. Insisto. ¿Lo has entendido? Harrison miró a Gerald; después a Constant. A su vez, ambos lo miraron a él.

—¿Estoy presenciando cómo se pone en funcionamiento la maquinaria? ¿La maquinaria Bradley de nuevo? —preguntó Harrison.

Gerald ignoró su pregunta.

—Sims te estará esperando en la sala de proyección. Allí nadie os molestará.

—A mí nadie me da órdenes, señor Bradley —dijo Harrison—. Constant, aquí presente, el próximo candidato a gobernador, sí las aceptará cuando se recupere de su accidente por conducir borracho. Des, el afamado cardiólogo y cirujano, sí acepta órdenes. Sandro, el senador, acepta órdenes. Jerry, su mano derecha, su secretario y compañero, acepta órdenes. Johnny Fuselli acepta órdenes. Todos nos acordamos de la bolsa de basura, con el bate de béisbol y la ropa, ¿a que sí? Pero yo no acepto órdenes. No soy un miembro de su familia, ni tampoco, gracias a Dios, uno de sus empleados.

—Sí, sí, por supuesto —dijo Gerald, en tono inmediatamente conciliatorio—. Lo entiendo. Lo que quiero decir es que apreciaría mucho que pudieras reunirte con Sims.

—Me gustaría que me dijeran de qué quiere hablar Sims Lord conmigo en la sala de proyección a las ocho de la mañana antes de decidir si lo voy a ver o no.

Gerald miró a Harrison durante un largo rato antes de hablar:

—Durante este fin de semana has hecho alusión en más de una ocasión al triste suceso que tuvo lugar en Scarborough Hill hace años.

—Por lo que parece, no poseo la misma facilidad para olvidar las cosas que tenéis vosotros —dijo Harrison.

Gerald lo ignoró.

—¿Seríais tan indulgentes si hubieran sido Mary Patt o Kitt las que hubieran recibido doce golpes en la cabeza aquella noche?

Constant apartó la mirada. Gerald siguió sin hacer caso a las palabras de Harrison.

—Es importante que conozcas, desde un punto de vista legal, cuál es tu propia implicación en ese suceso tan lejano —dijo Gerald.

—Oh, ya veo. Ya le he dicho a su hijo que no voy a ir a la policía —dijo Harrison—. ¿Te lo he dicho o no, Constant?

Constant no contestó.

—De todos modos, me gustaría que él te lo explicara —dijo Gerald.

—Ya lo sé. Soy cómplice, imagino. Cargué un cuerpo. Mentí a los policías. He mantenido la boca cerrada —dijo Harrison—. Pero ¿qué pasa con usted, señor Bradley?

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Qué pasa con su complicidad en el caso?

—¿La mía? —dijo, sorprendido.

—Usted me sobornó para que me mantuviera callado.

—Nunca te he sobornado.

—¿Cómo lo llama usted, entonces? Pagó por mi silencio. ¿Cuál de los dos va a pintar peor? ¿Un estudiante huérfano, becado, de diecisiete años, que permitió que le pagaran sus estudios, o un padre multimillonario que pagó para proteger a su hijo?

—Mentiras, mentiras, mentiras. Sí, pagué por tu educación, pero eso no tuvo nada que ver con un soborno. La gente con grandes fortunas siempre ha ayudado a los menos favorecidos. Mi escrupuloso respeto a la verdad es bien conocido —dijo Gerald.

—Le ruego que me permita no estar de acuerdo con usted, señor Bradley, respecto a su respeto a la verdad. La primera vez que nos vimos fue a bordo de una limusina conducida por Charlie, después de que expulsaran a Constant de Milford por tener fotografías pornográficas de mujeres comiéndose el coño. Condujimos en silencio durante casi todo el viaje por Connecticut, desde Milford hasta Scarborough Hill. Yo iba sentado en el asiento auxiliar. Lo mismo le hubiera dado que estuviera allí o no, teniendo en cuenta la atención que me prestó.

—¿A dónde nos lleva esta historia? —preguntó Gerald.

—Estoy llegando al momento clave. Cuando llegamos a Scarborough Hill usted le dijo a su hijo de dieciséis años, textualmente: «No eres como tus hermanos. Siempre te pillan. Podrías haber mentido, maldito bobo, podrías... deberías haber mentido, haber dicho que esas fotografías no eran tuyas».

—Como los judíos detectan a los antisemitas, yo detecto a los que odian a los Bradley, y tú eres uno de ellos. Jamás he dicho una cosa así, nunca.

—Sí, lo dijo. ¿No es así, Constant? Así que no me venga usted a hablar de la verdad, señor Bradley. Dígale a Sims Lord que me veré con él.

—¿Te gustó la película de Madonna de ayer, Sims? —preguntó Harrison, señalando la pantalla de la sala de proyección, que en su día había sido salón de baile. Estaban sentados, mirándose el uno al otro, en butacas contiguas frente a la pantalla. Ninguno de los dos parecía tener ganas de empezar la conversación.

—Sí, me gustó. ¿A ti? —preguntó Sims Lord.

—No me quedé a verla —respondió Harrison—. Todas esas *socialités* parlotando sin parar, los amigos de Grace, me espantaron de allí. Baba, Sonny, Thelma y el resto.

—Hmmm. —Le estaba costando empezar la conversación.

—Soy consciente de que soy cómplice —dijo Harrison, ayudándolo—. ¿Empezamos por ahí?

—Esa es la palabra correcta, sí —dijo Sims—. Mis expertos en derecho penal me dicen que podrías ser acusado de varios delitos, algunos de ellos muy serios, Harrison. Naturalmente, les formulé mis preguntas de forma velada. ¿Qué pasaría

si...?, pregunté. ¿Qué pasaría si? No di nombres. Supongamos que se produjo este crimen o este otro, dije. Supongamos que hubo un cómplice. Ese tipo de cosa. Nada que pueda conectarse con un caso real. Es algo habitual en el ejercicio del derecho. Déjame que te lea mis notas. —Sims buscó algo en su bolsillo y sacó sus gafas. Se las puso y extrajo un pedazo de papel del bolsillo interior de su chaqueta—. Veamos. Sí, sí, aquí está: «Entorpecimiento de una investigación, cómplice después del hecho, conspiración para obstruir la justicia» —dijo Sims—. Naturalmente, las leyes concretas varían de una jurisdicción a otra.

—Sí, sí, soy consciente de estos cargos. Pero has olvidado uno: aceptar un soborno. Has olvidado que también puedo ser acusado de eso —dijo Harrison.

—¿Soborno? —preguntó Sims Lord.

—Sí, Sims, soborno. ¿Te acuerdas de lo que es un soborno? ¿Extender cheques? ¿Para viajar? ¿Para pasar un año en Europa? ¿Para estudiar en una universidad más prestigiosa? Ese tipo de soborno.

—No comprendo —dijo Sims.

—Oh, sí, sí que comprendes, Sims. Tú me enviaste los cheques.

—Ayudar a un pobre chico becado pagándole sus estudios no es un soborno.

—Cuando sirve para pagar por el silencio del chico, sí lo es.

Sims, enfadado, dobló su hoja de papel y se la guardó de nuevo en el bolsillo interior del traje. Se quitó las gafas. Se levantó sin decir nada y se dirigió a la puerta. Al llegar allí, se dio media vuelta y miró a Harrison, que no se había movido de su butaca.

—¿Has pensado en Grace Bradley en algún momento? ¿No eres consciente de que es una mujer maravillosa? Yo no soy católico, pero sé que pronto el Santo Padre en Roma la va a nombrar condesa papal por su increíble trabajo en organizaciones benéficas católicas. ¿Tienes alguna idea de lo que esto supondría para ella? ¿No lo has pensado?

—¿Qué me estás diciendo, Sims? ¿Que el hecho de que Constant tenga una madre piadosa lo exime de su crimen? Quiero asegurarme de que lo entiendo. El problema con Constant es que sus pecados han sido perdonados una vez tras otra durante toda su vida. Y todos vosotros lo sabéis. No basta con que su madre sea una buena mujer.

—Es un tipo duro —dijo Sims Lord, informando de la reunión.

—¿Harrison Burns un tipo duro? Esta sí que es buena —dijo Jerry, riendo de forma desagradable—. Lo que siempre hemos pensado es que era un poco mariquita, si quieres que te diga la verdad.

—No quiero decir duro en el sentido de un *ring* de boxeo, Jerry. Me refiero a un tipo de dureza más correosa. Podríamos llamarla integridad.

—¿Le has enumerado los cargos contra los que se enfrentaría? —preguntó

Gerald.

—Sí. Ya los conocía.

—¿Y?

—No creo que le importen. Me da la sensación de que está preparado para asumir las consecuencias y lo que quiere es limpiar ese capítulo de su vida. Puede que invitarlo a casa con toda la familia haya sido un tremendo error. Creo que ha despertado sus demonios. Así es como los ha llamado, sus demonios. Por eso le gusta nadar. Dice que es el único momento en el que se siente en paz.

—Que le den por culo a sus demonios. ¿Cuál es la conclusión, Sims? —preguntó Jerry.

—Creo que este hombre se está convirtiendo, cada vez más, en una bala perdida en vuestras vidas.

—Fatty Malloy me ha enviado un recorte del periódico, Pa —dijo Jerry—. No quería comentártelo delante de Sims hasta que hablara contigo.

—¿De qué periódico? —preguntó Gerald.

—Del de Scarborough Hill.

—¿Sobre qué?

—Dice: «La policía ve progresos en el caso Utley, pero no da detalles».

—Creía que esa historia había acabado hacía diecisiete años.

—Dice que desde que la señora Utley ha ofrecido cincuenta mil dólares de recompensa por cualquier tipo de información que conduzca a un arresto, han salido varias cosas a la luz —dijo Jerry.

—Sandeces —replicó Gerald—. Eso no son más que tonterías destinadas a asustar. Eso es todo. Nadie sabe nada, excepto Harrison y nosotros.

Al mencionar el nombre de Harrison, ambos se miraron.

—Eso es lo que quiero decir —dijo Jerry.

—¿Dónde está? —preguntó Gerald.

—Nadando.

—Siempre está nadando.

—¿Qué vamos a hacer, Pa? —preguntó Jerry.

Gerald se levantó, caminó hasta la ventana y miró en dirección al mar.

—Tú te encargas de esto, Jerry. Haz lo que sea que tengas que hacer. No quiero saberlo. No quiero que me lo cuenten. ¿Lo entiendes? No quiero saber nada.

Jerry y Johnny Fuselli estaban sentados en los asientos delanteros del Ferrari Testarossa color rojo de Constant. El parabrisas estaba destrozado por el accidente. La parrilla del radiador y el guardabarros izquierdo también estaban muy dañados.

—¿Te gusta este coche? —preguntó Jerry.

—Oh, tío, es el coche de mis sueños —dijo Johnny Fuselli—. No puedo entender cómo lo ha podido joder de esta manera. Si yo tuviera un coche como este, un Testarossa (me gusta hasta cómo suena el nombre), lo estaría besando mañana, tarde y noche.

—Es tuyo —dijo Jerry.

—Me estás tomando el pelo.

—No. Es tuyo. Pa me ha dicho que te lo dé. Nos haremos cargo de la reparación. Hay un tipo en Southampton que repara...

—¿Le habéis preguntado a Constant?

—También querría que fuera tuyo.

—¿Le habéis preguntado? O sea, no quiero enamorarme del coche y que cuando salga del hospital decida que quiere que se lo devuelva y tener que devolvérselo después de haberme enamorado de él.

—Pa ya le ha encargado uno nuevo.

—Oh —dijo Johnny. Se quedó pensativo un momento—. ¿Cuál es el truco?

—Hay algo que quiero que hagas —dijo Jerry.

—Ya me imaginaba.

—Vuelvo contigo a la ciudad —dijo Kitt.

—Imagino que el viaje de vuelta no incluye el helicóptero —dijo Harrison.

—Hay un montón de coches aquí. Tengo partida de *bridge* en casa de Sonny y Thelma. Se lo he prometido a Ma. Nos iremos después, ¿de acuerdo? ¿Sobre las seis?

—No quiero que le quede ninguna marca —dijo Jerry—. Se trata de un ahogamiento. Nada más.

—Ese tío es un gran nadador —dijo Johnny Fuselli—. Puede nadar durante horas. Puede nadar varios kilómetros. Ayer lo estuve observando con los prismáticos.

—Un gran nadador que termina ahogado —dijo Jerry, en voz baja—. Te pones el traje de neopreno y las gafas y nadas detrás de él. Esperas a que sobrepase el club y la playa. No te verá. Él va mirando hacia delante. Te sumerges. Nadas por debajo de él. Le agarras el brazo o la pierna, tiras de él hacia abajo y lo mantienes sumergido.

—¿Y la idea es que piense que se trata de un tiburón? ¡Venga ya, Jerry!

—No importa lo que piense —dijo Jerry—. Este tipo es un peligro, tanto para nosotros como para ti, lo sabes.

—Eh, escucha, Jerry, este no es exactamente el tipo de trabajo al que me dedico —dijo Johnny—. Es decir, seamos totalmente prácticos. Encargarme de eso por un Testarrosa de segunda mano que acaba de estamparse contra un poste telefónico en la autopista de Montauk no es lo que se dice un trato justo.

—Además de cincuenta mil dólares —dijo Jerry.

—Esa es la cifra que le dije que le daríamos a la chica que iba con Constant en el coche —dijo Johnny—. Además de pagarle la factura del hospital.

—Sesenta mil —dijo Jerry.

—Pa, quiero a todo el mundo fuera de casa esta tarde —dijo Jerry—. He arreglado, mediante Sims, que tú, Des y Sandro vayáis a jugar al golf en el National. Estad ahí a las dos. No volváis a casa antes de las cinco. O más tarde.

—El National, ¿no? —dijo Gerald, impresionado—. Espera a que Webster Pryde nos vea en el National. Ojalá Constant no estuviera en el hospital, así estaríamos todos.

—Dile a Sims que os invite a tomar algo cuando acabéis.

—¿De qué va todo esto, Jerry?

—Tú hazlo, Pa. No quiero a nadie en casa esta tarde, a excepción de Bridey y de las criadas. Maureen y Freddy van a ir a Quogue, a visitar a una antigua compañera suya del Sagrado Corazón.

—¿Y tu madre?

—Ma, Charlotte y Kitt van a jugar al *bridge* a casa de Sonny y Thelma.

—¿Y tú?

—Voy a ver la película de Madonna en el pueblo.

—Anoche viste la película de Madonna en tu propia casa.

—La voy a volver a ver. No quiero que, a excepción de las criadas, haya nadie en casa esta tarde.

Durante su visita, Harrison nadó cada día una distancia mayor en aquellas aguas frías. Entraba en el agua por la playa situada al final del camino que conducía a la casa de los Bradley, nadaba unos doscientos metros mar adentro hasta sobrepasar holgadamente las rompientes y las algas, y entonces giraba y nadaba en dirección norte. Se concentraba en un objetivo. El primer día nadó cinco kilómetros. El segundo, seis y medio. El tercero, planeaba nadar ocho. Desde la orilla era solamente una pequeña cabeza en el agua. Llegaba un punto en el que apenas se le veía. Incluso con unos potentes prismáticos era difícil distinguirlo en la superficie ondulante del mar. Nunca nadaba con prisa. Mantenía un ritmo constante, sin alterar la potencia de sus brazadas. Sus pies estaban en perfecta sintonía con sus brazos. Su velocidad no variaba. Después de media hora, la mecánica de sus movimientos se convertía en algo automático para él. Los ejecutaba sin pensar en lo que estaba haciendo. Concentraba toda su energía en la parte central de su frente. «Sí, sí», pensaba mientras le invadía una calma total. Se sentía en paz. Se sentía en el nirvana. Se sentía un ser supremo.

De repente, por debajo, bajo la superficie, algo le agarró el pie derecho, como un cepo. Harrison abandonó de golpe su ensimismamiento y sintió escalofríos de miedo

por todo el cuerpo. Trató de seguir nadando, pero notó cómo tiraban de él desde detrás. En un instante, el brazo de Johnny Fuselli le inmovilizó un pie, mientras con las dos manos le agarraba con fuerza la pierna por encima de la rodilla, tirando de él hacia abajo. A continuación, liberando una de sus manos, cogió a Harrison por el pelo y le hundió la cabeza bajo el agua. Harrison pataleó con furia y golpeó con el talón de su pie izquierdo el rostro de Fuselli. El agua empezó a teñirse de sangre, y Fuselli abandonó el ataque.

En la superficie, sin aliento, ambos hombres tosieron y escupieron el agua de sus pulmones. Exhaustos, flotaron boca arriba, tratando de recobrar la respiración.

—No te tomaba por un asesino, Johnny —dijo Harrison—. Por alguien que hace desaparecer informes, sí. Que soborna a testigos y tira bolsas de basura repletas de pruebas, también, pero no por un asesino.

—Hubieras sido el primero —dijo Johnny.

—Mira de lo que te he librado. Espero que no haya tiburones por aquí, o estamos perdidos, con toda esta sangre.

—Me has roto la nariz —dijo Johnny. Le costaba respirar. Se llevó la mano al corazón—. Una buena patada para alguien que se está ahogando.

—¿Quién te ha hecho el encargo? ¿Gerald o Jerry?

—Ten cuidado con Jerry. Es el que va a por ti.

—La has cagado, ¿verdad?

—Nunca estuve del todo convencido —dijo Johnny Fuselli.

—Jerry va a ser un Bradley de lo más desquiciado cuando me vea entrar en esa casa.

—Me parece que me está dando un infarto —dijo Johnny, exhausto y con el gesto crispado. Agitó los brazos, se atragantó y tosió.

—Johnny, no te puedo arrastrar hasta la costa. Lo haría, si pudiera, pero no puedo. La pelea me ha dejado agotado. Ni siquiera sé si voy a ser capaz de llegar yo.

—Estoy demasiado viejo para este tipo de trabajo. Mañana cumpla cuarenta y seis. En su momento, creí que iba a llegar a formar parte del equipo olímpico.

—Siento haberte roto la nariz.

—Harrison, escúchame, eres un buen tipo.

—Johnny, hay algo que necesito saber. Tú eres el único que puede decírmelo. Y necesito saberlo, John, por favor.

—¿Qué?

—La bolsa de basura.

—¿Eh?

—La bolsa de basura que estaba en el maletero del coche de Bridey el día que Winifred Utley fue asesinada.

—No lo sé.

—Johnny, tú condujiste el coche, un Pontiac, y tiraste la bolsa, la bolsa con el bate de béisbol y la ropa ensangrentada que Constant llevaba cuando mató a Winifred

Uteley. ¿Dónde arrojaste la bolsa? Dímelo. Por favor, Johnny. Esos tíos, tus grandes amigos, los Bradley, te iban a convertir en un asesino, Johnny. Y si te hubieran pillado, tú hubieras cargado con el muerto, no ellos. ¿Dónde tiraste la bolsa de basura, Johnny? No te hundas, Johnny. Dímelo. Podría ser tu salvación. No te hundas. ¡No, Johnny!

Eran las seis de la tarde. Charlotte, llevando peonías blancas del jardín de Grace, había acudido al hospital de Southampton para visitar a Constant. «Oh, está mucho mejor, la verdad», respondió a la pregunta de un periodista. «No ha sido nada serio. Unos cuantos rasguños y unos puntos. Más que nada, una molestia. Tiene muchas ganas de retomar la campaña en Connecticut. Sí, ¿a que son unas peonías preciosas? Son del jardín de mi suegra».

—¿Cuándo podremos verlo? —preguntó el periodista.

—Pronto, creo. Deberían darle el alta en un par de días. No ha sido nada serio.

Desde el accidente de Constant en la autopista de Montauk, Charlotte había sido diligente con las visitas a su esposo en el hospital. Llegaba cada día con regalos en la mano y hablaba de forma encantadora con un periodista que esperaba a diario sus noticias y siempre entablaba conversación con ella. Lo que Charlotte no sabía era que ese periodista se llamaba Gus Bailey. No sabía que Gus Bailey había creído firmemente, años atrás, que la investigación del asesinato de Winifred Utley en Scarborough Hill había sido un montaje. No sabía que, debido a su persistencia, Gus Bailey había perdido su trabajo en el *Times* de Scarborough Hill, periódico que había sido misteriosamente comprado y liquidado. No sabía que Gus Bailey se había mudado y había residido durante dieciséis años en Los Ángeles. No sabía que su marido había sido interrogado durante la investigación por el asesinato de Winifred Utley. No sabía ni tan siquiera que había existido una persona llamada Winifred Utley.

El dato de que Constant estaba borracho e iba en el coche con una mujer llamada Wanda Symanski, que había sido trasladada a un hospital en Garden City, no había trascendido a los medios. Una vez dentro, en la habitación de Constant, Charlotte se sentaba durante quince minutos en cada visita, antes de volver a su coche. Durante esos quince minutos raramente hablaba con su esposo a no ser que hubiera una enfermera o un doctor en la habitación. En lugar de eso, veía las noticias en la televisión o leía una revista hasta que el tiempo apropiado para una visita hospitalaria finalizaba.

El resto de la familia había vuelto de sus diversas actividades vespertinas. Se sirvieron bebidas en la galería.

—¿Alguna llamada, Bridey? —preguntó Jerry cuando regresó del cine.

—No, señor —dijo Bridey.

—¿Alguna visita? —preguntó él.

—No. ¿Estaba esperando a alguien?

—No, no. Solo era curiosidad.

—¿Has visto a Harrison, Bridey? —preguntó Kitt.

—No, señorita Kitt. No lo he visto desde que se fue a nadar, a eso de las dos —dijo Bridey.

—Debería de haber vuelto ya —dijo Kitt. Echó un vistazo a su reloj.

—Jerry, ¿has ido a ver otra vez esa película horrible? ¡No me lo puedo creer! —dijo Maureen—. Freddy y yo nos marchamos ayer a la mitad.

—El padre Bill me ha dicho que el Vaticano ha pedido a los católicos que no vayan a sus conciertos en Italia —dijo Grace.

—Eso solamente sirve para vender más entradas, Ma —dijo Jerry—. ¿Cómo ha ido el golf, Pa?

—El senador ha sido el gran vencedor de hoy —dijo Gerald haciendo un gesto expansivo hacia Sandro. Él y su hijo estaban jugando al *backgammon*—. Ojalá hubieras visto a nuestro amigo de aquí al lado, el señor Webster Pryde. Estaba jugando con un grupito de unas cuatro personas, justo detrás de nosotros. Al llegar al cuarto hoyo, una señorita encantadora ha reconocido a Sandro y ha insistido en que le firmase un autógrafo. Y después ha querido que conociera a su esposo y todos hemos tenido que esperar hasta que su carrito de golf se ha reunido con nosotros, y mientras tanto Webster esperando para jugar, hecho una furia. Me ha puesto de muy buen humor.

—Creo que estoy en el negocio equivocado —dijo Des—. Nadie les pide autógrafos a los médicos. Hay que ser estrella de cine o senador, supongo.

—Si en su día hubieras escuchado a tu señor padre, ahora tendrías a la gente haciendo cola para conseguir tu autógrafo —dijo Gerald—. Yo quería que todos mis chicos estuvieran en política.

—Oh, Pa, no empieces otra vez —dijo Des.

—No entiendo por qué Harrison no ha vuelto todavía —dijo Kitt—. No se puede nadar tanto tiempo. No puedes estar cuatro horas nadando.

—Quizás ha ido a visitar a Constant al hospital —dijo Grace—. ¿No va a escribir un libro o algo así? ¿No ha venido hasta aquí por eso? Es lo que me habíais dicho vosotros, ¿no?

—Sí, probablemente estará en el hospital —dijo Jerry—. Volverá con Charlotte.

—Debo admitir —dijo Grace— que estoy muy decepcionada con el hecho de que

Harrison haya abandonado la religión. Ayer por la noche me quedé un tanto en *shock* cuando me lo dijo. Y está separado de su mujer, y hay dos niños pequeños de por medio. ¿Os podéis imaginar? Probablemente tiene algo que ver con aquel asunto de su familia, lo del asesinato de sus padres y todo eso, y con no tener hermanos ni hermanas. Nunca tuvo una vida familiar como Dios manda. Excepto por nosotros, supongo. ¿Sabías que estaba casado con Claire Rafferty? ¿Lo sabías, Maureen?

—Sí, Ma, lo sabía —dijo Maureen.

—La clave del matrimonio es encontrar el modo de resolver los problemas —dijo Grace—. No puedes salir corriendo y separarte cada vez que hay una pequeña discusión.

—Yo nunca he sido fan de Harrison como tú, Ma —dijo Maureen—. Creo que nos utiliza. Creo que nos ha utilizado a todos para ir trepando. Hay que tener cuidado con los estudiantes becados demasiado amistosos, siempre lo he dicho. Jerry y yo hace años que tenemos calado a Harrison, ¿a que sí, Jerry?

—A mí nunca me ha gustado ese tipo —dijo Jerry.

—¿Lo veis? —dijo Maureen.

—Eres odiosa, Maureen —murmuró Kitt, en voz baja—. Eres realmente odiosa. Se oyó el timbre.

—Seguramente es Harrison —dijo Grace—. No pensaríais que iba a entrar en casa sin llamar al timbre, ¿no? Tienes que dejar de hablar de él, Maureen. Y tú también, Jerry. Siempre he sentido debilidad por Harrison y sé que un día volverá a la Iglesia. Siempre sucede lo mismo.

Bridey entró en la sala.

—Es un taxi. ¿Alguien ha pedido un taxi? —preguntó—. Dice que le han indicado esta dirección.

Varios murmullos salpicados de noes recorrieron la habitación.

—Tiene que ser un error, Bridey —dijo Grace—. ¿Quién iba a necesitar un taxi en esta casa, con todos esos coches ahí fuera? A no ser que sea una de las criadas. ¿Alguna tiene que ir a la ciudad, Bridey?

—No, señora. No que yo sepa. Estoy segura de que me lo hubieran dicho. La última que pidió un taxi fue la niñera de Maureen después de que la despidiera anteayer.

Harrison bajó por las escaleras, cargando con sus dos bolsas.

—Lo he pedido yo, Bridey —dijo—. Voy a coger el tren de las siete y dos.

—No sabía que estabas en casa, Harrison —dijo Bridey—. ¿Cuándo has vuelto?

—Oh, hace un rato. No había nadie, así que he ido directamente arriba.

Jerry, anonadado, miró primero a Harrison y después a su padre.

—Harrison —dijo Kitt—. Estábamos muy preocupados por ti. He estado a punto de llamar a los guardacostas. Justo acababa de comentar que nadie puede nadar durante cuatro horas seguidas.

—¿Puedes darle estas bolsas al taxista, Bridey? —dijo Harrison mientras entraba

en la sala y se dirigía a Grace—. Muchas gracias, señora Bradley —dijo. Ignoró a Gerald. Ignoró a Maureen. Caminó hacia Kitt—. Adiós, Kitt —dijo.

—No entiendo nada, Harrison —dijo ella—. Yo te llevo a la ciudad. No hay razón alguna para que cojas el tren.

—No, gracias, Kitt. Voy a ir en tren. —Salió de la habitación y se dirigió al recibidor.

Kitt lo siguió.

—Harrison, ¿qué ha sucedido? Ha pasado algo malo. Lo sé.

—Pregúntale a él —dijo Harrison, señalando a Jerry, y salió por la puerta principal.

—¿Qué pasa, Jerry? —le preguntó Kitt.

—No sé de qué está hablando. —Con rostro ceniciento, Jerry siguió a Harrison al exterior.

Harrison abrió la puerta del taxi.

—A la estación de tren —le dijo al conductor mientras entraba. Bajó la ventanilla y miró a Jerry. Gerald y Kitt estaban detrás de él—. ¿Te acuerdas de cuando nos escandalizaba el asesinato, antes de que se volviera algo cotidiano, Jerry?

Jerry miraba fijamente a Harrison.

—Tu amigo Johnny Fuselli debería aparecer en la bahía de Shinnecock alrededor de mañana por la mañana, Jerry. Creo que esa era la dirección de la marea. Eso si no se lo han comido los tiburones. Por un momento pensé que era un tiburón. Se acercó por detrás, por debajo del agua. Me agarró la pierna. Tiró de mí. Me puso la mano en la cabeza y trató de hundirme, pero mi rabia pudo con su fuerza. Le di varias patadas y le rompí la nariz. Sangraba muchísimo.

Jerry, sin decir palabra, escuchaba con la boca abierta, sin poder creer lo que oía.

—Intercambiamos unas palabras y después le dio un infarto —dijo Harrison—. Tanta natación a su edad... Todo un encargo el que le habías asignado, Jerry. Le enviaste a hacer una cosa en la que no creía. Incluso la gente como Johnny tiene sus límites. Tuvimos una charla estupenda en el agua, durante sus últimos minutos de vida. Me hubiera gustado sacarlo de allí, pero ni siquiera estaba seguro de si yo mismo iba a conseguirlo; la pelea me había dejado agotado. Me dijo que lo entendía. Un buen tipo, Johnny.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Kitt, acercándose a la puerta del taxi—. ¿Qué estás diciendo, Harrison?

—Entra en casa, Kitt —ordenó Gerald.

—No, no voy a entrar en casa —respondió ella.

—Entra en casa. ¡Ahora! —gritó Gerald.

Kitt, impactada, miró a su padre. Nunca le había hablado de ese modo antes. El grito y el durísimo tono habían atraído a varias criadas hasta las ventanas de la casa. Kitt se volvió hacia Harrison, tratando de entender lo que se había dicho. A continuación se dirigió a la casa y, al llegar a la entrada, se dio la vuelta para

mirarlos.

—Ah, y para tu información, Jerry, cuando te confieses al padre Bill el sábado próximo para así poder recibir la comunión el domingo, puedes decirle que Johnny se ahogó como un valiente —dijo Harrison—. «Saluda a Maxine de mi parte», fueron sus últimas palabras antes de hundirse. Johnny y yo teníamos una amiga en común en Arizona llamada Maxine Lonergan. Creo que tu padre también la conoce. ¿No es así, señor Bradley? Era celebrada por su habilidad oral.

—¿Ha dicho que Fuselli se ha ahogado? —le preguntó Gerald a Jerry, ignorando a Harrison.

—Sí —contestó Jerry.

Gerald, con el rostro ceniciento, pareció súbitamente envejecido y enfermo. «Dios santo», dijo. Unos años antes, Gerald Bradley había contratado, arrebatándoselo a Salvatore Cabrini, al intrépido Johnny Fuselli cuando este se ocupaba del negocio de las máquinas tragaperras en Atlantic City. Grace Bradley tenía la costumbre de ignorar la presencia de Johnny Fuselli, además de dar instrucciones a sus hijas para que hicieran lo mismo, pero a lo largo de los años Gerald Bradley había desarrollado cierta clase de afecto por Johnny, aunque no había llegado a decírselo.

—¿Tu padre está sugiriendo que debería haber dejado que Fuselli me ahogara para que así tus órdenes se cumplieran con éxito? —le preguntó Harrison a Jerry, ignorando a Gerald con los mismos modos y el mismo tono con los que él le había ignorado a él.

Jerry, nervioso, miró al taxista, para comprobar si lo había oído.

—Tercer mundo. No te preocupes —dijo Harrison, señalando al conductor con un movimiento de cabeza.

—Ojalá nunca hubieras venido aquí —gritó Jerry.

—Tu padre no debería haber insistido cuando decliné su oferta —respondió Harrison.

—Me refiero al principio... a Scarborough Hill.

—Yo opino lo mismo. Por fin estamos de acuerdo en algo, Jerry.

—¡Vete! ¡Fuera! No queremos volver a verte. Y hablo también por mi hermana Kitt. Aléjate de ella. ¿No es así, Pa?

Gerald Bradley, que observaba el intercambio de frases, se derrumbó de repente sobre el camino de grava.

—¡Pa! —gritó Jerry.

Kitt salió corriendo desde el porche, atravesó el sendero bordeado de flores y llegó hasta su padre. «¡Pa, Pa!», gritó con voz angustiada. Charlie, que se encontraba en el cuarto del chófer, encima del garaje, la oyó gritar, igual que las criadas, que llegaron corriendo desde todas las partes de la casa. También aparecieron el jardinero y las criadas de Webster Pryde, de la residencia vecina.

Gerald yacía en el suelo, murmurando algo, pero su lengua se había vuelto inservible. Su expresión severa e intimidante había dado paso a un gesto temeroso y

sumiso. Sus cejas se contraían nerviosamente. Sus ojos, asustados, miraban tímidamente, con inquietud, a la gente que lo observaba desde arriba. Pudo ver cómo intercambiaban miradas entre ellos. A continuación, sus ojos se cerraron. Charlie, el chófer, se santiguó con un movimiento automático, se arrodilló en el suelo y, con gesto apesadumbrado, inclinó la cabeza y se puso a rezar.

—¡Levanta, levanta! —le ordenó Jerry secamente—. Que no te vea así, Charlie, por el amor de Dios.

Gerald, al escucharlo, abrió los ojos poco a poco. Miró a sus hijos y movió los labios tratando de hablar, pero solamente logró emitir un sonido ahogado e ininteligible. De nuevo, sus párpados se cerraron.

—Voy a avisar a Ma —dijo Kitt rápidamente.

—No —cortó Jerry—. Vamos a llevarlo a casa. Charlie, échame una mano. ¿Nos ayudas tú también? —le preguntó al jardinero de los Pryde, que observaba de pie el drama familiar—. Por favor, cógelo de una pierna —le dijo a una de las criadas. Gerald gimió lastimeramente; levantarlo del suelo resultaba complicado.

—He leído en algún lado que es mejor no moverlos hasta que llegue la ambulancia —dijo el jardinero de los Pryde.

—Tú levántalo —ordenó Jerry—. Sé lo que hago.

—Parece que hasta te pueden demandar si algo va mal —insistió el jardinero.

Harrison contemplaba la escena desde el taxi. Kitt lo miró, suplicante.

—Va a perder el tren —le dijo el taxista.

Harrison se metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de diez dólares.

—Tenga —le dijo al conductor—. Me quedo. Saque mis bolsas. —Se bajó del taxi, se dirigió hasta donde yacía Gerald y le cogió la pierna que el jardinero de los Pryde se negaba a sostener.

Poco a poco, levantaron a Gerald asiéndolo por los hombros y las piernas y lo llevaron al interior de la casa. Grace, de pie en el quicio de la puerta junto a Bridey, observó cómo transportaban a su esposo y pasaban junto a ella.

Gerald miró a Grace implorante y trató de extender su mano para que ella la sostuviera, pero no pudo.

—Bridey, llama al padre Bill a la parroquia —dijo Grace con tono tranquilo—. Dile que venga rápido. —Bridey se dio la vuelta y se apresuró hacia la cocina—. ¡Bridey! —le gritó Grace.

—¿Sí, señora?

Grace le susurró:

—Dile que traiga los santos óleos.

—Se ha orinado encima —señaló Jerry mientras colocaban a Gerald en un largo sofá.

—No lo pongáis ahí, por el amor de Dios —exclamó Grace—. Acaba de llegar del tapicero. Ponlo en la silla de mimbre. Trae servilletas de papel, Kitt. ¿No crees que deberíamos llamar a una ambulancia, Jerry?

—Sí, sí, la ambulancia está en camino, Ma —dijo Jerry.

—Tu madre no parece demasiado afligida —dijo Harrison mientras esperaban a la ambulancia.

—Oh, lo está, pero a su manera —respondió Kitt, moviendo la cabeza casi de forma imperceptible mientras fruncía ligeramente el ceño; el gesto se le ensombreció. Harrison había visto aquella expresión antes, en el rostro de Constant. Aparecía cada vez que percibían el menor atisbo de crítica sobre algún miembro de la familia.

Cuando llegó la ambulancia, la familia observó cómo los enfermeros colocaban a Gerald en la camilla con movimientos expertos.

—Tratad de que le den la habitación contigua a la de Constant —dijo Grace—. Bridey, llama a Cardenal.

—Espérame —le susurró Kitt a Harrison—. No te vayas hasta que vuelva —y se subió en la ambulancia junto a su padre.

Cuando volvió a casa, dos horas más tarde, atravesó corriendo la puerta de entrada y le preguntó a Bridey dónde estaba Harrison.

—Está en la galería, señorita Kitt —contestó esta.

—Oh, gracias a Dios, Harrison. Temía que te hubieras ido —le dijo Kitt al verlo—. En el hospital ha ido todo lentísimo.

—¿No pinta bien? —preguntó Harrison.

—No, terrible. Están llegando médicos de todas partes. Debería haberme quedado allí, pero quería verte.

—Me voy a ir, Kitt —dijo Harrison, dejando en la mesa el diario que había estado leyendo—. Solo te he esperado para despedirme.

—Has sido muy amable al ayudarnos a cargar a papá —dijo—. Después de lo que ha pasado... Hay algo que necesito saber: ¿lo que escuché sobre Fuselli es verdad?

—¿Que se ha ahogado?

—No, que trató de ahogarte.

—Dile a Jerry que te lo cuente.

—Oh, Harrison. Lo siento.

—Yo también, Kitt. Se ha terminado. Lo sabes. Tiene que acabarse.

—Lo sé. Lo sabía. Lo supe desde el día que volviste de la comida con Pa en el Four Seasons; era una cuestión de tiempo. Tenías una expresión que nunca había visto antes. Fue un error. Nunca debí decirles que me había encontrado contigo en Maine. Debería haberte mantenido en secreto, reservarte solo para mí. Ser tu amante de media tarde. Me hubiera conformado con eso, lo sabes. Podríamos haber estado así años y años, Harrison.

—Oh, Kitt. Tú vales mucho más que eso.

—¿Vas a volver con Claire?

—Creo que quizás soy una de esas personas que han nacido para estar solas.

—Eso no me lo creo ni por un minuto. Has sido una sorpresa continua para mí — dijo ella. Abrió el bolso, sacó un pañuelo y se dio un toque en el rabillo del ojo—. No te preocupes, no voy a llorar. Te lo prometo.

—Lo sé.

—Déjame que te pregunte una cosa, Harrison. Hace años, en Scarborough Hill, aquella mañana, desayunando. Aún no sabíamos que Winifred Utley estaba muerta. Al menos, algunos de nosotros no lo sabíamos. Pero tú estabas tan callado... Tú sabías algo, ¿verdad? Me di cuenta. No dijiste una palabra en todo el desayuno.

—En aquella época nunca tenía mucho que decir, no sé si te acuerdas.

—Te reías de mis bromas como si yo fuera la persona más divertida del mundo. Eso siempre me conmovía. Esa mañana tú ya sabías algo, ¿verdad?

—Sí.

—Tienes que entender algo sobre nosotros, Harrison. Sobre ser un Bradley, quiero decir. Si tuviera que hacerlo, llegaría a mentir bajo juramento en un estrado.

—En realidad no quieres decir eso, Kitt.

—Sí, me da vergüenza admitirlo, pero es así. Espero que nunca se dé el caso, pero en nuestra familia uno hace lo que se le dice.

Fuera, se oyó el sonido de un claxon.

—Ese es Charlie —dijo Harrison—. Ha dicho que me lleva.

—Escucha, Harrison. Ha sido maravilloso —le dijo ella.

—Ha sido maravilloso —repitió él. Le cogió la mano.

—Sé que no debía enamorarme. Era parte del acuerdo. Pero lo he hecho.

—Quizás es mejor tener algo breve pero intenso.

—O sea, que es mejor haber amado y haber perdido que no haber amado nunca, ¿no?, toda esa mierda tan manida. Supongo que con el tiempo puedo llegar a creérmelo, pero ahora no. Me duele. Y me va a doler todavía más. Hasta este preciso instante, nunca me había creído eso de los corazones rotos.

—¿Qué vas a hacer, Kitt? ¿Qué va a pasar?

—Oh, me voy a comportar de una forma muy predecible. Nada fuera de lo ordinario. Probablemente, beberé demasiado. La gente dirá: «Esa a la que sacan a rastras de la fiesta es la hija pequeña de Gerald Bradley».

—No soporto pensar en ti de esa manera.

—Oh, querido, no es culpa tuya. Es de eso de lo que me podrías haber salvado, no a lo que me has abocado.

Sola en su habitación, Grace estaba sentada muy tiesa en una poltrona de damasco color melocotón, con un rosario en la mano, preparada para recibir la inminente noticia de la muerte de su esposo. Imágenes de velos negros ribeteados con cinta de

otomán negra inundaban su cabeza. En sus armarios guardaba una amplia selección de vestidos negros listos para ser usados; cada año en París encargaba uno o dos más, «por si acaso», los cuales, combinados con perlas y broches, servían tanto para asistir a cócteles como para las noches que iban al teatro. Pensamientos que nunca le habían pasado por la cabeza, pensamientos sobre una nueva vida, libre de su marido aventurero e infiel, le asaltaron la mente. La viudedad me hará ser más yo, se permitió pensar. Conocía a tantas mujeres que, como ella, habían vivido a la sombra de sus maridos y al quedar viudas habían emergido para realizarse por completo... Sabía que eso era lo que le iba a ocurrir a ella. En el futuro se veía convertida en una gran benefactora, muy querida, rodeada de sus exitosos y famosos hijos, dedicando su fortuna a ayudar a los necesitados y desesperados y, con el tiempo, convirtiéndose en condesa papal por gracia del Santo Padre en Roma, como reconocimiento a su labor filantrópica. Su deseo más ardiente era ser conocida como condesa Bradley.

Después, horrorizada, se apretó el rosario de plata contra el pecho y rezó para no ser arrastrada por esos pensamientos, como si fueran tentaciones del diablo. Pidió tener fuerza para ser capaz de lidiar con las tribulaciones que se le presentaban, tanto a ella como a su familia. Hacía mucho tiempo que había dejado de amar a su esposo, una revelación a la que solamente había aludido una vez en su vida, con Cardenal, durante una de esas largas charlas vespertinas en Scarborough Hill, mientras tomaban el té. Había sido justo después de descubrir que Sally Steers era la amante de su esposo y que había dormido en su cama mientras ella estaba en París renovando su vestuario, revelación que había conseguido sonsacarle a la siempre fiel pero reacia Bridey. Esa cama, con el colchón, las almohadas, mantas, colchas, fundas y sábanas, había sido sacada de la habitación y quemada. Podía mirar hacia otro lado cuando se trataba de la implacabilidad de Gerald en los negocios, pero su corazón no podía perdonarle que hubiera traicionado sus votos matrimoniales.

¡Ay! Pero la viudedad le fue denegada. Gerald no murió ese día. Simplemente, sufrió una parálisis y perdió la capacidad de hablar.

Desde la distancia, los Malloy, Fatty y Sis, permanecían al corriente de las actividades de sus acaudalados primos. «Un día volverán», decía siempre Sis. Una vez por semana, normalmente los jueves por la noche, cenaban juntos en el comedor de servicio de la residencia Bradley. Hacía años que la familia Bradley no vivía en Scarborough Hill, aunque de tanto en tanto algún miembro de la familia visitaba la casa cuando tenía asuntos de negocios que tratar en la ciudad. Eran visitas cortas, de apenas un día y una noche antes de regresar a la casa de California o de Southampton, o al apartamento de Nueva York. Sis, debido a la insistencia de su tía Grace Bradley, la hermana de su difunto padre, Vinny Malloy, se había convertido en la guardesa. Aunque Grace, en un momento de efusividad, había utilizado el término *chatelaine*^[7] para describir el puesto, a lo que se refería era a ama de llaves, y así lo había entendido su sobrina. Nunca rehusó los límites de su posición. Dormía en la habitación a la que siempre se habían referido como la habitación de Agnes y no en uno de los dormitorios con más florituras, como el de Maureen, Mary Pat o Kitt. Entraba en los salones y el comedor solo para comprobar que todo estaba en su sitio después de la limpieza semanal realizada por la única criada que quedaba en la casa. Sis creía fervientemente, y Fatty estaba de acuerdo con ella, que un día la mansión de Scarborough Hill volvería a llenarse de vida.

El aspecto de Sis era el de una persona del montón. Se había dado por hecho que nunca se casaría. La mayoría de las noches se sentaba en la biblioteca, leía el periódico local y veía la televisión. A veces invitaba a amigas de su infancia en Bog Meadow o de su instituto de provincias y las agasajaba con un recorrido por la gran casa donde ahora residía, aunque su papel, incluso frente a sus amigas, era el de guía, nunca el de propietaria. «Esta es la silla donde Su Santidad se sentó cuando vino a visitar a la familia. Los bendijo a todos, se quitó el solideo blanco de la cabeza y se lo dio a Constant. Está allí, sí, en aquella vitrina. Constant era el niño más mono del mundo. Como un ángel». Sus amigas, que se habían convertido en maestras o en enfermeras o en secretarias de las grandes compañías aseguradoras de la ciudad, siempre proferían exclamaciones de admiración cuando les relataba la visita del Papa, sin importar las veces que hubieran escuchado ya la historia; también elogiaban la ropa de Sis, y ella siempre se apresuraba a aclarar, mientras les mostraba con timidez

las etiquetas de marcas francesas, que el elegante traje o el vestido que llevaba había sido de Kitt o de Maureen, y que se lo había enviado su tía Grace.

El único traje de noche que había en su armario, y que lucía cada año en el baile de la Hermandad de María, en la parroquia de San Martín de Tours, era el traje de dama de honor de la boda de Maureen, celebrada dieciséis años antes. Antaño de color rosado, lo había teñido de negro por motivos prácticos. Ser dama de honor de Maureen había sido una de las mejores experiencias de su vida, y sus amigas a menudo le pedían que les contara los detalles de aquel día memorable. «Allí estaba Cora Mandell, la decoradora más famosa de Nueva York, ya mayor, prendiendo con alfileres esa tela francesa en el interior de la carpa, cuando, ¡pum!, se cayó de lo alto de la escalera de seis metros y se rompió las dos piernas».

—¡No, Sis! —exclamaban sus amigas, horrorizadas y dando unas palmadas.

—A Dios pongo por testigo —decía Sis, levantando la mano derecha—. Gracias a Dios que estaba allí mi primo Des. Por aquel entonces era el jefe de personal del Santa Mónica. La atendió y la boda siguió adelante sin que nadie se enterase de nada. En la familia tienen la capacidad de mantener las cosas en secreto y seguir con sus asuntos como si nada malo hubiera ocurrido.

Sis no tenía ni la más remota idea de las escenas familiares que habían precedido a su designación como dama de honor.

—Oh, Ma, por favor, no me obligues a que Sis Malloy sea una de mis damas de honor —había rogado Maureen—. Ninguna de mis amigas la conoce. No va a encajar.

Pero Grace se mantuvo firme.

—Es tu prima hermana. Tiene tu misma edad. Y va a ser tu dama de honor, te guste o no. ¿Cómo se lo voy a explicar al tío Vinny, si no?

—Por favor, Ma —imploró Maureen—. Por favor, por favor, por favor. Hablaré de Bog Meadow y de curas y monjas y de la carnicería, y yo no sabré hacia dónde mirar.

—Si solamente tuvieras tres o cuatro damas de honor, hubiera sido correcto no incluirla, pero has sido tú la que ha insistido en tener diez, Maureen. Además, te ha enviado una bandeja muy bonita.

—Bañada en plata —cortó Maureen.

—Aun así, ha sido muy amable por su parte —contestó Grace.

El día de la boda, Sis, a quien le salía urticaria cuando se ponía nerviosa, tenía la cara, el cuello y los brazos cubiertos de manchas rojas, y el ramo de orquídeas blancas le temblaba de forma ostensible en las manos mientras caminaba por el pasillo de la iglesia, emparejada con Claire Rafferty. Aun así, nadie se dio cuenta de su malestar ni reparó en ella.

Como su hermana, Fatty no se había casado. Continuó viviendo en la vieja casa de los Malloy de Front Street, en Bog Meadow, y su sueño de convertirse en bombero se vio frustrado por su tío, Gerald Bradley, que no quería tener un pariente

uniformado cuando sus hijos ascendieran a las alturas a las que él esperaba que llegaran. Gerald se ofreció para pagar su educación en Holy Cross, Villanova, Loyola o St. John's, pero Fatty, que nunca había sido un gran estudiante, quería empezar cuanto antes a trabajar y a vivir su vida. Durante un tiempo vendió zapatos en la zapatería Kofsky's, en Bog Meadow. Después pasó varios años como dependiente en la ferretería Ted & Joe, también en Bog Meadow. Más tarde se convirtió en asistente del encargado del supermercado Riley's, cerca de la casa familiar de los Malloy, donde en las horas de más clientes normalmente doblaba su carga de trabajo y se ocupaba de llenar las bolsas de la compra en la caja, tarea en la que era considerado un experto. «Fatty te va a enseñar cómo llenar una bolsa de plástico», les decía con frecuencia el encargado a los nuevos empleados, y Fatty siempre sonreía, radiante de alegría ante el cumplido. Disfrutaba cuando los otros empleados le señalaban frente a los clientes como el sobrino de Gerald Bradley, o como el primo del senador Sandro Bradley, el doctor Desmond Bradley, el congresista Constant Bradley e incluso la condesa de Trafford de París, en función de cuál de ellos fuera el que apareciera en las noticias en aquel momento. Los sábados por la noche, después de que su amigo Corky acabara su turno en El Club de Campo, en Scarborough Hill, donde había ascendido de camarero del bar del vestuario de caballeros a *maître* en el comedor y asistente del responsable de banquetes, los dos quedaban con frecuencia para tomarse unas cuantas cervezas y hablar de los viejos tiempos. Fatty y Corky habían sido amigos desde la época de la escuela secundaria de Nuestra Señora de los Dolores, donde eran compañeros de clase. Solo había un tema del que Fatty y Corky nunca hablaban. Corky tenía sus sospechas acerca de lo que había pasado aquella noche, hacía años, en Scarborough Hill, y en su momento le había dicho al capitán Riordan lo que pensaba. También se lo había dicho a Fatty, y Fatty se lo había dicho a Sis. «Si sabes lo que te conviene, mantente alejado de esto», le respondió Sis a su hermano. Para Fatty, la veladas del sábado con Corky y del jueves con Sis eran sus momentos favoritos de la semana.

—Pobre Kitt —dijo Sis al darle el informe semanal a su hermano. Sis se mantenía en contacto con Bridey, independientemente de la residencia familiar en la que estuviera, mediante una conversación telefónica cada domingo por la tarde—. Se ha enamorado de ese escritor tan callado que solía venir por aquí en los viejos tiempos. Lo llamaban Harry, pero ahora es Harrison.

—¿Kitt está enamorada de él? —le preguntó Fatty, entre bocados de rosbif y puré de patatas—. ¿Y qué pasa con como-se-llame con quien está casada? ¿El que se pasaba el día esquiando?

—Cheever Chadwick —contestó Sis—. Se han separado o, como mínimo, ya no viven juntos. Ya conoces a Bridey. Empieza a contar una historia y llegado cierto punto se para. Vive por y para la tía Grace.

—¿Kitt se va a divorciar? No me lo puedo creer. Un divorcio en la familia Bradley. —Fatty emitió un silbido de asombro.

—Por supuesto, no hasta después de las elecciones. No podrían permitirse ese tipo de publicidad. En su momento ya dije, y lo sigo diciendo, que nunca debería haberse casado con un hombre que no fuera católico, y sé muy bien que la tía Grace está de acuerdo conmigo en este tema.

—Me acuerdo de ese chico, de Harrison. Le escribió el discurso a Constant esa Navidad, en Bog Meadow, cuando entregamos los pavos y las naranjas a los pobres. ¿Te acuerdas?

—Es ese, sí.

—Creía que se había esfumado. ¿Dónde se lo encontró?

—En el Instituto Cranston, en Maine. Donde está Agnes. No, no, Fatty, no hay tercero. Guárdate algo de sitio para el postre. Tengo una sorpresa estupenda para ti, un pastel de melocotón con nata.

—Siempre tengo sitio para el postre, Sis.

—¿Cómo está tu amigo Corky?

El padre Bill, a petición de Grace Bradley, le dio la extremaunción a Gerald, ungiéndolo con los óleos consagrados en una breve ceremonia en el Hospital de Southampton. Pero todavía no había llegado su hora. Solo sufría una parálisis. Tenía por delante un largo periodo de recuperación, y varios expertos en el tratamiento de la apoplejía vinieron en avión desde Chicago y Los Ángeles y en helicóptero desde Nueva York.

Grace acudió al hospital a visitar a su esposo y a su hijo. Había conseguido que los pusieran en habitaciones contiguas.

—¿Has oído lo que le ha pasado a tu padre, Constant? —le preguntó.

—Sí, Ma —respondió Constant.

—Iba caminando por el césped y al segundo siguiente estaba tirado en el suelo. Nunca puedes saber lo que te va a deparar la vida. Por eso es tan importante mantenerse en estado de gracia. ¿Cómo te encuentras, Constant?

—Estoy bien, Ma. Solo magullado.

Ella echó un vistazo a la habitación.

—¿Esas peonías blancas son de mi jardín? —preguntó.

—Sí. Las ha traído Charlotte.

—Ha sido un año maravilloso para las peonías. Deberías decirle a la enfermera que les cambie el agua.

—Sí, Ma.

—¿Estabas bebido cuando chocaste contra el poste?

—No, Ma. Me había tomado un par de copas, nada más.

—¿No había suficiente alcohol en nuestra casa? ¿Te tenías que ir hasta un bar en

la autopista de Montauk?

—Estaba nervioso, Ma.

—¿Ibas con una mujer?

—No, Ma. ¿Por qué lo preguntas?

—Me acuerdo de esa noche, la del accidente de Jerry.

Jerry y Sims Lord entraron en la habitación. Habían redactado un comunicado para la prensa anunciando que Gerald Bradley, el empresario multimillonario, había sufrido una leve apoplejía en su casa de Southampton, Nueva York, y se encontraba descansando confortablemente en el Hospital de Southampton. Su hijo, Constant Bradley, el candidato a gobernador por Connecticut, estaba en el mismo hospital, recuperándose de un leve accidente de tráfico sufrido en la autopista de Montauk.

—Una apoplejía, señora Bradley, es una obstrucción de una arteria del cerebro —dijo el doctor Sidney Dickey, llegado de Nueva York—. La llamamos trombosis intracraneal. Lo que hemos hecho es un arteriograma, que consiste en inyectar un contraste radiológico en la principal arteria del cuello para poder estudiar el recorrido del flujo sanguíneo del cerebro mediante rayos X. ¿Lo entiende?

—Sí, doctor —dijo Grace, asintiendo.

—Hemos descubierto que, muy a nuestro pesar, es inoperable.

—Sí, doctor.

—Pero no debe desanimarse. Una recuperación parcial no es solamente posible, sino casi segura.

—Sí, doctor.

—La recuperación, sin embargo, es un proceso largo y lento —intervino el doctor Ernest Bogner, de Chicago—. Pero creo que, con el tiempo, su esposo será capaz de vestirse solo, al menos en parte, y de lavarse los dientes. Y puede que incluso recupere parcialmente el habla, como mínimo para hacerse entender y poder pedir lo que necesite. Debe saber que su cerebro funciona perfectamente. No está dañado. Su marido está consciente, lo entiende todo, pero es incapaz de expresarse. Emite sonidos, no palabras. Se enfadará cuando vea que usted no es capaz de entenderlo. Se mostrará irritable la mayor parte del tiempo. Van a tener que aprender a ser pacientes.

—Gracias, doctor —dijo Grace.

—Le he facilitado a su hijo algunos nombres de fisioterapeutas expertos en este campo. Mi sugerencia es que, dentro de unas semanas, empiece un programa diario de terapia física.

—Sí, doctor —dijo Grace.

—Mi colega, el doctor Foreman, es médico en el Hospital Presbiteriano de Columbia, en Manhattan, y da la casualidad de que tiene una casa de veraneo aquí cerca, en Quogue. Ha estado dos veces en el hospital conmigo esta semana. Está al tanto del caso.

—Gracias, doctor. ¿Le gustaría quedarse a comer? Mi cocinera hace un suflé de queso maravilloso.

—Vamos a tener que instalar un ascensor, Ma —dijo Jerry, varios días después.

—Bien —dijo Grace—. Que lo instalen.

—Así podremos mover la silla de ruedas desde el segundo piso al primero —dijo Jerry.

—Que lo instalen, te he dicho —dijo Grace.

—También habrá que poner un *jacuzzi* —continuó Jerry.

—Encárgate de ello, Jerry.

—Y vamos a necesitar otra serie de aparatos.

—Jerry, no tengo ni idea de estas cosas. Encárgate tú de todo. No hace falta que consultes cada detalle conmigo. Haz lo que se tenga que hacer y punto —dijo Grace.

—Sí, Ma.

—Cuando tu padre regrese del hospital lo instalaremos en la habitación de invitados, al final de las escaleras —le dijo Grace a Jerry ese mismo día.

—¿Y no en tu dormitorio, Ma? ¿Crees que es buena idea? —le preguntó Jerry—. Es a lo que está acostumbrado.

—No, en mi habitación, no. Organiza lo que tengas que organizar con la cama de hospital y todo lo que sea necesario poner ahí. Es un cuarto luminoso y muy ventilado, y tan bonito, con esos colores que sugirió Sally Steers.

—Sí, Ma. Y sobre las enfermeras...

—No, no —le cortó Grace—. No hay nada más deprimente que tener enfermeras en casa. Esos uniformes blancos enrarecen muchísimo el ambiente, y además las enfermeras son unas cotillas. Oh, ¡cómo cotillean! Cuando Fitzy Montague se tiró por la ventana del número 740 de Park Avenue y le salieron volando los pantalones del pijama, fue su enfermera la que le contó a todo el mundo que tenía un grano en el culo. Imagínatela, contando eso. Además nunca quieren comer con las criadas y, desde luego, no van a comer con nosotros, tendríamos que vigilar cada palabra que saliera de nuestras bocas. Y lo que no voy a hacer es pedirle a Bridey que organice un tercer turno de comidas. Bridey tiene casi setenta años.

—¿Pues qué hacemos, Ma? —le preguntó Jerry.

—Trae a los Malloy. Fatty puede cargar a tu padre hasta el lavabo, puede ponerlo en la silla de ruedas, en el coche y en el baño terapéutico o como se llame eso. Puede observar al fisioterapeuta y, con el tiempo, encargarse él mismo de parte de la terapia. Al fin y al cabo, se trata de moverle las piernas de un lado a otro. Es lo que hacían con mi padre. Y Sis también le puede atender, empujar la silla de ruedas, leerle, ese tipo de cosas. Siempre he pensado que a Sis le gustaría ser enfermera.

—Fatty trabaja, Ma.

—¿Dónde?

—En el supermercado Riley's, en Bog Meadow.

—¿Haciendo qué?

—En la caja, con las bolsas.

—¿Quieres decir que pone la compra en bolsas de plástico?

—Y hace la cuenta.

—Siempre supe que Fatty no llegaría muy lejos. Gerald y yo nos ofrecimos a pagarle los estudios en Holy Cross, Villanova, Loyola o St. John's, con los sobrinos de Bridey. Todos los gastos, hasta que acabara. Pero no, quería ponerse a trabajar. Realmente, sus aspiraciones eran convencionales, ¿no? Meter la compra en bolsas. Imagínate. ¡Menudo carrerón! —Echó la cabeza hacia atrás y se rio—. Sis siempre fue mucho más capaz.

—Ma, Pa necesita enfermeras, enfermeras de verdad —dijo Jerry.

—Más adelante, si empeora. Hablaremos de ello cuando vuelva de París. Pero no quiero que sean guapas ni jóvenes, acuérdate de eso. No con Constant entrando y saliendo de casa, desde luego.

—Sí, Ma. ¿Te vas a París? ¿Ahora?

—Sí, a comprar ropa. Siempre voy en estas fechas.

—Sí, Ma.

—Oh, Jerry. Quizás el padre Bill debería venir y confesar a tu padre. Por precaución, ya sabes. Y a Constant también. Todos deberíamos encontrarnos en estado de gracia. ¿Dónde está Kitt? Me gustaría ver a Kitt.

—Está en su habitación. Lleva dos días ahí metida.

—Tráela, hazme el favor.

—Está un poco achispada —dijo Jerry.

—¿Kitt, achispada? No, mi Kitt, no —dijo Grace.

—De hecho, no está achispada. Está borracha. Como una cuba.

—Oh, no aguanto esa expresión, Jerry.

Kitt se incorporó en su *chaise longue* y contestó a través de la puerta cerrada: «¡Vete!». Desde que Harrison se había marchado, no podía ni comer ni dormir. Había adelgazado visiblemente. Echaba de menos a su amante. Aunque no entendía exactamente qué había pasado, sabía que no había posibilidad de resucitar su romance. En su casa había un sentimiento hostil hacia Harrison.

—¡Ma quiere verte ahora mismo! —gritó Jerry a través de la puerta.

—No puedo.

—Será mejor que bajas.

Diez minutos después, apareció Kitt.

—¿Querías verme, Ma? —preguntó.

—No tienes buena cara, Kitt —dijo Grace—. Deberías arreglarte el pelo. Llama a Kenneth. Pide hora. Hazte la manicura. Date un masaje. Mímate. Estar encerrada en

casa no es bueno.

—Sí, Ma.

—¿Te gustaría venir a París conmigo? ¿Quedarte en el Ritz? ¿Ver a Mary Pat? ¿Comprar ropa nueva? Quizás es lo que necesitas.

—No, gracias, Ma.

—Jerry dice que estás bebiendo. ¿No será verdad, no, Kitt?

—Sí, Ma.

—Bueno, pues déjalo ahora mismo. Cardenal viene a pasar el fin de semana para ver a tu padre y a Constant. Quizás deberías confesarte. ¿Cuánto tiempo hace desde tu última confesión?

—Bendígame, cardenal, porque he pecado. Han pasado dos semanas desde mi última confesión —dijo Kitt, con voz cantarina.

—¡Deja de blasfemar, Kitt!

—Desde mi última confesión he cometido adulterio nueve veces... No, ¡diez!

—¡Basta de ser tan vulgar, Kitt! —gritó Grace.

—Repito, diez veces. Incluida una en la sala de estar del piso de abajo, después de que te fueras a la cama. Esa es la que había olvidado.

—Deberías lavarte la boca con jabón. Cómo siento que Harrison haya vuelto a nuestras vidas. Después de todo lo que hemos hecho por él en esta familia.

—No culpes a Harrison, Ma. Fui yo la que atacó. Fui yo la que empezó todo. Se lo supliqué.

—No pienso escuchar semejantes asquerosidades —dijo Grace, tapándose los oídos con las manos.

—Entonces, ayúdame. ¡Ayúdame!

—Siempre queda ir a misa. El rosario. Nuestra Señora. La oración.

—¡Oh, por el amor de Dios, Ma!

—La vieja no parece estar muy traumatizada —dijo Debbie, la nueva criada, a la que ahora llamaban Colleen, en la cocina.

—¿Y qué quieres decir con eso, señorita? —preguntó Bridey, reaccionando con indignación.

—Su marido acaba de quedarse inválido, se pasa el día babeando y ha perdido el habla, y ella se va a París de compras, como si no tuviera ropa suficiente en esos armarios —dijo Colleen.

—Que no te vuelva a oír llamarla «la vieja» otra vez. Su nombre es señora Bradley, no lo olvides nunca. Esa mujer es una santa en la tierra. Una palabra más de ese tipo y te vuelves con Aer Lingus a Roscommon, que es de donde procedes.

—¿Y Kitt? ¿Dónde está Kitt? —preguntó Grace—. Es hora de ir a misa.

—Está bebida, señora —respondió Bridey.

—Bien, haz que vuelva a estar sobria. Dale unos cuantos bofetones fuertes en la cara; que se beba varias tazas de café. Y dile que se enjuague la boca con Listerine. No quiero que Cardenal huela el alcohol de su aliento cuando reciba la comunión.

—No puedo pegar a la señorita Kitt, señora —dijo Bridey.

—Sí, sí que puedes, si yo te lo pido. La niña no puede perderse la misa. Es un pecado mortal que pesará sobre su alma, y tú no quieres tener nada que ver en eso, Bridey.

—Sí, señora.

—¿Dónde está mi mantilla de encaje?

—Ahí mismo, en el cajón de arriba, con todas sus mantillas.

—No, no. Esas son las mantillas negras. Quiero la blanca, la que me regaló la duquesa de Alba el año pasado en Madrid.

—¿Cómo ha encontrado a los dos pacientes, cardenal? —le preguntó el periodista al cardenal Sullivan cuando este salió del Hospital de Southampton acompañado por Grace, Maureen y Kitt Bradley.

—Ambos, padre e hijo, se están recuperando de forma excepcional —respondió el cardenal Sullivan, sonriendo—. Constant, según creo, va a volver a casa mañana o pasado, y Gerald, en cuestión de una semana o diez días. Qué alegría cuando la familia vuelva a reunirse otra vez. Saben, la gente cree que Gerald Bradley es un hombre exclusivamente interesado en acumular dinero. Pero no es así. Conozco a Gerald desde hace casi cuarenta años. ¿Verdad, Grace?

—Casi, Cardenal. Treinta y nueve, de hecho —dijo Grace, sonriendo.

—Treinta y nueve. Y puedo decirles que su mayor fuente de satisfacción es el éxito de sus hijos. Es el hombre más familiar que he tenido el placer de conocer.

—¿Podemos sacarle un par de fotografías, cardenal, a usted y a la señora Bradley con sus hijas?

Esa noche, en Nueva York, Harrison fue a visitar a Claire y a los niños.

—¿No vas a llevártelos? —preguntó Claire—. Llevan toda la semana esperándote. Les dijiste por teléfono que los ibas a llevar a cenar a Serendipity.

—No. Había pensado en pedir comida y cenar todos juntos.

—Tengo que editar un libro —dijo Claire, desechando la idea.

—Por favor, Claire, es importante.

—¿Estás bien? ¿No estás enfermo ni nada parecido, verdad?

—No.

—¿Qué pasa, entonces?

—Tengo que decirte algo. Después de que los niños se hayan ido a la cama.

—¿Sobre ti y Kitt Chadwick? —Claire fue directa al grano.

Harrison la miró, preguntándose cómo era posible que supiera aquello.

—No —respondió.

—Dímelo ahora, Harrison. No me gustan las esperas ni posponer las conversaciones importantes. —Miró a los niños—. Están encantados viendo la televisión.

—No tiene nada que ver con Kitt —dijo.

—¿Con qué, entonces?

Durante treinta minutos conversaron en voz baja, las cabezas juntas, inclinados el uno frente al otro en la mesa de la cocina. Él le habló de Winifred Utley, de aquella noche, de Constant, de él mismo. Claire, impresionada, escuchó atentamente, pero sin perder la calma. No hubo lágrimas. No hubo gritos de «¿Y esto cómo va a afectarnos a los niños y a mí?».

—Así que de ahí procedía el dinero —dijo, finalmente—. Para el año en Europa y los cuatro años en Brown.

—Sí. Un soborno. Supongo que se puede llamar así.

—No vas a salir indemne de esto, lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé.

—Tengo hambre, papá —dijo Timmy, acercándose hasta donde estaban sus padres.

—Tengo hambre —repitió Charlie, imitando a su hermano.

—Vuestro padre os va a llevar a cenar fuera, niños. Coged vuestros abrigos —dijo Claire. Miró a Harrison—. Siempre supe que había algo. Siempre te dije que escondías un secreto.

—Sí, lo dijiste.

—Pero pensaba que era anterior.

—¿A qué te refieres con *anterior*?

—De cuando eras niño. Siempre me ha parecido raro que no mencionaras a tus padres salvo para contarme que habían sido asesinados. Nunca me has hablado de ellos. Ni una anécdota, ni un recuerdo de infancia. Y no es que muriesen cuando tenías cuatro años y tus recuerdos se hayan visto debilitados con el tiempo. ¿Cuántos años tenías? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete? ¿Piensas en ellos alguna vez? No volviste de Europa para asistir al juicio de los hombres que los mataron. Siempre me resultó algo extraño. En cierta medida siempre me has parecido una persona incompleta.

Harrison miró a su esposa y asintió.

—Sí, tienes razón. Creo que siempre he odiado tanto a Jerry Bradley, casi desde la noche en que lo conocí, en Scarborough Hill, cenando con la familia después de la expulsión de Constant, por el tono burlón que utilizó al hablar conmigo y que me recordó a la manera en la que mi padre solía hablarme siempre. Mi padre me regañaba y se burlaba de mí, y me decía que era un mariquita. Ahora puedo decir esta palabra, e incluso sonreír al decirla, pero cuando era niño para mí era el peor de los

insultos y el más doloroso. Y me resultaba aún más doloroso porque él sabía cómo me afectaba. En muchos aspectos era un hombre razonable, pero yo lo sacaba de quicio. Yo no era el hijo único que él deseaba. Me pegaba. Me pegaba con cinturones de cuero o con perchas de madera, y cuando las perchas se rompían, como sucedía muchas veces, volvía a abrir el armario, cogía otra y continuaba golpeándome. A menudo tenía las piernas y el culo llenos de verdugones. Ahora me doy cuenta de que lo que trataba de hacer era sacarme a base de azotes lo que él creía que era mi pecado. Y no, nunca he ido a visitar su tumba.

Claire lo miró.

—Oh, Harrison —dijo. Durante un momento se miraron fijamente el uno al otro.

—¡Ayuda! —dijo Charlie, tendiéndole su abrigo a Harrison.

Harrison ayudó a su hijo a pasar el brazo izquierdo, después el derecho y luego le abrochó el abrigo. Claire, mientras repetía la misma maniobra con Timmy, observó a Harrison.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

Él se lo contó.

—¿Se lo has dicho a Kitt?

—No.

—¿Lo sabe alguien?

—Solo tú.

—Qué curioso que solo me lo hayas contado a mí.

—Bueno, a mí no me parece curioso, Claire.

—Lo que vas a hacer se llama quemar todos los puentes, lo sabes, ¿no, Harrison?

—Sí, lo sé.

—¿Y no tienes miedo?

—¿Miedo? ¿De qué?

—De lo que pueden hacerte. Son bastante poderosos.

—Ya han tratado de ahogarme.

Dos días después apareció un breve en el *Times* explicando que el cuerpo sin vida de un nadador sin identificar había sido arrastrado por la marea hasta la playa de Shinnecock Creek, cerca de la bahía de Hampton. El hombre, moreno, de un metro ochenta y cinco, vestía un traje de neopreno. Parecía tener entre cuarenta y cuarenta y cinco años. Nadie había reclamado su cuerpo todavía.

—¿Deseaba verme, señor Jerry? —preguntó Charlie, el chófer, entrando en la galería.

—Sí, Charlie.

—¿Va a la ciudad? ¿Quiere que lo lleve?

—No, Charlie.

—¿Quiere que le lleve algo al señor Bradley al hospital?

—No, Charlie. Siéntate. Ahí, en la silla de bambú. No parece cómoda pero lo es. Ya sabes que Sally Steers no dejaría que ningún invitado de Ma se sentara en una silla incómoda.

Charlie, súbitamente nervioso, sonrió.

—¿Cuántos años hace que estás con nosotros, Charlie?

—Oh, deje que lo piense; veinticinco o veintiséis, no me acuerdo exactamente. No estará pensando en jubilarme, ¿verdad, señor Jerry? Todavía estoy en forma, ¿sabe?, como cuando empecé a trabajar para la familia.

—No, no, Charlie, claro que no, ni soñar con jubilarte. Mi padre va a necesitarte más que nunca cuando vuelva del hospital. Quería hablarte de algo que no tiene nada que ver con eso. El mar ha arrastrado el cuerpo de un hombre hasta la playa de Shinnecock Creek, cerca de la bahía de Hampton. Un nadador. Lo han llevado al forense en Hauppauge, y está allí, en la morgue. ¿Conoces Hauppauge, Charlie?

—No estoy seguro.

—Está a treinta millas al oeste de Southampton.

—Ah, sí, claro, conozco Hauppauge.

—Tengo razones para creer que se trata del cuerpo de Johnny Fuselli —dijo Jerry.

—¡Johnny! ¡No! —dijo Charlie, impresionado.

—Eso me temo. Salió a nadar hace unos días y nadie lo ha visto desde entonces. Lo que me gustaría que hicieras, Charlie, es que reclamaras el cuerpo, si realmente es Johnny, claro, y que lo envíes a la funeraria de Hauppauge y realices los trámites necesarios para la cremación.

—¿No debería ser usted quien lo hiciera, señor Jerry, y no yo? —le preguntó Charlie—. Yo solo soy el chófer.

—En circunstancias normales, Charlie, sí, pero con todas las noticias que están saliendo en los periódicos sobre el accidente de Constant y la apoplejía de mi padre, nuestra familia ya está lo suficientemente expuesta. Mis hermanos y yo hemos pensado que tú podrías encargarte de esto sin llamar la atención.

—Puede salir caro, ya sabe, con la cremación y todo eso.

—Sí, lo sé. Creo que en este sobre hay dinero suficiente para cubrir cualquier gasto. Gracias, Charlie.

Esa noche, Harrison Burns entró en una cabina telefónica situada en la esquina entre Park Avenue y la calle Sesenta y dos, en el Upper East Side de Nueva York, y marcó un número.

—¿Dígame?

—¿La señora Utley?

—¿Sí? ¿Quién es?

—Soy Harrison Burns.

—Ah, Harrison —dijo ella. Su tono era amigable—. Qué curioso que llames justo

ahora. Acabo de leer tu artículo sobre Esme Bland y Dwane Lonergan. Qué historia.

—Sí.

—Me ha encantado esa mujer de Arizona, la que cría ganado.

—Maxine.

—Sí. Es un artículo extraño, para ser tuyo.

—¿Extraño? ¿Por qué?

—Un crimen sin villanos.

—Tiene razón.

—Sin rastro de tu rabia habitual.

—Sí, supongo que tiene razón. Pero la rabia ha vuelto. Me gustaría que me invitase a una taza de té, un vaso de agua o lo que sea que tenga para ofrecer.

—Claro que sí. ¿Cuándo?

—Estoy en una cabina telefónica en frente de su casa. ¿Le parece bien ahora mismo?

Cuando Harrison salió del ascensor, Luanne Utley estaba esperándolo en el descansillo, con la puerta de su apartamento entreabierta. Durante un momento, se miraron el uno al otro. Ella entendió que no se trataba de una visita de cortesía.

—Entra, Harrison —dijo.

TERCERA PARTE

1993

Harrison Burns

¿Cómo puedo describirles el furor que causó el arresto de Constant Bradley? ¿A qué pudo deberse? ¿A su carrera como congresista? ¿A sus aspiraciones a gobernador? ¿A su famosa familia? ¿A su multimillonario padre? ¿A su *glamour* y su fama de seductor? ¿A su extraordinaria apariencia? Quién sabe. Probablemente, a todo ello junto. ¿Cómo olvidar esa imagen suya, con un policía a cada lado, llegando a la comisaría de Scarborough Hill, en Connecticut, para entregarse? No es cierto que fuera esposado, como aseguraron varios diarios. No. Una de las condiciones acordadas de antemano era que si se entregaba en comisaría voluntariamente no se le iba a esposar. Le tomaron las huellas y se le impuso una fianza de un millón de dólares que se pagó de inmediato. A continuación, se marchó, saludando con la mano, sonriendo con tristeza pero de forma afable al aluvión de cámaras que se agolpaban en el exterior de la comisaría. Por consejo de su abogado, no hizo ninguna declaración, tan solo un encantador gesto de impotencia. Después se subió al coche familiar y lo sacaron de allí de inmediato.

Pero, por supuesto, deben acordarse de todo aquello. Fue la noticia que abrió los telediarios de la noche de las tres principales cadenas y de la CNN. Fue noticia de primera página en todos los diarios a la mañana siguiente, incluido el *Times*. Sin embargo, como todo el mundo sabe, los tiempos de la justicia son muy lentos. A medida que pasaron las semanas y los meses, la historia fue quedando relegada a los medios que unos llaman amarillos y otros, directamente, basura. Varios miembros de la familia Bradley pidieron a la policía que les protegieran de las hordas de reporteros, fotógrafos y cámaras que bloqueaban el camino de entrada de su casa, que les acosaban telefónicamente y que provocaron varios incidentes desagradables. Un fotógrafo, utilizando una plataforma elevadora, consiguió acercarse a la ventana del segundo piso de la residencia Bradley y sacar una fotografía de Gerald Bradley mientras Sis Malloy le daba la sopa. La fotografía del hombre desvalido e indefenso apareció en los periódicos de todo el país, y en todas partes se escucharon gritos de indignación al respecto. Una vez más, los periodistas fueron calificados de buitres. Otros protagonistas importantes del caso, como Luanne Utley y yo, nos ocultamos, por separado, rechazando entrevistas y declinando participar en aquel circo mediático que, en realidad, yo mismo había provocado.

Siempre he disfrutado escribiendo sobre la gente, y la gente siempre ha accedido a hablar conmigo, incluso cuando se trataba de personas reacias a ser entrevistadas. Claire me ha dicho en más de una ocasión que me involucraba en sus vidas para no tener que enfrentarme a la mía. Puede ser. Ahora es al revés. Con la decisión que tomé de dar un paso adelante y contar lo que sabía sobre Constant Bradley recibí una gran dosis de atención mediática. Aparecieron fotografías mías en los periódicos. Descubrí muy rápidamente, y el descubrimiento no resultó nada sorprendente, que no me gustaba que escribieran sobre mí. Pobre Claire. Para ella fue horrible, sobre todo cuando el *National Enquirer* publicó una fotografía suya y de los gemelos. Dejó Nueva York y alquiló una casa en un remoto pueblo de Connecticut para continuar con su labor de editora desde casa. La mayoría de cosas que se escribían sobre mí eran poco favorables. Existía la idea, difundida por la familia, de que hacía todo aquello por la recompensa. La palabra «traidor» se usó a menudo para describirme.

Ha habido ocasiones, más de las que puedo recordar, en las que me he dicho a mí mismo: «¿Qué has hecho?», «¿En qué te has metido?». ¿He dudado alguna vez de lo acertado de mi visita en plena noche al apartamento de Luanne Utley en mayo de 1990 y de las horas de confesión que le siguieron? Claro que sí. A menudo me he despertado en mitad de la noche, empapado de sudor, con el corazón latiendo fuera de control y gritando: «¡¿Qué he hecho?!». Si pudiera volver atrás, ¿lo haría de nuevo? Me gustaría poder decir «Oh, sí, sí, sí», pero, en realidad, no lo tengo tan claro.

¿Mi vida no habría sido más sencilla si hubiera seguido mi instinto y no hubiera ido a Southampton ese maldito fin de semana, durante el cual el que estuvo a punto de morir ahogado fui yo y no Johnny Fuselli? Claro que sí. Pero ahora, mirando atrás, me doy cuenta de que este proceso se puso en marcha aquella noche en Borsalino's, cuando me encontré de nuevo a la señora Utley, después de tantos años. Fue entonces cuando empezaron a despertarse en mí pensamientos que llevaban mucho tiempo dormidos, pese a que me resistí a escucharlos. Después, en Maine, en el hotel Bee and Thistle, el proceso se aceleró al encontrarme con Kitt Bradley, la viva imagen de Constant, y convertirme en su amante. No quería reunirme con Gerald Bradley en el restaurante del Four Seasons de Nueva York, pero me dejé convencer e hice algo que iba en contra de mi voluntad. Ese día apareció Fruity Suarez, como un espectro, vestido de gris, esperándome al pie de las escaleras para advertirme de que no tomara el camino que iba a tomar. En el bar Miss Garbo, él entendió enseguida que me estaba metiendo en un callejón sin salida. Cuántas veces he pensado en sus palabras: «Aléjate de ellos. De todos ellos. Te destruirán. ¿Qué tiene esa familia para que la encuentres tan irresistible, Harry?». Yo no quería ir a Southampton. Todo me indicaba que no lo hiciera, pero, de nuevo, me dejé convencer e hice algo que no quería. No quería volver a ver a Constant. Nunca he sido capaz de borrar por completo de mi mente su imagen, la imagen de alguien tan bello, utilizando el faldón de su camisa

blanca de Brook Brothers para limpiar la sangre de Winifred Utley y sus huellas dactilares del bate con el que acababa de matarla.

He llegado a la conclusión de que hay un plan trazado para cada vida, y que estos encuentros, que escapaban por completo a mi control, formaban parte del mío, del que me conducía hasta este día. La cuestión es que, incluso antes de que Johnny Fusselli tratara de ahogarme, sabía, o creo que sabía, que iba a hacer lo que he hecho. El peso con el que cargaba mi alma era demasiado grande.

Vi a Kitt una vez más después de nuestra despedida en Southampton. Después de lo que había sucedido entre nosotros, no podía pasar por lo que estaba a punto de pasar sin antes darle a conocer mis intenciones. No le podía hacer eso. Para entonces yo ya había ido a ver a Luanne Utley. También había visitado al capitán Riordan, ahora retirado, que había sido quien me había indicado cuáles iban a ser los siguientes pasos. Le dejé a Kitt un mensaje en el contestador, diciéndole que era importante que la viera debido a una cuestión muy urgente. Me respondió dejando un jovial mensaje: «Ven a comer el martes. Atún». Con Bridey siempre presente en su vida, nunca había aprendido a cocinar, pero a menudo presumía de su atún a la cazuela, según ella su única habilidad culinaria.

Nuestro encuentro fue breve. Vivía en una *suite* pequeña pero elegante, con cocina propia, en el hotel Rhineland. El Rhineland era, y sigue siendo, un lugar elegante del Upper East Side de Nueva York, donde residían muchas mujeres de la clase alta entre un divorcio y el siguiente matrimonio. Yo había estado alguna vez allí durante nuestra aventura, pero ella prefería mi espartano apartamento para nuestros encuentros de media tarde. «Es más erótico», dijo en varias ocasiones. Le gustaba llegar con antelación y cambiar las sábanas y poner el vino en la nevera y colocar las flores que había comprado en el mercado coreano de la esquina. Odiaba el único jarrón que había en mi casa. «Es hortera», decía. Odiaba mis dos únicos vasos. «Aún más horteras». Compró un jarrón nuevo y dos vasos. A veces, cuando abría la puerta de mi apartamento, estaba ya desnuda, con mi batín como única prenda, preparada para el frenesí que iba a venir a continuación, que era como lo llamaba ella. Desde que la conocía, siempre me había hecho reír. La echaba de menos.

Ese martes, el martes del atún, Kitt abrió la puerta y a continuación se echó un poco hacia atrás para observarme. Llevaba puestas las gafas que a veces usaba para leer, pero se las quitó y las sostuvo en la mano mientras sonreía nerviosamente, como hacen los amantes cuando vuelven a verse después de la primera noche. Entré y me quedé allí de pie, mirando cómo me miraba. Avergonzado, me di cuenta de que ella pensaba que la urgencia de mi llamada tenía que ver con el deseo sexual. Un polvo rápido, al que hubiera dicho que sí si esa hubiera sido mi intención. Había ido a la peluquería. Iba vestida como para ir a comer al 21, el restaurante de moda. El traje, las perlas, el pasador de oro. Detrás de ella pude ver que la mesa estaba puesta para

dos, con platos y copas y cubiertos de plata y servilletas y una botella de vino. La botella estaba abierta, y se había servido un vaso, quizás dos. Desde la cocina, llegaba el olor de su guiso de atún.

—Hola —dijo. Su voz era apenas un susurro.

—Hola, Kitt.

—Oh, Harrison. Me puse tan contenta al saber de ti. No he podido parar de pensar que venías hoy. Ayer por la noche, en la ópera, solamente me quedé a los dos primeros actos y luego me marché. Quería que hoy todo estuviera perfecto. ¿Qué aspecto tengo?

—Kitt, no me voy a quedar. Escúchame, tienes que dejarme hablar. No debes interrumpirme. Va a ocurrir algo terrible y no puedo soportar la idea de que te enteres por otra persona, ya que yo soy el responsable. Van a detener a Constant por el asesinato de Winifred Utley en 1973. No, no me lleves la contraria. Yo estaba allí esa noche. Lo vi. Lo ayudé a trasladar el cuerpo desde el lugar donde la mató hasta el lugar en el que la encontraron, bajo el pino. Tu padre lo sabía. Todos tus hermanos lo sabían. Tu madre no, por supuesto, ni ninguna de tus hermanas. No podía vivir ni un minuto más guardando este secreto. Por eso Johnny Fuselli trató de ahogarme. He ido a la policía en Scarborough Hill y les he contado todo lo que sé. Y eso es todo. Eso es todo lo que tengo que decirte. Siento herirte de esta manera, y siento herir a tu madre. Te he querido, Kitt. Quiero que lo sepas. Pero tenía que hacer lo que he hecho.

Se me quedó mirando, incrédula. Parecía como si le hubiera dado un bofetón. La boca le colgaba, abierta. Un instante después, inclinó la cabeza sobre el pecho, como si su cara no pudiera soportar el peso excesivo de la barbilla. Se le escurrieron las gafas de las manos. Mientras se giraba buscando dónde sentarse, las pisó con sus altos tacones y rompió una lente; no le dio importancia y se dejó caer en la silla. Se cubrió la cara con las manos. Yo me di la vuelta, abrí la puerta y la dejé. Una vez fuera, en el descansillo del hotel Rhineland, pude escuchar un gemido suyo, como un lamento por un muerto. Quise volver. Quise decirle que sentía haberle hecho daño. No lo hice. Caminé con paso rápido hacia el ascensor y apreté el botón de bajada.

No es inusual que existan locos que confiesen la autoría de crímenes que no han cometido, o gente que pretenda tener información sobre un crimen que en realidad no tiene. Por esta razón, la policía siempre oculta algún dato a los medios de comunicación, algo fundamental que solo el asesino, o alguien que haya sido testigo del asesinato, pueda saber. Revisen los periódicos de 1973. Leerán que Winifred Utley llevaba un vestido rosa, que tenía las bragas blancas puestas y que no había sido violada. Lo que yo sabía es que en realidad las bragas las tenía en los tobillos. Me había fijado en eso cuando la levanté. Le había visto el vello púbico. Esa era la información que necesitaba para probar mi credibilidad. Ellos ya sabían dónde había estado yo esa noche. Figuraba en los informes. Lo que yo sospechaba pero en

realidad no sabía era que la intención había sido violarla, pero que no había llegado a haber penetración. Yo tenía una teoría sobre Constant, pero me la guardaba para mí.

El capitán Riordan vino conmigo ese día. Pese a estar retirado, no había sido capaz de olvidarse del caso, sobre el que siempre había albergado muchas sospechas. Había seguido en contacto con Luanne Utley a lo largo de los años y mantenía con ella una cálida relación. Después de mi marcha a Europa habían sucedido cosas de las que yo no tenía ni idea. El capitán Riordan me contó que un cardenal y varios sacerdotes habían intercedido por la familia. Me dijo que el cardenal le había dicho a Gerald, en su presencia, que no debía dejar que a Constant le hicieran ciertas pruebas que Riordan reclamaba. Dijo que harían más mal que bien, y aunque nadie supo a qué se refería, nadie iba a cuestionar a un cardenal, cosa que el cardenal sabía.

El nuevo jefe de policía de Scarborough Hill, que había ocupado el puesto tras la jubilación del capitán Riordan, era Homer Dundee. No le gustaba que el capitán Riordan siguiera involucrado en el caso y dijo que era bastante capaz de llevarlo él solo. No quería que nadie interfiriera, así que el capitán Riordan se marchó. A partir de entonces me encontré con él a solas o acompañado de Luanne Utley.

Homer Dundee me preguntó si sabía por qué Winifred tenía cortes en la barbilla, la nariz y la frente que no tenían nada que ver con los golpes que había recibido con el bate. Dije que creía que los cortes se los había hecho Constant al tratar de arrastrarla por el camino cogiéndola por el pelo, antes de ir a buscarme para que le ayudara a levantarla. Homer Dundee asintió con la cabeza.

—¿Hay alguien más que pueda corroborar alguna de las cosas que me ha dicho? —preguntó.

—Hay una cocinera en la familia que se llama Bridey. No sé su apellido. Lleva con ellos desde que los niños eran pequeños. Vive entregada a la señora Bradley —dije.

—¿Y qué pasa con ella?

—Esa noche se despertó cuando Constant y yo volvimos a la casa y nos quitamos la ropa en la cocina. Su habitación estaba justo al lado. Nos llamó la atención. Eran las dos de la mañana.

Homer Dundee tomó nota del nombre.

—¿Alguien más?

—Había una criada llamada Colleen. Otra Colleen, no la que trabaja ahora para la familia.

—¿Qué pasa con ella?

—Al día siguiente escuché cómo le decía a Bridey que nos había oído a Constant y a mí hablando fuera de la casa, en medio de la oscuridad. Su habitación estaba en el último piso y dijo que nuestras voces llegaban hasta allí. Bridey le dijo que olvidara lo que había oído.

—¿Sabe su apellido?

—No.

—¿Alguien más?

—Una agente inmobiliaria de Nueva York llamada Eloise Brazen. Su número viene en la guía telefónica. Vive en Park Avenue. Por aquel entonces tenía una aventura con Gerald Bradley. Constant llamó a su padre a su apartamento esa noche para decirle que había sucedido algo terrible y que tenía que ir de inmediato. Sé de forma fehaciente, por alguien a quien ella conocía que ya ha muerto, que se acuerda de esa noche.

—¿Qué pasó con el bate? —preguntó el jefe de policía, súbitamente—. ¿Con la otra mitad del bate?

Le conté que Constant lo había metido en una bolsa de basura. Le conté que nos habíamos quitado la camisa, los pantalones, los calzoncillos y los zapatos y los habíamos metido en la bolsa. Le conté que Johnny Fuselli se había llevado el coche de Bridey con la bolsa de basura en el maletero. Le conté lo que Johnny me había dicho antes de ahogarse.

Tras mi visita a Kitt, la noticia de mis intenciones se propagó rápidamente. A mi mujer la acosaron con llamadas telefónicas anónimas. Cuando digo «mi mujer» todavía me refiero a Claire, de la cual estoy separado, pero no divorciado. Al principio, las llamadas eran relativamente inofensivas. «No vas a ser socia del club al que quieres unirte», decía la voz. Efectivamente, había solicitado la admisión en un pequeño club de playa en Black Point, donde había muchos niños para que los nuestros jugaran. O: «Tus hijos no van a ser admitidos en el colegio en el que estás tratando de matricularlos». El colegio, en realidad, no era más que una guardería. El objetivo de las llamadas era que ella ejerciera su influencia sobre mí para que no siguiera adelante con el juicio. Claire es una mujer fuerte, a la que no se asusta fácilmente. En una ocasión consiguió entablar conversación con su acosador. Más tarde, me dijo: «Creo que sé quién es». Yo, por supuesto, pensaba que se trataba de Jerry, o incluso Des. Pero Claire estaba bastante segura de que era Freddy Tierney, el marido de Maureen Bradley, al cual había conocido varios años atrás en Palm Beach, antes de que formara parte de la familia Bradley. En una ocasión se enfrentó a él: «¿Eres tú, Freddy Tierney? ¡Gilipollas!», dijo. Quienquiera que fuera, colgó. Las llamadas cesaron. Al parecer, Freddy había sido instruido por la maquinaria Bradley, pero la pifió en su primera tarea. Como el pobre Johnny Fuselli, no estaba del todo convencido. Hace poco, las llamadas han vuelto a producirse, pero la voz es diferente. Son llamadas anónimas, amenazantes y odiosamente vulgares. Claire ya no coge el teléfono; deja que el contestador registre la llamada al primer tono y solo contesta si reconoce quién es. La han engañado dos veces, pero ha conseguido grabar las llamadas y llevar las cintas a la policía. Las llamadas han cesado de nuevo.

Circularon historias sobre la extraordinaria recuperación de Gerald. No eran ciertas. Había envejecido mucho desde el derrame. Los invitados de la casa, en su mayoría sacerdotes y amigos cercanos de la familia que le felicitaban por su notable mejoría, informaban después de que tenía tendencia a quedarse dormido, que se olvidaba de los acontecimientos recientes pero se acordaba de los remotos con claridad, que lloraba con frecuencia y que tenía brotes de irritabilidad. La parálisis no había remitido. La parte izquierda de su rostro estaba desfigurada y era incapaz de hablar de forma inteligible. Emitía sonidos que él creía que tenían sentido, pero que nadie era capaz de entender. Cuando sus allegados más cercanos no comprendían sus órdenes y deseos, se enfurecía. Solo Sis Malloy era capaz de interpretar sus sonidos. «Asegúrate de que Sis esté en la habitación», decía un miembro de la familia, alertando a los otros de un posible acceso de ira.

Aunque Grace rara vez veía a Gerald cara a cara, estaba al tanto de sus necesidades mediante el contacto diario con Sis Malloy y con la señorita Toomey, la enfermera jefe.

Cada día, Sis le leía a Gerald los periódicos, el *New York Times* y el *Wall Street Journal*. Se había convertido en una experta en leer las informaciones bursátiles, y a veces contestaba a llamadas de los corredores de Gerald, pasándole la información a él y llamándoles con su respuesta. Gerald no había perdido su habilidad para hacer dinero. Ese era su momento más feliz del día. Sis le compraba todos los tabloides y le leía al detalle las noticias sobre el escándalo que involucraba a su hijo y que tenía enganchado al país.

—¿Qué dice, Sis? No lo entiendo —decía Jerry, impaciente.

—Ha dicho que Constant no debe ser esposado bajo ninguna circunstancia.

—Sí, por supuesto —asentía Jerry—. Se va a entregar en la comisaría y pagaremos la fianza inmediatamente. La fianza es de un millón.

En el ínterin, la vida familiar de los Bradley continuó como si la tormenta no los acechara. De cara a la galería actuaban como si la acusación de asesinato no fuera más que una molestia incómoda, la venganza de un loco que pronto quedaría aclarada en un juzgado, momento en el cual podrían continuar de nuevo con sus vidas. Era un rasgo característico de la familia no hablar de sus escándalos o adversidades. La locura de Agnes, el accidente de Jerry, el matrimonio de Des con una criada y las amantes de Gerald no se mencionaban nunca. Para contrarrestar aquella terrible publicidad, la maquinaria de relaciones públicas de los Bradley estaba en constante funcionamiento. Sandro pronunció un emocionante discurso en el Senado, que todo el mundo alabó, oponiéndose a una nominación presidencial para un candidato a la Corte Suprema. Maureen dio a luz mellizos, sus hijos octavo y noveno. Grace celebró su setenta y dos cumpleaños con gran fanfarria y, en su honor, se bautizó una nueva rosa blanca, la rosa Grace Bradley. A Constant se le fotografió empujando la silla de

ruedas de su padre. Yo sabía que Gerald no estaba bien, pero no estaba preparado para ver esa imagen suya. El hombre al que había visto hacía solamente once meses en Southampton había menguado de tamaño. Con la barbilla colgándole, sentado con aire ausente en su silla de ruedas y desempeñando su papel en el teatrillo familiar, observaba cómo Constant cavaba el agujero para plantar el rosal. Ese mismo domingo, un poco antes, la quinta criatura de Maureen, Eugenie, hizo su primera comunión. Acudió toda la familia, a excepción de Gerald.

—Será una imagen maravillosa, Constant cogiendo la manita de Eugenie y ella con su velo y el bonito vestido blanco que Ma le ha comprado en París —dijo Maureen—. Después de todo, es su padrino.

—¿Su padrino? —dijo Freddy Tierney—. Su padrino es mi hermano Tom.

—Oh, por el amor de Dios, Freddy. ¿Quién demonios lo va a saber? Y por cierto, vaya padrino, tu hermano. Hace tres años que no se acuerda del cumpleaños de Eugenie.

Freddy, acobardado, reculó.

—Tiene cáncer, querida.

—Da lo mismo.

En privado, circulaban historias de lo mucho que bebía Kitt. Los que la querían decían: «Qué lástima». De cara al público, lo que se supo es que viajó a París para visitar a su hermana Mary Pat, la condesa de Trafford.

El libro que Gerald quería que yo escribiera en nombre de Constant, la crónica de una gran familia católica americana, lo escribió en muy poco tiempo, y de forma anónima, una tal señora Goldberg, que ya había escrito los libros de un ex miembro del gobierno, de la exmujer de un célebre peluquero, de la hija de un expresidente y de una estrella de cine, quienes, en cada caso, habían firmado con sus nombres. Ella no deseaba reconocimiento alguno, y le bastaba con permanecer en un discreto segundo plano mientras Constant recibía los méritos de la autoría. Claire, siempre al tanto de los cotilleos del mundo editorial, me dijo que le habían pagado medio millón de dólares de adelanto. La rapidez era la clave de aquel encargo. Si el libro entraba en las listas de los más vendidos, recibiría otro cuarto de millón de dólares. Titulado simplemente *Familia*, el libro de Constant Bradley fue tremendamente popular. El editor negó el rumor de que representantes de la familia hubieran comprado miles de copias en las librerías clave del país, las que proporcionaban los datos de ventas que servían para elaborar las listas de los más vendidos. Se llevó a cabo una cuidada campaña publicitaria, con apariciones televisivas de Constant como autor de las memorias familiares en los programas de entretenimiento más relevantes, y hasta en una ocasión salió Grace como la madre del autor. En televisión, Grace, que siempre se había mantenido alejada de la luz pública, resultó ser una figura inmensamente popular, adorada por la audiencia.

—Si pudieras ver a este hijo mío, a su mujer Charlotte y a sus adorables hijitos yendo a misa cada domingo, te darías cuenta de lo familiar que es. Siempre he dicho que la familia que reza unida, permanece unida —dijo Grace en *El show de Oprah Winfrey*.

—Ese es un sentimiento precioso, señora Bradley —dijo Oprah, y animó al público del estudio a que la aplaudiese. Grace sonrió y saludó al público y a la cámara.

A continuación, Oprah se puso seria y se dirigió a Constant.

—Congresista Bradley, usted mismo, en este momento, está atravesando una situación personal muy complicada al haber sido acusado del asesinato de una joven ocurrido hace casi veinte años en Scarborough Hill, Connecticut.

—Naturalmente, se trata de una acusación falsa, Oprah, algo que muy pronto se va a probar en los tribunales. En este momento existen ciertas limitaciones sobre lo que puedo decir y lo que no. Estoy seguro de que lo entenderás.

—Sí, sí, por supuesto. No voy a pedirle detalles específicos del caso. Lo que me interesa saber es su opinión sobre lo ocurrido, sobre el asunto en el que se ha visto involucrado.

—El asunto es completamente ridículo —intercedió Grace.

Constant habló, muy serio:

—Lo que creo es que ha habido presiones dentro de la comunidad de Scarborough Hill, donde, como sabes, la familia Bradley vivió durante muchos años, para que este trágico crimen, que lleva abierto desde hace casi dos décadas, quién sabe si debido a la ineficacia de la policía en su momento, por fin se resuelva. El cuerpo de la pobre Winifred Utley, a la cual, por cierto, solo vi un par de veces en mi vida, fue encontrado, sí, cerca de la propiedad de mis padres. Y como probablemente yo soy la personalidad más destacada, la que tiene un perfil más alto de entre todas las personas que vieron a Winifred Utley aquella última noche en el baile, parece lógico que el nuevo jefe de policía, ansioso por labrarse un nombre, me acuse a mí.

—Mi hijo estaba en la cama esa noche, Oprah —dijo Grace—. La madre de la chica me llamó a las dos de la mañana preguntando por Winifred, y yo fui a la habitación de Constant, y allí estaba, durmiendo como un bebé.

—Sí, señora Bradley. —Oprah se dirigió de nuevo a Constant—. La persona que ha realizado esta acusación contra usted, el señor Burns, Harrison Burns, es, o mejor dicho, fue, un gran amigo suyo. ¿Es así?

—Eso es lo sorprendente. Lo que nadie en nuestra familia entiende.

—Fuimos tan buenos con ese chico —dijo Grace—. Lo acogimos. Prácticamente se convirtió en un miembro más de nuestra familia después de que sus padres fueran asesinados. —Susurró esta última palabra al tiempo que asentía con la cabeza, como si aquello fuera un factor significativo.

—Los Bradley están aireando el caso en televisión, señoría. Tienen acceso a todos los programas de entretenimiento. La excusa es promocionar el libro de Constant Bradley, pero están utilizando el tiempo en antena para argumentar en su defensa y contaminar de antemano el proceso legal —declaró Bert Lupino, el fiscal, dos días después en el tribunal.

La jueza Edda Consalvi se pasó la mano por los cabellos teñidos de negro. Alcanzó un vaso y se sirvió agua de un termo.

—¿Qué me está pidiendo, señor Lupino?

—Lo que le estoy pidiendo es que prohíba a todas las partes hacer declaraciones a la prensa para que este caso no se dirima en los medios de comunicación antes de que comience el juicio —dijo Bert Lupino.

—Petición concedida —respondió la jueza Consalvi.

Sobre Bert Lupino, el fiscal del distrito había dicho lo siguiente:

—Es nuestra estrella. Tenemos mucha fe en él. El año pasado fue nombrado fiscal del año. Tiene casi un cien por cien de promedio en sentencias de culpabilidad.

Era cierto, pero las sentencias eran por casos de robo y drogas. Nunca había lidiado con un caso de asesinato. Yo no me sentía del todo seguro en sus manos. Cuando se ponía a chillar, se acaloraba. Su padre era dentista, y durante nuestras sesiones particulares de trabajo no dejaba de pasarse la seda dental entre los dientes.

—Por favor, deje de hacer eso —le dije un día, finalmente—. Se lo pido por favor, me está volviendo loco.

—Oye, oye, cálmate, Harrison —me contestó.

Desde el día previo al arresto de Constant se puso en marcha una búsqueda para encontrar al mejor abogado del país. Gerald, a través de Sis Malloy, que era su intérprete, dejó claro que quería al abogado que había conseguido la absolución «de ese tipo que trató de matar a su esposa en Newport, la que está en coma». Constant tenía sus reservas. «No quiero un abogado cuyo nombre aparece en los periódicos a diario, Pa», dijo. Se entrevistó con otros abogados del mismo rango. Finalmente, fue Sims Lord quien sugirió el nombre de Valerie Sabbath.

—Valerie Sabbath lucha a muerte por sus clientes —les explicó a los miembros masculinos de la familia Bradley—. Es conocida por haber salvado a nueve personas del corredor de la muerte.

—Dios santo —dijo Sandro, que siempre era cauteloso, tanto en casa como en el Senado—. Si contratamos un abogado con semejante historial, ¿no dará la sensación de que creemos que Constant es culpable? Salvar a nueve personas del corredor de la muerte. A mí me suena mal. ¿Alguien está de acuerdo conmigo?

—Creo que deberíamos hacer caso a Sims, Sandro —opinó Jerry.

—Todos sabemos que Constant es inocente, Sandro —intervino Des—, pero nos estamos enfrentando a un juicio por asesinato.

—Continúa, Sims —dijo Constant.

—Lo que estoy diciendo es que cuando hay una acusación de asesinato, Valerie Sabbath es la mejor abogada que se puede contratar. Se la considera una de las interrogadoras más despiadadas del ámbito judicial. Tiene una extraordinaria habilidad para desgastar y confundir a los testigos de la acusación. Extraordinaria. Yo he presenciado algunos de sus casos. Lo he visto de primera mano. Le gusta intimidar. Se crece haciéndolo. Sabe cuándo te tiene. Puede manipular y modificar la memoria de un testigo.

A Jerry le gustó cómo sonaba aquello. Informó a su padre de la recomendación de Sims Lord. Gerald escuchó y asintió.

—No es una señora, Pa —dijo Jerry—. Es una matona.

Gerald asintió de nuevo.

—No es el tipo de persona que podríamos llevar al club a cenar. Grita. Es malhablada. Odiaría a toda esa gente tanto como ellos la odiarían a ella.

Gerald escuchó. Le hizo señas a Sis Malloy y, entre dientes, le dijo algo al oído.

—¿Qué dice, Sis? —preguntó Jerry.

—Quiere saber cuánto va a costar.

—Un millón.

Gerald masculló algo entre dientes.

—Dice que la contratéis.

—La fiscalía va a tratar de establecer un patrón de conducta, Pa. Han obligado a testificar delante del juez a Weegie Somerset y a Maud Firth. Crucemos los dedos respecto a Wanda Symanski. Por el momento nadie sabe nada sobre ella. Valerie dice que no tienen ninguna opción. De hecho, lo que Valerie ha dicho es: «No tienen ni una puta opción». Así es como habla, Pa.

Gerald se rio entre dientes.

—Valerie dice que nunca van a poder llevar a esas chicas al estrado —continuó Jerry—. Es una autoridad en patrones de conducta. Sims dice que una vez llevó el caso de una madre acusada de matar a su hijo y consiguió evitar que el jurado se enterara de que esa misma madre había matado a otro hijo siete años antes, convenciendo al juez de que un caso no tenía nada que ver con el otro. ¿Pa? ¿Qué dice, Sis?

—Dice que no permitáis que la historia de la madre con los dos hijos muertos se filtre a la prensa.

—¿Has podido conseguir alguna información sobre la jueza? —preguntó Jerry.

—Vive con su madre, y su padre lleva peluquín —dijo Eddie Bargetta. Eddie había reemplazado a Johnny Fuselli.

—Ay, ¡Dios!, cómo echo de menos a Johnny Fuselli —exclamó Jerry—. Mira, me importa una mierda si el padre lleva peluquín. Quiero saber cosas sobre ella. ¿Está casada?

—No.

—¿Lo ha estado?

—No.

—¿A qué escuela fue, a qué universidad? Ese es el tipo de cosas que quiero saber.

—Durante toda su vida estuvo becada, tanto en el colegio del Sagrado Corazón como en la universidad.

—¿Sagrado Corazón? Bien, eso es interesante, Eddie. Eso es muy interesante.

La lectura de la acusación tuvo lugar un día de otoño cálido y húmedo, durante el que se alternaron los bancos de niebla y una lluvia fuerte y sesgada. Yo no fui en mi propio coche hasta el juzgado de Stamford, sino que me llevó un miembro de la oficina del fiscal. Durante el trayecto me puso al día de las nuevas informaciones existentes.

Valerie Sabbath estaba sentada en la mesa de la defensa, charlando amigablemente con Constant. Tenían las cabezas juntas, sonreían, reían y, en un momento dado, ella se le acercó y le ajustó la corbata. En una fotografía publicada al día siguiente, parecían más bien dos invitados a una fiesta que un abogado defensor y un cliente durante la lectura de cargos de un juicio por asesinato. Cuando Maureen, a través de Jerry, cuestionó que fuera apropiado mostrar una actitud tan frívola como aquella en un juzgado, Valerie, dando a entender que sabía de quién procedía aquel comentario, replicó mirándola a ella directamente: «Si no muestras al jurado que aprecias a tu cliente, que crees en tu cliente, el jurado nunca va a comprar la idea de que tu cliente debería quedar en libertad».

—Pero no hay jurado en una lectura de la acusación —insistió Maureen.

—Lo va a haber en el juicio —respondió Valerie, sintiendo una antipatía inmediata hacia Maureen—. Y, además, creo que Constant es adorable.

Varias veces, Constant se volvió y sonrió animosamente a los miembros de su familia. Después se le pidió que se pusiera en pie. Se levantó de su asiento y permaneció quieto, en su sitio, en la mesa de la defensa.

La jueza, Edda Consalvi, leyó con voz lúgubre los cargos en su contra: «Ha sido usted acusado del asesinato de Winifred Utley, de haberla acosado y de golpearla hasta la muerte con un bate de béisbol, por lo cual, si es declarado culpable, podría ser condenado a cadena perpetua. ¿Cómo se declara?».

Se hizo silencio en la sala mientras el público y los periodistas esperaban la respuesta de Constant. La cámara de televisión enfocó su rostro. El único sonido que se oía era el del disparador de la única cámara de fotos fija que la jueza Consalvi permitía en su juzgado. En vez de responder desde la mesa de la defensa, como era

normal, Constant se aproximó al banquillo, caminando lentamente. Una vez allí, se inclinó hacia delante y miró a la jueza Consalvi directamente a los ojos.

—No culpable, señoría —dijo. A continuación, se dio la vuelta y regresó a su asiento.

—Ese ha sido un buen detalle, acercarse al banquillo y mirar a la jueza de esa manera. Ha parecido sincero. ¿Quién ha tenido la idea? —preguntó Sandro—. ¿Jerry?

—No. Valerie Sabbath.

Al final de la jornada el diluvio estaba en su punto álgido. El abogado que me había llevado hasta el juzgado había sido requerido en la oficina del fiscal del distrito. Los demás miembros del equipo se habían dispersado. Me encontré sin medio de transporte. Llamé a un taxi. Debido a la tormenta y a la hora del día, todos los taxis estaban ocupados. El telefonista me indicó que esperase delante del juzgado y que me enviaría el primer taxi disponible. Me quedé allí de pie, sin paraguas, y esperé.

Del garaje subterráneo emergió el coche de los Bradley, lleno de abogados y miembros de la familia. Constant estaba sentado en el asiento delantero, con Maureen entre él y el conductor. Detrás, en el asiento central, iba Jerry, con Valerie Sabbath a un lado y un miembro del equipo de la defensa en el otro. Todos me vieron allí de pie, empapado, esperando un taxi. Incluso a pesar del repiqueteo de la intensa lluvia, desde el interior del coche me llegó el ruido de las carcajadas. Me había convertido en el enemigo de la familia. El automóvil viró hacia mí y me salpicó con el agua fangosa de un charco que había en la curva. Pude escuchar las risas estridentes mientras el vehículo se alejaba.

Cinco minutos después, como el taxi no llegaba, me di la vuelta para volver dentro del juzgado. Entonces un coche se detuvo a mi lado. El conductor tocó el claxon. Me giré. Bajó la ventanilla. «¿Necesita que le lleven?», gritó.

—Sí, sí —respondí, también a gritos. Corrí hacia el vehículo, abrí la puerta y me senté en el asiento delantero—. Me temo que estoy empapado. Le voy a mojar todo el coche.

—No importa —dijo—. ¿A dónde le llevo?

—Al Hessian. Es un hotel en la calle Wentworth.

—Sí, sí, lo conozco.

—Ha sido muy amable por su parte. Hoy he cometido un terrible error y he dejado que me traigan. No volveré a hacerlo.

—No, tiene razón. Uno siempre ha de disponer de sus propias ruedas.

—Sí.

—No me reconoces, ¿verdad?

Lo miré. Era un hombre corpulento, con un amigable rostro irlandés. No lo reconocí. Me pregunté si podía ser alguno de los policías que me había cruzado en mis múltiples visitas a la comisaría de Scarborough Hill.

—Fatty Malloy —dijo—. Cuando te conocí solían llamarte Harry.

—¡Oh, Dios mío, Fatty! ¿Cómo estás? Han pasado años.

—¿Cómo es la expresión? ¿Anda que no ha llovido?

—Pues sí, tienes razón, ha llovido mucho desde la última vez —dijo—. Es un milagro que me hayas recogido. El cochazo de la familia acaba de pasar y me ha empapado.

—Lo he visto. Seguro que ha sido Constant. «A por él», habrá dicho. Siempre les han gustado las bromas pesadas, ya lo sabes —dijo, riéndose. Cuando Fatty se reía, sus ojos se convertían en un par de rayitas y, por un momento, parecía que fuera chino.

Yo no respondí.

—¿Te arrepientes de haberte metido en esto? —preguntó.

—Mira, Fatty, no creo que deba hablar de esto contigo. Cualquier cosa que diga puedes contársela a ellos. Estamos en bandos opuestos.

—No necesariamente.

—¿Qué quieres decir?

—La familia me apartó como una boñiga apestosa cuando me negué a dejar mi trabajo en el supermercado para ejercer de enfermero del tío Gerald, después de que sufriera el derrame.

—¿Por qué te negaste?

—No quería estar todo el día cargando con el tío Gerald, yendo y viniendo al lavabo, limpiándole el culo... Y eso es lo que tenían pensado para mí. Hay mucha gente que se gana la vida haciendo eso y a la que le iría bien el trabajo.

—Bien hecho.

—No me gusta que cuando tienen problemas chasqueen los dedos y den por hecho que vas a cambiar tu vida para acomodarte a la suya, sobre todo cuando, además, llevas años sin saber de ellos, excepto por la tía Grace, que todos los años nos envía un regalo de Navidad a cada uno. Lo primero que me dijo Constant cuando fui a Southampton fue: «Oye, Fatty, enséñanos cómo empaquetas las bolsas de la compra», y todos se rieron, y después, cuando pensaron que quizás me habían ofendido, dijeron: «Venga, es broma, Fatty. Ya sabes que te queremos». Mi trabajo en el supermercado no es gran cosa para ellos, pero me gusta hacerlo, y soy bueno haciéndolo.

—¿Y Sis?

—Oh, Sis sí que fue. Haría cualquier cosa que le pidiera la tía Grace. Cuando sucedió todo, ya sabes, cuando Winifred Utley fue asesinada, en el 73, Jerry trató de pasarme el muerto, me pidió que dijera que yo estaba en casa esa noche, que estaba borracho, que fue un accidente. Lo tenía todo planeado. Me dijo que solamente me condenarían a un par de años por homicidio, pero que ellos se encargarían de Sis y de mí de por vida.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—¿Lo declararías ante la jueza?

—No, no podría hacerlo.

—¿Quién más lo sabe?

—Nadie. Ni siquiera mi hermana. Ella los venera a todos, en especial a la tía Grace.

—Dios santo —dije.

—Escucha, Harry, si hubieran podido culparte a ti, lo habrían hecho, ya lo sabes. Estoy seguro de que barajaron esa posibilidad —dijo Fatty—. Pero tú eras demasiado listo, y ellos lo sabían.

Llegamos al hotel.

—Entra y tómate algo conmigo —dije.

—No. Es demasiado arriesgado. Además, mejor te cambias y te pones ropa seca.

—¿Sabes, Fatty? Debería haber ido a la policía cuando sucedió todo. No debería haber mentido. Saber lo que sabía me ha obsesionado durante toda mi vida.

—No te castigues, Harry. Date un respiro. Míralo de esta manera: si hubieras ido a la policía, o incluso amenazado con hacerlo, te habría pasado algo. En aquella época no eras un personaje muy destacable. ¿Quién demonios te habría echado de menos? No tenías padres ni amigos con los que hablar, a excepción de Constant. Solamente tenías a tu tía Gert. ¿Qué te ocurre?

—Un escalofrío.

—Estás empapado, es por eso.

—Sí, será eso.

—Cuando tú no estabas solían reírse de tu tía Gert, ¿lo sabías? Igual que se reían de Sis y de mí.

No podía soportar pensar que todos se habían reído de mi tía Gert. Después de ducharme y cambiarme, conduje hasta la residencia Santa María, en Ansonia, donde mi tía llevaba años viviendo. Hacía mucho tiempo que no la visitaba. La última vez que había ido, no me había reconocido.

—Las horas de visita han finalizado —dijo la monja de guardia.

—Sí, lo sé, pero ¿podría hacer una excepción solo por esta vez? Me gustaría verla. He venido desde lejos. Por favor. Soy su sobrino. Soy quien les paga las facturas.

—Déjeme ver si está dormida —dijo la monja.

Finalmente, me dejaron entrar. La tía Gert parecía diminuta metida en su cama. Tenía el rostro muy pálido y el cabello muy blanco. Me miró y supe que me había reconocido. Me incliné sobre ella y le besé la frente. Extendió la mano y yo se la cogí, sentándome al borde de la cama. No le dije que Claire y yo nos habíamos separado. No le dije que estaba implicado en un juicio por asesinato. No le dije que,

más o menos, había abandonado mi carrera, por lo menos temporalmente, ya que no podía concentrarme en otra cosa que no fuera lo que me estaba sucediendo en aquel momento de mi vida. Sí pude —y así lo hice— hablarle de los gemelos. Le encantaba saber cosas de Timmy y de Charlie. Le había llevado una fotografía de los chicos y al verla se le iluminó el rostro de alegría. Después, me levanté para marcharme.

—Quería darte las gracias por cuidarme después de que murieran, tía Gert —dije. Ella sabía que me refería a mis padres. Cuando estaba con ella, siempre decía «murieron», no «fueron asesinados»—. Creo que nunca te lo había dicho antes. Creo que nunca me he mostrado lo suficientemente agradecido. No entendía lo buena que eras conmigo. No entendía lo importantes que eran tus consejos. Una vez me dijiste: «Esa gente te ha embrujado, Harrison». ¿Te acuerdas de eso? Y era verdad. Tenías razón. Y no te escuché.

Ella me miró.

—Sé que te estoy cansando. Antes de irme, quiero pedirte una cosa. ¿Todavía rezas tanto? Si es así, reza por mí.

Me incliné y le besé la mejilla. Nunca me había dado cuenta de que la quería. Sus ojos me siguieron.

—Gracias, tía Gert. Te quiero.

Empecé a apreciar mucho a Fatty Malloy. En ocasiones nos reuníamos, siempre en secreto. Él hablaba a diario con Sis y me mantenía al corriente de las novedades de la familia.

—Gerald se ha vuelto muy religioso —me dijo—. Comulga a diario. El cardenal lo ha reconvertido, o algo parecido. Según le ha dicho a Sis, «ha abrazado su catolicismo con fervor. Es algo hermoso de ver».

—¿Gerald, religioso? —No me lo podía creer.

—Según Sis, Cardenal dice que ha abandonado los pecados de la carne.

—Yo diría que a los setenta y cinco años, después de un derrame cerebral, ya era hora de frenar un poco en ese terreno.

Fatty se rio a carcajadas.

—¿Cómo está Kitt? —le pregunté.

—Se pasa el día cayéndose, está cubierta de moratones, y se ha roto un dedo o algo así.

—¿Quién es esa chica? —preguntó Kitt. Estaba sentada en el coche, a la puerta del juzgado, con Maureen.

—Se llama Maud Firth, es de Lake Forest. Es la hija de Winston Firth —contestó Maureen.

—Ah, sí, Maud Firth. Me sonaba de algo.

—¿La conoces?

—Fui a su puesta de largo. ¿Qué hace aquí?

—Lo mismo que Weegie Somerset. Testificar en contra de Constant.

—¡Ay, Dios! —exclamó Kitt—. No tenía ni idea.

El día de la vista preliminar para establecer si se admitían los testimonios de Weegie Somerset —que ahora, de casada, respondía al nombre de Louise Belmont— y de Maud Firth, la atmósfera en la sala era tensa. La fiscalía sabía que el testimonio de las dos mujeres era vital para obtener una condena, ya que demostraría un patrón de

conducta en Constant Bradley. Valerie Sabbath, por su parte, estaba igualmente decidida a evitar que testificaran ante el jurado.

—Constant, Jerry, dejadme que os lo repita otra vez para que entendáis perfectamente qué significa «patrón de conducta» en un juicio —dijo Valerie, hablando en voz baja con su cliente y su hermano en la mesa de la defensa—. Aun a riesgo de parecer un tanto cruda, os pondré un ejemplo. Si cada vez que te follas a una mujer te pones un bigote rojo, solamente te la follas por el culo y siempre buscas mujeres chinas, entonces estableces un patrón de conducta. Pero si solo te las tiras de vez en cuando, eso no implica un patrón de conducta. ¿Lo entendéis?

Los hermanos se miraron el uno al otro.

—¿Lo entendéis? —repitió.

—Sí —dijo Constant.

—Weegie Como-se-llame, la de la caseta de la playa, que primero le dice al capitán Riordan que no la pegaste y casi veinte años después dice que sí lo hiciste, a esa, olvídala —dijo Valerie—. Voy a hacer que esa niña, con su flequillo y sus pasadores de oro, se cague de miedo cuando declare ante la jueza. Se va a desmoronar en el estrado, acuérdate de lo que te digo.

Constant no respondió.

—Pero con Maud Firth la cosa es distinta. Le dieron diecisiete puntos. Hay informes del hospital. Pero aceptó dinero, ¿verdad? ¿Un acuerdo económico? Y estaba forrada cuando pasó aquello, ¿no? Eso no va a quedar muy bien cuando la tenga allá arriba. Esa noche Maud Firth fue a ver a un primo suyo, un mariposón llamado Fruity; sí, aunque parezca mentira se llama así. El primo quiere testificar que estaba maltrecha.

—A Fruity Suarez lo expulsaron de Milford por comer pollas —intervino Constant.

—Es bueno saberlo —dijo Valerie, tomando nota—. Acordaos de mis palabras, la jueza Consalvi va a rechazar el testimonio de esas señoras.

Una mujer elegantemente vestida caminaba por el pasillo del juzgado.

—Probablemente no me recuerdes, Harrison —dijo—. Soy Louise Belmont. Cuando nos conocimos, en Scarborough Hill, era Weegie Somerset.

—Claro que me acuerdo de ti, Weegie —dije.

—Qué día tan horrible. Estoy aterrada. Mi marido está furioso conmigo por haber aceptado testificar en la vista. Creo que lo que has hecho es maravilloso, Harrison.

—Me llaman traidor, chivato, sinvergüenza, todo tipo de insultos.

—Yo no te llamo así. Y mis padres tampoco. Hay mucha gente que te apoya.

—¿Por qué siempre dijiste que esa noche, en Watch Hill, no te pegó? Yo estaba allí, junto a la caseta. Lo vi. Lo oí. Pero después, cuando se produjo el asesinato de Winifred, le dijiste al capitán Riordan que no era verdad. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque en esa época lo amaba. Me moría de amor por él. Estoy segura de que si hubiera ido entonces a la policía, Winifred podría seguir viva. Me sentía responsable, en cierto modo, y ahora que tengo una niña pequeña, no he dudado en testificar cuando el señor Lupino me ha llamado para que lo hiciera.

Valerie Sabbath estaba charlando en una esquina del pasillo con Charlotte Bradley. En ese momento entró una mujer con un aspecto muy diferente a Weegie Somerset y Maud Firth, con el pelo recogido en una cofia.

—¿Quién es esa? —preguntó Charlotte.

—Wanda Symanski —respondió Valerie.

—¿La que mi marido se ligó en el bar de Sag Harbor?

—Sí.

—¿Va a testificar?

—Aún no. Ha hecho unas acusaciones que no pueden probarse.

—Ni siquiera es mona para ser camarera.

Un cámara de televisión se aproximó, acercándose demasiado a ellas. «¡Quítame esa cámara de la cara!», le chilló Valerie. Charlotte retrocedió rápidamente, saliendo del plano, pero Valerie se mostró indignada con la intromisión. El cámara reculó, pero sin apartar el objetivo de ella. Valerie lo siguió por todo el pasillo haciéndole un gesto con el dedo corazón.

—¿Esto es lo que quieres? ¿Esto es lo que quieres? —gritó con voz burlona. Para entonces el pasillo ya estaba lleno de periodistas—. ¡Vosotros, gentuza, os creéis que el juzgado es propiedad vuestra! —les gritó—. Estaba manteniendo una conversación privada con la esposa de Constant Bradley y me ha puesto la cámara en las narices. Vuestra bajeza no tiene límites. Debería daros vergüenza.

—¡Ay! —exclamó Maureen.

Maureen, Kitt y Charlotte se sentaron sin pestañear ni mostrar expresión alguna mientras el fiscal, Bert Lupino, daba una descripción gráfica de los testimonios de Weggie Somerset y Maud Firth. Sus manos permanecían cruzadas sobre sus regazos. A lo largo de los años habían oído rumores acerca del altercado con Weggie, pero no sabían lo de Maud Firth, que la habían tirado al suelo de un golpe en la habitación de un hotel y había recibido diecisiete puntos de sutura en la cabeza.

—No me creo ni una sola palabra —dijo Maureen.

Ni Kitt ni Charlotte dijeron nada.

La jueza Consalvi comunicó que haría pública su decisión sobre la admisión de los testimonios de las dos mujeres el primer día del juicio.

Los periódicos y los programas de televisión más escabrosos informaron del suceso con una relevancia dolorosa.

—¡Ay! —exclamó Maureen, viendo las noticias.

Por primera vez en años yo disponía de días libres, sin obligaciones. Mi tiempo solamente lo ocupaba la espera del inicio del juicio. Cada aplazamiento requerido por Valerie Sabbath y aceptado por la jueza Edda Consalvi me resultaba agónico. Había perdido el interés por el tipo de historias sobre las que me solía fascinar escribir. Ya no podía cubrir juicios. Estaba metido en uno. Hice un paréntesis en mi carrera. No tenía oficina a la que ir. No tenía entregas que cumplir. Dejé de nadar. Leí *Guerra y Paz*. Leí las seis novelas de Palliser, de Anthony Trollope. Alquilé películas de video, de seis en seis, pero raramente conseguía ver una entera. Además de Fatty Malloy, de quien me había convertido en devoto, no tenía a nadie con quién hablar que no estuviera involucrado en el caso. Echaba de menos a Claire. Echaba de menos su conversación inteligente. Echaba de menos estar casado. Echaba de menos la vida cotidiana y ver crecer a mis hijos. Todas las tardes, a las seis, los llamaba por teléfono para escuchar sus historias sobre la obra de teatro que estaban montando en el colegio, los disfraces de Halloween y el desfile de la clase. Cada vez con más frecuencia, conducía hasta el campo para verlos y llevármelos a un McDonald's, pero también para hablar con Claire. Le pedí que me contara cosas sobre el libro que estaba editando. Estaba metida por completo en la obra de una autora que había descubierto y me leía pasajes de su primera novela. Durante esos momentos, mi agitación disminuía. Ella nunca me preguntaba «¿Qué noticias hay?», refiriéndose al caso, algo que yo agradecía. Pero cuando yo hablaba, mis frases siempre empezaban con: «Cuando empiece el juicio» o «Cuando acabe el juicio». Llevaba toda mi vida esperando, y también temiendo, ese momento. Todas las cosas me conducían a él. Claire lo entendía sin necesidad de decírmelo. Una vez me preguntó: «¿Estás escribiendo un diario? ¿Estás tomando notas de todo? Deberías hacerlo, ¿sabes?». A menudo, cuando los dejaba, no tenía ningún sitio a dónde ir. Empecé a conducir sin rumbo fijo, cruzando pueblos y ciudades, atravesando puentes de madera y observando el paso de las estaciones, cosas a las que nunca antes había dedicado tiempo.

Un día me detuve para mirar una señal y me di cuenta de que estaba muy cerca de Milford. No había vuelto allí desde mi graduación, en 1973. En muy pocas ocasiones leía la revista que me enviaban, aunque supe que, de vez en cuando, se escribía sobre mí en ella. Sabía que el doctor Shugrue se había jubilado, convirtiéndose en director emérito. Una vez recibí una carta del nuevo director, en la que me preguntaba si accedería a dar una charla en el colegio, pero decliné la propuesta diciendo que tenía trabajo en Europa, aunque no era verdad. Conduje a través del pueblo, que se había convertido en una pequeña ciudad. El diminuto cine en el que Constant y yo nos escabullíamos para ver películas era ahora un multisalas. Al final de la calle principal giré a la derecha y conduje colina arriba, hasta llegar a la entrada de Milford: COLEGIO MILFORD, rezaba el cartel. Qué extraña sensación tuve al mirar los

edificios del colegio desperdigados más abajo. Me había olvidado de lo feliz que había sido allí hasta que ocurrió todo.

Frente a mí, bellamente situada, estaba la biblioteca Bradley. La última vez que había visto el edificio había sido el día de mi graduación, cuando Gerald Bradley me condujo a su interior y me dio los billetes de avión para Europa que iban a sellar mi silencio. Por aquel entonces aún no estaba terminada. La elegante fachada estilo georgiano, de ladrillo rojo, todavía estaba desnuda. Ahora la hiedra recubría las paredes y unos olmos hermosos, trasplantados en edad madura, la rodeaban. Parecía que llevaba allí cien años.

Entré. Estaba a punto de ponerse el sol. Las luces estaban encendidas. Un poco más adelante se encontraba la sala de lectura. Sobre una mesa, se apilaban ordenadamente revistas y periódicos. En una butaca de piel verde dormitaba un hombre mayor vestido con chaqueta de *tweed* y pajarita. Las gafas de montura de cuerno se le habían escurrido por la nariz. Un ejemplar del *New York Times* se había caído al suelo, a su lado, abierto en la página que estaba leyendo. Era el doctor Shugrue. Deambulé sin rumbo por el bonito edificio, mirando aquí y allá. A esa hora no había estudiantes. Cuando volví a fijarme en la figura de la butaca, vi que me estaba mirando. Se había colocado bien las gafas.

—Eres Harrison, ¿verdad? —preguntó—. ¿Harrison Burns?

—Sí, señor. Me halaga que me reconozca después de tantos años y de tantos estudiantes —dije.

—Tenemos dos de tus libros en la biblioteca. Estamos bastante orgullosos de ti —dijo.

—Gracias.

—¿Elias Renthall sigue en la cárcel?

—Sí.

—Bien. ¿Y Max Goesler?

—También, y lo va a estar por mucho tiempo.

—Un mal bicho, ¿verdad?

Durante mis años de estudiante, el director y yo nunca mantuvimos una conversación. Por entonces, yo era un personaje gris, y no el tipo de alumno que un director busca. Mi única conversación larga con el doctor Shugrue tuvo lugar cuando me enviaron a su despacho desde el aula de estudio y me dijo que mis padres habían sido asesinados. Pasé la noche en la habitación de invitados de su casa, consolado por su atenta mujer, a quien debió de parecerle raro que yo no llorara.

—Siéntate, siéntate —dijo—. Este es un momento estupendo, muy tranquilo. Los chicos todavía están en el comedor. Por eso vengo. Claro que debería decir los chicos y las chicas. Milford ahora es mixto. Es algo a lo que nunca me he acostumbrado. En su momento lo vi como la señal de que había llegado el momento de jubilarse.

Me explicó que seguía viviendo en el recinto del colegio, en una pequeña casa que los administradores le habían cedido de por vida. Disfrutaba yendo a la biblioteca

cada tarde para leer el *Times* y los últimos números de las revistas. Me contó que ya no participaba en el funcionamiento del colegio y que solo aparecía de forma oficial en los actos benéficos y en las ceremonias de graduación. Tuvo palabras amables para su sucesor. Fue una conversación agradable, pero me dio la sensación de que había algo que quería decirme, y que era la razón por la que me estaba reteniendo.

—Estás metido en algo gordo, Harrison —me dijo.

—¿Está al corriente? No estaba seguro —respondí.

Se echó a reír.

—¿Cómo no iba a estarlo?

Se produjo un largo silencio. Ninguno de los dos sabía si seguir con el tema o abandonarlo.

—La biblioteca es preciosa —dije, finalmente—. Cuando me gradué aún no estaba terminada.

—Sí, es un edificio maravilloso. Hay algo cierto sobre Gerald Bradley: si adquiría un compromiso, lo hacía. No escatimaba con el presupuesto. Si su nombre se iba a tallar en granito sobre la puerta principal, iba a ser un edificio bello y destinado a perdurar. La biblioteca se considera el mayor triunfo de mis veintisiete años como director. Cuando se construyó, fui la envidia de todos los directores de colegios masculinos de Nueva Inglaterra. Una pena esas dos ventanas, ¿verdad? Es el único fallo arquitectónico. Pobre señor Kahn, el arquitecto. Ya murió. Cómo aborreció tener que tragar con eso. —Bajó la voz—. Fue Maureen Bradley quien insistió.

—Lo recuerdo. Estaba allí ese día. Oí la conversación. En cierto modo, un vaticinio de cómo sería su vida —dije.

—Su hijo está aquí. Gregory —dijo el doctor Shugrue. Me indicó que me acercara a él y me susurró—: un niño terriblemente malcriado.

Sonreí.

—¿Sigues siendo católico, Harrison? —me preguntó.

—No.

—Me lo imaginaba. ¿Así que no has confesado tu complicidad en el caso?

—Solo ante la Ley. No a un cura.

—Admiro lo que has hecho, Harrison. Dar un paso adelante y decir la verdad como la has dicho.

—¿Lo admira? —contesté, sorprendido—. Son muy pocos los que lo hacen. «Traidor» es la palabra que escucho con más frecuencia.

—Oh, pero es que yo sé que estás diciendo la verdad.

—Dígame porqué.

—¿Te acuerdas cuando Constant fue expulsado por aquellas revistas pornográficas?

—Me acuerdo perfectamente.

—Gerald me envió al cardenal Sullivan para hablar de la readmisión de Constant.

—Sí, lo recuerdo.

—Ofrecieron una biblioteca.

—Sí.

—Tengo que confesarte que estaba cautivado por la fortuna de los Bradley. Sabía que aquel edificio me reportaría un enorme prestigio, que públicamente iba a aparecer como un fantástico recaudador de fondos. Y aun así tenía mis dudas. No tenía nada que ver con las revistas pornográficas. Ciertamente, había tenido que lidiar con cosas mucho peores a lo largo de los años. Con Fruity Suarez, por ejemplo. Pero esa es otra historia. Lo que sabía era que Constant Bradley, pese a su encanto y a su belleza, era un esnob y, lo peor de todo, un matón.

Yo estaba fascinado. Mi experiencia como entrevistador me había enseñado a no interrumpir nunca, a no exclamar, a asentir o negar cuando una persona empezaba a sincerarse sobre una cuestión privada, a riesgo de que eso conllevara que el entrevistado se lo pensara dos veces y recondujera la conversación. Soy una persona a la que la información le llega. La gente me cuenta cosas. Siempre ha sido así. Fatty Malloy, la fuente más improbable, me tenía al corriente de los avatares de los Bradley, que habían decidido cerrar la casa de Southampton, no abrir la de California e instalarse de nuevo en Scarborough Hill. El doctor Shugrue continuó:

—En esa época teníamos una criada en casa. No tienes por qué recordarla. Ayudaba a mi esposa en los asuntos domésticos. Era una chica del pueblo. Teresa Miller. Su padre trabajaba en la fábrica de pianos de Deep River. Se produjo un incidente. —Me miró—. ¿No lo sabías?

—No.

—A veces me preguntaba si lo sabías o no. ¿Tu gran amigo Constant no te lo contó?

—No.

—Trató de seducirla. Se ve que ella no le ponía pegas. Pero... ¿cómo explicarlo? Él no pudo, no fue capaz de hacerlo, y se enfureció, como si el fallo fuera culpa de ella. Le pegó. Y le hubiera pegado más, pero ella gritó y él salió corriendo. Naturalmente, Constant dio una versión totalmente distinta de la historia, pero yo la creí a ella. Por eso fui tan poco razonable con las fotografías pornográficas.

Nos miramos el uno al otro.

—Nadie puede decir que el mundo sea un lugar justo, Harrison. Hasta mi esposa, que estaba cautivada por la belleza de Constant, dijo que la que tenía que marcharse era la chica, no Constant. Cuando un año después asesinaron de forma tan brutal a la pobre niña de los Utley y Constant y tú volvisteis de las vacaciones de Pascua, después de asistir al funeral, me lo quedé mirando fijamente durante mucho rato. Él era incapaz de devolverme la mirada. Vi cómo enrojecía. Me atormentaba la situación y no sabía qué hacer. Un tal capitán Riordan, por cierto, vino desde Scarborough Hill para preguntarme sobre Constant y sobre ti. Rasgos de personalidad. Sabía que Constant había sido expulsado y quería saber por qué. —El doctor Shugrue dejó de hablar durante un minuto. Me miró—. En ese momento, las obras de la nueva

biblioteca acababan de empezar. Se habían cavado los cimientos. Un montón de camiones cargados con los bonitos ladrillos rojos llegaron desde Vermont el mismo día de la visita del capitán. Y yo... yo no dije nada sobre Teresa Miller.

Se levantó de la butaca de cuero verde. Dobló pulcramente el *New York Times* y lo colocó en la mesa de la biblioteca, sobre la edición del día anterior. Parecía muy mayor.

—Me parece que la señora Shugrue estará empezando a preocuparse por mí. Normalmente, a esta hora nos tomamos una copa de jerez. O un cóctel. ¿Te gustaría acompañarnos, Harrison?

—Creo que no, señor Shugrue. Tengo que volver a la ciudad.

—Entiendo. Nunca le había contado esta historia a nadie. Me alegro de haberlo hecho. Quizás deberías contársela al fiscal. Adiós, Harrison.

—Adiós, señor. —Nos dimos la mano—. Por favor, dele mis saludos más afectuosos a la señora Shugrue.

—Lo haré, lo haré. Siempre se acuerda de la noche que pasaste en nuestra habitación de invitados. Me gustaría volver a decirte que te admiro.

—¿Le dijo todo esto a Cardenal el día que Gerald le mandó a verlo? —pregunté. Hizo una pausa.

—¿Te molestaría mucho si no te contestara a eso?

—¿Qué pasó con Teresa Miller? —pregunté.

—No lo sé —respondió en voz baja.

Caminé con él hasta la puerta y se la abrí. Ambos salimos fuera. Hacía frío, pero ninguno de los dos hizo comentario alguno sobre el tiempo.

—¿Te odian? —me preguntó.

—Claro.

—Sí, me lo imaginaba. ¿Te dan miedo?

Durante lo que pareció un rato larguísimo, no respondí. Después, simplemente dije:

—Sí.

Del *New York Times*, 29 de octubre de 1991:

La condesa de Trafford, de soltera Mary Pat Bradley, hija del multimillonario Gerald Bradley, ha llegado a Nueva York procedente de su residencia de París para asistir al juicio de su hermano, el ex candidato a gobernador de Connecticut, Constant Bradley, acusado del asesinato de Winifred Utley, sucedido en 1973. La condesa ha sido recibida por sus hermanas Maureen Bradley Tierney y Kitt Bradley Chadwick. «Todo este asunto es absurdo, completamente absurdo», ha dicho la condesa esta tarde en una breve declaración a los periodistas tras bajarse del avión en el aeropuerto JFK. «Este juicio es una farsa. Mi hermano es inocente, completamente inocente. El hombre que lo acusa estuvo enamorado de él». Las hermanas han tomado de inmediato la limusina familiar y se han dirigido a Scarborough Hill, Connecticut, hogar de la familia Bradley. El juicio se iniciará el lunes en Stamford.

Durante las cuatro semanas que duró el juicio, las hermanas Bradley y sus cuñadas llegaron a ser conocidas en la prensa como «las Damas Bradley». Llegaban cada día en un utilitario, todas con gafas de sol, y representaban una muestra sin precedentes de solidaridad, saludando a los reporteros, sonriendo a los fotógrafos y asintiendo de forma amigable. Su actitud denotaba confianza en la inocencia de Constant. «Esa es Charlotte, la mujer de Constant», decían los mirones mientras ella pasaba frente a ellos, a toda prisa. «¿A que es guapa?». O: «Esa es la condesa de París, Mary Pat. ¿Tú crees que lleva un traje de Chanel?». O: «¿Quién es esa? ¿Es Kitt o Maureen? Siempre las confundo». «¿Te has dado cuenta de que Maureen y la condesa siempre van sujetando a Kitt, cada una a un lado? ¿Le pasa algo? ¿Kitt no es la loca, verdad?».

A excepción de Kitt, cualquiera de las Damas Bradley era capaz de plantarse frente a la batería de micrófonos y dirigirse a la multitud que esperaba fuera de los juzgados para ver a la famosa familia saliendo elegantemente de su coche, que en realidad era de alquiler. Maureen había pensado que daría mejor imagen que ir en sus propios vehículos, más lujosos. «Ni limusinas ni chóferes», había dicho. «No quedaría bien. Podría malinterpretarse. A la gente no le gustas si pareces demasiado rico».

Maureen por fin había encontrado el papel que siempre había anhelado. Se convirtió en la organizadora. Estableció todas las normas. «Ni un abrigo de piel, da igual el frío que haga», dijo en otra ocasión. Cada noche, con varias listas en la mano,

designaba qué miembro de la familia acudiría al juzgado al día siguiente, quién iría en cada coche y en qué lugar se sentaría cada uno. «Es importante que el jurado vea que somos una familia», repetía una y otra vez. Fue ella quien les indicó lo que debían responder en caso de que los periodistas les preguntaran algo. Fue ella quien organizó a los sacerdotes que se sentaban con la familia en la sala del tribunal cada día. «Mañana, para la sesión matinal, viene el padre Dennehy, de Saint Justin, y por la tarde, el padre Collins, de Nuestra Señora de los Dolores. Aseguraos de que se sientan donde los pueda ver el jurado», dijo. «Detrás de Constant, a la derecha. De ese modo pueden ver al padre por detrás del hombro de Constant».

Entre bambalinas se producía algún desencuentro ocasional. Sis Malloy le contaba a Fatty las escenas familiares y Fatty me las contaba a mí. Kitt había desarrollado el alarmante hábito de desaparecer del juzgado, a menudo para dirigirse al bar de la esquina, el O'Malley's, por lo que Maureen y Mary Pat la tenían todo el rato controlada, sin perderla de vista. En privado, Charlotte había dejado de hablar con Constant y con todos los miembros de la familia de su marido, a excepción de Kitt. Aun así, cumplía con las instrucciones diarias que Maureen y Jerry detallaban cada noche en una sesión estratégica celebrada en el comedor de la casa de Scarborough Hill.

Además de a Constant, a quien el público más deseaba ver era a Charlotte. Era la más aclamada y fotografiada. Su popularidad irritaba a Maureen. «Mira a este lado, Charlotte, aquí, aquí», le gritaban los fotógrafos, y ella lo hacía. Ya no ocultaba su aversión hacia Maureen. Le parecía mandona y prepotente y no soportaba que siempre se sentara en el asiento delantero del coche y en el hueco del pasillo en la sala del tribunal, como si los mejores sitios fueran suyos por derecho.

Una mañana, mientras se preparaban para salir hacia el juzgado, Charlotte cogió a Maureen por el vestido de Adolfo cuando esta trataba de meterse en el asiento delantero del coche de alquiler y tiró de ella.

—Soy la mujer de Constant, Maureen, y tú no eres más que una de sus hermanas —dijo con claridad—. O, como mínimo, soy la mujer de Constant hasta que se termine este juicio, momento en el cual cogeré el primer avión para Puerto Rico, la República Dominicana o donde sea que tengan el proceso de divorcio más rápido. Hasta entonces, soy la señora de Constant Bradley. Es mi esposo quien está siendo juzgado por asesinato. Yo voy delante en el coche y me siento en el asiento del pasillo en la sala del tribunal, ¿entendido?

—Oh, mil perdones, señora —dijo Maureen sarcásticamente, moviendo reverencialmente la cabeza como si se dirigiera a una reina.

—Además, están más interesados en verme a mí que a ti, Maureen. Soy más mona. Tantos niños te han pasado factura.

Ese día, Maureen, todavía enfurecida por su desencuentro con Charlotte, se plantó delante de los micrófonos que los periodistas habían colocado para entrevistar, mañana y tarde, a Valerie Sabbath y Bert Lupino, al propio Constant, si podían

persuadirle de que hablara, o a cualquier miembro de la familia con ganas de hacerlo, y empezó a dar un discurso.

—Buenos días —dijo—. Soy Maureen Bradley Tierney. Toda mi familia está aquí para apoyar a mi hermano Constant, *nuestro* hermano Constant, debería decir. ¡Oh! ¿Están encendidos los micrófonos? ¿Y las cámaras de televisión? Decía que estamos aquí para apoyar a Constant, quien tan diligentemente ha servido en la Cámara de los Representantes en Washington y quien, hasta esta... eh... trágica circunstancia, tenía previsto presentarse a gobernador del estado. Y lo hará cuando todo esto termine, acordaos de lo que os digo. Mi hermano, el senador Sandro Bradley, ha venido desde Washington, y también está aquí mi otro hermano, el doctor Desmond Bradley, jefe de servicio del Hospital Santa Mónica. Y mi hermano Gerald Junior, a quien en la familia llamamos Jerry. Y mis hermanas, Kitt y Mary Pat, la condesa de Trafford, que ha venido desde París, dejando su casa y su familia para estar con su hermano. Este juicio es un triste espectáculo, como estoy segura que todos sabéis: no es más que la venganza de un hombre celoso sin familia propia que chupó, chupó y chupó de la nuestra (si supierais lo que mi madre hizo por él), y después nos devolvió lo que le habíamos dado con esta horrible calumnia.

Valerie Sabbath, que en ese momento entraba en el juzgado con su equipo y con Jerry Bradley, se detuvo para escuchar a Maureen.

—¡Saca a tu jodida hermana de ahí, Jerry! —ordenó, y continuó caminando.

Maureen levantó la vista y vio cómo su hermano le hacía señas.

—¿Qué? ¿Qué ocurre, Jerry? Oh, creo que mi hermano me está diciendo que me dé prisa —dijo Maureen—. Muchas gracias por dejarme hablar. Solamente quería decir que somos una familia muy unida y que os deseo a todos el privilegio de tener una familia así de leal.

Camino de la sala, Maureen pasó muy estirada junto a Charlotte y le sonrió dulcemente.

—¿Dónde está el padre Lynch? ¿Alguien lo ha visto? Hoy iba a sentarse con nosotros.

En el exterior del juzgado, apoyado con actitud relajada en el coche de los Bradley, Constant parecía estar esperando a alguien. Su nuevo Testarossa estaba escondido de las miradas del público en el aparcamiento de doce plazas de Southampton; era un juguete demasiado caro para ser expuesto ante las masas. Las mujeres se arremolinaban a su alrededor para mirarlo o hacerle una foto con sus cámaras. Constant era completamente consciente de que estaba llamando la atención de todo el mundo, que su presencia era suficiente para dejar atónita a alguna gente, en su mayoría mujeres jóvenes, pero parecía tan cómodo como si estuviera apoyándose en la repisa de la chimenea del salón de sus padres.

—¿Estás preocupado, Constant? —le preguntó una joven.

—En absoluto. No hay ni una pizca de verdad en esa absurda historia, ni una pizca. —Sonrió al grupo que se concentraba a su alrededor, deslumbrándoles y

disfrutando de aquel efecto que causaba. La multitud de mujeres que le vitoreaban cuando entraba en el juzgado era cada día mayor.

—Hola, señora Maureen —dijo una mujer que estaba de pie en el pasillo, frente a la puerta de la sala de vistas.

—Hola-qué-tal —contestó Maureen, sin detenerse—. ¿Quién es esa mujer que acaba de saludarme? Me resulta familiar.

—Es Colleen, la primera, la de hace años. ¿Te acuerdas de ella? Ma nunca consiguió que sirviera por el lado correcto. Servía la comida por la derecha en vez de por la izquierda. No lo pillaba, aunque Ma se lo repetía una y otra vez —dijo Mary Pat.

—¿Qué está haciendo aquí? ¿Turismo? —preguntó Maureen.

—Jerry ha dicho que es una testigo de la acusación. Asegura que escuchó a Constant y a Harrison hablando en el exterior de la casa esa noche. Después de todo lo que Ma hizo por ella —dijo Mary Pat.

—Siempre lo he dicho: no hay que acercarse demasiado al servicio —sentenció Maureen—. Al final acaba jugando en tu contra. ¿No te has dado cuenta? Hay que ser educado con ellos, que es lo que les digo a mis hijos, «sed educados», pero sin ir más allá. Siempre se aprovechan.

El primer día del juicio, la jueza Edda Consalvi rechazó sin posibilidad de alegación los testimonios de Louise Somerset Belmont y Maud Firth. Se escucharon gritos ahogados en la sala de vistas; en la de prensa, lamentos. Los periodistas acostumbrados a cubrir juicios entendieron lo que aquello significaba. Si la fiscalía no podía establecer un patrón de conducta en el acusado, solo quedaba que la defensa estableciera una duda razonable para garantizar su exculpación.

Valerie Sabbath estaba feliz con la resolución. Se acercó, pavoneándose, hasta la mesa de la defensa y le acarició la mano a Constant con afecto. Durante la pausa de la mañana llevó al senador Sandro Bradley hasta el banquillo para presentarle a la jueza Consalvi. La jueza, normalmente taciturna, se levantó de su asiento y se inclinó para estrechar la mano del apuesto senador. «Un auténtico placer, senador», dijo.

—Por favor, diga su nombre —indicó el alguacil.

—Bridey Gafferty.

—Levante su mano derecha.

—Está levantada. Es lo máximo que puedo hacerlo. Tengo un poco de reuma.

—¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—Lo juro.

—¿Es señora o señorita Gafferty? —preguntó Bert Lupino.

—Señorita.

—¿Le importaría decir su edad?

—Me importaría, sí —dijo Bridey.

—De acuerdo. ¿Nos podría decir en qué trabaja, señorita Gafferty?

—Soy la cocinera del señor y la señora Bradley.

—¿En cuál de las residencias de los Bradley trabaja?

—Viajo con los Bradley. Trabajo en la casa de Scarborough Hill, en la casa de Southampton, en la casa de Beverly Hills y, a veces, no siempre, en el apartamento de Nueva York.

—¿Puede decirnos cuántos años lleva empleada en casa de los Bradley, señorita Gafferty?

—Oh, ¡madre mía!, déjeme ver. ¿Cuánto hace ya? Llegué a la casa justo después de que el señorito Constant, que está ahí sentado, naciera. Todavía era un pequeñajo con pañales.

—En años, señorita Gafferty —dijo Bert Lupino.

—Oh, treinta y cinco, treinta y seis, algo así. No es algo que vaya sumando cada día.

—¿Estaba usted empleada en la mansión Bradley la noche del 13 de abril de 1973?

—Supongo que sí, señor. No me acuerdo de las fechas con esa precisión, pero supongo que sí.

—¿Podría señalarnos en este plano de la mansión Bradley cuál era su habitación?

—Sí, sí. Ahí está la cocina. A la izquierda de la cocina está el comedor del servicio, con la televisión y unas sillas muy cómodas para sentarse después de fregar los platos de la comida y antes de ponerse en marcha con la cena. Esa puerta, ahí, conduce al dormitorio de la cocinera, señor, que ha sido mi habitación durante treinta años o más.

—Cuando usted está en su habitación, ¿puede escuchar las conversaciones procedentes del comedor del servicio?

—Oh, sí. Si las chicas hablan demasiado alto me planto ahí en un segundo y les digo que se callen. Una nunca sabe si la señora está durmiendo arriba o algo parecido. No queremos molestar a la señora, ¿sabe?

—Cuando usted está en su habitación, ¿puede escuchar conversaciones procedentes de la cocina?

—Sí, señor.

—En la noche del 30 de abril de 1973 o, para ser más exactos, en la madrugada del 1 de mayo de 1973, ¿escuchó una conversación entre dos hombres en la cocina?

—No recuerdo algo así, no.

—¿Una conversación entre el señorito Constant, como usted llama a Constant Bradley, y el señor Harrison Burns, que era un invitado de Constant Bradley ese día?

—No, no recuerdo nada parecido. Nada en particular. Los chicos de la casa a veces venían a la cocina de madrugada para arrasar con la nevera, después de las

fiestas, lo dejaban todo hecho un desastre y yo tenía que limpiarlo por la mañana. Los huevos fuera de la nevera, las botellas de leche medio llenas por ahí tiradas... Cosas así.

—¿No levantó la voz para preguntar quién estaba allí?

—No que yo recuerde, señor. No lo creo.

—¿A las dos de la mañana? Los chicos se estaban desvistiendo. Estaban metiendo la ropa manchada de sangre y los zapatos en una bolsa de basura que habían cogido de debajo del fregadero.

—¡Protesto! —gritó Valerie Sabbath—. Conjetura. Está dirigiendo el testimonio de la testigo.

—Se acepta la protesta.

—¿Usted no llamó a los chicos, no preguntó quién andaba por ahí?

—No, no recuerdo algo así. En aquella época Harrison era un muchacho adorable. Esos dos chicos tenían una amistad muy bonita. Él era un alumno becado, y en la familia todos fueron muy buenos con él.

—¿Usted no preguntó «Quién anda ahí»?

—Lo dudo. Me quedo dormida en cuanto mi cabeza toca la almohada y no me despierto hasta la seis de la mañana, que es cuando tengo que llevar a la señora a misa temprana en San Martín de Tours.

—No hay más preguntas —dijo Bert Lupino.

—No tengo preguntas, señorita —dijo Valerie Sabbath.

—Puede abandonar el estrado, señorita Gafferty —indicó la jueza Consalvi.

—Gracias, señorita.

Ese día, Honour, Thelma y el conde Stamirsky, los amigos de Grace de Southampton, aparecieron en el tribunal.

—¿No ha sido un encanto? —dijo Honour, refiriéndose a Bridey.

—Adorable —añadió Thelma—. Y es una cocinera de ensueño. Nunca me olvidaré de su *mousse* de higos.

Vestidos de punta en blanco, vivían su día en el juicio como una aventura, como algo que podrían explicar a sus amigos esa noche en la cena, en Nueva York. Saludaron a los miembros de la familia desde los asientos laterales destinados al público, escucharon con arrobada atención a los testigos del día y, durante las pausas, entretuvieron a las hermanas con cotilleos. «Es un putón», dijo Thelma sobre una persona que no nombró pero que todos conocían. «Lo único que él tiene que hacer es ponerle otra pulsera de diamantes delante para que ella mire hacia otro lado con el tema de los jovencitos». Desde la sala de la familia llegaban las sonoras carcajadas. Cuando las cámaras de televisión enfocaron aquellos nuevos rostros, ellos estuvieron más que dispuestos a dar su opinión sobre el caso:

—Este juicio simplemente es ridículo, demasiado ridículo —dijo Honour.

—Es una farsa —añadió Thelma. Cuando se les pidió que se identificaran, respondió, rápidamente—: Digan simplemente que somos viejos amigos de la familia y que hemos venido para levantar el ánimo de los Bradley.

—Señor Wadsworth, ¿estaba usted bailando con Winifred Utley en el baile de los *juniors* del club esa noche?

—Sí.

—¿Qué edades tenían los asistentes?

—Entre catorce y dieciséis años.

—¿Estaba el señor Constant Bradley en el baile?

—No.

—¿Por qué?

—No sé por qué, pero era mayor que el resto de los asistentes.

—Aun así, ¿fue al baile a pesar de no estar invitado?

—Sí.

—¿Bailó el señor Bradley con Winifred Utley?

—Sí.

—¿Le dijo algo el señor Bradley a la señorita Utley esa noche, que usted recuerde?

—Sí.

—¿Podría repetirle a este tribunal lo que dijo el señor Bradley?

—Protesto —interrumpió Valerie Sabbath—. Divagaciones.

—Protesta denegada —dijo la jueza Consalvi.

—¿Podría repetirle a este tribunal lo que dijo el señor Bradley?

—Dijo: «¿Te importa bailar con un hombre que tiene una erección?».

—No hay más preguntas. Gracias, señor Wadsworth.

*

Me crucé con Bridey en el aparcamiento del sótano del juzgado. Conducía su viejo Pontiac, el que utilizaba para ir de compras. Bajó la ventanilla y miró a ambos lados antes de hablar conmigo.

—Lo siento, Harrison. Tienes que entenderlo. He hecho lo que tenía que hacer. Que Dios me perdone.

—Claro, lo entiendo, Bridey.

—No puedo hablar contigo, lo sabes.

—Lo sé.

—Ni ahora ni nunca, quiero decir.

—Lo sé. No pasa nada, Bridey.

—Jamás olvidaré aquella propina que me diste.

—Ojalá no me la hubieras devuelto.

—Adiós.

—Este coche está muy viejo, Bridey. Deberían comprarte uno nuevo.

—Es suficiente para alguien como yo.

Al ser un testigo, mi presencia no estaba permitida en la sala salvo cuando me tocaba testificar, pero aun así me pasaba el día en el juzgado, disponible para consultas y escondido en la oficina del fiscal situada un piso por debajo de la sala, donde habían instalado una pantalla de televisión para que pudiera seguir el proceso. Cada mañana conducía hasta llegar a un aparcamiento situado a dos manzanas del juzgado. Allí me encontraba con un asistente de la oficina del fiscal que me llevaba en coche hasta el aparcamiento subterráneo del edificio, para escapar así del enjambre de fotógrafos, reporteros y demás medios que se congregaban en la entrada y que siempre estaban dispuestos a saltar sobre cualquier persona relacionada con el proceso.

En todo juicio hay días tediosos, incluso en un juicio que despertaba tanto interés como este. Los testimonios de los expertos, por ejemplo, pueden ser mortalmente aburridos, muy largos y confusos para el jurado. El equipo de defensa de los Bradley había traído una docena o más de ellos. Una tarde, durante el testimonio de un experto que había analizado el barro y las partículas de madera encontradas en la parte de atrás del vestido rosa de Winifred Utley, decidí marcharme antes e ir a visitar a Claire y a mis hijos. Me dirigí al ascensor que había al final del pasillo y apreté el botón de bajada. Cuando la puerta se abrió, entré. El ascensor se cerró antes de que pudiera darme cuenta de que había otra persona dentro, en una esquina. Era Kitt Bradley. Durante un instante, nos miramos el uno al otro. El ascensor empezó su descenso. Ninguno de los dos habló. Ella se abalanzó sobre el botón de *stop* para detener el aparato y poder salir. Apretó los botones sin control, uno detrás de otro. El ascensor se detuvo bruscamente, dando una pequeña sacudida, pero la puerta no se abrió. Miré a través de la pequeña ventana y vi que nos habíamos quedado atascados entre dos pisos. Apreté el botón de emergencia, pero no ocurrió nada. Durante lo que me pareció un minuto, estuvimos allí de pie, sin hablarnos ni mirarnos.

—Se ha atascado —dije.

—Genial —contestó.

De nuevo, nos quedamos en silencio.

—Debe haber un botón de emergencia, ¿no? —preguntó—. Esto no puede ser un problema irresoluble.

—Ya lo he pulsado —contesté.

De nuevo, nos callamos.

—¿Te acuerdas de mí? Solíamos acostarnos —dijo, finalmente.

—Sí, me acuerdo —contesté.

Abrió el bolso con cadena de oro que colgaba de su hombro y extrajo un paquete

de cigarrillos y un mechero. Se puso el cigarrillo en la boca con una mano y con la otra apretó el encendedor, pero le costaba conectar la llama con el cigarrillo.

—Mechero barato —dijo.

—O mano temblorosa —respondí, quitándole el mechero y sosteniéndoselo.

—No empieces —dijo, e inhaló profundamente.

—No, no lo haré. No sabía que fumabas.

—Algo nuevo —dijo.

Le señalé un cartel:

—Dice: «Prohibido fumar en el ascensor».

—¿Qué vas a hacer? ¿Denunciarme? Como denunciaste a... —Se detuvo—. No voy a completar la frase.

—Gracias.

—¡Oh, Harrison! ¿Qué has hecho? —gritó—. ¿Cómo has podido hacer una cosa así? ¿Cómo has podido acusar de algo así a un miembro de mi familia? ¡¿Acusar a tu amigo?!

—En mi lugar, ¿hubieras hecho otra cosa?

No contestó a mi pregunta.

—No podía soportar estar en esa sala un minuto más —dijo. Pulsó de nuevo el botón del ascensor. No sucedió nada. Abrió el bolso y sacó un par de gafas; se las puso y escudriñó los botones. Me fijé en que uno de los cristales estaba roto.

—¿No te resulta confuso ver la vida a través de unas gafas rotas? —le pregunté.

—Me he acostumbrado.

—Me acuerdo del día que las pisaste. Fue hace casi un año.

—¿Y? —contestó.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Hecha un desastre. ¿No se nota? Mis hermanas dicen que sí. Se han convertido en mis guardianas. ¿No las has visto? Siempre tengo una a cada lado, tratando de evitar que haga lo que acabo de hacer, escaparme de ellas. —Le dio otra profunda calada a su cigarrillo.

—¿A dónde ibas? —pregunté.

—A beber algo, si quieres saber la verdad. He descubierto un bar irlandés en la esquina, O'Malley, se llama. Maureen se piensa que estoy en el baño.

—Espera a que descubran dónde estás y con quién te has quedado encerrada —dije.

—Ya lo he pensado. —Se rio—. Te echo de menos —añadió a continuación, en un tono de voz tan bajo que apenas pude oírla.

—Lo que tengo entendido es que me odias —dije.

—Te odio, pero también te echo de menos. Lo nuestro no había durado lo suficiente. No se había desgastado todavía.

—No, no se había desgastado.

—¿Piensas en ello? —preguntó.

—Sí.

—Espero que sufras un poco.

—Sufro.

—Te está bien merecido —dijo—. Te has vuelto... eh...

—¿Qué?

—Más atractivo, supongo. Casi apuesto. Nunca pensé en ti como una persona apuesta. Eras demasiado serio.

—Lo que ves es alivio. He soltado una carga que llevaba arrastrando casi veinte años. Yo no soy como tu hermano. No pude olvidarme de aquello. Al menos, no pude olvidarlo tras volver a verlo.

—¿Qué pasa si lo absuelven?

—Seguiré sabiendo que he hecho lo correcto. Eso es todo lo que me importa.

Se produjo un nuevo silencio.

—¿Has leído las cartas del *Times*? —me preguntó.

—Sí.

—El noventa por ciento de ellas son a favor de Constant. Bueno, el ochenta por ciento. ¿Eso no te dice nada?

—Sí, me dice que los ha engañado, eso es todo. Pero tú sabes la verdad. Igual que toda tu familia. Mató a Winifred.

—No, no empieces, por favor. —Agitó las manos delante de su rostro, sin ganas de escuchar nada más—. No puedo. No puedo escucharlo.

—No, no voy a empezar.

—No quiero estar en la sala el día que subas al estrado y cuentes lo que pasó —dijo—. No pude ni leer tu testimonio escrito.

—Mira, estamos encerrados en este ascensor, y quizá tenemos para rato. Deberíamos hablar de otra cosa. ¿Cómo está tu madre?

—Desconectada de todo el asunto. Solo habla de curas y de monjas y de vestidos. Mary Pat habla en francés, como si se hubiera olvidado del inglés. Yo me paso el día borracha. La única que parece estar encantada es Maureen.

—Deben estar pasando otras cosas en el mundo además de este juicio —dije.

—Sí, sí, seguro. Esme Bland murió. ¿Lo sabías?

Me quedé sorprendido.

—No, no me había enterado.

—Cáncer.

—Sí, sabía que tenía cáncer.

—Pobre Agnes. Está desolada, desconsolada.

—¿Agnes está desolada por la muerte de Esme?

—Oh, sí. Dice que Esme era la mejor amiga que tenía. Se necesitaban la una a la otra, ¿sabes? Le ha dejado a Agnes sus pelucas, esas hermosas pelucas que le hacía Kenneth. Ahora Agnes las lleva siempre puestas. Ha dejado de ser la madre Vicenta.

—Oh, Kitt —dije.

—A veces pienso que Agnes lo tiene fácil. Quedarse en los diez años para siempre. Me suena como una bendición.

Parecía insoportablemente triste. Olvidando mi resolución, empecé a acercarme a ella, pero justo en ese momento el ascensor se movió. Subimos. La puerta se abrió. Allí estaban Maureen y Mary Pat, junto a varios técnicos de mantenimiento, un guarda de seguridad y un grupo de gente que esperaba para bajar.

—¿Estás bien? —le preguntó Maureen. Me miró con ojos furiosos.

—El ascensor se ha quedado atascado —contestó Kitt.

—¿No has hablado con él, verdad?

—No —dijo Kitt, con voz ronca y agotada—. Ni una palabra.

A pesar de una apasionada súplica por parte de Valerie Sabbath para que a Grace Bradley se le permitiera asistir cada día al juicio, la jueza Edda Consalvi denegó su petición. Como yo, Grace era una testigo y, en consecuencia, no le estaba permitido sentarse en la sala hasta que le llegara el turno en el estrado. Valerie no ocultó su disgusto por aquella decisión. Las buenas obras de Grace en favor de los pobres de la ciudad eran bien conocidas, y Valerie creía que la presencia diaria de la ejemplar Grace compensaría los aspectos más truculentos del caso a ojos del jurado y del público. «Grace Bradley, más que nadie, entiende la responsabilidad de los ricos para con los menos afortunados», dijo con voz airada en televisión después de conocer la decisión de la jueza. «Es ridículo que esta mujer no pueda estar aquí con su hijo».

Grace, según Fatty Malloy, quien recibía toda su información de Sis, no podía soportar a Valerie Sabbath, pese a que esta la describía con tanta gentileza. «Es la mujer más vulgar que he conocido en mi vida», decía Grace, estremeciéndose. «Nunca he oído a nadie tan malhablado. Me tengo que tapar los oídos». La decisión de la jueza supuso un gran alivio para ella. A diferencia de sus hijas e hijos, ella no quería asistir al juicio. Raramente lo seguía por televisión. No leía las crónicas en los periódicos. Se ausentaba de las sesiones nocturnas de estrategia que tenían lugar en el comedor después de la cena. Las noches en las que venían abogados se acostumbró a cenar en su habitación, a menudo con Kitt. Nunca soltaba su rosario.

—¿Por qué rezas, Ma? —le preguntó Kitt en una ocasión.

—Oh, por las almas del purgatorio, querida —respondió ella.

—Siempre he pensado que el purgatorio es como la cárcel, con todos los reos esperando la libertad condicional.

—Oh, no, no, querida. La madre Vicenta se avergonzaría de ti si te escuchara decir eso. El purgatorio es un lugar para la contemplación de lo que viene, de reparación por lo que queda atrás, de purificación y de expiación. Es la preparación para el encuentro con Dios.

De repente, sin previo aviso, Grace empezó a llorar.

—¿Ma, qué ocurre? —dijo Kitt, preocupada—. Nunca te he visto llorar, nunca.

¿Qué pasa?

—No quiero subir al estrado. No quiero subir al estrado. No quiero subir al estrado. —Sollozaba descontroladamente.

—Pero Ma, solamente te van a preguntar por la llamada de la señora Utley aquella noche. A qué hora llamó y ese tipo de cosas. Y van a preguntarte si Constant estaba en la cama cuando fuiste a buscarlo. Eso es todo. No te van a preguntar nada más.

—Lo sé —dijo Grace, sonándose.

—Constant estaba en la cama, ¿verdad, Ma? Siempre has dicho que estaba allí. Lo estaba, ¿verdad? Dime, Ma, ¿lo estaba?

—La noche en cuestión, señora Bradley, ¿recibió usted una llamada telefónica? —preguntó Bert Lupino.

—Sí —contestó Grace. Hablaba en un susurro apenas audible en la sala.

—Tendrá que hablar más alto, señora Bradley —dijo la jueza Consalvi—. Es importante que tanto el jurado como el taquígrafo de la sala puedan escuchar sus respuestas.

—Sí —contestó Grace, elevando el tono. Tenía la vista fija hacia delante, y no miraba al jurado ni al fiscal que la interrogaba.

—¿Puede recordar, aproximadamente, la hora de la llamada, señora Bradley? —le preguntó Bert Lupino.

—Han pasado muchos años, ¿sabe? Creo que fue sobre las dos de la mañana, más o menos.

—¿Podría decirle a este tribunal quién llamó a las dos de la madrugada, señora Bradley?

—La señora Utley.

—¿La señora Utley, madre de Winifred Utley?

—No conozco a otra señora Utley —dijo Grace.

—¿Podría decirle a este tribunal el motivo de la llamada de la señora Utley, señora Bradley?

—La señora Utley estaba buscando a su hija, Winifred. Había ido a un baile y no había vuelto a casa.

—¿Algo más?

—Dijo que mi hijo Constant había bailado con Winifred en el club. Quería saber si Winifred estaba en mi casa. Creo que le dije que no. Me preguntó si podía comprobar que mi hijo estaba en casa.

—¿Lo hizo?

—Sí. Fui a la habitación de Constant.

—¿Quién estaba en la habitación, señora Bradley?

—Harrison Burns estaba en una cama y Constant en la otra. Ambos dormían.

—¿Está usted segura de que su hijo Constant estaba en la otra cama?

—Por supuesto. Lo recuerdo con claridad. No es el tipo de cosa que una madre olvida.

Esa noche Grace Bradley no bajó a cenar. Tampoco recibió a ninguno de sus hijos cuando fueron a su habitación para felicitarla por su declaración en el estrado. A las ocho de la tarde sonó el timbre de la casa de Scarborough Hill. Bridey, sabedora de quién era, abrió la puerta y escoltó al joven sacerdote escaleras arriba, hasta la habitación de Grace.

—¿Quién era ese? —preguntó Jerry en el comedor.

—El padre Ryan —respondió Maureen—. El nuevo cura favorito de Ma.

El interrogatorio al que me sometió Valerie Sabbath fue avasallador, burlón y despiadado. Bordeó peligrosamente la acusación, difundida por Mary Pat, condesa de Trafford, de que había estado enamorado de Constant, pero el fiscal la interrumpió: «¿Podemos acercarnos al estrado, señoría?». En un intercambio entre susurros, fuera del alcance del jurado y del público pero registrado por el taquígrafo, Bert Lupino hizo saber que si Valerie Sabbath continuaba con aquella línea de interrogatorio él daría a conocer los detalles de mi aventura con Kitt Chadwick, empezando por el hotel Bee and Thistle en Cranston, Maine, y terminando en el salón de Grace Bradley, en la casa de Southampton, cuando Maureen descubrió a Kitt de rodillas frente a mi entrepierna. Bert aseguró que llamaría a Maureen para que testificara.

Valerie Sabbath pidió un receso. Como ya era bien entrada la tarde, la jueza Consalvi decidió dar por acaba la sesión de aquel día. Los miembros de la defensa de Constant volvieron a la residencia Bradley, en Scarborough Hill, para discutir la cuestión.

Llamaron a Jerry, a Maureen y a Des para que estuvieran presentes. A Sandro, que estaba en Washington, se le consultó por teléfono.

—Si sale en los periódicos que Kitt ha tenido una aventura con Harrison, Ma se muere —dijo Maureen—. Kitt todavía es su niña, ya lo sabéis. Y Ma ya se ha comportado de una forma suficientemente extraña.

—Además, dará al traste con la imagen familiar que hemos logrado construir —dijo Jerry—. Nadie me había contado que Kitt le hizo una mamada en casa de Ma, por el amor de Dios.

—¿Cómo vamos a tratar este tema con el padre Bill presente en la sala? —preguntó Maureen—. Ha venido desde Southampton para apoyar a Ma.

El tema se zanjó.

—Señor Burns, ¿fue usted compañero de clase de Constant Bradley en el colegio Milford? —preguntó Valerie Sabbath.

—Sí.

—¿Sus padres fueron asesinados en su penúltimo curso en Milford?

—Sí.

—Y no le dejaron ningún dinero, ¿correcto?

—Dejaron muy poco dinero.

—¿No fue usted acogido por los padres de Constant Bradley?

—Fueron buenos conmigo.

—¿Fue usted un invitado habitual en la finca de los Bradley, en Scarborough Hill?

—Sí.

—¿Le cedieron una habitación en la mansión Bradley que usted utilizó con tanta frecuencia que llegó a ser conocida como «la habitación de Harrison»?

—Si eso es así, lo desconozco. Recuerdo que siempre se referían a ella como la habitación de Agnes.

—¿Pagó el señor Bradley los costes de su último año escolar en Milford?

—Lo hizo, sí, como parte de un acuerdo después de que yo le escribiera a Constant el ensayo que contribuyó a que lo readmitieran en Milford.

—Responda solo con un sí o un no. ¿Pagó el señor Bradley los costes de su último año escolar en Milford?

—Sí.

—Señor Burns, después de graduarse en Milford, ¿no disfrutó de un año en Europa, volando en clase preferente y alojándose en hoteles de primera?

—Estudí en Europa durante un año, sí.

—¿Aceptó usted estas vacaciones de un año?

—No las considero unas vacaciones.

—Fueron un regalo, ¿no es así? Un regalo del señor Bradley para usted, un huérfano sin dinero.

—No fue un regalo. Fue un pago por un servicio realizado.

—¿Usted permitió que le pagaran, sí o no?

—Permanecí callado y no conté lo que sabía.

—Para usted, recibir dinero de Gerald Bradley se convirtió en una costumbre, ¿verdad? Según tengo entendido, sus cuotas de la Universidad de Brown se pagaron gracias a un fideicomiso establecido por la familia Bradley. ¿Es eso correcto?

—Sí.

—¿Había o no había una recompensa de cincuenta mil dólares por aportar cualquier tipo de información sobre este caso que condujera a un arresto? ¿Una recompensa de cincuenta mil dólares ofrecida por la señora Luanne Utley, madre de Winifred Utley, a la cual usted visitó la noche del 9 de mayo de 1990?

—Creo que si usted revisa los hechos verá que no acepté el dinero de la recompensa. Se donó a la organización sin ánimo de lucro del Centro Nacional de Víctimas, pero no a través de mí, sino a través de la señora Utley. Yo no quise ni acercarme a ese dinero —dije.

Los periodistas de la sala de prensa le habían cogido manía a Bert Lupino. Lo encontraban aburrido en el tribunal. Preferían la teatralidad de Valerie Sabbath. Ella siempre les daba material sobre el que escribir.

—Puede que Lupino no sea el peor fiscal que he visto en un juicio, pero está cerca —dijo Gus Bailey, el molesto periodista del *Scarborough Hill Times* que había seguido el caso desde el mismo día del asesinato, en 1973, y del cual se dijo que había sido silenciado por Gerald Bradley—. No me importa que lo nombraran fiscal del año el año pasado. Valerie está logrando que Harrison parezca un tonto y Lupino no viene a socorrerlo.

—Tiene una lista de preguntas para cada testigo escrita en una libreta amarilla con hojas de papel pautado. Nunca se desvía de ellas. Mientras el testigo le contesta, tiene la atención puesta en su libreta, en la siguiente pregunta. No hay margen para la espontaneidad —dijo el periodista del *Miami Herald*.

—Lupino no tiene ningún sentido del drama. No sabe cómo construir un relato —intervino el periodista del *Detroit Free Press*.

—Si creyera en las conspiraciones, pensaría que los Bradley lo tienen a sueldo —dijo el periodista del *Hartford Courant*.

—Si esto fuese una novela, así es como la escribiría —dijo Gus Bailey—. Pero esto no es una novela y a Bert Lupino no lo han comprado los Bradley. Lo que creo es que está fuera de su elemento. Creo que Valerie Sabbath lo intimida. ¿Oísteis que lo llamó «enano» en el pasillo, esta mañana? No creo que puedas enfrentar a una persona que salió de la Facultad de Derecho hace tres años con una abogada que cuesta un millón de dólares. No entiendo por qué el fiscal del distrito comete el mismo error una y otra vez.

—Decidle a la señora Sabbath que diga la *casa* de los Bradley, no la mansión de los Bradley, cuando se refiera a la noche del asesinato —dijo Maureen—. «Mansión» suena mal. Nos hace parecer demasiado ricos. Al jurado no le gusta. Y decidle que no diga «la finca de los Bradley».

—Estoy tratando de contenerme con todas mis fuerzas, Jerry, para no mandar a la puta mierda a tu hermana. ¿Podrías decirle, educadamente, que no me diga qué términos tengo que utilizar? Si me contratáis por mi triste millón de dólares es para

hacer las cosas a mi manera. Si prefiero decir «finca» y «mansión», lo que voy a decir es «finca» y «mansión». Soy yo la que tiene que dirigirse al jurado, no tu hermana. El jurado se referirá a vuestra casa como una mansión y a vuestra propiedad en Scarborough Hill como una finca, y me interesa más su reacción a mis palabras que la reacción de tu hermana. ¿Entendido?

—Sí, sí, claro, tienes razón, Valerie —dijo Jerry—. Es solo que Maureen se pone un poco...

—Oh, no tienes que explicarme cómo se pone Maureen —dijo Valerie.

—Bueno, pues *disculpá*d —dijo Maureen cuando Jerry le repitió lo que había dicho Valerie Sabbath.

En casos como este, a menudo aparece el típico desconocido al que culpar, el típico vagabundo. ¿Se acuerdan del intruso merodeando por el tejado de la casa de los Grenville la noche en la que Anne Grenville mató a su esposo de un disparo? Poder recurrir a ellos es una de las ventajas de ser rico. Se trata de personas prescindibles, a las que se puede acusar y sacrificar porque no son nadie.

—¿Vio usted cómo Constant Bradley levantaba el bate y golpeaba a Winifred Utley? —preguntó Valerie Sabbath.

—No —contesté.

—¿No vio cómo golpeaba a la señorita Utley?

—No. Al principio no entendí lo que había pasado. Pensé que había ocurrido algún tipo de accidente, que quizás se había desmayado o que le había dado un ataque al corazón o algo parecido. Hasta que no la toqué y noté la sangre no me di cuenta de que la habían golpeado.

—¿No vio cómo golpeaba a la señorita Utley?

—No.

—¿Podría ser posible, entonces, que un vagabundo se desviara de la autopista interestatal 95 y asesinara a la señorita Utley?

—No, no lo veo posible.

—Me gustaría leerle un fragmento de su declaración ante el capitán Riordan el día que usted fue interrogado en la comisaría de Scarborough Hill, el 1 de mayo de 1973. —Valerie Sabbath se giró hacia la mesa de la defensa y cogió una copia del informe policial. Se puso las gafas y colocó las páginas en un atril, frente a ella—. «Capitán Riordan: “Después de meterse en la cama, ¿se levantó en algún momento para salir al exterior?”. Harrison Burns: “No, señor”. Capitán Riordan: “¿Abandonó en algún momento el señor Constant Bradley la habitación que ustedes compartían esa noche para salir al exterior una vez volvieron del club de campo?”. Harrison Burns: “No, señor”».

Valerie Sabbath se quitó las gafas y se volvió hacia mí:

—Y ahora le está diciendo a este tribunal, señor Burns, que esa noche la señora

Bradley, la madre de Constant Bradley, le despertó a las dos de la mañana y le pidió que fuera al piso de abajo para buscar a su hijo, y que mientras estaba abajo, escuchó un golpeteo en una ventana y vio a Constant Bradley, que le pidió que saliera afuera. ¿Podría explicar la discrepancia entre sus dos versiones de la historia?

—Eso fue lo que Gerald Bradley y su hijo Jerry me dijeron que dijera. Lo ensayamos por la tarde —respondí.

—Y lo que le está diciendo a este tribunal es que forma parte de su naturaleza hacer cualquier cosa que los demás le pidan que haga. ¿Es así, señor Burns?

—Estaba sedado con Valium —dije.

—Ah, estaba sedado con Valium. Su historia se pone cada vez más interesante, señor Burns.

—El doctor Desmond Bradley vino a mi habitación esa tarde, a última hora, y me dio un Valium para que me calmara antes de que llegara la policía. Después, antes de la cena, me dio otro, y fue entonces cuando llegó la policía a la casa.

Al día siguiente, el titular del *New York Post* era: ES UN MENTIROSO. El doctor Desmond Bradley, hermano del ex candidato a gobernador Constant Bradley, negó enfáticamente haberle suministrado Valium a Harrison Burns antes de que este fuera interrogado por la policía en relación al asesinato de Winifred Utley, en 1973. «Este hombre haría y diría cualquier cosa», declaró el doctor Bradley. «Su declaración me ha dejado conmocionado».

El viernes de esa misma semana, los dos hijos mayores de Maureen, Gregory y Sarah, de diecisiete y dieciséis años, estaban presentes en la sala. A Gregory le habían permitido saltarse las clases en Milford para asistir al juicio, y Sarah también tenía permiso del Sagrado Corazón. Maureen creía que era importante que el jurado, el tribunal, el gentío que se agolpaba en el exterior y los medios de comunicación conocieran a la nueva generación Bradley. Se esperaba que la sesión la coparan las explicaciones de los peritos técnicos, nada realmente dramático ni importante para el caso, y los miembros más conocidos de la familia habían decidido quedarse en casa. Sin embargo, el suegro del forense que había realizado la autopsia a Winifred Utley había fallecido la noche anterior, y el forense había telefoneado disculpándose por no poder asistir a la vista ese día, ya que tenía que marcharse de inmediato a Pittsburgh. Por su parte, el experto en suelo que había examinado las manchas del vestido de Winifred Utley también se encontraba inesperadamente indispuesto, aquejado de una intoxicación alimentaria después de haber cenado shushi en un restaurante japonés la noche anterior. En consecuencia, y de manera inesperada, Constant Bradley fue llamado al estrado. Se produjo una gran agitación en la sala de vistas y en la de prensa. Los periodistas corrieron hacia los teléfonos.

—Señoría, me gustaría llamar a testificar a Constant Bradley, pero quiero asegurarme de que el estado no puede aportar nuevas pruebas durante el interrogatorio e incluir testimonios que este tribunal ha considerado inadmisibles —dijo Valerie Sabbath. Se estaba refiriendo a los testimonios de Maud Firth y Weegie Somerset.

—Concedido —dijo la jueza Consalvi.

Gregory Tierney se revolvió en su asiento. Quería estar en un lugar mejor para ver a su tío en el estrado.

—Ya sé que no te gusta tu asiento, pero no la pagues conmigo —le dijo Sarah a su hermano.

—Nosotros deberíamos estar ahí —dijo Gregory, señalando dos asientos en la primera fila del público ocupados por un joven y una mujer que debía ser su madre.

—Pregúntales si te los cambian —dijo Sarah.

Gregory se puso de pie y se dirigió al lugar donde estaba sentada la pareja.

—Me pregunto si no les importaría cambiarnos el sitio —Gregory se dirigió a ellos de una forma excesivamente cortés, convencido de que la pareja iba a levantarse.

—Sí, nos importaría —respondió el joven.

Desairado, Gregory volvió a su asiento y miró con furia a la pareja, que no le hizo caso alguno. Entonces Gregory se levantó de nuevo, pasó por delante de ellos y fue hasta la parte trasera de la sala, donde se quejó al alguacil diciéndole que la pareja estaba ocupando unos asientos que, en su opinión, le correspondían a él.

—Por favor, ¿les podría decir que se levantaran? —dijo Gregory.

—Oye, amigo, en la sala de la jueza Consalvi quien llega primero, escoge. Aquí no hay asientos reservados. Si han llegado antes, los asientos son suyos.

—Pero nosotros somos miembros de la familia Bradley —insistió Gregory.

—En la sala de la jueza Consalvi da lo mismo quién seas —zanjó el alguacil.

Sin darse por vencido, Gregory se volvió a acercarse a la pareja.

—A mi hermana y a mí nos gustaría sentarnos aquí mientras Constant Bradley está en el estrado —dijo.

—Lo siento, no nos vamos a mover —dijo la mujer.

—No lo entienden. Somos familia —insistió Gregory.

—No, el que no lo entiendes eres tú, yo también soy familia —dijo el joven.

—Es mi tío.

—Y el mío.

—¿Cómo va a ser tu tío?

—Mi madre era criada en casa de tu abuela. Se casó con tu tío Des. Igual quieres decirle a tu familia que Rosleen Shea Bradley está aquí con su hijo, Desi.

—Siempre nos encontramos frente a una máquina de bebidas —dijo Charlotte—.

Todavía no he descubierto en qué lado tiene que ir la cara de George Washington.

—Yo me encargo —dije. Le cogí el billete y lo puse en la ranura. Cayó una lata de refresco. La cogí, la abrí y se la di—. ¿Cómo está Gerald? —pregunté.

—A pesar de sus esfuerzos no hay manera de que se muera —dijo ella.

Me reí y ella hizo lo mismo, pero observé que estaba a punto de echarse a llorar.

—No me había reído desde hacía un año —dijo. Miró a ambos lados del pasillo—. Dime una cosa, Harrison. Tengo que saberlo. ¿Lo hizo?

—Sí.

—Todos dicen que te lo estás inventado.

—¿Y tú los crees, Charlotte?

Ella negó con la cabeza, despacio.

—Imagínate que lo declaran culpable —dijo—. Imagínate que lo meten en prisión. No tengo ni idea de cómo voy a interpretar esa escena.

—¿Todavía le quieres? —pregunté.

—Me siento atraída por él de vez en cuando, pero no le quiero. No le quiero desde hace mucho tiempo. Es incapaz de sentir un afecto profundo hacia otra persona.

Cuando Constant entró en la sala se escucharon suspiros entre el público, pese a que lo habían visto sentado en la mesa de la defensa a diario. Vestía un traje gris de franela, camisa azul y corbata roja. Caminó con determinación y elegancia hacia el estrado, como si aquel fuera el momento que estaba esperando más que temiendo.

—¿Cómo se encuentra, señor Bradley? —le preguntó Valerie Sabbath.

—Estoy un poco nervioso, pero también tenía ganas de que llegara este momento. Llevo conviviendo con esta horrible acusación desde hace ya más de un año y espero con gusto y ganas la oportunidad de limpiar mi nombre para poder retomar mi vida —dijo.

—¿Bebió usted esa noche, señor Bradley? —le preguntó la abogada.

—Había bebido algo, sí —respondió. Se volvió y miró directamente al jurado—. Ese mismo día, un rato antes, la familia había estado hablando sobre nuestro hermano Kev. Lo mataron en Vietnam. Nos estábamos acordando de la última vez que habíamos estado todos juntos, antes de que Kev partiera para luchar por su país. No tenía por qué ir, ¿saben? No lo habían reclutado. Fue voluntario.

Los miembros del jurado observaban a Constant, fascinados.

—¿Cómo había sido el día?

—Había sido un día familiar; también habíamos hablado de nuestra hermana Agnes. Agnes sufre un retraso mental. Tiene la mente de una niña de diez años. Lleva mucho tiempo internada en un centro de Cranston, en Maine. Pero nosotros pensamos en Agnes y la queremos y hablamos de ella con frecuencia. Fue un día de rememoración, de acordarnos de nuestros familiares ausentes.

Una tal señora Perez, en la primera fila del jurado, se secó una lágrima con un *kleenex*. Mientras veía a Constant en la pantalla de televisión de la oficina del fiscal, me pregunté por qué Bert Lupino no protestaba.

—Después, cuando la reunión familiar concluyó, me ofrecí para llevar a mis hermanas Mary Pat y Kitt a cenar en El Club de Campo. Quería sacarme de encima la tristeza después de la conversación sobre Kev y Agnes.

—¿Había alguien más con usted?

—Sí, Harrison Burns. Era un invitado habitual en casa en esa época. Mi padre pagaba los gastos de su matrícula en nuestro colegio.

—¿Fue al club con sus hermanas y con el señor Burns?

—Sí. Yo era menor de edad, y la camarera, Úrsula, a la que conocía del club desde hacía años, no quiso servirme una bebida, e hizo bien, así que me fui al bar privado del vestuario de caballeros y soborné al camarero, Corky, para que me pusiera unas copas. Me equivoqué, lo sé, y comprometí a Corky, que hubiera podido perder su trabajo, pero quería sacarme de encima la tristeza de la tarde y hacerles pasar una velada alegre a mis hermanas, que volvían al colegio, al Sagrado Corazón, a la mañana siguiente.

—¿Sacó usted a bailar a Winifred Utley?

—No. Winifred Utley me sacó a bailar a mí. Nos estábamos yendo del club cuando ella se acercó y me lo pidió.

—¿Es verdad que le preguntó a la señorita Utley «Te importa bailar con un hombre que tiene una erección»? —preguntó Valerie Sabbath.

—Lo dije, sí. Pretendía hacer un comentario gracioso. De hecho, fue gracioso en ese momento, para un adolescente, pero me doy cuenta de lo espantoso que suena, tantos años después y a la vista de lo que le pasó a Winifred Utley. Siento vergüenza cada vez que oigo la frase en esta sala, pero sí, lo dije.

—¿Le pidió a Winifred Utley que se fuera a casa con usted?

—Sí. Pero ella me dijo que había ido con Billy Wadsworth y que iba a volverse con él.

—Por lo que usted sabe, ¿Billy Wadsworth acompañó a Winifred Utley a casa?

—Me parece que el señor Wadsworth, el padre de Billy, los llevó en coche a casa. No creo que Billy tuviera carnet de conducir por aquel entonces. Varios de los asistentes al baile fueron a casa de los Wadsworth para tomar unas Coca-Colas.

—¿Usted había quedado con Winifred para verse después de que se marchara de casa de los Wadsworth?

—Sí.

—Cuéntenos qué pasó.

—Cuando llegué, ya estaba muerta. La vi allí tirada, en el suelo.

—¿Por qué no avisó a la policía?

—Pensé que no iban a creerme. No haberlo hecho es una de las cosas más tristes de mi vida.

Viendo a Constant en el televisor de la oficina del fiscal me maravillé de la facilidad con la que contaba la historia. Ahora pienso que Constant tiene la habilidad de olvidar. No fue tanto que estuviera mintiendo como un bellaco, sino que se había convencido de que lo que decía era la verdad.

—¿Dónde está el padre Murphy? —preguntó Maureen—. Se supone que debería estar aquí para escuchar los alegatos finales.

—El padre Murphy no ha querido estar presente.

—No me lo puedo creer. Después de todo el dinero que mi madre le ha dado para su parroquia.

—Ha declinado la invitación.

—¿Y qué pasa con el padre Burke?

—Según ha declarado Vincent Corcoran, o Corky, como le llaman, encargado del bar privado de caballeros del club de campo el día que se cometió el asesinato, Constant Bradley se bebió seis vasos de vodka en media hora. —Así comenzó Bert Lupino su alegato final—. Lo que bebió cuando volvió a su casa es una cuestión que solo podemos conjeturar. Estaba enfadado porque Winifred Utley no había plantado al joven con quien había ido al baile, Billy Wadsworth, para irse con él a su casa. Llamó a Billy Wadsworth «Caragrano». Constant Bradley sabía que Winifred Utley tenía que cruzar el camino de la parte trasera de la finca de los Bradley para ir desde la casa de los Wadsworth a la suya, en Varden Lane. Era el camino que utilizaban todos los jóvenes del vecindario. La esperó allí, en la oscuridad. Estaba... eh... —hizo una pausa, buscando una palabra para describir el estado de Constant en ese momento—. Excitado —dijo, finalmente—. Pero Constant Bradley tiene un problema. Constant Bradley es un hombre que hablaba mucho sobre erecciones, pero Constant Bradley es un hombre incapaz de mantener una.

Constant permaneció impassible, sin alterar el gesto, pero un leve rubor coloreó su rostro. Mirándolo, supe que el corazón le latía muy rápido. Sabía que para él aquella era la peor revelación posible. Sabía que él sabía que había sido yo quien se lo había dicho a Bert Lupino.

—Y con la pérdida de esa erección, sobrevino la rabia, el tipo de rabia que impulsa a un hombre, a cierto tipo de hombre, quiero decir, a pegar a una mujer. Como si la culpa de su disfunción fuera de ella, no suya. Es el tipo de rabia que puede provocar que un hombre, un cierto tipo de hombre, mate. Que coja un bate de béisbol que casualmente se encontraba allí, en el camino, y golpee la cabeza de una mujer inocente una y otra vez, hasta matarla. Es el tipo de hombre que después, con tranquilidad, en presencia del cuerpo sin vida de su víctima, utiliza los faldones de su

camisa Brooks Brothers para limpiar sus huellas dactilares del bate de béisbol con el que la ha asesinado. Les pido, les ruego, que declaren a este hombre culpable de este crimen terrible que el dinero, el poder y los privilegios de su familia han conseguido ocultar durante casi veinte años.

Fue el momento de gloria de Bert Lupino.

—Se va a librar —dijo Fatty Malloy—. Ni siquiera es su palabra contra la tuya. Se trata de su palabra y de la maquinaria Bradley. No pensarás que un Bradley va a pasar ni una sola noche entre rejas. No es así como funciona el sistema americano.

—Entonces, ¿qué va a pasar? —pregunté yo.

—Lo sacarán del país. Aparecerá en Taiwán o en Brasil, haciendo buenas obras para los pobres. Y lo perdonarán. Todo esto quedará olvidado.

—Hay dos italianos, dos polacos, o lituanos, no sé, nunca los distingo, y una puertorriqueña madre de seis hijos. También hay un par de judíos y una mujer negra. Pero es el primer grupo el que me interesa.

Probablemente son católicos. Imagino que irán a misa los domingos, a la iglesia de Santa Mónica.

—¿Y? —dijo Constant.

—Voy a tratar de averiguar a qué misa van.

—¿A dónde nos lleva esto, Jerry?

—He pensado que deberías ir a la misma misa con Charlotte y los niños, comulgar y, naturalmente, hacer como si no tuvieras ni idea de que hay varios miembros del jurado allí. Ya sabes, rosarios, misales... Seguro que eso causa una impresión favorable.

Constant se echó a reír.

—Charlotte nunca va a acceder a eso.

—Sí, sí que lo hará.

El jurado está en su tercer día de deliberación. A primera hora de la mañana, el presidente ha solicitado a la jueza Edda Consalvi que se les relea el testimonio de Bridey Gafferty, la cocinera de los Bradley. Por la tarde, ha pedido ver el arma — medio bate de béisbol— y las fotos de la autopsia del cuerpo apaleado de Winifred Utley, las mismas fotos que tanta desazón causaron a la madre de Winifred, Luanne Utley, cuando fueron exhibidas como prueba por el fiscal durante el juicio. Estas dos peticiones del jurado han provocado muchos comentarios entre los periodistas acreditados y, como sucede siempre, una considerable diversidad de opiniones en cuanto a la manera de interpretarlas. El aire está cargado de tensión. La jueza Consalvi ha demostrado ser un sargento. Ayer ordenó al alguacil que expulsara al reportero del *Newsweek* después de que este dejara escapar una risita cuando el taquígrafo releyó la declaración de Billy Wadsworth, en la que explicaba que el acusado, Constant Bradley, después de quitarle a su pareja durante el baile del club de campo, le dijo a Winifred Utley: «¿Te importa bailar con un hombre que tiene una erección?».

Durante los tres días que el jurado permaneció encerrado deliberando, Constant Bradley deambuló de arriba abajo por los pasillos llenos de gente del juzgado, comportándose como un atento anfitrión, amistoso hasta el exceso, moviéndose de un grupo de periodistas a otro. Tenía una impresionante habilidad para recordar los nombres de los periodistas y para comentar, por lo general de forma ingeniosa, lo que habían escrito sobre el caso. Con frecuencia se escuchaban estallidos de carcajadas procedentes del lugar donde él se encontraba. «Me encanta este tío», era la frase más repetida, incluso por parte de quienes sospechaban que era culpable.

A las cinco menos veinte del tercer día de deliberación, se abrió la puerta de la sala del jurado y el presidente informó al alguacil de que habían acordado un veredicto. El alguacil transmitió el mensaje a la jueza Edda Consalvi, que esperaba en su despacho; Valerie Sabbath y Bert Lupino fueron informados en sus respectivas oficinas, en el mismo edificio. Los principales implicados en el proceso y la mayoría de los periodistas se encontraban dispersos en cafeterías y bares del vecindario. Se envió a varios mensajeros para buscarlos. Constant Bradley, su esposa Charlotte y sus hermanos y hermanas estaban esperando en la sala privada del cuarto piso que habían

utilizado durante todo el juicio. Yo estaba en la oficina del fiscal. Cuarenta y cinco minutos después, todas las personas que tenían que estar presentes estaban sentadas en la sala. Constant tenía un aspecto tenso y retraído.

—¡Todo el mundo en pie! —ordenó el alguacil.

La jueza Consalvi entró y tomó asiento en el estrado.

—¿Puede hacer entrar al jurado, por favor? —indicó.

Entraron. Para entonces, yo ya sabía todos sus nombres. Era imposible dilucidar nada a partir de sus rostros, aunque su aspecto era el de quien guarda un secreto que no va a compartir con nadie. Pasaron diez minutos que parecieron horas.

La jueza Consalvi se aclaró la garganta. Advirtió a la sala de que no se permitirían exclamaciones de ningún tipo, ni vítores ni abucheos ni ningún tipo de ruido, cuando el veredicto fuera leído. Advirtió de que el tribunal tomaría medidas en caso de que se violara su orden. A continuación, se dirigió al jurado.

—Miembros del jurado: ¿tienen un veredicto?

El presidente del jurado se levantó:

—Sí, señoría.

La televisión de la habitación de Gerald Bradley llevaba todo el día encendida. A veces, Gerald se adormecía en su cama de hospital. Llevaba tres días esperando.

—¡Tío Gerald! —gritó Sis Malloy. Había felicidad en su voz. Le cogió la mano, de un blanco translúcido, y la movió con delicadeza, para despertarlo, mientras le decía al oído—: Tío Gerald. Ya hay veredicto. ¿Me oyes, tío Gerald? El veredicto. ¡Han declarado inocente a Constant! Tu hijo, tu amado Constant, es inocente. Inocente. ¡Inocente! —Prácticamente le gritó la palabra en la oreja.

Gerald, se despertó y escuchó. En el año transcurrido desde el ataque, había envejecido mucho. La vista comenzaba a fallarle. Sus ganas de vivir iban disminuyendo.

Todos los teléfonos de la casa empezaron a sonar. En el piso de abajo, en las estancias principales, se escucharon los gritos de alegría de las criadas, que estaban viendo la televisión en el comedor del servicio. «¡Lo sabíamos! ¡Siempre lo supimos!», se las oía chillar. «¡Hurra, Constant!».

—¿Las oyes, tío Gerald? —gritó Sis—. ¡Son las criadas! Están celebrándolo. ¿Las oyes?

Una leve sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

Sis miró por la ventana.

—Los periodistas que están al final del camino de entrada dan saltos de alegría, tío Gerald. Mira, mira la televisión, tío Gerald. Déjame que te incorpore. Constant está saliendo del juzgado. La gente lo está vitoreando. Mira, tío, va a hablar. Se dirige hacia los micrófonos para hablar con la gente. ¿Lo ves? ¿Lo puedes oír?

Gerald, sostenido por su sobrina, miró y escuchó, y se sintió súbitamente lúcido,

como distanciado de todo lo terrenal. Sintió la levedad de la existencia. Supo que había llegado la hora. Supo que iba a morir. No sintió la felicidad que el cardenal le había dicho que iba a experimentar; sintió miedo. Agarró la mano de Sis Malloy. La miró a los ojos. Le dijo cosas. Sabía que no había sido bueno. Había engañado. Se había mezclado con gente mala. Había sido responsable de la muerte de Johnny Fuselli. Su esposa apenas le había hablado en los últimos años. Sus hijos eran imperfectos e infelices. Y ahora, su hijo menor, su hijo favorito, había sido declarado inocente de un asesinato que había cometido.

Pese a las advertencias de la jueza Consalvi, pese a su mandato de que imperara el orden en la sala, pese a los esfuerzos de los alguaciles, el ruido y la algarabía se impusieron. Se profirieron gritos de felicidad y hubo aplausos y pataleos y gritos de guerra indios, como era habitual en las celebraciones de los Bradley. «¡Siéntese, siéntese, señora Tierney!», le ordenó la jueza Consalvi a Maureen. «¡Siéntese, padre Burke!». Valerie Sabbath ignoró a la jueza y abrazó a Constant, iniciando un pequeño baile alrededor de la mesa de la defensa. «¡Siéntense!», gritó la jueza Consalvi. «¡Todavía están en mi tribunal! ¡Voy a acusarles de desacato!». Pero todos la ignoraron. El juicio había concluido. Ya no la necesitaban más. No volverían a verla. Había pasado a la historia.

Afuera, en el pasillo, Constant y yo nos cruzamos. Yo estaba solo. Él, rodeado de gente. Durante un instante, nuestros ojos se encontraron. Durante ese mismo instante, su sonrisa triunfal se apagó. Creí ver un destello de miedo. El mío era un rostro que no quería volver a ver jamás. A continuación, fue arrastrado en su marcha victoriosa.

Yo esperé, apoyado contra la pared, hasta que el gentío se apiñó en los ascensores y el pasillo volvió a estar tranquilo. Llamé a Claire desde una cabina telefónica.

—Se acabó —dije.

—Lo sé.

—¿Cómo están los niños?

—Bien. Te han visto en la televisión, después del veredicto. Han corrido hacia la pantalla repitiendo: «papi, papi».

—No han entendido lo que pasaba, ¿verdad?

—No.

—Algún día lo entenderán.

—Supongo. ¿Estás bien, Harrison?

—Creo que sí.

—He pensado que tenías buen aspecto, dadas las circunstancias. Quiero decirte una cosa.

—Qué.

—Estoy orgullosa de ti, de lo que has hecho.

—Me preguntaba si podría ir a veros esta noche.

Tuve que volver a la oficina del fiscal para hablar con Bert Lupino. Estaba desolado, el pobre. Pese a su potente alegato final, había sido despreciado a diario en la prensa y en la televisión, y los abogados contratados por las cadenas de televisión para comentar el caso habían ridiculizado sus habilidades legales. Era honesto. Era bueno. Pero también era demasiado joven. Acababa de salir de la Facultad de Derecho. Simplemente, había sido superado por la feroz Valerie Sabbath.

Mientras me dirigía a su despacho, la puerta del lavabo de señoras se abrió con cautela, como si la persona que estuviera dentro quisiera comprobar la actividad que había en el pasillo antes de salir. Era Luanne Utley. Había sido una presencia digna y silenciosa durante el juicio, evitando la publicidad con la misma intensidad con la que los Bradley la habían buscado. Era evidente que había estado llorando y, probablemente, ocultándose. Parecía derrotada y cansada. El juicio la había envejecido. Ambos nos detuvimos. Nos miramos. No nos abrazamos. Ella movió la cabeza de un lado a otro, despacio. Entendí que no quería hablar del veredicto. En el futuro ya habría momentos para hacerlo. Simplemente, me rozó la mejilla con su mano y me dijo:

—Gracias, Harrison. No lo olvidaré nunca.

—¿Necesita ayuda para salir de aquí? —le pregunté.

—Oh, sí, sí. No soportaría que esa gente me acosara con sus cámaras y sus preguntas —dijo.

—Conozco una salida a través del aparcamiento del sótano. Si se espera tres minutos aquí mientras me despido de Bert Lupino, la llevo. Estarán aparcados enfrente de su apartamento cuando llegue a Nueva York, ¿lo sabe?

—Leverett y Louise Somerset me han pedido que me quede con ellos unos días, hasta que la situación se calme —contestó.

Aunque en el exterior hacía frío, Constant rechazó el abrigo que Desmond le tendía. Siempre sabía cómo estaba más atractivo. El viento revolvía sus cabellos. Caminó con paso enérgico hasta los micrófonos. Detrás de él estaban su mujer, sus hermanas, sus hermanos y sus abogados. Valerie Sabbath estaba radiante. Todos sonreían. Todos saludaban. Había felicidad en cada rostro. La escena parecía más una comparecencia tras una victoria política que una declaración tras una absolución por asesinato. Constant permaneció inmóvil durante unos instantes y cuarenta cámaras de televisión lo enfocaron. A continuación, levantó la mano izquierda y saludó. El público que se concentraba en el exterior del juzgado lo aclamó. Cuando volvió a levantar las manos para acallar a la multitud y así poder hablar, esta respondió a sus indicaciones.

—Hay una vieja sentencia de santo Tomás de Aquino, que mi padre me repetía de tanto en tanto, cuando era niño, que dice que la verdad siempre encuentra su camino. Siempre. Y nosotros, mi familia y yo, siempre supimos que la verdad prevalecería. Nunca dudamos, ni por un instante, que la magnificencia y la equidad del sistema

judicial de América desembocarían en el veredicto que hoy hemos escuchado. Atesoro en mi corazón recuerdos para toda una vida. Siempre hemos sido una familia muy unida, y me gustaría dar las gracias a mi familia: mi mujer, Charlotte, mi madre, Grace Bradley, mi padre, Gerald Bradley, y mis hijos, la pequeña Charlotte y Constant *junior*, los cuales, afortunadamente, son demasiado pequeños para entender el fraude del que hemos sido testigos durante las pasadas seis semanas, pero cuyas jóvenes existencias se han visto perturbadas por ello. También querría darles las gracias a mis hermanos y hermanas: Jerry, Des, el senador Sandro Bradley, Maureen Bradley, Tierney, Mary Pat, condesa de Trafford, que ha dejado a su familia en París para estar conmigo aquí durante las últimas seis semanas, y Kitt Bradley Chadwick, así como a todos mis sobrinos y sobrinas. Ellos son mi familia, mi maravillosa familia, y durante toda mi vida han sido mi sostén más importante. Y, por supuesto, mi agradecimiento más especial a Valerie Sabbath. Ven aquí, Valerie. Estoy seguro de que esta gente quiere hablar contigo, no conmigo. Muchas gracias a todos. — Constant volvió a saludar.

La multitud empezó a vitorearlo.

—¡Clase! ¡El tipo tiene clase! —gritó un simpatizante.

—¿Qué planes tiene ahora? —preguntó un periodista.

—Mis planes inmediatos son regresar a nuestra casa familiar, en Scarborough Hill, y abrazar a mi padre. Esta pesadilla le ha pasado factura a su salud.

—¿Y después? ¿Algún proyecto político? —gritó el mismo periodista.

—Los hay, pero no es el momento de hablar de ellos. Como saben, mis planes de presentarme a gobernador de este gran estado, que tengo el privilegio de llamar mi estado natal, se vieron truncados por la injusta acusación vertida contra mí, pero esta pesadilla me ha proporcionado una fuerza que antes no poseía y pronto voy a estar de vuelta a la palestra. Entonces anunciaré mis planes. Ahora deben excusarme, voy a ver a mi padre.

—¡Tienes nuestro voto, Constant! —chilló una voz femenina, a la que siguieron varios vítores.

Mientras Constant se alejaba de los micrófonos, guiado por sus hermanos y sus abogados, una mujer con abrigo de visón fue corriendo hacia él, lo agarró por la solapa de su americana y empezó a hablarle intensamente. Constant la escuchó durante un momento y se echó a reír. En su mano tenía un trozo de papel que ella le había dado.

—Señor Bradley, ¿tiene algo que decirle a la señora Utley? —gritó otro periodista. Era Gus Bailey.

Constant se detuvo, se dio la vuelta y se acercó de nuevo a los micrófonos.

—La señora Utley cuenta, y siempre ha contado, con mi profunda compasión por su trágica y enorme pérdida. Siento mucho que haya tenido que pasar este trance. Gracias, adiós.

Tras la victoria, los coches de alquiler habían sido desterrados. La limusina familiar esperaba en el bordillo. Charlie, sonriente y con lágrimas en los ojos, sostenía la puerta abierta.

—Enhorabuena, señor Constant —dijo.

Constant abrazó al viejo chófer.

—Gracias, Charlie. Ahora, a toda pastilla. Quiero ver a mi padre.

—¿De dónde has sacado esa cita de santo Tomás de Aquino? —preguntó Jerry—. Ha encajado como un guante. Nunca la había oído.

—Me la he inventado —dijo Constant.

—¿Quién era esa mujer que te ha agarrado? —le preguntó Des, mientras se dirigían, a toda velocidad, hacia Scarborough Hill.

—No me lo podía creer. Me ha dicho que se quería acostar conmigo —respondió Constant.

Estallaron las carcajadas en el coche.

—Dijera lo que te dijese, te ha hecho reír —dijo Des.

—Sí. Me ha dicho que no tengo ni que invitarla a cenar. Me ha dado su número de teléfono.

A medida que los coches atestados procedentes del juzgado enfilaban el largo camino de entrada de la residencia Bradley, en Scarborough Hill, empezaron a oírse las bocinas. Las criadas aparecieron en las ventanas. Piii. Piii-piii-piii. Se oyeron carcajadas. Se abrió la puerta principal. Familia, abogados, curas y secretarios se apresuraron hacia el interior. Se abrazó a las criadas. Se escucharon gritos de guerra indios. El estruendo de la familia al completo subiendo por las sinuosas escaleras, del mismo modo que, de niños, las bajaban corriendo la mañana de Navidad, se pudo escuchar por toda la casa, acompañado de vítores y gritos de «¡Abre el champán, Bridey! ¡Hay que celebrarlo!». El sonido de las pisadas apresuradas y de las voces se incrementó a medida que recorrían el largo pasillo hasta la habitación de Gerald.

—¡Pa, tu hijo está libre! —gritó Jerry, empujando a Constant para que entrara antes que él, seguido de Des, Sandro, Maureen, Mary Pat y Kitt. La familia, apelotonada, entró en la habitación de Gerald—. ¡Pa, Pa! ¿Te has enterado?

Pero Gerald estaba muerto. Bastó con que lo miraran para entenderlo. Sis ya le había cerrado los ojos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Jerry.

—¿Está...? —preguntó Mary Pat.

—Sí —respondió Sis.

—¿Cuándo ha muerto? —preguntó Maureen.

—Ahora mismo —contestó Sis—. No hace ni cinco minutos. Llegó a enterarse de la inocencia de Constant. Se lo dije. La televisión estaba encendida. Escuché el veredicto y se lo dije. Escuchó tu discurso, Constant. Puse el volumen al máximo. Me

miró directamente a los ojos. Lo sabía. Había lágrimas en sus ojos. Mirad, tiene el rosario en las manos. Estaba dándole las gracias a Dios cuando empezó a sufrir convulsiones. Su cuerpo empezó a temblar, casi de forma violenta. No quería irse. Creo que no quería marcharse hasta que tú llegaras, Constant.

No les dijo que su padre había gritado en el último momento, un alarido que se escuchó en toda la casa.

Permanecieron de pie, mirando fijamente el cadáver. Constant se llevó la mano a la boca, conmocionado. Lentamente, los hermanos se acercaron a la cama, rodeándola.

—Oh, Pa —dijo Maureen, y empezó a llorar—. Quería decirte lo mucho que te quiero.

—Sí, Pa —dijo Jerry—. Gracias por todo lo que siempre has hecho por nosotros. —Besó la frente de su padre.

—Sí, gracias, Pa —dijo Constant.

—Oh, Pa. —Mary Pat se arrodilló junto a la cama—. Te quiero, Pa.

Des y Sandro se dirigieron a su padre en voz alta.

—Sin ti no seríamos nada —dijo Sandro.

Kitt y Constant se acercaron a los pies de la cama y miraron a Gerald. Maureen empezó a rezar.

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre —los otros se unieron—, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

—Esperad un segundo. Esperad. ¿Dónde está Ma? —preguntó Maureen—. Tiene que estar aquí. No podemos hacer esto sin ella.

—Supongo que está en su habitación —dijo Sis.

—¿Lo sabe? ¿Sabe que Pa ha muerto? —preguntó Jerry—. ¿No se lo ha dicho nadie?

—Sí, lo sabe —dijo Sis—. Fui a su habitación justo después de que pasara.

—Iré a buscarla —dijo Kitt, en voz baja. Salió de la habitación. La familia permaneció en silencio hasta que Kitt regresó, unos minutos después, con Grace. Todos se giraron hacia la puerta para mirar a su madre. Estaba perfectamente serena, ya vestida de negro. En sus manos sostenía un rosario.

Grace se acercó a la cama. Jerry y Maureen se movieron para hacerle sitio. Jerry cogió una silla para que se sentara, pero ella declinó el gesto con la cabeza. Miró a su marido durante un rato largo.

—Pon este rosario en las manos de tu padre, Jerry —dijo.

—Ya tiene un rosario, Ma. Es el rosario de Sis —respondió Jerry.

Grace asintió con la cabeza.

—¿Qué sacerdotes hay abajo, Maureen? —preguntó.

—El padre Burke, el padre Bill, de Southampton, el padre Cahill y monseñor Flynn —enumeró Maureen—. El padre Burke y el padre Bill estaban en el juzgado.

El padre Cahill y monseñor Flynn ya estaban en casa cuando volvimos.

—Pídeles que suban —dijo Grace—. Creo que deberíamos rezar un rosario aquí, junto a la cama. Y tus hijos, Maureen. ¿No hay algunos por aquí? ¿Gregory y Sarah? Toda la familia debería estar aquí. ¡Ah!, y Bridey. Llamad a Bridey.

—Bueno, pues se acabó la fiesta —dijo Colleen, la criada que antes se llamaba Debbie, cuando la noticia de que Gerald Bradley había muerto llegó a la cocina. Había estado esperando con ganas la celebración—. Tenemos jamón, carne y patatas gratinadas suficientes para dar de comer a un regimiento, sin olvidar los tres tipos de ensalada y los profiteroles de chocolate. Pobre Bridey. Todo este trabajo para nada.

—No te preocupes, Colleen, no se va a desperdiciar. Habrá un velatorio y todo el mundo vendrá aquí después del funeral —dijo Rose, otra de las criadas.

—¿Dónde está Bridey?

—Está arriba, en la habitación, con la señora. Están rezando el rosario. Acuérdate también de que tenemos todos esos curas a los que alimentar.

—¿Escuchaste cómo gritó antes de morir? —preguntó Colleen.

—¡Calla! —dijo Rose—. Que no te oiga Bridey.

—Sonaba como si hubiera visto el infierno.

—¡Calla!

—Bien, querido, estoy tan feliz por ti —le dijo Grace a Constant un poco más tarde, cuando este acudió a verla a su habitación—. Dame un beso, querido. Qué alivio que este terrible juicio haya terminado. Creo que no podría haberlo soportado ni un día más. Siempre supimos cómo iba a acabar, ¿verdad? Pero aun así ha sido agotador para todos. El otro día, en el club, el jueves, la señora Somerset pasó a mi lado sin dirigirme la palabra. ¿Te lo puedes creer? ¿Después de todos estos años viviendo puerta con puerta? Bueno, ciertamente espero que haya visto la televisión esta tarde. Tu discurso me ha parecido estupendo, querido. ¡Me ha gustado tanto que citas a santo Tomás de Aquino!

—Siento lo de Pa, Ma —dijo Constant.

—Gracias, querido. Mi sensación es que murió sintiéndose un hombre muy feliz. Sis lo estaba sosteniendo frente al televisor, así que se enteró. Oyó tu discurso. ¡Hablaste tan bien de tu padre! Eres un buen orador; siempre lo hemos dicho. Si te paras a pensarlo, es una buena forma de morir. Estaba en estado de gracia. Recibió la comunión esta mañana, así que, por lo menos, sabemos que se ha ido directo al cielo y que se ha ido habiendo sido testigo de una gran victoria de su hijo más querido.

—Sí, Ma —dijo Constant.

—A ver, ¿dónde está Bridey? ¿Dónde está mi adorada Bridey?

—Aquí, señora. —Bridey tenía los ojos enrojecidos por el llanto.

—Eres tan considerada, Bridey. Él te apreciaba tanto. ¿Sabes cuánto hace que Bridey está conmigo, Constant? Casi tanto como los años que tienes tú. Eso es. Es de la familia. Saca mis vestidos negros, Bridey, y empecemos a tomar decisiones. Probablemente, habrá dos días de visitas. Si van a querer que el cuerpo de Gerald se vea aquí, en casa, o en la funeraria, depende de los chicos. En mi opinión, me parece deprimente que sea en casa, ¿no crees? Después de la muerte de mi padre me pasé casi dos años sin poder entrar en el salón. No podía dejar de ver el ataúd al fondo de la habitación, junto al piano. En esa época, los ataúdes eran abiertos. Fue entonces cuando trasladé la fotografía del Santo Padre desde el salón a la biblioteca. Y va a venir toda esa gente de Bog Meadow a presentar sus respetos y los vamos a tener deambulando por la casa... Ya sabes cómo veneran a esta familia. Ah, y esas horrendas flores que envían siempre. Gladiolos. ¿No los odias? Naranjas y rosas, los peores colores. Y el caldo. No puedo soportar el olor del caldo, ¿tú? Muchos de ellos no habrán visto una casa como esta en su vida, ¿sabes? Por eso vienen, para hacer el *tour*. Sabe Dios la de cosas que van a desaparecer. Tendremos que decirles a las criadas que retiren los objetos pequeños de las mesas. Creo que deberías decirles a tus hermanos que es mejor que lo hagamos en el tanatorio, Constant, y no en casa. Ahern's hace un trabajo maravilloso. Fui al velatorio de monseñor Hannon hace una semana. Hay una sala grande, preciosa. Así que voy a necesitar dos vestidos negros para los dos días del velatorio, Bridey. Y otro para el entierro. Creo que para el entierro me pondré el que tiene la cadena dorada en la cintura. Corta la gardenia del cuello. Y quiero velos negros dobles. Y necesito hablar con la señora Saltzman, de Bergdorf's. Recuérdame que la llame por la mañana. Quiero cintas negras de otomán. Los velos cuelgan mucho mejor con el peso de las cintas ribeteadas y no salen volando si hay viento. Pongámonos en marcha, Bridey. Tenemos trabajo que hacer.

Los obituarios de Gerald Bradley fueron largos y respetuosos, pero su funeral fue privado. Solo la familia y unos pocos allegados más. Sis y Fatty Malloy estuvieron allí, y Sims Lord también, así como las secretarias y enfermeras y el servicio al completo de cada una de las casas. Hubo gente maliciosa que dijo que el funeral fue privado porque iba a asistir muy poca gente. Alguna de esa gente maliciosa dijo incluso que estaban contentos de que se hubiese muerto. A ningún miembro de la familia le hubiera gustado un funeral con público escaso. Si no se iba a celebrar en una catedral abarrotada, mejor que fuera privado. Esa fue la decisión que tomó Jerry, que asumió el control de la familia pocas horas después de la muerte de su padre. Grace, la viuda, fue informada después. No le importó. Nunca le habían gustado las multitudes. Solamente quiso asegurarse de que las flores del altar iban a ser todas blancas, de que la misa sería de réquiem y de que Cardenal y muchos otros sacerdotes estarían presentes.

Que no se produjera un aluvión de felicitaciones por parte de los habitantes de Scarborough Hill una vez conocida la absolución de Constant se atribuyó a una muestra de respeto por su parte, dada la triste coincidencia con la muerte de Gerald. «Es tan típicamente yanqui, ¿verdad?», dijo Des, riéndose.

La muerte de su padre había privado a Constant de las celebraciones que, en su opinión, su triunfal vindicación merecía. La víspera del regreso de Mary Pat a París, decidió, en un impulso, celebrar una cena en honor de la familia que le había apoyado incondicionalmente. Era un jueves por la noche, el día que en Scarborough Hill se conocía como el día libre de la cocinera, así que sugirió a sus hermanos y cuñados que cenaran todos juntos, *en famille*, como decía Mary Pat, en El Club de Campo, antes de dispersarse y que cada uno retomara sus propias vidas y familias. Todos aceptaron, excepto Charlotte, quien, tras haber interpretado a la perfección su papel durante el juicio, se marchó a Maryland para visitar a su padre.

Constant esperaba que la aparición conjunta de su extensa y glamurosa familia en el club, algo que no sucedía desde hacía años, propiciara las felicitaciones e incluso los aplausos de los socios que a tanta distancia los habían mantenido durante tanto tiempo. Se agruparon en la entrada del comedor, esperando a que Corky, ahora *maître* de sala, viniera y los condujera a una gran mesa. Cuando lo hizo, Constant, con espíritu deportivo, le tendió la mano de forma amigable al antiguo camarero del bar privado de caballeros, que durante el juicio había testificado en su contra y había aclarado la cantidad de alcohol que había bebido en el club la noche del asesinato. «Sin rencores», le dijo Constant, sonriéndole con el ademán amistoso del vencedor. El intercambio propició que el resto de comensales reparara en la presencia de la familia y, poco a poco, se hizo el silencio en la sala, llena de gente. Corky llevó a cabo sus tareas, sentando a la familia y entregándoles los menús con formalidad, pero sin responder al gesto de Constant. Los Somerset, los French, los Prindeville, los Wadsworth y los Thrall, entre otros, bajaron la mirada mientras la familia pasaba a su lado. Solamente el viejo obispo Fiddle, ya retirado de sus tareas episcopales en la iglesia americana en París, con la boca llena de helado de vainilla, le dijo a su mujer en un tono elevado, propio de los duros de oído:

—¿No te parece extraordinario que esta gente venga aquí?

Epílogo

El veredicto supuso una dolorosa decepción para algunos, como Luanne Utley, y fue motivo de alegría para otros, como los Bradley, pero no significó una sorpresa para nadie. En términos legales yo había perdido, desde luego, pero me sentía casi exultante. Y, ciertamente, victorioso. Nunca he sido una de esas personas que automáticamente equiparan la absolucón con la inocencia.

Desde el primer día de juicio, cuando la jueza Edda Consalvi rechazó sin comentarios los testimonios de Weegie Somerset Belmont y de Maud Firth, otras dos víctimas de los ataques de ira de Constant Bradley, la suerte estaba echada. Incluso en el caso de que Wanda Symanski hubiera declarado, como estuvo a punto de hacer antes de echarse atrás al recibir una compensación económica, o si lo hubiera hecho Teresa Miller, que prefirió no dar aquel paso una vez que la localicé en Deep River, el veredicto hubiera dado lo mismo. Solo se tenía que demostrar una duda razonable, y así se hizo. Valerie Sabbath se ganó su millón de dólares y su fama aumentó. Apareció en todos los programas matinales de televisión y en todos los magazines de tarde, y fue ampliamente aclamada cuando dijo que cada noche rezaba por la pobre Winifred Utley.

Las acusaciones en mi contra fueron desestimadas. No podían enviarme a prisión por mi participación en la muerte de Winifred Utley cuando Constant, que la había matado, había sido exonerado. Había suficientes personas con suficientes dudas respecto a la sentencia como para que, en caso de que las acusaciones contra mí no se hubieran retirado, se hubiese producido una reacción, encabezada por Gus Bailey. Los Bradley, tengo que reconocer, debieron de sentirse contentos con este hecho. Otro juicio conmigo como protagonista no hubiera hecho más que perpetuar la publicidad indeseada, y quizás no hubieran tenido tanta suerte esta segunda vez.

Fue imposible no pensar que la muerte de Gerald, sucedida en el momento en el que sucedió, no significaba una especie de nota al pie sobre aquella victoria. Ciertamente, frustró todas las posibles celebraciones.

Por supuesto, el desenlace fue demoledor para Luanne Utley, que lo único que deseaba era resolver el asunto inconcluso de la muerte de su hija. Ha vuelto a Nueva York. Ha empezado una nueva vida. Una noche la invité a cenar a Borsalino's. Solo al final de la velada, cuando la acompañé a su apartamento situado entre la calle Sesenta y dos y Park Avenue, fue cuando los dos nos dimos cuenta de que no habíamos mencionado el juicio ni una sola vez. Ella dijo que creía que aquello significaba un progreso.

Desde el día que regresó a casa procedente del hospital de Southampton, Constant

había querido irse a algún sitio para no estar cerca de Charlotte. Tras el accidente en la autopista de Montauk, y una vez se supo que Wanda Symanski viajaba con él en el coche, su relación se había vuelto amarga. Sin embargo, la muerte de Johnny Fuselli y el hecho de que la familia se enterase de mis intenciones habían frustrado sus planes.

Charlotte estuvo al lado de Constant durante todo el juicio como la más leal de las mujeres. Incluso apareció junto a él en el programa de televisión *20/20* después de su absolucón, y presentó a sus hijos, la pequeña Charlotte y Constant Jr., a Barbara Walters, la entrevistadora. Desempeñó a la perfección el papel de esposa de una feliz familia americana obligada a experimentar una angustiada vivencia. Después del juicio, esperó casi un año antes de viajar discretamente a la República Dominicana y divorciarse de Constant. Luego volvió a Baltimore con sus dos hijos. Cuando Henry Valentine Jessup Jr. obtenga el divorcio de Margo Jessup, en junio, él y Charlotte Bradley tienen intención de casarse, aunque estos planes no se han hecho todavía públicos. Han comprado una granja en Frederick, Maryland. El régimen de visitas impide que la pequeña Charlotte y Constant Jr. visiten a su padre en Scarborough Hill.

Rosleen Shea Bradley ha vuelto a Nogales, Arizona. Continúa trabajando como técnico dental en la consulta del doctor Hector Sabiston. Su hijo, Desi Bradley, ha regresado a la Universidad Pública de Arizona, donde estudia periodismo. A parte de Gregory, el hijo de Maureen, ningún otro miembro de la familia Bradley vio a Desi, aunque él y su madre recibieron la visita de Sims Lord en su hotel. A Desi se le ofreció una importante suma de dinero que él declinó.

Hace seis meses, en febrero, Kitt Bradley Chadwick murió en su cama después de que su apartamento en el hotel Rhineland de Nueva York se incendiara. Según las crónicas de los diarios, la causa de las llamas fue un cigarrillo mal apagado. Por petición de su familia, sus índices de alcohol en sangre no se hicieron públicos. El funeral tuvo lugar en la iglesia de Saint Thomas More, en Nueva York. Yo me deslicé en la zona del coro, sin ser observado, para despedirme de mi querida Kitt. Todos estaban allí, incluido Cheever Chadwick, de quien Kitt se había separado pero no divorciado. Fue una misa corta, sin panegíricos ni música. La tranquilidad del servicio solo se vio empañada por la inesperada aparición de una mujer histérica y rota por el dolor que se abalanzó sobre el ataúd durante la comunión, estropeando los ramos de orquídeas blancas. Era Agnes Bradley, con la peluca gris de Esme Bland. Se había escapado del Instituto Cranston, en Maine, para asistir al funeral del único miembro de su familia que la había visitado de forma regular y le había hecho regalos a lo largo de los años. Una vez Kitt me dijo que le había contado a Agnes cosas que

no le había contado a nadie más en el mundo. «Ella es la única persona con la que me siento segura para hablar de mi familia», dijo. Grace, condesa de Bradley, reconoció a su hija de inmediato, pero los demás no, ya que llevaban años sin verla. Al día siguiente fue devuelta al Instituto Cranston.

Después de la ceremonia, me reuní con Claire para comer en Borsalino's. Quería que le contara cómo había ido el funeral de Kitt. Claire y yo hemos vuelto. Los chicos están encantados. Como nosotros. Ahora hablamos. Ella lee todo lo que escribo. «Implícate más en este» o «Distánciate. Aquí estás demasiado involucrado». Vamos a tener otro hijo en agosto. Esperamos que sea una niña, aunque nos negamos a que los médicos nos confirmen el sexo.

En la convención demócrata de 1992, celebrada en el Madison Square Garden de Nueva York, Constant Bradley no pronunció el discurso de nominación como vicepresidente del senador Albert Gore, tal y como había sido el ferviente deseo de su padre y por lo que tantos hilos había movido. Tampoco pronunció el siguiente discurso. Estuvo, sin embargo, en la convención, sentado en la platea del Garden, a menudo enzarzado en intensas conversaciones políticas con importantes figuras del partido. Fue entrevistado en numerosas ocasiones por los reporteros de televisión, a muchos de los cuales conocía del juicio. En cada entrevista declaraba que iba a presentarse de nuevo al Congreso. «Soy consciente de que la percepción que el electorado tiene de mí se ha convertido en un tema delicado», le dijo a uno de los periodistas, pero antes de que pudiera acabar, el entrevistador vio a la señora Harriman y la cámara la enfocó a ella.

A Grace Bradley se le concedió su más ardiente deseo: fue nombrada condesa papal por Juan Pablo II en reconocimiento de su labor filantrópica. En Estados Unidos no utiliza el título, pero se registra como condesa Bradley en el hotel Ritz de París cuando viaja al extranjero dos veces al año para renovar su vestuario. Todavía es socia de El Club de Campo. Cena allí cada jueves, la noche en la que libra su cocinera, con Sis Malloy, que se ha convertido en su acompañante. «Coge mi chal, Sis, hace frío en el comedor esta noche. Dile a Corky que suba la calefacción». Corky la imita bastante bien. A veces la acompaña una nieta, una hija de Maureen o de Des. Grace cena pronto y ya está fuera cuando llegan la mayoría de socios. Nadie habla con ella. Desde el juicio de Constant no ha sabido nada más de sus amigos de Southampton, Honour y Baba, ni de Sonny y el conde Stamirsky. Bridey, que ha delegado sus tareas de cocinera en una pariente más joven, la sigue llevando a misa de siete todas las mañanas. «Nunca me siento en el mismo banco que la señora», le ha confesado recientemente a Fatty Malloy. «No le gusta. Siempre me siento en la parte trasera de la iglesia, y ella lo más adelante posible, donde el cura pueda verla».

—Yo no he visto a ningún miembro de la familia desde hace mucho tiempo —dijo la señora Leverett Somerset—. Da lo mismo que alguien celebre una fiesta con doscientos invitados; ellos no aparecen. El huracán Carmela arrancó las ventanas y la puerta principal de la biblioteca Bradley del colegio Milford, en Connecticut, cortando el brazo de Gregory Bradley Tierney, el nieto del difunto Gerald Bradley, quien donó la biblioteca en 1973. Le han cosido el brazo de nuevo, pero pasará un año hasta que los médicos puedan asegurar que la operación ha sido un éxito. Desde Boston, un socio del estudio de Louis I. Kahn, el desaparecido arquitecto que diseñó el edificio, ha emitido un comunicado hoy diciendo que las ventanas no formaban parte del proyecto original y que fueron añadidas después debido a la insistencia de la hija del donante.

El huracán también se llevó por delante la puerta del club de campo de Scarborough Hill. No se le pidió a Grace Bradley, como sí se le pidió una vez a su difunto marido, que se hiciera cargo de la reparación, que no estaba cubierta por el seguro. Tampoco lo hubiera hecho, de habérselo pedido.

En agosto, dos chicos estaban pescando en una barca de remos en Whalebone Cove, en Hadlyme, Connecticut. Era la temporada de las carpas. Uno de los chicos sintió que picaban. O pensó que picaban. Necesitó la ayuda de su amigo para subir la presa, que resultó no ser la carpa gigante que esperaban que fuera. Era una bolsa de basura marrón, muy vieja. En su interior encontraron medio bate de béisbol y una camisa de Brooks Brothers, vieja y deteriorada después de años en el agua, con manchas oscuras en los faldones. También había un par de mocasines Lobb Londres y otro par de Kofsky's. Los chicos llevaron su hallazgo a la tienda del pueblo.

—¿Qué crees que es? —preguntó uno.

Paul, el propietario, recordó que hacía varios años dos buzos enviados por la policía de Scarborough Hill se habían pasado varios días en Whalebone Cove buscando una bolsa de basura marrón. En algún lugar, en algún cajón, tenía su tarjeta.

Me asaltó el recuerdo de Johnny Fuselli, la sangre manándole de la nariz rota, los ojos aceptando el destino que se le venía encima. «¡Dímelo, Johnny!», le grité. «¿Dónde? ¿Dónde tiraste la bolsa de basura? Será tu salvación, Johnny. ¡Dímelo! ¡Será tu salvación!». Su cabeza se estaba hundiendo, solamente se le veían los labios. «Whalebone Cove», dijo. Se lo dije a Luanne Utley. Se lo dije al capitán Riordan. Encontraron el lugar en el mapa, una pequeña poza junto al río Connecticut, pero las búsquedas fueron infructuosas.

La salvación, al fin. Dejando el purgatorio a sus espaldas, sé que Johnny Fuselli ha ascendido al Reino de los Cielos.



DOMINICK DUNNE (Hartford, Connecticut, EE. UU., 1925 - 2009). Nació en el seno de una familia irlandesa y católica. Tras luchar en la segunda guerra mundial trabajó en la televisión, primero en Nueva York y luego en Hollywood, donde se codearía con las estrellas más importantes de los años cincuenta y sesenta y se convertiría en productor de cine. A finales de los setenta sus adicciones le llevaron a dejar el mundo del cine y a escribir su primer libro. Su primer éxito como escritor lo tuvo en 1985 con la publicación de la novela *Las dos señoras Grenville*, éxito que se acrecentaría cinco años después con *La mujer inconveniente* (1990). Aunque su verdadera fama le llegó como comentarista de sociedad en *Vanity Fair* y cronista de algunos de los juicios más célebres de Estados Unidos, como el de la estrella de fútbol americano O. J. Simpson. Su larga relación con *Vanity Fair* se inició cuando la revista le invitó a exponer sus reflexiones sobre el asesinato de su hija, lo que posteriormente le llevó a iniciar una columna en la que se mezclaban chismes sobre la alta sociedad y exclusivas en torno a polémicos procesos judiciales.

Entre su obra literaria destacan también las novelas: *People Like Us* (1988) y *A Season in Purgatory* (1993). Murió en 2009.

Notas

[1] Confraternidad católica con un elevado número de miembros en Estados Unidos.

<<

[2] *Fruity*, en inglés, puede significar, además de «afrutado», «mariquita» o «afeminado». <<

[3] El autor se refiere a Jean Struven Harris, la directora de una escuela de élite para niñas, The Madeira School of Girls, condenada a principios de los ochenta por el asesinato de su novio, el cardiólogo y escritor Herman Tarnower. <<

[4] En castellano en el original. <<

[5] «La señorita Otis lamenta no poder venir a comer hoy, señora»: primera estrofa de la célebre canción de Cole Porter. <<

[6] Por Capitol Hill o el Capitolio, el emblemático edificio del Congreso de Estados Unidos, que domina el barrio del mismo nombre en Washington. <<

[7] En francés en el original, significa «señora del castillo». <<